


Heidi Swain

# Sol y guisantes dulces

Un feelgood de Nightingale Square

JENTAS

# Sol y guisantes dulces

Sol y guisantes dulces
Título original: Sunshine and Sweet Peas in Nightingale Square

ePub: Jentas A/S
Traducción: Maribel Abad Abad

ISBN: 978-87-428-1285-3



This edition is published by arrangement with Simon & Schuster UK Ltd. through International Editors and Yañez Co.

*Para*
*el abuelo Herb,*
*Que cultivaba guisantes dulces en abundancia.*

# Prólogo

—¿Estás segura de que estás bien, Kate? —preguntó David cuando el avión que nos llevaba de luna de miel aterrizó por fin, y yo me retorcí en el asiento para ver por primera vez un amanecer italiano—. Sé que te dijo algo.

—De verdad —respondí, sacudiendo la cabeza y desestimando las duras palabras con las que mi madre me había advertido de que mi matrimonio duraría seis meses, con suerte—. Estoy bien. No es nada.

—Pero llegaste tarde a la iglesia —insistió David, a pesar de mis palabras tranquilizadoras—. Muy tarde.

—Ya te lo he dicho —reí, cogí su mano y la besé—. Eso fue por culpa de papá, que estaba más nervioso que yo.

David asintió.

—¿Creías que por fin había logrado molestarme? —pregunté medio en broma—. Espero que no pensaras que me había hecho cambiar de opinión.

—Se me pasó por la cabeza conforme pasaban los minutos —admitió con una sonrisa juvenil.

—Entonces, eres más iluso que ella —le espeté—. Te quiero, David, y ninguna burla de mi madre podrá cambiar eso.

Era verdad. Amaba en cuerpo y alma al hombre que tenía sentado junto a mí desde el momento en que posé mis ojos en él. Sí, tenía un dudoso historial de relaciones, pero yo sabía que ya no era la misma persona. Por desgracia, mi madre no compartía mi fe, pero, si hubiera prestado la mitad de atención al impecable presente que al promiscuo pasado, se habría dado cuenta de lo compatibles que éramos.

David no había mirado a otra mujer desde que nuestra relación pasó de informal a seria, y, sentada en aquel vuelo, preparada para explorar Roma, Venecia y lo que hiciera falta, veía que tanto mi matrimonio como mi carrera se desplegaban cómodamente ante mí. David y yo íbamos a ser compañeros de vida, así como de trabajo en el comercio de antigüedades. Era cierto que los dos habíamos decidido hacer sacrificios para que nuestra relación funcionara, pero ambos estábamos igual de decididos a que todo saliera bien.

—Todavía no te conoce como yo —le dije alentadoramente—, pero lo hará. Dale tiempo.

David no parecía convencido.

—Ojalá pudiera hacerle ver lo mucho que la quiero, señora Kate

Harper. —Y estalló, más serio de repente—: Solo quiero que entienda que nunca te haría daño, que esta vieja cabra ya no tira al monte.

—¡Eh! —lo interrumpí, mareada al oír mi nombre de casada—. De «vieja» nada, que no nos llevamos tanto.

Pero David no iba a dejar que lo distrajera de su sincera declaración.

—No —dijo—, me refiero a esto, Kate. Eres lo mejor que me ha pasado nunca. Has sido un soplo de aire fresco desde el primer momento en que puse mis ojos en ti y jamás haría ni diría nada que pudiera herirte o hacerte dudar de mí. No me importa lo que los demás piensen de nosotros, lo único que necesito saber es que confías en mí con todo tu corazón.

Cerré los ojos cuando me cogió la cara con las manos y rozó mis labios. Nunca me había sentido tan feliz, tan querida y tan apreciada. Me aferré a ese momento y lo guardé bajo llave.

—Confío en ti —susurré, mirándolo profundamente a los ojos.

# Capítulo 1

## Ocho años después

—Lo que no entiendo es por qué tienes que irte.

Esta había sido la reacción de David cuando le dije que me marchaba de Londres para siempre, y todos los días de las semanas siguientes había seguido añadiendo argumentos para intentar que me quedara.

—No hay ninguna razón para que te vayas —había dicho al darse cuenta de que lo de cortar por lo sano y no ponernos a jugar al gato y al ratón iba en serio.

Mis días de jugar a nada habían terminado, pero me había costado hacérselo creer. Yo misma había luchado por creérmelo durante un tiempo. Hubo momentos en los que sus ofertas de volver a empezar me habían parecido casi atractivas, pero yo sabía que no podía vivir con un final feliz a medias. Ahora ya no podía tener aquello a lo que había renunciado con tanta conformidad, y lo que quedaba no era suficiente. Las promesas que habíamos hecho en nuestra luna de miel, ocho años atrás, quedaban ahora a años luz.

—Te he dejado espacio, ¿verdad? —decía ahora con sensatez.

Lo había hecho. Es más, se había comportado de forma impecable durante todo el procedimiento y había cumplido todas las estipulaciones que mi equipo jurídico le había sugerido.

—Me he mudado —continuó—, incluso te he dicho que puedes quedarte con este lugar, hasta el último ladrillo, y que ese procurador tuyo ya me ha jodido más de la mitad del negocio.

—El negocio que abrimos e hicimos crecer juntos —le recordé con suavidad.

—Sí —dijo, dejándose caer en el sofá—, lo siento. Sé que es a lo que tienes derecho. No soporto la idea de que estés tan lejos, y eso me hace decir estupideces.

—No voy a estar tan lejos —suspiré— y, además, perdiste todo derecho a tenerme cerca cuando…

Me mordí la lengua para que no se me escaparan las palabras y me recordé a mí misma que había sido mi insistencia la que había desencadenado aquella serie de catastróficos acontecimientos.

—Ya lo sé —dijo, sacudiendo la cabeza—, pero hay un número limitado de veces que puedo decir «lo siento» sin que pierda su significado.

Sonaba tan desdichado que maldije la ingenuidad que me había llevado a pensar que podría doblegarlo a mi voluntad una vez nuestra vida de casados estuviera cómodamente asentada. Si hubiera respetado el trato que habíamos hecho, sus amigos aún estarían maravillados de que, de algún modo, hubiera domado a aquel «viejo bribón» de pésima reputación al que todos querían tanto.

—Hablando de negocios —dijo, cambiando de estrategia—, Francesca Lucca ha preguntado hoy por ti. Quería saber si habías encontrado algo para su nueva casa en Florencia.

Dejé de empaquetar y me puse de pie con las manos en las caderas.

—Por favor, no me digas que no se lo has dicho.

—¿Cómo iba a hacerlo? —David se encogió de hombros—. Es una buena mujer católica; el divorcio no entra en sus planes.

—Bueno, en los míos tampoco entraba hasta que tú... —Me detuve de nuevo y respiré hondo otra vez.

Era un milagro que nuestras puñaladas no se hubieran convertido en algo que tuviéramos que lamentar, pero cada vez resultaba más difícil. Estábamos haciendo verdaderos esfuerzos por mantener nuestros intercambios, cada vez más ásperos, dentro de lo civilizado.

—Bueno, pues ahora tendrás que hacerte cargo tú, ¿no? —le dije sin rodeos.

David y yo habíamos creado nuestro negocio a medida, viajando por todo el mundo en busca de antigüedades, artefactos y curiosidades que harían las delicias de nuestra exigente lista de clientes, siempre dispuestos a pagar generosamente por el servicio de «buscador» que les ofrecíamos. Francesca Lucca era una de las más ricas y quisquillosas, y siempre había preferido trabajar conmigo antes que con «el chico malo». Me resultaba difícil ver a David, que era quince años mayor que yo, como un chico, pero ella había dado en el clavo con la etiqueta de «malo».

—¿Vas a dejar todo esto? —preguntó, señalando una mesilla llena de fotografías.

—Sí. —Me encogí de hombros, apartando la mirada, y me pregunté si se habría dado cuenta de que ya no llevaba el anillo de casada—. Ya tengo bastantes recuerdos, David. No necesito fotos también.

Sin embargo, había conservado una del verano en que nos conocimos, justo antes de mi último año en la universidad. No había

querido volver a casa por vacaciones, así que me tocaba trabajar para pagar el alquiler. Me había aventurado a entrar en una tienda de antigüedades, tras una entrevista horrible para un trabajo en una cadena de comida rápida, con la esperanza de apaciguarme mirando cosas bonitas.

Las galerías y los museos eran mis remedios habituales, pero el acceso a la tienda estaba convenientemente cerca y era gratuito. Pertenecía a un amigo de David, y él mismo estaba allí, regateando el precio de una estatuilla. De algún modo, me involucraron en su conversación, y la veinteañera tímida y desmañada que era yo entonces se enamoró de aquel hombre sofisticado e inteligente que pagó más de la cuenta por una figura *art déco* solo porque a mí me gustaba.

—Permíteme que te invite a comer —me dijo una vez que salimos del fresco emporio al calor del sol del mediodía—. Suavizará el golpe que acaba de recibir mi cuenta bancaria.

Insistí en pagar y lo único que pude permitirme fueron unas hamburguesas y patatas fritas que nos comimos al aire libre, bajo la sombra de un árbol del parque. Fue un comienzo extraño, una tarde atípica donde las haya, pero, al final de la misma, tenía un trabajo para pasar el verano y un corazón rebosante de un amor que, según me advirtieron mis compañeros de piso, acabaría en desengaño.

*Desengaño…*

—Puedes quedártelas —dije rápido, volviendo a mi maleta a medio llenar—. La estatua también.

—Oh, Kate —dijo David, moviendo la cabeza con pena—. No puedo creer que esto esté pasando.

—Yo tampoco —resoplé.

Siempre había supuesto que, cuando las relaciones llegaban a un final difícil, había gritos y recriminaciones, drama y objetos volando, pero nuestro desenredo no había sido así en absoluto.

—Ojalá pudiera odiarte. —Suspiré. A pesar de todo, ojalá no siguiera un poco enamorada de él.

Había visto cómo se rompían otras parejas, y parecían desembocar instantáneamente en el aborrecimiento y la amargura. Sin embargo, lo que yo sentía ni siquiera se acercaba a ninguna de esas dos emociones, a pesar de que las repercusiones de lo que David había hecho hubieran sido tan humillantes. Quizá, si no me hubiera sentido culpable del desastre en que se había convertido nuestra relación, habría sido capaz de sentir algo más fuerte, pero me creía responsable y por eso no podía.

—Ojalá pudiera enfadarme de verdad contigo —dije en voz alta,

mientras me preguntaba si un arrebato de ira me purgaría parte del dolor.

—Tal vez no puedas emprenderla conmigo porque no estamos destinados a seguir caminos separados —dijo David, esperanzado—. Si no puedes odiarme, quizá eso signifique que deberíamos intentar arreglar las cosas. Podría ir a terapia, orientación o algo así.

Yo sabía que ni toda la ayuda del mundo podría darme el resultado que ansiaba.

—No, David —dije con firmeza—, de ninguna manera. La decisión está tomada y ahora hay que atenerse a ella. Eso es lo que quiero —le recordé, por si aún se hacía ilusiones de que nos quedaba un rayo de esperanza.

—¿A dónde dijiste que te mudabas? —preguntó, tratando de pillarme desprevenida mientras se levantaba de nuevo.

—No te lo he dicho.

Había sido duro no hablarle de mi nueva casa en Norwich. Estaba perfectamente enclavada en un lugar llamado Nightingale Square, frente a un gran edificio victoriano llamado Prosperous Place. Habíamos amueblado propiedades como esa, y sabía que a él le habría intrigado su fascinante historia tanto como a mí.

—Pero no está lejos —añadí—. Y puedes contactarme a través de mi abogado si lo necesitas. Intenta no hacer demasiadas travesuras ahora que vuelves a ser un joven libre y soltero, ¿vale?

—Solo quiero ser uno de ellos —dijo con tristeza.

Y eso resumía parte del problema, del que me había dado cuenta demasiado tarde: había una parte de David que siempre había sido el niño travieso que no quería crecer.

# Capítulo 2

Al haber pagado la casa en efectivo a un vendedor particular, la compra fue la simplicidad en persona, y como la tasación no arrojó ningún dato desfavorable, pude dejar atrás Londres y los votos rotos de David casi de inmediato. Por suerte, podía permitirme un año sabático, lo que me daría tiempo para adaptarme a la vida por mi cuenta y modernizar mi nuevo hogar.

Estaba muy contenta de mudarme a un lugar donde nadie me conociera. Todos mis amigos de Londres habían sido amigos de David en un principio, y la mayoría se acercaban más a su edad que a la mía. Era natural que, aunque se hubieran solidarizado conmigo, luego volvieran a su lado. No me importaba que el mío estuviera vacío. De hecho, el borrón y cuenta nueva que me ofrecía esta mudanza se había convertido en el único faro acogedor en el mar de tristeza en el que había estado haciendo aguas.

—Gracias por todo —grité desde la puerta, mientras los de la mudanza volvían a Londres con una buena propina y un sincero agradecimiento por cargar y reordenar algunos de los muebles que se habían quedado.

—De nada, encanto. Buena suerte.

—Gracias —dije, volviendo al sendero, pero no sin antes notar que alguien cotilleaba tras las cortinas en la casa de mi derecha—. Un poco de suerte no me vendría mal —murmuré, mientras cerraba la puerta y observaba mi nueva morada llena de cajas.

Me fastidiaba que mi madre hubiera tenido razón en todo, aunque hubiese calculado mal cuándo sucedería; sin embargo, había sido uno de sus comentarios perfectamente elaborados el que me había llevado a Norwich en lugar de volver a Wynbridge. «Sabes que es lo único sensato que puedes hacer», me había dicho mientras intentaba convencerme de que volviera a casa, y tenía razón. Volver al hogar de mi infancia y al afectuoso abrazo de mi familia habría sido lo más «sensato», y justo eso fue lo que me impidió hacerlo.

Aunque no fuera propio de mí, ya no tenía muchas ganas de ser sensata y, desde luego, no me sentía con ánimos para enfrentarme a los movimientos de cabeza y las miradas de lástima que sabía que me esperarían en las llanas Marismas de Wynbridge si volvía a casa a cuidar de mi corazón roto.

Había sido a mi hermano, Tom, a quien había pedido apoyo

cuando encontré lo que parecía, al menos en internet, el santuario perfecto para una mujer de treinta años emocionalmente agotada y a punto de divorciarse, que tenía que enfrentarse a los rigores de crearse una nueva vida porque su aparentemente perfecto «felices para siempre» se había desmoronado de forma espectacular.

Sonriéndome desde la pantalla, la casita de Nightingale Square parecía la respuesta a mis plegarias, un lugar discreto en el que esconderme y cuidar de mi alma destrozada en paz y privacidad. Sí, me había enamorado de ella a primera vista, y sí, había que admitir que era un rasgo impulsivo que no me había hecho ningún bien en el pasado, pero estaba convencida de que sería la distracción que necesitaba.

Mi cuñada, Jemma, sin embargo, no parecía convencida.

—¿Estás seguro de que Jemma puede prescindir de ti? —le pregunté a Tom, mientras nos poníamos de acuerdo para ver la casa por Skype.

—Pues claro que Jemma puede prescindir de él —intervino ella—. Aunque lo que espera es que odies aquello y decidas volver a casa.

Resultaba interesante que casi todos en la familia siguieran creyendo que yo consideraba Wynbridge mi «hogar», a pesar de que me había marchado hacía más de una década para ir a la universidad y no había vivido allí desde entonces.

—Norwich no es ni mucho menos el otro extremo del mundo —le recordé, mientras su ceño fruncido asomaba y yo me encogía ante la idea de volver a mudarme al dormitorio de mi infancia.

—Pero tampoco está a la vuelta de la esquina, ¿verdad, Kate? —me contestó con un mohín.

—Está a solo dos horas, Jem. Ciento veinte minutos escasos por la A47, nada más.

—Parecen dos días con este par en el asiento de atrás —se quejó, moviendo la cabeza en dirección a donde estaban cenando mis peleones sobrinos—. Solo queremos cuidar de ti. Has pasado por tanto...

—Iré —interrumpió Tom—, pero no se lo diré a mamá.

El viaje en tren de Liverpool Street a Norwich, que había pasado mirando por la ventanilla mientras el paisaje se volvía cada vez más limpio y verde, me había dado muchas oportunidades para reflexionar sobre la pesadilla que habían supuesto los meses anteriores y reforzar mi determinación de no volver a Wynbridge.

Sabía que la casa sería el refugio ideal para mí. Aunque también estaba en una ciudad, esta era mucho más pequeña que Londres y ofrecía el mismo nivel de anonimato urbano que yo ansiaba, y eso era

tan atractivo como las ventanas de guillotina originales y las vidrieras de colores de la puerta principal.

En un principio, Norwich me había atraído por su historia y su insólito castillo, y el hecho de que fuera un lugar desconocido para mí era una ventaja añadida. Tanta novedad me parecía de lo más acertado. No quería vivir en un lugar donde los recuerdos y los fantasmas acecharan en cada esquina, amenazando con saltar para recordarme por todo lo que había pasado. Mi vida se enfrentaba a un inesperado nuevo comienzo y Norwich era una página en blanco con un pasado fascinante del que estaba deseando saber más. Además, me separaban los suficientes kilómetros de Wynbridge como para evitar que la familia se pasase a reponer la nevera cada cinco minutos, y estaba lo bastante cerca como para organizar una excursión de un día.

—Estás demasiado delgada —me había dicho Tom, como era de esperar, al abrazarme en la estación— y tienes bolsas del tamaño de maletas. Esperaba que solo fuera culpa de la pantalla de Skype, pero...

—Me han roto el corazón —le respondí con sencillez y sinceridad —. ¿Qué esperabas?

Me aterraba pensar en lo que habría dicho si hubiera conocido los detalles de todo lo que había tenido que afrontar. Si mi matrimonio se hubiera visto destrozado por un simple caso de infidelidad a la antigua usanza, como yo había hecho creer a todo el mundo, tal vez habría podido recomponerlo poco a poco, pero al final había sido mucho más que eso, y ni siquiera mi deseo de un «felices para siempre» inspirado en Disney podía hacerme olvidarlo.

—Pero ¿todavía no lo odias? —Tom frunció el ceño.

—No, todavía no lo odio.

Si mi hermano hubiera estado al corriente del papel que yo había desempeñado en la catástrofe y de la colosal culpa que arrastraba por ello, habría comprendido por qué era incapaz de odiar a David por lo que había hecho. Sabía que, si no hubiera intentado obligar a mi amado a cambiar de opinión sobre algo que yo estaba dispuesta a sacrificar cuando nos conocimos, nuestro matrimonio habría seguido adelante como lo había hecho en los últimos años. Habría seguido viviendo en mi cuento de hadas palaciego en lugar de recoger los escombros en una casa del terror.

Mi problema era que creía en el amor único y verdadero, de hecho, era miembro honorífico del club, y ahora me habían expulsado. Yo sola había arruinado mi única oportunidad de alcanzar la felicidad eterna, y también la de David, así que el odio era una emoción que estaba fuera de mi alcance. A menos, claro está, que contara el odio hacia mí misma que me invadía en mis momentos más oscuros.

—A mamá le darían cuarenta ataques si te viera —dijo Tom, mientras pasaba su brazo por el mío y estudiaba mi cara.

Sabía que mis ojos azules habían perdido su brillo y que mi siempre graciosa coleta estaba un poco floja, pero por suerte se abstuvo de hacer más comentarios.

—Desde luego —coincidí, negándome a ceder a las lágrimas que su familiar y reconfortante corpulencia amenazaba con desatar—. Y precisamente por eso no quiero que le enseñes a usar Skype.

Sabía que mi deseo egoísta de mantenerla a distancia era injusto, pero la tirita que intentaría aplicar para tapar la herida iría acompañada en algún momento del inevitable: «Te lo dije». Y no estaba ni mucho menos dispuesta a admitir que no había hecho caso de ninguna de sus advertencias, sino que me había precipitado, como una colegiala mareada y confiada, hacia el desamor.

No es que el golpe se hubiera producido en los seis mezquinos meses que nos había dado el día de nuestra boda, pero había llegado, y a veces me preguntaba si estaba tan furiosa consigo misma como conmigo. David había predicho lo difícil de conquistar que sería mi madre, pero su incesante encanto y sus halagos habían acabado por doblegarla, y no podía evitar pensar que se sentía tan tonta como yo, aunque por razones muy distintas.

—Le advertí de que esto era un cuchitril —dijo incluso antes de presentarse el agente inmobiliario, que estaba apoyado en un elegante Audi negro, cuando Tom entró en Nightingale Square—. Espero que no esté pensando ya que ha perdido el tiempo. ¿La señora Harper?

Me estremecí, sacada de mi estupor cuando de sus labios salió el sonido de mi nombre de casada.

—Sí —recuerdo que asentí—, soy Kate.

El agente inmobiliario cumplía a la perfección con la imagen estereotipada que me había formado de él durante nuestras conversaciones telefónicas. En cuanto descubrió de dónde venía, supuso que tenía dinero londinense para gastar a espuertas y dedicó la mayor parte de su tiempo a convencerme de que mirara propiedades mucho más grandes con códigos postales mucho más impresionantes, pero mi corazón ya estaba puesto en Nightingale Square y en mantener el resto de mi dinero a buen recaudo en el banco.

Mis ojos se desviaron de él hacia la puerta de madera un poco torcida y el jardín delantero cubierto de maleza. La casa, la más pequeña de las siete situadas alrededor de un frondoso jardín vallado, era como yo. Se veía claramente que alguien la había amado en algún momento, pero ahora necesitaba un poco de cariño. Las ingeniosas fotografías que había en internet, tomadas con un gran angular,

habían minimizado su lamentable estado, pero eso no me importaba en absoluto. Ya me había enamorado de ella y de su interesante historia, cuya fascinación me había llevado a pasar horas en internet y en la biblioteca investigando todo sobre la plaza y el filántropo que la había construido. Afortunadamente, enterrarme en el pasado seguía siendo lo único en lo que podía concentrarme durante más de cinco minutos.

Charles Wentworth había sido el acaudalado propietario de una de las veintiséis fábricas de calzado que, en torno a 1860, habían desbancado a la tejeduría como principal industria de Norwich y, por lo que pude deducir, era el hombre perfecto, el arquetipo de héroe romántico. No es que siguiera creyendo a ciegas en ellos, ya que mi fe había sufrido un duro golpe, pero, puesto que él había pasado a los libros de historia, opinaba que era lo más cercano a la perfección que yo podía estar.

Hombre de negocios astuto, con un corazón tan grande como sus recursos financieros, había elegido vivir en la extensa mansión victoriana que se alzaba justo enfrente de la fábrica para poder vigilar su inversión. Una vez satisfecho con el resultado, había supervisado la construcción de siete viviendas en el terreno intermedio para alojar a los directivos de la fábrica y sus familias.

Hubo un tiempo en que también había casas para el resto de los trabajadores, pero estas, junto con casi todo lo demás de aquella época, ya habían desaparecido. Los adosados habían sido demolidos hacía décadas y sustituidos por grandes y atractivos chalés con jardín, y la antigua fábrica albergaba ahora una hilera de tiendecitas.

Por lo que pude deducir, lo único que quedaba del legado del señor Wentworth era Nightingale Square y su casa, Prosperous Place, que, según había observado al darme la vuelta para admirarla, también estaba a la venta y parecía encontrarse en un estado similar al de la casa en la que había puesto mi corazón.

Había leído que Charles Wentworth había dejado a su familia bien provista y que había amasado su fortuna sin pisotear a nadie ni explotar a ninguno de sus trabajadores, como hacían tantos otros en aquella época, y esperaba que sus descendientes se sintieran orgullosos de estar emparentados con tan digno antepasado.

—¿Subimos? —le dijo al agente, volviendo los ojos hacia la puerta.

—Por supuesto —sonrió él, recuperando la confianza perdida—. Soy Toby Fransham, por cierto. Echemos un vistazo a esto y después vayamos a ver un par de esas nuevas construcciones de alta tecnología de las que le hablaba, junto a la circunvalación. Este lugar está

encallado en el tiempo, pero esas bellezas, por otro lado…

—Valen el doble en comisiones —interrumpió Tom antes de que pudiera hacerlo yo.

Toby Fransham al menos tuvo la delicadeza de sonrojarse.

—¿Por qué no me enseña el jardín? —sugirió mi inteligente hermano—. Mientras tanto, que Kate eche un vistazo dentro tranquilamente.

El resplandor dorado de aquella tarde de finales de septiembre mostraba la casa con una luz halagüeña, pero, al cruzar el umbral, me agaché para recoger el montón de correo que se habían quedado atascado detrás de la puerta principal y supe que el lugar me habría seducido incluso en pleno invierno.

—Ha pertenecido a la misma familia desde que se construyó —comentó Toby Fransham mientras Tom lo dirigía rápidamente por el vestíbulo, hacia donde la cocina conducía al jardín—. Su última residente habitó aquí toda su vida, pero por lo que parece nunca se planteó modernizarlo ni un poco, de ahí el precio.

—Dijo que la familia estaba ansiosa por vender —dije en voz alta tras él—. Me gusta el lugar, señor Fransham, pero no voy a hacer el tonto por dinero.

Él había continuado mientras yo me tomaba mi tiempo para explorar primero el saloncito con el mirador que daba al jardín delantero, y luego el comedor con la alfombra de intensos remolinos naranjas y marrones que conducía a la arcaica cocina. Había un gran armario bajo las escaleras y, al subirlas, encontré una habitación doble en la parte delantera y dos individuales, una de las cuales había que atravesar para acceder al cuarto de baño. Aunque la *suite* color aguacate y la cocina de Industrias Mullard habían sido a todas luces instaladas hacía mucho tiempo, todo parecía funcionar bien, a pesar de la fina capa de polvo.

—¿Qué te parece? —me preguntó Tom cuando yo volvía a mirar por la ventana del dormitorio delantero.

Había una vista sin interrupciones del prado hasta Prosperous Place. Me imaginaba al señor Wentworth y a su esposa haciendo la ronda, asegurándose de que todo el mundo estaba contento y de que las casas estaban a punto. La visión bastaba para agitar un poco mi agotado corazón romántico.

—Creo que podría ser feliz aquí. —Suspiré, preparándome para los argumentos en contra de la compra que mi sensato hermano iba a esgrimir—. A pesar de la… interesante tapicería.

Esperaba que no protestara demasiado, porque me asombraba haberme planteado siquiera la idea de volver a ser feliz, por no

mencionar haberlo sugerido en voz alta.

—Yo también lo creo —aceptó, pillándome por sorpresa—. Este lugar es muy de tu rollo.

—Entonces, ¿no crees que debería volver a Wynbridge?

—No —dijo, cogiéndome la mano, y me dio un apretón—. No nos necesitas a todos molestándote, y como le dijiste a Jemma, solo son un par de horas en coche.

—Gracias, Tom —le dije, sonriéndole aliviada.

—Esto te va a llevar mucho trabajo —reconoció, mirando los pocos muebles que habían quedado y la gruesa pintura brillante que cubría la pequeña chimenea y las molduras—, pero eso no es malo. Te mantendrá la cabeza ocupada...

—Vamos, entonces —interrumpí, antes de que a mi mente regresara todo lo que quería olvidar con aquel traslado—. Busquemos a Toby Fransham y digámosle que tiene que buscarse a otra persona a la que meter en esos edificios nuevos que tanto le gustan.

A pesar de que estábamos plantados en una acera en medio de una ciudad, había poco que oír, aparte de un solitario mirlo rezongón y el lejano rumor de la circunvalación. Estaba muy lejos del bombardeo constante al que me había acostumbrado en mi hogar conyugal de Londres.

—Me atrevería a decir que se anima un poco por las tardes, cuando todo el mundo vuelve a casa del trabajo —dijo Tom cuando le comenté lo del silencio—. Probablemente se llenará de coches aparcados por todas partes.

—Ahora no estarás intentando que no lo compre, ¿verdad? —respondí, cuando me llamó la atención un movimiento detrás de una cortina en una casa a mi derecha.

—Claro que no —sonrió—. Ni se me ocurriría. Pero no se lo digas a Jemma.

—De verdad está pensando en hacer una oferta, ¿no es así? —preguntó, asombrado, el señor Fransham, que hasta ese momento había estado irritantemente absorto en su teléfono.

—Desde luego que sí —me apresuré a responder—. Voy a ofrecer siete mil por debajo del precio de venta.

Respiró hondo y sacudió la cabeza. Era la clásica reacción de un agente inmobiliario al oír cifras que no le gustaban.

—No sé yo si aceptarán. —Frunció el ceño—. Y han llamado hace un minuto de la oficina para decir que hoy ha habido otra consulta sobre el lugar.

Estaba bastante segura de que iba de farol. La chica con la que había hablado me había dicho que el local llevaba más de un año

languideciendo en sus libros.

—Bueno, no creo que le saquen ni un céntimo más a quien lo compre, con ese desastre de cuarto de baño todavía instalado —le dije enérgicamente—. Y sé que ya ha pasado vacío un duro invierno, así que estoy bastante segura de que el vendedor me arrancará el dinero de las manos.

Tom me guiñó un ojo y se echó a reír.

—Estaré en la ciudad el resto del día —gritó mientras marchaba decidido de vuelta al coche y el señor Fransham murmuraba algo sobre hacer números—. A ver si está todo en marcha antes de que vuelva al tren, ¿vale?

Estaba segura de que no iba a tener que preocuparme de nada.

—Creía que estabas deprimida —sonrió Tom mientras me ayudaba con el cinturón de seguridad, porque de repente me temblaban mucho las manos.

—Lo estoy —confirmé de buena gana—, pero no cuando se trata de desprenderse de dinero.

Menos de una hora después, mi oferta había sido aceptada y yo había empezado a prepararme para afrontar un cambio de vida para el que no me sentía preparada en absoluto; pero al menos la encantadora Nightingale Square era un lugar tan bueno como cualquier otro al que mudarme.

Mis cavilaciones se vieron interrumpidas por un golpe seco en la aldaba de la puerta principal. Me quedé inmóvil, con una taza en una mano y un tarro de café en la otra, mirando la puerta y la silueta al otro lado. Otro golpe me hizo espabilar.

—Lo siento —se disculpó la mujer incluso antes de que yo hubiera visto su cálida sonrisa y sus amables ojos color avellana—. Lo siento. Sé que acabas de llegar y no quiero interrumpir la mudanza, pero he pensado que te gustarían.

Dio un empujoncito a una bolsa que tenía a sus pies, y fue entonces cuando me di cuenta de que llevaba un niño pequeño bajo un brazo y una calabaza bajo el otro.

—Bueno, esto no, obviamente —se rio, alzando al niño un poco más arriba de su cadera—, pero la calabaza y los dulces son todos tuyos si los quieres.

Me había dejado sin palabras.

—Es Halloween —me explicó con una sonrisa vacilante al preguntarse, sin duda, si pensaba responder algo—. La plaza estará llena de niños a la hora del té y he pensado que, si ponías esto en tu entrada, podrías tener algo de paz.

—Vale —dije, pasándome el tarro y la taza a una mano antes de

agacharme a recoger la bolsa—, lo siento. Gracias. Es muy amable de tu parte.

—Cuando vi aparecer el camión, pensé que probablemente no habrías tenido tiempo de organizar nada.

El niño que llevaba bajo el brazo empezó a retorcerse, así que lo dejó en el suelo.

—¿Quieres entrar? —pregunté—. Acabo de encontrar el café y algunas tazas.

—Bueno, si no es mucha molestia.

La verdad es que un poco, pues no esperaba que una vecina —suponiendo que fuera eso— acudiera tan pronto después de mi llegada, y tampoco estaba familiarizada con el protocolo de visitas de Nightingale Square. En Londres no conocía a ninguno de mis vecinos. Probablemente no podría haberlos distinguido ni en una rueda de reconocimiento.

—Por supuesto —dije, abriendo más la puerta mientras el chiquillo entraba tambaleándose en el vestíbulo—. Adelante. Por cierto, soy Kate.

—Encantada —dijo la mujer, yendo tras él—. Todos estábamos muy emocionados al ver que se colgaba el cartel de vendido. Esta casita ha estado vacía desde que Doris se fue, y todos hemos estado deseando que la comprara una persona agradable.

No estaba segura de poder cumplir las expectativas de simpatía de todo el mundo.

—Bueno, soy Lisa —añadió—. Vivo dos puertas más allá —señaló en dirección a su casa—, y este es mi hijo pequeño, Archie.

No era la cotilla del visillo, entonces.

—Hola, Archie —sonreí, y él me devolvió una amplia sonrisa balbuceando algo que no logré entender.

—Tengo dos hijos más: Tamsin y Molly —continuó, alegre, su madre—, y un marido llamado John. Es el bebé más grande de todos, pero así son los hombres.

Me sorprendió que tuviera tres hijos, cuatro contando con el marido, cuando parecía que solo tenía mi edad.

—Éramos novios de la infancia. —Soltó una risita cuando no respondí—. Empezamos jóvenes. ¿Tienes niños?

—No —dije. Tampoco añadí que no tenía marido—. ¿Cómo te gusta el café?

Unos minutos más tarde, y para mi sorpresa, Lisa se sentía como en casa. Dejó a Archie en el suelo de la cocina con unos cuantos cacharros y una cuchara de madera de la caja de embalaje más cercana para que jugara con ella, y luego empezó a vaciar la calabaza

sobre la mesa de formica, que ella había cubierto cuidadosamente con el periódico gratuito que encontré en el felpudo a mi llegada.

—Dejaré que la talles tú —dijo cuando me vio mirándola—. He añadido un par de velas de té con las bolsas de caramelos y un mechero.

—Gracias —dije, sacando la bolsa, y me maravillé ante la variedad de artículos recubiertos de azúcar.

Archie emitió un sonido muy similar a un maullido cuando vio los envoltorios de colores brillantes.

—Ni hablar —le dijo Lisa con severidad—. Si te sientan como a tu hermana mayor, estarás hiperactivo durante días.

Archie, claramente acostumbrado a no salirse con la suya, volvió a los golpeteos con la cuchara.

—Tendrás que decirme cuánto te debo —le dije.

—Da igual —se rio Lisa—, todo es de los chinos, pero me llevo esta pulpa de calabaza y las semillas, ¿te parece bien? —preguntó, señalando el recipiente de plástico en el que la había estado depositando—. Esta noche haré sopa para todos y tostaré las semillas para que mi media naranja se las coma. Los dos estamos intentando perder unos kilos —añadió a modo de confidencia.

Me impresionó que pudiera encontrar tiempo para hacer sopa desde cero con tres niños que cuidar, pero no pude evitar pensar que era una pena que estuviera intentando perder peso, ya que su figura curvilínea le sentaba bien. Aunque no se lo dije, por supuesto.

—Antes de tener a los niños estaba muy delgada —dijo, y chasqueó la lengua—, pero no importa.

Tomamos otro café y me explicó que todos los vecinos de la plaza se iban a reunir el cinco de noviembre para encender una pequeña hoguera y lanzar fuegos artificiales.

—Lo hacemos todos los años —me dijo, lo que me sorprendió un poco, ya que esperaba el mismo grado de lejanía de mis vecinos que en Londres—. Somos un grupo muy amistoso. También celebramos una fiesta de verano y hacemos la ronda en Nochevieja. Aquí hay un verdadero sentido de comunidad. —Sonaba muy orgullosa.

—¿Cómo que hacéis la ronda? —pregunté.

—Sí —sonrió—. ¿Nunca has oído hablar de eso? La primera persona que cruza tu umbral después de medianoche en Año Nuevo trae regalos.

—¿Regalos?

—Monedas, pan, carbón, *whisky*, ese tipo de cosas.

Me parecieron unos «regalos» insólitos.

—Dan buena suerte —explicó con una sonrisa—. Y un año lleno

de calidez, comida y sabor. Pronto le cogerás el truco —se rio—. Y a nosotros también.

—Suena maravilloso. —Tragué saliva, con la barriga revuelta ante la idea de que me involucraran cuando lo único que quería era correr las cortinas y esconderme del mundo y de mis vecinos.

—Esperaba que dijeras eso —sonrió Lisa—. Tu marido y tú seréis bienvenidos a uniros a nosotros para los fuegos artificiales. De hecho, todos esperamos que lo hagáis.

No tenía ni idea de dónde había sacado la idea de que yo tenía un marido que llevar a la fiesta, pero me sentí obligada a aceptar su amable invitación, y antes de que me diera cuenta, me había convencido para que llevara una bandeja de manzanas de caramelo para los niños, junto con algunas de más para que jugaran a pescarlas con la boca.

—No te voy a bombardear sobre quién vive dónde —dijo, cogiendo a Archie en brazos, y le besó la coronilla mientras él se inclinaba con entusiasmo hacia sus instrumentos—. Conocerás a todos en los fuegos artificiales y entonces podrás contárnoslo todo sobre ti.

—Estoy impaciente. —Tragué saliva, siguiéndola de nuevo por la casa hasta la puerta principal.

—Vas a encajar muy bien aquí, Kate —me dijo, dirigiéndome de nuevo su encantadora sonrisa—. ¡Te va a encantar vivir en Nightingale Square!

Esperaba que tuviera razón.

# Capítulo 3

Me sentía muy agradecida por el regalo de bienvenida tan de Halloween que me había traído Lisa. Tal como había previsto, los niños llegaron a la hora del té y siguieron merodeando hasta bien entrada la noche. Por suerte, nadie había llamado a mi puerta, pero había oído mucha actividad mientras me acostaba para dormir temprano y, cuando salí a buscar la calabaza a la mañana siguiente, el cuenco de caramelos estaba vacío.

—¡Buenos días, Kate! —llamó una voz de hombre a mi izquierda, haciéndome dar un respingo.

—Buenos días —respondí, mientras miraba subrepticiamente a mi alrededor para ver si alguien más aparecía sin avisar y me daba un susto de muerte.

—Lo siento, cielo —rio entre dientes, dejando su furgoneta, y se acercó—. No quería sobresaltarte. Soy John, la media naranja de Lisa.

No podía tratarse de nadie más. Tenía el mismo carácter despreocupado que su esposa, y las arrugas alrededor de los ojos sugerían que pasaba tanto tiempo sonriendo como ella.

—No te dieron problemas anoche, ¿verdad? —preguntó, señalando con la cabeza la calabaza y el cuenco de caramelos vacío.

—No —dije—. Nadie ha llamado a la puerta, pero las golosinas han desaparecido.

Me alegró ver que el resto de la plaza y el parquecillo no estaban llenos de envoltorios y cáscaras de huevo. Estaba claro que los niños de la zona eran muy considerados.

—Lisa les advirtió a todos que te dejaran en paz —dijo John con un guiño—. Nadie se atrevería a desafiar a mi señora.

—Pues sus advertencias funcionaron y, la verdad —dije, sorprendida—, he dormido como no lo hacía en mucho tiempo.

Había esperado dar vueltas y vueltas en mi nueva cama unas cuantas noches. Me había acostumbrado a estar sola en la casa de Londres después de que David se mudara, por supuesto, pero estar en un sitio nuevo siempre resultaba inquietante, con el crujido desconocido de las tablas del suelo y el rumor de las tuberías, pero anoche me había apagado como una luz.

—Eso está bien —dijo—. Sin duda necesitarás tu energía para desempaquetar hoy.

—Es verdad —dije.

Estaba deseando colocar mis cosas como a mí me gustaba, aunque tuviera que volver a empaquetarlas cuando empezara a decorar y reformar.

—Por suerte, no hay mucho que hacer.

—¿Qué pasa con la cocina y todo eso? —preguntó John—. ¿Qué has hecho con los electrodomésticos?

—Son todos nuevos y llegarán a lo largo de la mañana —le dije—. El frigorífico lo puedo encender yo misma, y he pagado al vendedor para que instale la cocina, pero creo que tendré que llamar a alguien para que conecte la lavadora. Eso va más allá de mis habilidades con el bricolaje.

—Puedo hacerlo por ti —se rio John—. No querrás tener que pagar por algo así.

—No pasa nada, de verdad —le dije, avergonzada de que pudiera pensar que le estaba pidiendo un favor.

—No es ninguna molestia. —Se encogió de hombros, caminando de vuelta a su furgoneta—. Puedo poner lavadoras haciendo el pino. Nuestra prole ya ha tenido bastantes en su vida. Llama a Lisa cuando llegue y me pasaré después del trabajo. A menos que tu media naranja prefiera intentarlo él mismo.

La idea de que David supiera cambiar una simple arandela de grifo, por no hablar de la fontanería de una lavadora, era irrisoria, pero, en lugar de aprovechar la oportunidad para aclararle a John las deficiencias domésticas de mi marido o mi estado civil, me limité a darle las gracias y volví corriendo a la casa.

***

Me pasé un par de horas colocando libros en estanterías, colgando cortinas y limpiando ventanas y, a pesar de la decoración anticuada y de que el césped necesitaba un corte urgente, el lugar me pareció muy acogedor. Aunque parezca una tontería, no podía sacudirme la sensación de que a la casa le gustaba que alguien volviera a vivir en ella. Puede que hasta entonces no hubiera conseguido aislarme del mundo, pero estaba segura de que comprar el número cuatro de Nightingale Square había sido un acierto.

El correo trajo varias notificaciones y facturas junto con un par de tarjetas de «Bienvenida a tu nuevo hogar» de mis padres y de Jemma y Tom. Sabía que no tardarían en llamar; de hecho, me sorprendió que mamá no se hubiera adelantado a la furgoneta de la mudanza, pero de momento estaba respetando mi petición de privacidad, animada en gran medida por mi padre y Tom, estaba segura.

Coloqué las cartas en la repisa de la chimenea del salón y tomé nota de que tenía que llamar a un deshollinador cuanto antes. Las noches ya refrescaban, y la habitación sería aún más acogedora y confortable con un fuego ardiendo en el hogar.

La casa distaba mucho de mi lujosa casa de Londres y me preguntaba qué le parecería a David, aunque no fuera a pisarla nunca. Tenía que aceptar que mi vida con él había terminado y no tenía sentido preguntarme qué pensaría él de mis elecciones y decisiones, pero no iba a ser fácil seguir adelante si seguía pensando en su opinión. Una furgoneta se detuvo en la acera y me apresuré a dar la bienvenida a mis nuevos y relucientes electrodomésticos.

—Solo quería devolverte esto —le dije a Lisa a última hora de la mañana, cuando me armé de valor para ir a devolverle el mechero.

No sé por qué me daba tanta vergüenza. Cuando era pequeña, mamá y nuestros vecinos entraban y salían de casa de los demás todo el tiempo, igual que nosotros, los niños. Supongo que era una buena costumbre que había perdido.

—Y quería darte las gracias por venir ayer —añadí—. Fue una bonita bienvenida, y lo agradecí mucho.

—Bueno, eres más que bienvenida —dijo, conduciéndome al interior de su casa—. Ven a almorzar. Me sale sopa de calabaza hasta por las orejas. Por alguna razón, a los niños no les impresionó demasiado.

—No, no —dije, dando un paso atrás—, no quería molestar. Debes estar ocupada.

—Lo estoy —dijo—: ocupada almorzando. Vamos. Después llamaré a John y le diré que tu lavadora ha llegado. Eso es lo que te han traído, ¿no?

La casa de Lisa y John era mucho más grande que la mía, aunque no se notaba con los trastos de los niños tirados por todas partes. Sin embargo, se inclinaba hacia el lado correcto del caos, y eso la hacía parecer cálida y hogareña. La nevera estaba cubierta de un revoltijo de obras de arte, igual que un gran tablón de corcho que llenaba la pared por encima de la mesa.

—Perdona el desorden —dijo Lisa con un gesto desdeñoso de la mano—. Aunque —añadió, mirando a su alrededor— para nuestros estándares no está tan mal. Siempre he dicho que la vida es algo más que pasar la aspiradora. Lo único que me preocupa es que todo esté bien desinfectado. Toma, Kate —dijo, señalando el fogón—, remueve eso, ¿quieres?

Hice lo que me decía mientras ella ataba a Archie a su trona y él

me deslumbraba con otra de sus sonrisas descaradas.

—¿No se parece a su padre? —Me reí, ahora que podía apreciar el parecido.

—Por extraño que parezca —se rio Lisa—, no eres la primera persona que me lo dice. Creo que es por la tripa.

—No —dije, sin darme cuenta de que estaba bromeando—, es por los ojos. Desde luego, son los ojos de John.

Volví a levantar la vista de la sartén y ambas estallamos en carcajadas.

—¿Qué es todo esto? —llamó una voz desde el pasillo—. No sé yo si se permite reír con el estómago vacío.

—¡Pasa, Harold! —respondió Lisa—. Ven a conocer a tu nueva vecina.

Resultó que Harold era el octogenario propietario de la casa que había entre la mía y la de Lisa y John. Al igual que Doris, la anterior dueña de mi casa, vivía allí desde siempre e iba a comer con Lisa casi todos los días. También era un poco duro de oído.

—¿Cómo has dicho que te llamas, cielo? —me preguntó, mientras yo ayudaba a Lisa a servir su aromática sopa y sus panecillos caseros.

—¡Kate! —le grité al oído tan fuerte como me atreví.

Miré nerviosa a Archie; estaba segura de que se echaría a llorar en cualquier momento.

—No te preocupes —dijo Lisa—. Está acostumbrado a las voces.

—Kate —dijo Harold, comprendiéndolo por fin—. Es un nombre muy bonito. ¿Estás casada, querida?

—Sí —dije sin faltar a la verdad—. ¿Quieres un panecillo? —ofrecí, sosteniendo el plato.

—Oh, no, gracias —sonrió Harold—. No con mis dientes.

—¡Que sepas que esta tanda está mucho mejor que la última! —le gritó Lisa de buen humor.

Cuando terminamos de comer, llené el lavavajillas mientras Lisa dormía a Archie y luego acompañé a Harold hasta la puerta de su casa.

—Espero que a ti o a tu marido se os dé bien la jardinería —comentó, señalando mi parcela—. Doris tenía unas plantas preciosas ahí, pero las están asfixiando todas esas malas hierbas.

Sabía lo suficiente de jardinería como para ser capaz de separar lo bueno de lo malo y lo feo, y prometí que lo recortaría y lo domaría adecuadamente antes de que llegara el invierno.

—Veo que vas a encajar de maravilla en nuestra pequeña plaza —dijo Harold, apretándome la mano—. Solo espero que quien compre Prosperous Place sea tan encantador como tú.

Ambos nos volvimos para mirar la gran casa y el cartel de «en venta» que uno de los agentes locales más prestigiosos había colocado a martillazos tras la verja metálica.

—Con todos estos hierbajos —dijo Harold con un pequeño escalofrío—, me recuerda a Satis House.

—¿Te refieres a la casa de *Grandes esperanzas*?

—Esa misma.

Viendo su estado de abandono, tenía razón.

—Se habla de promotores que quieren comprarla y dividirla en apartamentos.

Sonaba indignado, y tengo que decir que yo también me sentí bastante perturbada por la idea de que la otrora hermosa casa del señor Wentworth fuera descuartizada.

—Tendrías que haberla visto en su apogeo —dijo Harold con nostalgia.

—He visto fotos en internet —le dije—. Investigué la historia del lugar cuando me decidí a...

Me detuve rápidamente antes de meter la pata.

—Muchos miembros de mi familia trabajaban en la fábrica, ¿sabes? —continuó, agradecido, en lugar de insistir en una explicación —. Tengo docenas de fotos, si quieres verlas algún día.

—Sí, por favor —dije con entusiasmo—. Sería maravilloso.

—Me alegro de que conozcas la zona —dijo, volviéndose hacia su casa—. Está bien que la gente sepa cómo empezó este lugar. Sería una verdadera lástima que todo desapareciera y nadie se acordara de nada.

—No podría estar más de acuerdo —le dije, pensando que en realidad sería más una tragedia que una vergüenza.

—Y créeme —añadió misteriosamente—, ese lugar tiene cosas más interesantes que el número de habitaciones y el tamaño del jardín.

Sentí un pequeño escalofrío al volver a mirar las ventanas tapiadas. Estaba claro que los conocimientos de Harold sobre Prosperous Place iban mucho más allá de los «tiempos felices» sobre los que yo había leído.

# Capítulo 4

Cuando abrí las cortinas de mi habitación el cinco de noviembre, había un cartel de «Vendido» sobre el de «Se vende» en Prosperous Place, así que, por lo que había oído durante mi primera visita al barrio, parecía que los peores temores de Harold se confirmaban.

Al darme cuenta de que estaba ya demasiado cómoda holgazaneando por casa y pensando en David, me fui a dar un paseo exploratorio por la bonita hilera de tiendas que tenía a un par de minutos a pie. Había una tienda de comestibles, una panadería artesanal con cafetería, una tienda de regalos que vendía artesanía local, así como una floristería, una carnicería, una oficina de correos, una librería de segunda mano y un par de tiendas benéficas bien surtidas.

Por lo que pude ver, el espíritu de comunidad, al menos en esta parte de la ciudad, se extendía mucho más allá de Nightingale Square y todo el mundo era muy amable. Puede que hubiera mantenido cerrada la puerta de casa durante unos días, pero más allá de ella no había ni rastro del anonimato urbano que había esperado.

Me distraje contando el efectivo que llevaba en el monedero mientras me dirigía a la tienda de comestibles, que tenía unas anticuadas cajas de verduras de temporada artísticamente dispuestas a lo largo de su fachada. Más atenta en comprobar que tenía dinero suficiente para comprar las manzanas que había prometido que en mirar por dónde iba, no vi a un hombre que también se dirigía a la puerta de la tienda, y él, distraído con la pantalla de su teléfono, tampoco me vio a mí.

—Lo siento —soltó automáticamente cuando chocamos con un fuerte golpe—. Lo siento.

Un puñado de monedas se me cayó de las manos y rodó como borracho por la acera en todas direcciones.

—No miraba por dónde iba.

—No, lo siento —insistí—. Yo tampoco estaba mirando.

No fue hasta que recuperamos las monedas cuando nos enderezamos y nos miramos a la cara.

—Aquí tiene —dijo el hombre, volcando con cuidado el dinero de su palma en mi monedero abierto—. Creo que no se ha escapado ninguna.

—Gracias. —Vacilé cuando nuestras miradas se cruzaron un

instante.

Sus ojos eran de un profundo e intenso marrón chocolate, enmarcados por unos párpados muy abiertos y unas espesas y oscuras pestañas que habrían sido la envidia de cualquier víctima de Maybelline.

—No pasa nada —sonrió, quitándose el gorro de lana para revelar una cabeza llena de rizos tan oscuros como su barba incipiente—. ¿Vas a entrar? —preguntó con un gesto de la cabeza hacia la puerta cuando no me moví ni dije nada.

—Sí, sí —dije—, lo siento.

Intenté agarrar la manilla, pero él la alcanzó antes que yo y se apartó para dejarme entrar primero.

—Gracias —sonreí.

Sentí que mis mejillas se sonrojaban al pasar, perdonándole rápidamente haber estado tan absorbido por su teléfono.

Trabajamos en una sincronía embarazosa por la tienda, cada uno buscando justo lo que el otro quería en más de una ocasión, pero yo conseguía llegar al mostrador antes que él.

—¿Tienes aguacates? —le pregunté a la cajera.

—Solo esos dos —dijo señalando vagamente, con los ojos puestos, para sorpresa de nadie, en el siguiente cliente de la cola.

Añadí la ligeramente pasada fruta a mi cesta, junto con una de las bolsas de arpillera de la tienda, y ella volvió a centrar su atención en mí.

—Ajá —dijo una voz fuerte a mi espalda—, por fin nos conocemos. Usted es la encantadora joven que se ha mudado al número cuatro de Nightingale Square, ¿verdad?

—¿Eh? —dije, pillada por sorpresa. Me giré para ver a un hombre alto y cubierto de harina que rodeaba la cola y se colocaba a mi lado —. Sí, soy yo, pero ¿cómo lo sabe?

—Él lo sabe todo —sonrió la chica mientras embolsaba mis plátanos—. Cuidado con él.

—Gracias, Poppy —sonrió el cliente, ofreciéndome la mano—. Soy Mark. Vivo en el número siete con mi marido, Neil.

—Encantada, Mark —le dije, estrechando su mano harinosa—. ¿Por casualidad me has estado espiando?

—Por supuesto —se rio—. Como todos.

Volví a pensar en el ávido cotilla del visillo y me di cuenta de que probablemente no bromeaba. Por suerte, creía no haber hecho nada demasiado vergonzoso como para que el escrutinio fuera algo que debiera preocuparme, pero estaba bastante segura de que ya habrían notado la ausencia de un hombre por la casa.

—¿Vendrás a la fiesta esta noche? —preguntó—. Supongo que Lisa te lo ha contado todo.

—Lo ha hecho —confirmé—, y voy a ir. Yo llevo las manzanas —añadí, señalando con la cabeza la bolsa que Poppy, la dependienta, estaba llenando—. ¿Vais a estar Neil y tú?

—Bueno, yo sí —dijo, sonando de repente menos alegre—, pero no estoy seguro de que Neil llegue. Está obsesionado con el trabajo estos días, así que puede que no vuelva a tiempo.

—Vaya —dije.

—Sí. —Se encogió de hombros—. No me hagas hablar. Ese hombre mío necesita revisar su conciliación laboral y familiar y replantearse sus prioridades.

Estaba claro que la mención de la fiesta había tocado una fibra sensible.

—De todos modos —dijo, sacudiéndose el enfado—, no he venido aquí a quejarme del estado de mi matrimonio.

—¿A qué has venido, entonces? —preguntó Poppy con otra amplia sonrisa.

—Arándanos, si tienes. Ya hace fresquito, y eso ha hecho que todo el mundo pida algo con un ligero sabor festivo.

—Puede que tenga algunos secos —dijo, y se mordió el labio—. Ten paciencia y los buscaré cuando termine de atender.

Con la compra pagada, Mark esperó en la cola, cerca del hombre con el que había chocado en la calle. Dada la forma en que lo miraba subrepticiamente de arriba abajo, supuse que también se había dado cuenta de lo guapo que era.

—¿Te he oído decir que ya no quedan aguacates? —preguntó mi rescatador de monedas particular.

—Me temo que no —suspiró Poppy, con cara de querer darle algo mucho más interesante que un aguacate—. Esa señora se ha llevado los dos últimos.

—Lo siento. —Me encogí de hombros.

—Ya van dos veces que te me adelantas —dijo, apartándose los espesos rizos de la cara.

—¿Qué quieres decir?

—¿No ha dicho tu amigo que te acabas de mudar a Nightingale Square?

—Así es —intervino rápidamente Mark, deseoso de reclamar su lugar en la conversación—. Eso es justo lo que he dicho.

—Lo que yo creía —asintió, mientras terminaba de pagar—. No puedo creer que la casa llevara tanto tiempo en el mercado sin que yo me enterase. Al parecer, tu oferta fue aceptada el día que pregunté.

Recordé que Toby Fransham, el agente inmobiliario, me había dicho que había otro interesado. Parecía que no se había tirado un farol para que subiera mi oferta, después de todo.

—Ya, lo siento —dije, metiendo la mano en la bolsa, y saqué uno de los aguacates—. Déjame darte esto a modo de compensación.

Riéndose, lo cogió y lo añadió a sus compras.

—¿Seguro que no prefieres desprenderte de la casa?

—Lo siento —sonreí—. Me quedo aquí.

—No te culpo. —Me devolvió la sonrisa, sus ojos oscuros brillando aún más—. Soy Luke, por cierto.

—Kate —respondí, con la voz entrecortada.

Charlamos hasta que Mark pagó sus arándanos secos y luego volvimos todos juntos en dirección a la panadería.

—Supongo que habrás visto el cartel de vendido —aventuró Mark —. En Prosperous Place, quiero decir.

—Sí —dije con tristeza—, es imposible no verlo.

—Qué pena —continuó, sacudiendo la cabeza—. Se rumorea que un promotor la ha adquirido con la intención de modernizarla y convertirla en apartamentos exclusivos. No eres tú, ¿verdad? —le preguntó con suspicacia a Luke, que se había quedado con nosotros—. No pusiste tus miras en algo más grande cuando te diste cuenta de que habías perdido Nightingale Square, ¿no?

—No. —Luke frunció el ceño—. No tenía ni idea de que también se había vendido. Es una casa preciosa.

—Pues no lo será mucho más tiempo —dije con tristeza—. Mi vecino Harold me estuvo contando los posibles planes, que encajarían con el rumor que has oído, Mark. No me cabe duda de que, si los nuevos propietarios se salen con la suya, la derribarán hasta los cimientos. Se tratará más de añadir metros cuadrados que de preservar el pasado.

—Harold está muy afectado —dijo Mark, deteniéndose ante la puerta de la panadería—. Pero, bueno, todos lo estamos. Esperábamos en secreto que alguien se decidiera a devolverle su antiguo esplendor.

—Eso habría sido maravilloso —coincidí—. La investigué un poco antes de mudarme y tenía un aspecto increíble en su apogeo, pero supongo que ya es demasiado tarde.

—No te equivocas —suspiró Mark—. De todos modos, cariño, será mejor que vuelva al trabajo. Esos bollos de arándanos no se van a hornear solos. ¿Vas a entrar? —añadió, volviéndose hacia donde Luke había estado un momento antes—. Vaya —dijo, decepcionado—, se ha ido. Aunque tal vez sea lo mejor. Si se hubiera quedado por aquí, no habría podido trabajar.

Los dos nos reímos.

—¿No te sonaba de algo? —Frunció el ceño.

Sacudí la cabeza.

—No —dije—. Creo que no. ¿Y a ti?

—Creía que sí —se encogió de hombros—, pero no sé muy bien de qué.

—Bueno, da igual —dije, cambiando mi pesada bolsa de mano—. Te veo esta noche.

—Sí —dijo—. Luego te veo. Y no llegues tarde —añadió con un guiño—. Somos un grupo amistoso, pero recuerda que sabemos dónde vives.

Volví a reír cuando él empujó la puerta y dijo por encima del hombro:

—Y, hagas lo que hagas, no dejes que Lisa te convenza de probar su pan. Podrías romperte un diente con su pan rústico.

Aquella noche me senté a comerme mi ensalada de aguacate preguntándome si su gemelo estaría igual de sabroso, y luego apagué las luces para espiar en la intimidad desde las cortinas del piso de arriba. Había bastante gente reunida en el parquecillo y la fogata ya estaba encendida. Las llamas proyectaban sombras danzantes hacia los árboles y bañaban la escena con un resplandor dorado.

Distinguí a Lisa y a John, junto con su prole, y a Harold, así como a Mark, que parecía estar muy solo. Se me revolvió el estómago ante la idea de aventurarme a conocer a la otra media docena de residentes de Nightingale Square que deambulaba por allí.

—Casi te daba por perdida —me chinchó Lisa, cogiendo la bandeja de manzanas, y la dejó sobre una mesa de caballete ya abarrotada—. Ven a saludar a todo el mundo.

Los primeros en llegar fueron una pareja de unos sesenta años que vivía en la casa de los visillos temblorosos. No tardé mucho en averiguar quién era la responsable.

—Soy Carole —dijo la mujer enérgicamente. Iba demasiado arreglada para una hoguera—, y este es mi marido, Graham.

Ni Graham ni yo tuvimos tiempo de intercambiar cumplidos antes de que ella se pusiera en marcha, poniéndome al corriente de los pormenores de la vida en Nightingale Square que Lisa había olvidado mencionar.

—Los contenedores se sacan el martes por la noche y se recogen el miércoles —explicó.

Eso ya me lo había imaginado, pero no me atreví a interrumpirla.

Estaba claro que Carole era el tipo de mujer que se crecía con la organización y el orden.

—Además, el ayuntamiento corta el césped todos los meses, de abril a octubre, así que es mejor no dejar nada por ahí. El verano pasado estuvo a punto de producirse un desagradable incidente cuando tu hija mayor se dejó la bicicleta por la noche, ¿verdad, Lisa?

—Sí —dijo Lisa, poniendo los ojos en blanco teatralmente—. Casi, Carole, pero no llegó a pasar.

Graham aprovechó el momento de tensión para alejarse un poco de su esposa, pero ella no tardó en llamarle la atención.

—No vayas a desaparecer —dijo entre dientes—. Estoy segura de que aún quedan muchas cosas por hacer.

Sentí cómo Lisa se erizaba a mi lado y me entraron ganas de reír. No creía que Nightingale Square fuera lo bastante grande para dos abejas reinas y me preguntaba quién ganaría la batalla por la supremacía. Lisa tenía una actitud despreocupada, mientras que Carole era la personificación de la eficacia. Era demasiado difícil decidir.

—¿Son esas las manzanas que has traído para el juego, Kate? —preguntó Mark, interviniendo con toda la diplomacia de un hábil mediador.

—Sí —asentí, entregándole la bolsa—. Graham y tú podríais ir a buscar un recipiente para ponerlas.

Graham se fue antes de que Carole tuviera tiempo de objetar.

—Ha sido una buena idea —sonrió, aunque su tono sugería lo contrario—. Hace poco que se ha jubilado —confesó—, así que me gusta mantenerlo ocupado. Si por él fuera, se pasaría el día sentado leyendo el periódico y nunca haría nada.

—Estoy segura de que lo disfrutaría —espetó Lisa—. ¿No se supone que eso es la jubilación?

—¿Qué hay de tu marido, Kate? —preguntó Carole, ignorando a Lisa con aplomo y mirando por encima del hombro hacia mi casita—. ¿Va a salir a saludar?

Dado que no tenía ni idea del paradero actual del hombre al que ya no podía llamar marido, no creía muy probable que fuera a aparecer pronto, sobre todo porque el susodicho no sabía a dónde me había mudado.

—No —dije, notando cómo mi cara enrojecía y no por el calor de la hoguera—. Vivo sola. Estoy separada.

—¿Separada?

—Dentro de nada, divorciada, en realidad.

Sin pensarlo, me froté la enguantada mano izquierda con la

derecha. Mi dedo anular aún se sentía extraño sin la alianza de oro, pero la marca que había dejado en mi piel empezaba a desvanecerse un poco.

—Pues fue muy amable de su parte venir a ver la casa contigo —dijo Carole, volviendo sus ojos brillantes hacia mí—. Y, dado lo bien que se os veía juntos, supongo que ha sido una separación amistosa.

¡Qué cara más dura!

—¿Crees que hay alguna posibilidad de reconciliación? —presionó ella.

—¡Carole! —intervino Lisa—. No puedes ir por ahí preguntando cosas así a la gente.

De repente, me di cuenta de que Carole debía haber visto a Tom el día que fuimos a visitar la casa. Era una suposición bastante lógica, pero su pregunta insensible hizo que no tuviera prisa por aclararle las cosas.

—¿Quién es? —pregunté, desviando su atención y la de Lisa de la incómoda conversación—. ¿Otro habitante de Nightingale Square?

—Sí —dijo Carole, haciendo un gesto con la mano en dirección al hombre—. ¡Glen! —gritó con voz cantarina, mientras Lisa se iba a ver cómo estaban John y los niños—. Ven a conocer a Kate. —No podía creer que Lisa me hubiera abandonado y esperaba que no se sintiera molesta por no haber mencionado antes mi estado civil.

Glen, su mujer, Heather, y su hija, Evie, como explicó Carole a modo de presentación, vivían en la primera casa a la izquierda al entrar en la plaza.

—No llevamos mucho tiempo aquí —me dijo Glen, mientras trataba infructuosamente de reprimir un bostezo—, y la verdad es que a Heather le está costando acostumbrarse.

Me dio la impresión de que hablaba de algo más que de la mudanza.

—¿Dónde está tu buena esposa esta noche? —preguntó Carole, mirando en la dirección por la que había venido Glen.

Había una luz encendida en el vestíbulo, pero las cortinas estaban echadas y las habitaciones de abajo estaban a oscuras. Glen siguió su mirada.

—Está echándose una siesta. —Frunció el ceño—. Tratando de descansar antes de que Evie se proponga tenernos despiertos otra vez toda la noche.

—Los recién nacidos necesitan rutinas estrictas —dijo Carole con conocimiento de causa—, y no pasa nada por dejar que se tranquilicen solos. Nada en absoluto.

Glen no respondió, pero su mandíbula me decía que no estaba de

acuerdo con la sugerencia de Carole.

—Será mejor que vaya a ver cómo está Graham —dijo en cuanto se dio cuenta de que había conseguido perderse de vista—. Ha sido un placer conocerte, Kate. Tienes que pasarte a tomar un café para que nos conozcamos de verdad.

Salió corriendo antes de que tuviera tiempo de contestar. La verdad era que no tenía ninguna prisa por conocerla mejor.

—¿Crees que tiene razón? —preguntó Glen, pasándose las manos por el pelo—. Con lo de que se calman solos, quiero decir.

—Lo siento. —Me encogí de hombros—. No tengo ni idea. No tengo hijos, así que no puedo opinar.

—En estos momentos me siento como si no supiera nada —dijo Glen con una risa nerviosa—. La mayoría de mis opiniones sobre la crianza de los hijos proceden de libros, y casi todas parecen contradictorias.

—Debe ser difícil —dije, recordando cuando Tom y Jemma tuvieron a su primera hija, Ella.

Jemma siempre había sido una madre genial, pero era la primera en admitir lo inclinada que había sido la curva de aprendizaje. La había oído decir muchas veces que prefería glasear ella sola mil magdalenas antes que volver a pasar por los rigores de la dentición.

—Es difícil —dijo Glen con seriedad—, y la pobre Heather está agotada. Echa de menos su trabajo y a sus amigos, y Evie no ha sido un bebé fácil. Heather lo tenía todo organizado y catalogado antes de dar a luz, pero Evie no parece querer seguir las normas.

Asentí, pero no sabía qué decir para que se sintiera mejor.

—Lo siento —dijo sacudiendo la cabeza—. No sé por qué acabo de contarte todo eso. Será mejor que vuelva y me asegure de que está bien.

—Quizá podríais salir todos a comer algo —le sugerí, no quería que se fuera tan harto como parecía—. No hace mucho frío esta noche.

—Tal vez —dijo, y luego se fue.

—¿Y bien? ¿Qué tal le está sentando la maternidad a la señorita Petulante? —preguntó Lisa, que regresaba con un vaso de plástico que contenía lo que parecía un cóctel terrorífico—. Es solo zumo —me dijo cuando miré dentro.

—¿Y qué son esos tropezones?

—Fruta —dijo antes de mirar más de cerca—, creo. John deja que los niños lo beban, así que debe estar bien.

—¿Qué quieres decir con «señorita Petulante»? —pregunté, dando un sorbo tentativo y sintiéndome agradecida de que no hubiera

aprovechado la oportunidad para pedirme más detalles sobre mi fracasado matrimonio.

—La mujer de Glen —explicó—. Me pasé un par de veces por su casa cuando se mudaron, pensando que le gustaría que la pusiera al día sobre la plaza.

—¿Y qué pasó? —pregunté, arriesgándome a dar un sorbo más grande y adivinando que aquel par no se habían llevado precisamente bien.

—La muy estúpida ni siquiera me dejó pasar —resopló—. Claramente no me veía lo bastante pulida para adornar su impecable morada.

—Bueno, tengo la impresión de que ahora podría necesitar una amiga —dije—. No creo que la maternidad esté resultando como ella había planeado.

Lisa se encogió de hombros

—Bueno, ella sabe dónde vivo —dijo con brusquedad—. Venga, vamos a comer algo, y después, a ver los fuegos artificiales.

Me sorprendió bastante su respuesta. Lisa me parecía alguien que se desvivía por todo el mundo. El desaire de Heather debía haberla molestado mucho.

Llena hasta arriba de perritos calientes y con otro vaso de Rocket Punch sin alcohol, me quedé mirando los fuegos artificiales y escuchando los chillidos emocionados de los niños. Después, me puse a dibujar corazoncitos y mi nombre en el aire con una bengala que aún tenía la capacidad de asustarme un poco conforme se quemaba hacia mis dedos.

La última familia que me quedaba por conocer era la del padre soltero, Robert, y sus dos gemelos, Alfie y Jack, a los que la mayor de Lisa, Tamsin, había estado poniendo ojitos toda la tarde.

—Ven a saludar a Robert —dijo Carole, guiándome decidida por el codo cuando se dio cuenta de que nuestros caminos aún no se habían cruzado—. Es soltero, como tú —añadió lo bastante alto como para que él la oyera—. Y no tengo ni idea de cómo se las arregla solo con esos dos chicos. Es un héroe absoluto.

Robert sonrió torpemente y Carole, pensando que su momento *Cita a ciegas* estaba sellado, se apresuró a asegurarse de que Graham no estaba disfrutando de demasiada libertad.

—Tú debes ser Kate —dijo Robert; su sonrisa era ahora algo más relajada.

—Sí —le respondí sonriendo—. Encantada, Robert.

—Por favor, llámame Rob —dijo antes de añadir apresuradamente —, y en realidad no estoy soltero.

—Está bien —le dije—, no voy a intentar pillarte para salir.

—No, no —dijo, alejándose avergonzado—. No estaba sugiriendo que quisieras eso.

Alcé las cejas.

—No quería que te hicieras una idea equivocada —añadió—. Tampoco es como si hubiera dado por sentado que lo harías, claro.

No dije nada.

—Dios —gimió—, lo siento. Déjame que te lo explique. Lo que quería decir es que no estoy soltero…

—Eso ya me lo has dicho —interrumpí.

—Estoy viendo a alguien —susurró, quitándose el sombrero—. Se llama Sarah. Trabajamos juntos.

—Qué bien —asentí.

A mí no me interesaba, pero, por la forma en que hablaba, parecía un secreto de Estado.

—Aquí no lo sabe nadie —dijo, yendo al grano—. Intento que Carole no se entere.

—Vale —me reí. Tenía mucho sentido—. Ya entiendo.

—Sarah es madre soltera como yo —se explayó, animado por mi reacción—, así que hay mucho en juego, y si Carole se entera de lo nuestro, me obligará a invitarla a cosas como esta y, sencillamente, no estamos preparados para una declaración tan pública.

Las palabras cayeron en un revoltijo y decidí que me caía bien Rob, con su afán por proteger a Sarah del escrutinio de Carole. Al captar mi comprensión, por fin se relajó.

—Lo siento mucho si te he parecido grosero.

—No pasa nada —dije, asintiendo en dirección a Graham mientras se escabullía de la vista de Carole en lo que parecía una maniobra bien practicada—. Ya me había dado cuenta de que es una fuerza que no se puede ignorar, así que entiendo el secretismo.

—Tiene buenas intenciones —se rio Rob—, pero a veces hace que sea difícil recordarlo.

—Ya lo veo.

—¿Ya te ha coaccionado para que ayudes con el proyecto del huerto?

—¿El qué? —pregunté, mientras nos acercábamos para ayudar a apilar platos y tazas.

—El proyecto del huerto —repitió—. Este verano pensamos que sería una buena idea poner en marcha un espacio de cultivo comunitario.

—Me parece una idea estupenda —dije, imaginándomelos a todos juntos cultivando sus propias calabazas y patatas. Aunque no quería

involucrarme en ello, por supuesto.

—Sí, bueno, por desgracia —suspiró Rob—, siento decir que solo es eso, porque aún no hemos encontrado un terreno adecuado.

—¿No hay parcelas disponibles?

Sabía que se habían vuelto muy codiciadas en los últimos años, pero no podía imaginar que en un lugar del tamaño de Norwich no hubiera al menos un huerto libre para un grupo de agricultores aficionados.

—Un par de sitios tienen parcelas vacías —explicó Rob—, pero todas están al otro lado de la ciudad y no son lo bastante grandes.

—Lo que queremos es algún sitio a poca distancia —tomó el hilo Harold, uniéndose a nosotros—. Algún lugar cercano que dé a todos la oportunidad de participar.

—Bueno, ¿qué tal aquí, en una parte del parque? —sugerí, pensando que había encontrado oro en mi primer intento—. Estaríais en casa y podríais vigilarlo desde la comodidad de vuestros sillones.

—Ya lo hemos intentado —dijo Graham, abandonando la pinta que había intentado disfrutar para ayudar a recoger. Me aparté mientras él le daba la vuelta hábilmente a una mesa de caballete y le plegaba las patas—. Pero el ayuntamiento dijo que no.

—¿Qué pinta aquí el ayuntamiento? —Fruncí el ceño.

—Al parecer, la responsabilidad de este trocito de hierba les fue traspasada cuando los Wentworth abandonaron Prosperous Place —explicó Harold—. No estoy seguro de si eso cambiará ahora que la casa está en otras manos.

—Quizá deberíamos preguntar —sugirió Rob—. Nunca se sabe, la venta puede marcar la diferencia.

—Me parece una buena idea —coincidí—. Desde luego, daño no hará.

—Así que te gusta cómo suena todo esto, ¿eh, Kate? —preguntó Harold, con los ojos brillantes de emoción—. ¿Te apuntas?

No había sido mi intención insinuar que me apetecía, pero, al mirar a mi alrededor y ver los rostros amables de los que ahora podía presumir de ser mis vecinos, me sentí mucho más integrada de lo que había esperado cuando le dejé a David la llave de la puerta de mi casa de Londres en el buzón. Sentí que algo cambiaba dentro de mí y me sorprendí a mí misma cambiando de opinión sobre mi deseo de mantenerme apartada del mundo.

—Sí —sonreí—. No veo por qué no. De perdidos al río, como decía mi abuela.

Tal vez, si abordaba el proyecto con suficiente entusiasmo, se convertiría en una excelente forma de mantenerme en forma y una

distracción para no pensar en David, todo en uno.

—Genial —dijo Rob, dando una palmada y haciéndome dar un respingo—. En ese caso, estoy seguro de que a Graham no le importará poner todo el papeleo en orden y hacértelo llegar. Tal vez puedas avanzar más con el ayuntamiento que nosotros.

# Capítulo 5

Unos días más tarde, y fiel a su palabra —o a la palabra de Rob, más bien—, Graham se plantó en mi puerta muy temprano con una carpeta de manila llena de papeles.

—Ya está todo dentro —me dijo, mientras retrocedía por el camino tras haber rechazado mi oferta de un café porque Carole estaba esperando para empezar a desayunar—. Las únicas personas que no han aportado nada son Glen y Heather, porque se mudaron después de que se enviara todo. Quizá quieras hablar con ellos antes de volver a empezar.

—Suponiendo que merezca la pena volver a ponerlo en marcha —le recordé—. ¿Estás seguro de que no quieres llevarlo tú mismo, Graham? Después de todo, es contigo con quien el ayuntamiento ha estado tratando hasta ahora.

Aún no estaba segura de cómo había acabado elegida como la residente más adecuada para defender la causa, sobre todo porque me acababa de mudar. Yo me apuntaba con gusto a sembrar algunas semillas, pero encabezar toda la campaña era algo totalmente distinto. Sin duda, Graham era el mejor candidato para continuar; estaba recién jubilado, seguro que tenía tanto tiempo libre que no sabía qué hacer con él; eso si Carole lo dejaba en paz dos segundos seguidos, claro.

—No —dijo negando con la cabeza—. Tengo más que suficiente con el trabajo que tengo en casa, pero, por favor, no hagas que parezca una causa perdida, Kate —añadió, cabizbajo—. Necesito algo que me haga salir, aunque sea un ratito cada día.

Su caso era muy sólido y confirmaba mis sospechas. Vi a Carole fisgando en su lugar habitual detrás de las cortinas del piso de arriba, sin duda, vigilando los progresos de su marido. Asumir el proyecto me daría algo más en que pensar aparte de en por qué David no había intentado al menos ponerse en contacto conmigo. No es que lo deseara, pero su buen comportamiento me había sorprendido y me había pasado demasiado tiempo pensando en ello.

—Glen se mostró muy entusiasmado cuando se lo mencioné el día que se mudaron —continuó Graham, volviendo a dirigir mis pensamientos hacia mi preocupación por Heather—. Pero desde entonces no he vuelto a hablar con él de ello.

—Ya veo.

—Si pudiéramos contar con él y con Heather, eso marcaría la diferencia a la hora de liberar el parque —añadió Graham—. Implicarlos significaría que *todos los* residentes querrían participar.

—Veré lo que puedo hacer —prometí, agitando la carpeta en dirección a Carole para que supiera que la había visto—. Empezaré esta semana.

—Genial.

—Tan pronto como haya tenido un momento para leerme todo esto. Eso y beberme una cuba de café.

No había dormido demasiado bien desde la fiesta de la hoguera y necesitaba un chute extra de cafeína para ponerme en marcha por las mañanas. Mi mente zumbaba y no solo porque mi teléfono había estado inquietantemente silencioso.

No importaba lo que intentara hacer, mis pensamientos seguían desviándose hacia Heather y todo lo que Glen había dicho sobre ella. Yo apenas había posado un pie en la plaza cuando Lisa ya estaba en mi cocina, estableciéndose como mi nueva mejor amiga y compartiendo su dudosa bollería y, sin embargo, a un par de puertas de distancia, Heather llevaba viviendo aquí bastante más tiempo, pero seguía sin formar parte en absoluto de la comunidad de Nightingale Square.

Lisa no me había dejado ninguna duda de que Heather se había buscado el aislamiento ella sola, pero ahora era una madre primeriza en apuros y no creía que hiciera ningún daño al intentar tenderle una mano amiga y ayudarla a sentirse menos como un pez fuera del agua y más como parte del acuario, igual que Lisa había hecho conmigo. Ojalá encontrara una manera de hacer que Lisa lo viera así.

***

—Entonces, ¿de verdad crees que tendremos más posibilidades de conseguir una parcela cerca de aquí si todo el mundo se apunta? —Lisa frunció el ceño desde su puesto tras la tabla de planchar en su acogedora cocina, más tarde aquella misma semana.

Ya había hojeado la mayor parte del contenido de la carpeta, pero me había tomado mi tiempo para leer las cartas que todos habían enviado al ayuntamiento para explicar por qué querían un espacio de cultivo que pudieran llamar colectivamente suyo. La de Lisa fue, con diferencia, la más apasionada. Y, aunque pueda sonar manipulador,

estaba utilizando su deseo de «reducir sus gastos en comida» y de «enseñar a sus hijos algunas habilidades esenciales para la vida» como la forma de convencerla para tratar de volver a convertirla en amiga de Heather.

—Definitivamente —asentí, cruzando los dedos—. Estoy segura de que podría marcar la diferencia.

—¿Y no lo dices para hacerme ir?

—Por supuesto que no —dije, fingiendo sorpresa ante tal sugerencia.

—Bueno, de acuerdo entonces —cedió—, pero, si vuelve a dejarme plantada en la puerta, no volveré una tercera vez.

No podía pedirle más.

Puesto que Tamsin no tenía colegio porque era día de formación de profesores, la dejó cuidando de Archie, que se estaba echando una siesta. Lisa y yo rodeamos el prado y subimos por el sendero hasta la puerta de Heather y Glen. Todo tenía un aspecto extraordinariamente elegante y volví a pensar en la promesa que le hice a Harold de arreglar mi propio jardincito. Me sorprendí pensando que no quería ser yo quien lo defraudara.

—Llama —resopló Lisa, convencida de que no íbamos a recibir una cálida bienvenida.

Los segundos pasaban despacio y me convencí de que no íbamos a recibir ningún tipo de bienvenida. Levanté un dedo para pulsar el timbre, pero Lisa extendió la mano para detenerme.

—Créeme —dijo con sabiduría—, un timbre es como la corneta del ejército cuando hay un bebé en la casa. No creo que sea propicio para las relaciones entre vecinos.

Por supuesto, tenía razón. Si Evie estaba dormida, lo último que querría su madre era que dos extrañas vinieran a perturbar ruidosamente su paz.

—Al diablo —dijo Lisa—. Venga, vámonos. Todavía tengo una enorme pila de ropa que no se va a planchar sola. Puedes volver a intentarlo más tarde, cuando Glen llegue del trabajo.

—No, espera —dije, señalando la puerta—. Mira.

Se veía una sombra que se movía en el pasillo y, cuando volví a llamar sin hacer ruido, se acercó y la puerta se abrió.

—Hola —sonreí—. Me llamo Kate, soy tu nueva vecina. ¿Eres Heather?

No podía creerme que estuviera haciendo esto. Durante todo el tiempo que pasé en Londres esperando para mudarme, había soñado con la paz, la tranquilidad y la intimidad y, sin embargo, aquí estaba, metiéndome en el salón de otra persona antes de haber terminado de

instalarme en el mío.

—Sí —dijo Heather. Sonaba un poco cansada y parecía agotada—. Hola. Glen me contó que te había conocido en la fiesta de la hoguera.

—Y yo soy Lisa —dijo Lisa, después de que le diera un codazo—. Nos conocimos hace unos meses —no pudo resistirse a añadir—: en esta misma puerta, de hecho.

Heather se ruborizó y por un momento pensé que iba a echarse a llorar.

—¿Podríamos entrar un momento? —pregunté enseguida, con la esperanza de evitar las lágrimas—. Te prometo que no te entretendremos mucho.

—De acuerdo —asintió Heather, abriendo más la puerta—. Pero tendremos que hablar en voz baja porque acabo de dormir a Evie.

—Vale —susurré, aliviada.

—¿Y os importaría quitaros los zapatos? Acabamos de cambiar las moquetas.

Lisa me dio un fuerte codazo en la espalda cuando me agaché para desatarme los cordones. Ella y Heather no se parecían en nada. Dada la cantidad de restos de Lego desparramados siempre por el suelo de Lisa, era mucho más seguro mantener el calzado en su sitio al cruzar el umbral de su casa.

—Y disculpad el desorden —añadió Heather, mostrándonos el salón, que era un remanso de paz, tranquilidad y pulcritud en tonos crema y gris suave—. Me temo que voy un poco atrasada con mis tareas domésticas.

Lisa y yo nos sentamos en el borde de lo que parecía un sofá con un tapizado muy caro mientras Heather iba a ver cómo estaba Evie.

—¿Qué desorden? —me siseó Lisa al oído—. Esta no ha visto el estado de mi salón. ¿Se está cachondeando? ¿Crees que tiene idea de que esta decoración no durará ni cinco minutos cuando Evie tenga edad para manejar un pincel?

Me llevé los dedos a los labios para hacerla callar, Heather podría oírla rezongar.

—Y te diré algo más —continuó, ignorando por completo mi silenciosa advertencia y alzando un poco la voz—, no me habría dejado entrar si no hubiera venido contigo.

—En realidad, sí —dijo Heather, apareciendo de repente por la puerta.

—Heather. —Salté, se me cayó la carpeta y los papeles se esparcieron por toda la moqueta recién aspirada—. Esta habitación es preciosa. ¿La habéis reformado entera? Y en cuanto a ir atrasada en tus tareas domésticas...

El cumplido era claramente demasiado. Se sentó en el sillón de enfrente y empezó a sollozar como si se le fuera a romper el corazón.

—Bien hecho —me dijo Lisa, mientras yo me esforzaba por recoger las cartas desparramadas y buscaba en vano un pañuelo en los bolsillos—. Ya, ya, cariño —le dijo a Heather en un tono sorprendentemente comprensivo mientras le pasaba su pañuelo—, sácalo todo. Te sentirás mucho mejor.

Pasamos la siguiente media hora escuchando a Heather desahogarse. Nos contó lo difícil que le estaba resultando la maternidad, el trabajo que suponía pasar la aspiradora y cómo sus amigas y compañeras de trabajo, ninguna de las cuales tenía hijos todavía y vivían en la otra punta de la ciudad, la habían ido apartando poco a poco, ya que no podía reunir la energía necesaria para quedar con ellas o retomar la vida que tenía antes de la llegada de Evie.

Lisa asintió, evidentemente empatizando con cada palabra, y cuando a Heather se le acabaron las lágrimas y se disculpó por haber sido tan estirada cuando la visitó, no perdió tiempo en darle un abrazo.

—No es tan fácil como lo haces parecer, ¿verdad? —Heather resopló—. Esto de la maternidad, quiero decir.

—Estoy segura de que no lo hago parecer fácil. —Lisa se encogió de hombros, pero me di cuenta de que estaba satisfecha.

—Sí que lo haces —la interrumpió Heather antes de que pudiera decir nada más—. Parecéis la familia Von Trapp al lado del desastre que soy yo.

—Vaya —dijo Lisa en voz baja—. Qué mal asunto.

—¿Qué?

—Compararse con otras personas.

—Estoy de acuerdo —dije—, y eso no solo se aplica a los distintos tipos de maternidad.

Había pasado demasiado tiempo obsesionada con la mujer por la que David me había roto el corazón y preguntándome si era todo lo contrario a mí o, peor aún, si era exactamente igual.

—¿Y qué diablos es todo esto? —preguntó Lisa, enarcando las cejas y al borde de la rebeldía.

—Pensé que podrían ayudar —dijo Heather, poniéndose roja como una remolacha mientras se mordía el labio.

—¿Y lo han hecho? —preguntó Lisa, hojeando la pila de libros de tapa dura, cuidadosamente expuestos en la mesita, en los que aparecían mamás impecables y niños contentos—. No me cabe duda de que habrían sido una contribución maravillosa para nuestra hoguera, pero ¿y para tu vida, Heather? ¿Has sacado algo útil de

verdad de sus páginas?

—No. —Heather tragó saliva cuando el sonido de Evie empezando a resoplar llegó a través del monitor que estaba al lado de los libros—. Para lo único que me han servido es para tonificar la parte superior de los brazos al cargar con ellos.

Todas nos echamos a reír y Evie empezó a llorar de verdad.

—Será mejor que vaya a verla —suspiró Heather con cansancio—. Hoy no se calma y no para de comer. Tengo los pezones en carne viva. Lo siento —sonrió—, demasiada información. De todos modos, estoy pensando en darle el biberón.

Empezaba a llorar de nuevo.

—Te propongo algo —sugirió Lisa, amable—, ¿por qué no vamos juntas y yo vigilo que coma mientras Kate pone la tetera? Conseguí amamantar a todos los míos, pero empezar fue complicado al principio. Puede llevar un tiempo.

—De acuerdo —asintió Heather, mostrándole el camino—. Gracias, Lisa.

Las dos estuvieron arriba lo que me pareció una eternidad, pero, cuando volvieron a bajar, Lisa llevaba a Evie en brazos y Heather sonreía. Intenté no mirar al hermoso bebé que llevaba en brazos y me pregunté si no me habría equivocado al llamar, aunque me alegré de que Lisa y Heather hubieran congeniado.

—Un pico de crecimiento —anunció Lisa, sentándose en el sofá, y me hizo señas para que mirara al bebé, que roncaba suavemente.

—No te pongas melancólica —le dije después de echarle un vistazo muy fugaz.

—No tiene mucho sentido —dijo, acariciando los deditos rosados de Evie—. John se dio el tijeretazo. Me hizo aceptarlo después de que me enamorara de Archie.

Sonaba bastante triste y me dio la impresión de que, si por ella hubiera sido, no habría dejado de tener hijos.

—¿Tienes hijos, Kate? —preguntó Heather, mientras empezaba a servir el té que yo había preparado.

—No —dije intentando sonar indiferente—. Y ahora estoy sola, así que no puedo ni imaginarme con una familia algún día.

—Conocerás a alguien —dijo Lisa—. Una chica guapa como tú no estará sola mucho tiempo.

—No lo creo —le dije—. David era mi oportunidad de ser feliz y la cagué. Los dos la cagamos —añadí.

—Creo que descubrirás que hay más de un príncipe azul en el mundo —se rio Lisa—. Y, de todas formas, Mark ya me había contado que el día que os conocisteis había un tío guapísimo en el súper que

no te quitaba el ojo de encima.

—Siento no haberte contado que estaba separada —dije, ignorando sus delirios sobre lo que Mark había dicho—. Dejé que tú y John y todos dierais por sentado que estaba felizmente casada cuando estoy de todo menos eso.

—Eso da igual. —Se encogió de hombros—. No es asunto de nadie, pero ten la certeza de que Carole sacará el tema en el momento más inoportuno.

—Mmm —coincidí, contenta de cambiar de conversación—. Es la típica vecina cotilla, ¿no?

—Pero tiene buenas intenciones —dijo Lisa, haciéndose eco de las palabras de Rob mientras volvía a mirar con cariño a Evie—. Su corazón está en el lugar correcto, aunque me duela decirlo.

Apenas podía creer lo que oía.

—¿Estás defendiéndola? —Fruncí el ceño.

Lisa era la última persona que habría esperado que defendiera a alguien como Carole, pero se negó a contestar.

—Calla —dijo mirando a Heather, que se había quedado profundamente dormida en la silla.

Hablando en voz baja en la cocina después de que Lisa hubiera vuelto a colocar a Evie en su moisés, decidimos no irnos antes de que su madre se despertara de nuevo. Estaba claro que Heather necesitaba una o dos amigas, y me sorprendí pensando que Lisa y yo podíamos encajar, aunque eso significara tener que arrullar a Evie.

Puede que las tres tuviéramos poco en común, más allá de nuestras direcciones, pero me dio la impresión de que todas nos necesitábamos por alguna razón y me di cuenta de que, al haber estado casada con David, me había perdido la oportunidad de entablar amistad con mujeres de mi edad. No solo porque sus amigos eran mucho mayores que yo, sino también porque siempre había existido la sospecha tácita de que mi querido marido podría mostrar demasiado interés por cualquier persona menor de treinta años que le presentara.

Me dolía pensarlo, pero quizá mi matrimonio no había sido el cuento de hadas perfecto que yo creía, después de todo. Me di cuenta de repente y empecé a ver con buenos ojos la posibilidad de pasar algunas noches en casa con una botella de vino y mis nuevos amigos.

—Seguís aquí —bostezó Heather casi una hora después, cuando el sonido de Evie resoplando de nuevo la sacó de su siesta.

—No queríamos irnos sin más —dijo Lisa.

—Sobre todo porque aún no te hemos dicho por qué hemos venido —añadí.

—Es agradable tener compañía —sonrió Heather, mientras se

levantaba y estiraba la espalda—. Algunos días aquí con Evie me pregunto si soy capaz de mantener una conversación con otro adulto que no sea Glen.

—¿Aún no has ido al grupo de juegos para padres y bebés? —preguntó Lisa—. Está carretera arriba.

Heather negó con la cabeza.

—En ese caso, ¿por qué no arreglas a Evie y luego damos un paseo rápido? —sugirió Lisa.

—Es una gran idea —intervine, mientras Heather empezaba a sacudir la cabeza de nuevo—. Será mucho más fácil explicarte fuera por qué hemos venido, y el aire fresco nos sentará bien.

—No sé —dijo, dubitativa.

Lisa apuntó directa al meollo del problema. Le contó a Heather que cuando tuvo a Tamsin no salió de casa durante semanas y que, como consecuencia, cayó en una profunda depresión de la que le costó mucho salir. Su franca confesión tocó la fibra sensible de nuestra nueva amiga, que enseguida recogió a su bebé y nos siguió al exterior sin decir ni una palabra más.

Si la hubiéramos dejado a su aire, seguro que no habría salido de casa en todo el día, posiblemente en toda la semana, pero no necesitó mucho rato al aire fresco de noviembre para recuperar el color y la energía.

—Sé que a Glen le encantaba la idea de cultivar verduras —me dijo cuando le expliqué el motivo de nuestra visita improvisada—. Pero ninguno de los dos tendría ni idea de qué hacer.

—Podríamos aprender todos juntos —le dije—, aunque tú ya sabes, Lisa, ¿no?

La carta de Lisa al ayuntamiento explicaba cómo solía ir al huerto con su abuelo cuando era niña.

—Creo que sí —dijo—. Hace tiempo que no cojo una pala, pero seguro que no lo he olvidado del todo. Solía ir al huerto familiar todos los fines de semana e incluso a veces después del colegio. Pensar en ello de nuevo me ha hecho darme cuenta de lo que mis hijos se están perdiendo, y, si todos colaboramos, no es una responsabilidad tan grande.

—Podríamos hacer una lista de turnos —dijo Heather, a quien le gustaba organizar las cosas. Se iba a llevar genial con Carole—. Así se riega y desbroza, pero la responsabilidad no cae entera en una sola persona.

—Suena muy bien —dije—, y vernos a todos tan de acuerdo seguro que le gusta al ayuntamiento. El parquecillo es precioso, pero creo que transformarlo en un huerto lo hará aún más popular.

—¡Mamá!

Todos nos giramos para ver a Tamsin de pie en el umbral con Archie retorciéndose en brazos.

—Será mejor que me vaya —dijo Lisa—. Tengo que bajar a la tienda a por leche antes de ir a por los niños al colegio y de planchar lo que me queda, y ese pequeño terror parece que necesita un poco de movimiento.

—Y yo quiero empezar a perfeccionar este expediente —añadí—. Cuanto antes nos pongamos manos a la obra, mejor.

—¿Estarás bien? —le preguntó Lisa a Heather. Estaba claro que el bienestar de nuestra nueva amiga era lo primero en lo que pensaba.

—Sí —asintió Heather—, de hecho, si te apetece la compañía, a mí tampoco me importaría dar un paseo hasta las tiendas.

Lisa me miró y me guiñó un ojo.

—Algo de compañía sería estupendo —sonrió—. Si quieres, te enseño dónde se reúne el grupo de mamás y niños.

Las vi alejarse, pensando que todos íbamos a sacar mucho más que zanahorias y cilantro del huerto. Un huerto comunitario llenaría nuestros corazones y mentes, además de nuestros estómagos, y yo estaba deseando disfrutar de los beneficios que podrían cosecharse de una o dos bocanadas de aire fresco.

# Capítulo 6

Como sabía por mi hermano cómo se trabajaba en el ayuntamiento de Wynbridge, era consciente de que no pasaría mucho tiempo antes de que el equipo de Norwich se distrajera con la Navidad, así que me dirigí a verlos el día en que Glen dejó su carta y la de Heather. Sin embargo, mi intento no tuvo ni de lejos el mismo éxito que mis esfuerzos por reunirnos a Lisa, a Heather y a mí y, a pesar de mi determinación por presentar nuestro caso con renovado vigor, nuestro reorganizado expediente cayó en saco roto.

—Todo se debe al legado Wentworth —dijo el joven tras el cristal protector, mientras entrecerraba los ojos ante el monitor de su ordenador—. Los residentes lo saben.

En mi opinión, parecía un niño de doce años y seguro que no tenía autoridad para considerar el asunto en absoluto. El pensamiento me molestó porque era *exactamente* el tipo de cosa que mi madre habría dicho, y no hacía mucho tiempo habría puesto los ojos en blanco ante su actitud; sin embargo, aquí estaba yo, comportándome igual.

—Pero no queremos arrancar las barandillas ni aparcar en el césped —volví a intentarlo—. Nuestros esfuerzos mejorarían el espacio. La plantación diversa mejoraría la fauna y no necesitaríamos almacenamiento ni agua porque está prácticamente en la puerta de casa.

—Exacto —saltó, devolviéndole la carpeta de papeles—, si está tan cerca de casa, ¿por qué no se centran en sus propios jardines?

—No lo estás entendiendo —dije, tratando de pasarle de nuevo el expediente—. Queremos un lugar donde podamos plantar juntos. Queremos que sea un proyecto comunitario y que el verde sea accesible para todos.

Todavía me asustaban mis palabras; todo esto lo decía la mujer que se había mudado a la plaza decidida a esconderse del mundo. El joven abrió la boca para contraatacar, pero una colega de aspecto severo vestida de *tweed* lo detuvo: lo empujó fuera de su asiento y dejó caer su sólido corpachón en su lugar. La silla giratoria gimió en señal de protesta.

—¿Representa usted a los residentes de Nightingale Square? —preguntó por encima de sus gafas.

—Sí —dije, incorporándome y reforzando mi determinación de que no me dejarían plantada ni un momento más—. Yo también

resido allí ahora y…

Asintió, volvió a coger la carpeta y se puso en pie.

—Acompáñeme —dijo, pulsando un timbre que me permitía acceder a los sagrados entresijos del Ayuntamiento.

—Gracias por su ayuda —le dije al joven, que ahora estaba muy rojo y no había sido de ninguna ayuda.

—El caso es que… —empezó la mujer, una vez nos hubo encerrado en un despacho sin ventanas—. Y esto queda estrictamente entre nosotras…

—Por supuesto —acepté, intentando no pensar en lo claustrofóbica que era la habitación.

—Esto es un embrollo.

—Cielos —dije—. ¿En serio?

—Sí —dijo, dejando la carpeta, y me ofreció una silla—. En serio. Y no hablo solo del parquecillo.

—Oh, cielos —volví a decir.

—Cuando la familia Wentworth abandonó Prosperous Place —explicó en voz baja—, se le pidió al consejo que asumiera la responsabilidad de ciertas áreas relacionadas con ella.

—Como el parque —interrumpí.

Ya lo sabía.

—Exacto —dijo—, y esa responsabilidad sigue vigente. En realidad no tenemos poder para conceder un cambio de uso. Nuestro trabajo solo es mantenerlo como está.

—Supongo que todos lo sabíamos, pero esperábamos…

—La única forma de que algo cambie —atajó— es que un descendiente directo del propio señor Wentworth vuelva a comprar Prosperous Place. Si eso ocurriera —añadió—, entonces la responsabilidad del parque volvería a la familia y podrían hacer lo que quisieran con él.

Suspiré.

—Bueno, no creo que eso vaya a ocurrir, a menos, claro, que formen parte de la empresa que ha presentado una oferta para destrozar lo que queda del lugar.

—Me temo que no —me dijo—. Por lo que he oído, no hay ningún pariente rico a bordo, así que el parque se queda en el redil del ayuntamiento.

—Qué pena —dije—, podríamos haber apelado a su sentido de los valores familiares.

—Bah —gruñó—. No creo que ese tipo de cosas existan ya, desde luego, no en este caso. No sabes ni la mitad de lo que está pasando.

—Sabemos que hay planes para convertir la casa en apartamentos —le informé—, y tengo que decir que estamos bastante horrorizados.

—Mmm —dijo, sacudiendo la cabeza—. Eso es solo la punta del iceberg. Hay planes para construir que no se limitan a la casa. Si todo sale adelante, los terrenos también serán engullidos. Quieren ampliar, ya ves. Aparentemente, la yuxtaposición de lo antiguo y lo muy moderno atraerá a quienes buscan una vida de ejecutivo en la ciudad.

—¿Quieres decir que van a levantar una construcción de acero y cristal y llamarlo progreso?

—Por lo que he oído —bufó—, eso es justo lo que esperan hacer.

Estaba consternada y, por su tono de desaprobación, ella también.

—Pero no pueden hacer eso así como así —protesté—. Sin duda, la historia asociada al lugar debería garantizar algún tipo de protección.

—Cualquiera lo creería, ¿verdad? —continuó—. Pero el edificio no está catalogado y mucha gente está a favor de los cambios. Según algunos, un desarrollo como este pondrá Norwich en el mapa.

Pensé en mi agente inmobiliario, Toby Fransham. Este era justo el tipo de desarrollo que le encantaría tener en sus libros. Haría que sus nuevas construcciones de alta tecnología quedaran a la altura del betún.

—Una historia de amor con el pasado —suspiró la mujer— no encaja con el tipo de futuro en el que la mayoría de la gente quiere invertir, me temo, y tampoco eres la primera persona a la que se lo digo hoy.

—¿De verdad crees que no hay ninguna esperanza?

Su expresión no era alentadora.

—Se van a llevar una desilusión —dije, pensando en algo más que en el parque.

—Lo sé —asintió, sacando un trozo de papel del bolsillo—, y no debería estar haciendo esto, pero, si me das tu número, te avisaré si me entero de algo más.

—Gracias —dije, sintiéndome demasiado desanimada para apreciar el riesgo que estaba corriendo—. No diré nada de esto a mis vecinos hasta que vuelva a hablar contigo.

—Así que —le dije al grupo de caras abatidas que me miraban—, en resumen, no vamos a conseguir nuestro huerto *y*, para empeorar las cosas, también es posible que perdamos nuestras preciosas vistas.

—No me lo puedo creer —dijo Mark, sacudiendo la cabeza.

—Pero todavía no ha pasado, ¿no? —contraatacó Rob, esperanzado—. Quiero decir, todavía hay una posibilidad de que no

suceda.

—Me han dejado muy claro —odiaba tener que decírselo a mis vecinos— que se está siguiendo todo el protocolo y, a menos que se produzca un milagro de aquí a Año Nuevo, Prosperous Place tal y como la conocemos está condenada.

Me había esforzado por evitar hacer el anuncio durante todo el tiempo que había podido, pero, ahora que estábamos en la cuenta atrás para la Navidad y Susan, la mujer del consejo, no me había ofrecido nada más útil que el nombre de los arquitectos en el tiempo transcurrido desde mi visita, tuve que ponerlos al corriente. A pesar de estar reunidos para disfrutar del calor del primer fuego en mi propia chimenea, seguía habiendo cierto frío en el aire, pero poco tenía que ver con el descenso de las temperaturas.

—Me sorprende que en tu trabajo no se hayan enterado de nada —le dijo Mark a su marido Neil, que por fin había conseguido salir de su despacho antes de las noticias de las diez.

Me había sorprendido bastante cuando Mark había aterrizado en el felpudo con Neil del brazo. Aún con su impecable traje de diseñador, pero con la corbata de seda desabrochada, Neil era todo lo contrario de su informal media naranja, que prefería el traje de faena, y me había muerto de vergüenza al darse cuenta Mark de mi sorpresa.

—Crees que juega en otra liga, ¿verdad? —había bromeado, mirando con adoración a su apuesto amado—. Estás pensando que soy su machote rudo.

—Ignóralo —dijo Neil, pasándome una maravillosa botella de champán ya frío—. Bienvenida a la plaza, Kate. Siento que no nos hayamos conocido antes.

Pero, por su cara, me dio la impresión de que deseaba que aún no nos hubiéramos conocido. Basándome en lo poco que le había sonsacado a Susan y en una oportuna conversación con Mark cuando fui a la panadería, hice algunas averiguaciones sobre el equipo de arquitectos que trabajaba en los planos de Prosperous Place y descubrí el nombre de Neil en la lista de empleados. Me había estado preguntando si diría algo al respecto cuando por fin nos encontráramos, pero al parecer no.

—Sí —dijo Lisa, captando lo que Mark había dicho—. Quizá podrías tantear el terreno, Neil. Intenta averiguar exactamente quién está detrás de esta burla.

Se salvó de tener que decir nada más cuando Evie empezó a llorar y fue imposible continuar la conversación con ella en la habitación. Desde luego, tenía unos pulmones decentes, pero Heather parecía mucho más feliz ahora que había vuelto a poner un pie en el mundo

real y sabía que tenía cerca amigas a las que recurrir.

—Creo que será mejor que volvamos a casa —dijo Glen por encima del barullo, mientras movía a su hija de arriba abajo en brazos y se dirigía al vestíbulo—. Siento interrumpir la fiesta, Kate.

—No te preocupes —le dije—, ojalá tuviera mejores noticias para vosotros.

—Has hecho lo que has podido —dijo Graham consoladoramente, mientras Carole seguía escudriñando los libros de las estanterías a la vez que comprobaba con disimulo si había polvo.

—Como tú —le recordé—. Por desgracia, nuestra conversión ecológica no está destinada a ser.

—Empezaremos a buscar otro sitio en Año Nuevo —dijo Harold con determinación—. Quizá deberíamos dedicar nuestros jardines delanteros a cultivar zanahorias en lugar de clemátides. Es lo que hicimos aquí durante la guerra.

Después de pasar horas limpiando y replantando mi diminuta fachada, no me apetecía mucho arrancarla y empezar de nuevo.

—Como has dicho, esperaremos hasta Año Nuevo —dije con firmeza—. Quién sabe lo que nos depararán los próximos meses.

—Olvídate de los próximos meses —dijo Lisa—. Me preocupan más las próximas semanas. La Navidad está al caer y, por si no lo habías deducido, eso significa locura en nuestra casa.

—¿Más locura de la habitual? —Rob se rio mientras se ponía el abrigo.

Me había dicho al llegar que no podía quedarse mucho tiempo porque había quedado con Sarah en la ciudad. Carole nos había pillado cuchicheando en el pasillo y parecía muy contenta, pero, a pesar de mi enfado, no había dicho nada para descubrirlo.

—Cabrón insolente —rio Lisa antes de añadir, pensativa—: Sí, en realidad, mucha más locura.

—¿Estás preparada, Kate? —preguntó John—. ¿Te apetece pasar las Navidades con nuestra loca prole?

—Ojalá me lo hubieras preguntado ayer —le dije con un suspiro.

—¿Habría habido alguna diferencia? —preguntó Lisa—. Estás a solo dos puertas. No puedes escapar de nosotros con tanta facilidad.

—Me temo que estas Navidades voy a estar bastante más lejos —le expliqué.

—¿Qué quieres decir?

—Mi madre llamó anoche. —Tragué saliva—. Me ha convencido para que vuelva a Wynbridge unos días.

Todavía no estaba del todo convencida de que fuera a ser una buena idea. Las Navidades anteriores las pasé en casa porque las cosas

con David habían ido muy mal y había sido un buen tónico distraerme ayudando en el Cherry Tree Café y con mis sobrinos, pero este año era diferente. Todo estaba firmado, sellado y clasificado. Tal vez debería haber rechazado a mamá y haberme puesto a crear nuevas tradiciones y rutinas navideñas, pero ya era demasiado tarde. El trato estaba hecho.

—¿No puedes decir que has cambiado de opinión? —sugirió John.

Lisa chasqueó la lengua lo bastante alto como para que todos la oyeran, incluso por encima de los lamentos de Evie.

—¿Te dejaría *tu* madre faltar a todo lo que preparase en Navidad? —lo regañó.

—Hum —dijo con cara de vergüenza—. Ya, entendido.

—No estaré fuera mucho tiempo —los tranquilicé—. Volveré a tiempo para celebrar el Año Nuevo.

—Bueno, ya es algo —dijo Lisa, que me había comentado en más de una ocasión que la fiesta en nuestra pequeña zona de Norfolk era algo que no había que perderse—. Quiero asegurarme de que entras en el nuevo año con buen pie, ¡ya me entiendes!

Sabía a qué se refería, pero no estaba muy convencida de que un trozo de carbón y un trago de *whisky* fueran a bastar para enderezar mi vida.

# Capítulo 7

Tengo que admitir que me resultó reconfortantemente familiar cruzar el puente sobre el río Wyn y aparcar en la plaza del mercado. Sentada en el coche que había alquilado para la ocasión, vi a Jemma y a su socia, Lizzie Dixon, limpiando las mesas del Cherry Tree Café.

Aquella pequeña cafetería había sido el sueño de Jemma desde que tengo memoria, y con el apoyo de su marido, mi querido hermano Tom, y con su mejor amiga convertida en colega trabajando incansablemente a su lado, pronto se había hecho realidad, y ahora era uno de los restaurantes diurnos y talleres de artesanía más populares de la zona.

Nunca antes había sentido celos de Jemma, así que no me importó mucho la punzada que sentí deslizándose sigilosa en la base de mi vientre, pero mi querida cuñada en realidad lo tenía todo. Un marido leal y cariñoso, dos hijos adorables y un negocio próspero la convertían, al menos a mis ojos, en la mujer más afortunada, y sus éxitos sobresalientes mostraban mis propios fracasos estrepitosos en impecable alta definición.

En el momento en que reconocí y dejé a un lado este sentimiento cáustico, me di cuenta de por qué esas Navidades iban a ser mucho más duras que las anteriores. El año pasado me había hecho ilusiones, aferrándome a la creencia de que me había sumergido voluntariamente en todas las actividades festivas que mi madre me había echado encima, pero lo que en realidad había estado haciendo era actuar en piloto automático.

El modo en que me sentía ahora, mientras observaba a Jemma de un lado para otro, contrastaba fuertemente con el del año anterior, porque entonces había estado entumecida. Había hecho todo lo posible, cumpliendo todos los requisitos y dejando que todo el mundo pensara que tenía las cosas bajo control, cuando en verdad me había enterrado en una montaña de pasteles de carne para no tener que enfrentarme a la realidad de lo que me esperaba en Londres. Tal vez el despertar de mis sentimientos fuera una señal positiva, aunque se inclinaran del lado de la maldad.

De repente, un golpe seco en la ventanilla del copiloto me sacó de mis divagaciones.

—¿Te vas a quedar ahí sentada toda la noche o piensas venir a saludar?

—Por Dios, Tom —lo reñí, llevándome la mano al pecho cuando abrió la puerta y se inclinó hacia dentro—. ¿Estás tratando de acabar conmigo o qué?

—Bueno, eso no lo sé —sonrió—, pero pareces la hostia de contenta comparada con la última vez que te vi, en septiembre.

No me extrañaba, teniendo en cuenta que acababa de darme el susto de mi vida y que toda la sangre se me había subido a la cara, pero aun así me tranquilizó oírselo decir, y el alivio en su tono sugería que él sentía lo mismo. Si él pensaba que me parecía más a mi antiguo yo, mamá no tendría mucho de qué quejarse y, por lo que a mí respecta, cuantos menos problemas tuviera que afrontar durante los próximos días, mejor.

—Claro que sí —le dije—. He seguido adelante, ¿no? Y, como todos sabemos, el tiempo lo cura todo.

—Y una mierda —respondió con una sonrisa en los labios.

—Ya —acepté, aunque me dolía hacerlo. En verdad era una gilipollez.

No había un solo día en el que no echara de menos a David, en el que el recuerdo de sus fuertes brazos rodeándome no me doliera, en el que no me preguntara qué habría pasado si me hubiera guardado mi culpa, si hubiera visto más allá de su mal comportamiento, si hubiera sacrificado mis anhelos y hecho un esfuerzo conjunto para intentar arreglar nuestro matrimonio.

El tiempo había curado muy poco el profundo dolor y el vacío, y tampoco me había purgado de la responsabilidad que arrastraba porque creía que había sido yo quien lo había empujado a hacer lo que hizo. El matrimonio había sido cosa de los dos, pero romperlo, convertir el cuento de hadas en una historia de terror, había sido cosa mía y, en consecuencia, lo había pagado yo.

Tragué saliva y respiré hondo, obligándome a pensar en mi pequeño hogar y en la vida que me estaba labrando con la ayuda de mis nuevos amigos. Sabía que tenía suerte de vivir en Nightingale Square. Estaba más asentada de lo que jamás hubiera imaginado, y sorprendentemente agradecida a los vecinos de los que en un principio había pensado distanciarme, pero ahora era Navidad, y la Navidad era capaz de hacer cosas raras incluso a las personas más sensatas cuando se encontraban solas en una cama de matrimonio y preguntándose qué podría haber sido.

—¡Mira a quién he encontrado! —gritó Tom cuando cruzamos el umbral de la cafetería y la campana de la puerta anunció con entusiasmo nuestra llegada.

—¡Kate! —chilló Jemma, saliendo a la carrera de la cocina y

dedicándome una sonrisa que no estaba segura de que ella hubiera creído que me merecía de haber estado al tanto de mis pensamientos anteriores.

Tenía las manos llenas de burbujas y se las secó en su delantal con motivos de magdalenas antes de darme un fuerte abrazo.

—Dios, te he echado de menos —dijo, dando un paso atrás para escrutar mi tez igual que había hecho Tom.

Esto era algo que sabía que me iba a pasar mucho y me alegré de haber tenido la previsión de meter en la maleta mi colorete y mi iluminador. El contenido de mi neceser de maquillaje me garantizaba un aspecto saludable y sonrosado, aunque en el fondo me sintiera destrozada.

—Tienes buen aspecto —asintió Jemma. En su voz se percibía el mismo tono de alivio que se había deslizado en la de Tom—. ¿No está genial, Tom?

—Desde luego —coincidió.

—Me encuentro bien —les dije a los dos, haciendo todo lo posible por sonar convincente mientras aspiraba una bocanada de aire especiado con aroma a canela.

Físicamente estaba en plena forma, y no tenían por qué enterarse de la agitación que seguía rebotando en mi cabeza en cuanto me quedaba quieta y callada durante más de un minuto.

—Y estoy deseando pasar unas Navidades en familia llenas de diversión.

Tom puso los ojos en blanco.

—Más gilipolleces —sonrió—, pero como estoy seguro de que habrás deducido, mamá ha tirado la casa por la ventana.

—Y tanto —suspiró Jemma, sin apartar los ojos de mi cara—. Personalmente —añadió, sonando más que un poco preocupada—, no puedo evitar pensar que podría haber tirado cien casas por la ventana.

En cuanto Lizzie atravesó la cortina de cuentas, el ambiente volvió a ser el de antes, pero las palabras de Jemma rondaban incómodas en mi cabeza, y esperaba que mamá no se hubiera excedido demasiado en sus esfuerzos por intentar que disfrutara de mis pocos días en casa. No estaba segura de tener la energía suficiente para mantener una sonrisa durante tanto tiempo sin parecer una maníaca.

—Hola, Lizzie —sonreí—. Vaya, estás increíble. ¿Vas a algún sitio especial?

—Ben y yo vamos a salir una noche por Peterborough —explicó, mientras se alisaba la falda del vestido estampado con acebo y muérdago—. Han pasado años desde que tuvimos una cita de verdad.

—Bueno, pasadlo bien —dijo Jemma—, y no os apresuréis por la

mañana porque Angela ha prometido venir a cubrir las primeras horas.

—Fantástico —dijo su amiga, mientras se ponía el abrigo, con sus rizos rojos alborotados—. Me hace *muchísima* ilusión. Los grilletes del matrimonio hay que engrasarlos de vez en cuando, ¿no? —añadió, arrugando la nariz—. De lo contrario, se pueden oxidar.

Las palabras habían salido de su boca antes de que recordara que pronto me divorciaría y que mis propios «grilletes» se habían oxidado y ahora eran completamente inútiles.

—Oh, Dios, lo siento mucho, Kate —murmuró, con las mejillas tan sonrojadas como su vibrante cabellera.

Por suerte, su incómoda disculpa se vio interrumpida por la llegada de su pareja, Ben.

—Os acompaño hasta el coche —dijo Tom, empujándolos hacia la puerta—. Tengo que volver a la oficina.

—Pero no tardes —gritó Jemma tras él—. Tenemos que recoger temprano a los niños de casa de tus padres, y seguro que Kate está deseando instalarse en su antigua habitación.

Cuando todos se hubieron marchado, la seguí hasta la cocina para que pudiéramos seguir charlando mientras ella terminaba de ordenarlo todo.

—Siento mucho lo que ha dicho Lizzie. —Se sonrojó con los ojos fijos en la pila.

—Está bien.

—No se acordaba...

—Jemma —la interrumpí—, está bien. De verdad.

—De acuerdo —asintió.

—Entonces, vamos —dije, deseosa de cambiar de conversación—, cuéntame qué ha estado haciendo mamá. No tiene un montón de solteros locales puestecitos en fila para hacerme elegir, ¿verdad? ¿O me ha apuntado a la próxima temporada de *First Dates*?

Al parecer, el humor sobre las relaciones urbanas se había convertido en mi configuración por defecto. Solo para demostrar que de verdad no me importaba lo que había pasado, bromeé sobre mi casi soltería, y puede que tal vez estuviera engañando a Jemma, pero no me engañaba a mí misma.

—No —dijo Jemma, sonando sorprendentemente más reservada de lo que hubiera esperado—, nada parecido.

—Bueno, eso es un alivio —dije, alegre—. Puede que vuelva a estar casi soltera, pero aún no estoy preparada para saltar a los rigores de otra relación.

¿Por qué estaba parloteando? ¿Por qué estaba contradiciendo mis

ideas sobre el «único amor verdadero»? Sabía que nunca volvería a encontrar el amor, así que ¿por qué me empeñaba en sugerir lo contrario?

—Estoy disfrutando mucho de mi tiempo libre —añadí como una tonta, por si acaso, y mi voz chillona se fue apagando poco a poco junto con mi entusiasmo.

—Pero ¿echas de menos a David? —soltó Jemma, sin dejar de mirar el fregadero—. Incluso después de lo que hizo, ¿sigues sintiendo algo por él?

Su pregunta fue inesperada y sentí que el corazón se me encogía, que la cruel correa que el engaño de David había puesto a su alrededor volvía a apretarlo. Había habido momentos en los que casi me había acostumbrado a vivir con ella, pero la pregunta de Jemma fue un doloroso recordatorio de que seguía ahí, esperando a hacerse notar cuando se la estiraba un poco más de la cuenta.

—Claro que lo echo de menos —dije con las palabras atascadas en la garganta.

—Pero ¿quieres que vuelva? Si lo sintiera de verdad, ¿volverías a intentarlo?

Justo este era el tipo de momento en el que desearía haber compartido todos los detalles de lo que había sucedido. Si Jemma lo supiera, no habría preguntado.

—Lo siente de verdad —le dije, nerviosa—. Me lo ha dicho un millón de veces, pero que lo sienta no evitará que vuelva a cometer el mismo error, ¿no crees? Quiero decir, has conocido a David, ¿verdad, Jemma? —continué en mi papel de castigadora, que había adoptado cuando discutía la situación con alguien—. Estamos hablando del mismo Lotario sin domar con el que me casé hace unos años, ¿no?

—Lo siento —dijo, sacudiendo la cabeza—. No debería haber dicho nada.

—No pasa nada —le dije, aunque no fuera verdad—. Solo eres una romántica de corazón, como era yo. Quieres que todo el mundo encuentre su «felices para siempre», pero, por desgracia, no he tenido tanta suerte como tú. Mi príncipe azul resultó ser solo una rana un poco mayor, después de todo.

Afortunadamente, Nochebuena, Navidad e incluso el día de San Esteban transcurrieron sin incidentes, y supe que mi punzada inicial de celos hacia Jemma no era más que una señal de que mis emociones se estaban despertando de nuevo. Cuando los esfuerzos bienintencionados de mi madre por animarme y alimentarme se hacían demasiado pesados, me iba a dar un paseo por la ciudad y

pasaba mucho tiempo pensando en Nightingale Square y en lo que estarían haciendo sus habitantes. La verdad era que estaba deseando volver.

Había dejado instrucciones estrictas a Lisa para que me llamara si no había aparecido antes del día veintinueve con el pretexto de alguna emergencia doméstica inventada, una tubería rota o algo parecido, que me allanaría el camino para dejar Wynbridge sin alboroto. Sin embargo, la noche del veintisiete, justo cuando estaba a punto de caer en un sopor inducido por el pavo y el *curry*, me di cuenta de que debería haberle dicho que llamara mucho antes.

—Sabes que tu madre tiene buenas intenciones, ¿verdad, Kate? —me asustó mi padre, mientras recogíamos juntos los platos de la cena—. Y que te quiere mucho.

—Oh, papá —gemí—. ¿Vas a decirme lo que ha hecho? Sé que hay algo.

Ese mismo día me había acorralado en la cocina y me había sometido a un aluvión de preguntas que no eran muy distintas de las que Jemma me había hecho la noche de mi llegada. Papá abrió la boca para iluminarme, pero el timbre le arrebató las palabras.

—Yo voy —dijo mamá, bajando las escaleras en una nube embriagadora de Dior y con un vestido que no había visto antes.

—No —dije—, ya voy yo.

La sólida silueta del que pronto sería mi exmarido era inconfundible y, al abrir la puerta, maldije a mi corazón traidor, que empezó a golpearme el pecho de la misma manera que el primer día que nuestros caminos se cruzaron.

—Kate —jadeó David, sus ojos azules se abrieron de par en par y se le fue el color de la cara cuando salió de detrás del gigantesco centro floral festivo que tenía delante—. No tenía ni idea...

Nunca había sido capaz de mentir, sobre todo cuando lo pillaban desprevenido, y no tenía motivos para creer que le hubieran dado ninguna pista de que yo iba a estar allí. Era cosa de mi madre, aunque no entiendo por qué él había aceptado su dudosa invitación.

—David —suspiré, abriendo un poco más la puerta para que pudiera rodearme y entrar—, igualmente.

El aroma familiar de su loción de afeitado casi me dejó sin aliento cuando pasó junto a mí, y cerré los ojos, dejándome absorber por él. Por alguna razón inexplicable, mi madre había decidido tirar los dados en mi juego de la vida y enviar mi cabeza y mi corazón directos a donde habían estado en verano.

No tenía ni idea de por qué lo había hecho, pero sabía que tanto Jemma como papá estaban al tanto de su intromisión y me sentía tan

furiosa con ellos, por no ponerle freno, como lo estaba con ella. Una vez más me encontré deseando haberles contado toda la historia de lo que había pasado entre David y yo.

—David —dijo mi madre, mirando ansiosa de él a mí—, qué alegría verte.

De repente, no parecía tan segura de sí misma, y yo esperaba que se hubiera dado cuenta del caos que había provocado, aunque tuviera «buenas intenciones», como papá y todos los demás seguían sugiriendo.

—Son para ti —balbuceó David, tendiéndole las flores con manos que no parecían muy firmes.

—Gracias —sonrió—. Qué bonito. ¿No son hermosas, Kate?

—¿Qué haces aquí, David? —exigí.

No me costó nada prescindir de las sutilezas e ir al grano.

—Pues... —empezó, metiéndose las manos en los bolsillos—. Me invitaron.

—¿Por qué, mamá?

—Pensé que estaría bien que estuviéramos todos juntos —dijo, y se mordió el labio—. Es Navidad, después de todo.

Me pregunté qué pensaría el niño Jesús de las intromisiones que se producían en todo el mundo con la excusa de que era su cumpleaños.

—No tenía ni idea de que ibas a estar aquí, Kate —dijo David rápidamente—. Nunca habría aceptado venir de haberlo sabido.

—¿Y por qué aceptaste?

—Quería disculparme. —Tragó saliva—. Quería explicárselo a tus padres en persona.

—Pero ¿por qué creías que tenías que hacerlo? —pregunté, encogiéndome de hombros—. No estás... —Me detuve para corregirme —. *No estabas* casado con mis padres. Estuviste casado conmigo, y me has contado en más de una ocasión cómo y por qué no podías mantenerla dentro de los pantalones. ¿O estás aquí para contarles *todo lo* demás?

No solía dar rienda suelta a mi lengua. Dada la peligrosidad de lo que podía soltar, lo había mantenido bajo control durante meses, pero la visión de David de pie en el salón de casa de mis padres tuvo un efecto aterradoramente perjudicial en mi capacidad para callarme.

—¡Kate!

La intervención de mi padre me paró en seco. Cerré los ojos y respiré hondo mientras el suelo se balanceaba un poco bajo mis pies. No necesitaba un recordatorio en vivo y en directo de lo que había tirado a la basura. No hacía falta llenar el depósito de la culpa ni pensar en lo que había desperdiciado. Yo era más que capaz de

conjurar ambas cosas por mí misma, pero por alguna loca razón mamá había considerado oportuno proporcionármelas de todos modos.

—Me voy al bar —espeté, cogiendo mi bolso, y me obligué a no golpearla con él en la cabeza—. Feliz Navidad, David.

# Capítulo 8

Lejos de ser el santuario de paz que había esperado, La Sirena estaba abarrotada de juerguistas postnavideños, todos con sus nuevas prendas de punto grueso, pero me las arreglé para pasar desapercibida y me hice con una mesa que no fuera visible desde la puerta. Me senté de espaldas a la jovial multitud, bebiendo una copa de vino y tratando de ordenar mis dispersos pensamientos.

El año siguiente, me prometí mientras bebía un sorbo largo y nervioso, correría el riesgo de disgustar a mi familia y seguiría mi instinto y mi corazón, y celebraría la Navidad con Lisa, Heather y todos los demás en Nightingale Square.

—¿Kate?

Se me erizaron los pelos de la nuca.

—¿Qué?

Me negué a darme la vuelta.

—Lo siento mucho.

—Si lo hubiera pensado antes, habría hecho imprimir eso en una camiseta y te la habría enviado a través de Papá Noel.

—¿Puedo sentarme?

Me encogí de hombros.

—Tu madre no me había dicho que ibas a estar allí, en serio.

—Pero me atrevo a decir que lo suponías de todos modos, ¿no, David? —dije, y le di un trago al vino. No respondió—. Pero a mí me da lo mismo. —Me encogí de hombros—. Si quieres pasar las vacaciones con mi familia, adelante. Me voy por la mañana, así que puedes quedarte con mi habitación si quieres.

—Kate, por favor, no seas así.

—Bueno, ¿cómo esperas que sea?

—Así no —dijo, sonando exasperantemente desconcertado—. Cuando te fuiste en octubre pensé que estábamos bien. Pensé que al menos nos habíamos separado en términos amistosos.

Y lo habíamos hecho. No había habido destrucción de posesiones ni langostinos en los postes de las cortinas para que atrajeran a las moscas, así que no podía descartar su confusión. Sin embargo, había supuesto que nuestra cortés despedida había sido definitiva o, en su defecto, la última durante al menos una buena temporada. Pero ahora, solo unas semanas después, aquí estaba, con su aroma delicioso y tan encantador como siempre.

—Amistoso o no —espeté—, eso no es justificación para aparecer y estropearme la Navidad, ¿no crees?

—No era mi intención estropearte nada —suspiró.

—Por supuesto —dije, dándome una palmada en la frente—. Se me olvidaba, has vuelto para irte de tu sórdida lengua, ¿no? ¿De verdad pensabas contárselo todo a mis padres?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Probablemente no.

—Así que estabas mintiendo. Otra vez —resoplé.

—No —dijo, sentándose por fin en la silla frente a la mía—. Me ha sorprendido tanto verte que he dicho lo primero que se me ha ocurrido.

—Una mentira.

—Ha sido una agonía no verte —continuó, ignorando mi mordaz respuesta—. No poder siquiera hablar contigo por teléfono ha sido una tortura.

—¿De verdad? —pregunté, odiándome por dejar que se me escaparan estas palabras. Odiando el hecho de que todavía me importaba.

—De verdad —dijo—. Me ha estado matando, Kate.

Me alegraba de una forma muy molesta que le resultara tan difícil mantener las distancias. Me había parecido que él no luchaba en absoluto contra mis condiciones, así que era bueno saber que había dejado una marca en su corazón que de alguna manera igualaba la profundidad de la que él había grabado en el mío.

—He intentado sonsacar a esa procuradora tuya —admitió cuando no respondí—, pero no se quiebra. Todavía no sé a dónde te has mudado.

Le di otro trago al vino, ansiosa por desterrar todos los pensamientos sobre las muchas tácticas seductoras de su arsenal a las que podría haber recurrido para derribar sus defensas, y me recordé que ella era una profesional, una mujer de principios con una moral firme.

—Y no hay absolutamente ninguna razón para que lo hagas —dije, y vacié la copa antes de dejarla de nuevo sobre la mesa.

—Te echo de menos, Kate.

—Bien.

—¿Me echas de menos?

¿Por qué me lo preguntaba todo el mundo?

—Claro que te echo de menos —le respondí—. Has formado parte de mi vida durante Dios sabe cuántos años y ahora no estás.

David pareció animado por mi confesión y enseguida me eché atrás para que no se hiciera una idea equivocada.

—Pero también echo de menos la cafetera exprés —le dije—, y esas galletas recubiertas de azúcar de Fortnum's.

—Puedes pedir esas cosas por internet —dijo, deslizando su mano por la mesa hasta que las puntas de sus dedos tocaron los míos—. Puedes reemplazar ambas cosas con facilidad, pero no puedes reemplazarnos a nosotros.

Me senté y me puse las manos en el regazo.

—No tengo ningún deseo de sustituirnos —dije, muy rígida—. Ni de pegar los pedazos que quedan de nosotros. No se puede arreglar lo que está roto, David.

—Pero se puede —dijo. Su voz era ansiosa mientras sus ojos buscaban los míos—. Puedes volver a pegar las cosas y hacerlas aún más fuertes de lo que eran antes si lo quieres de verdad.

El vino estaba haciendo papilla mis pensamientos y había una voz diminuta pero decidida en mi cabeza que me decía que al menos debía considerar esa sugerencia durante unos minutos. No debería descartar la idea sin antes darle una vuelta.

—Podríamos crear un nuevo vínculo —dijo, tentador—. Un vínculo tan fuerte que esta vez sea imposible de romper.

—No estamos hablando de una pieza de orfebrería que vas a restaurar para un cliente —resoplé, tratando de no dejarme llevar por la visión de nosotros renovando nuestros votos en alguna playa lejana.

—Lo sé —dijo—. Y sé que no quieres arriesgar tu corazón de nuevo, Kate, pero por favor, al menos piénsalo. Esta es la verdadera razón por la que he conducido hasta aquí con la esperanza de verte.

Sacudí la cabeza.

—Podríamos hacer borrón y cuenta nueva, empezar de cero. No volvería a hacerte daño si me dieras una segunda oportunidad. Esta vez cuidaría de ti como es debido. Quizá… —añadió—, quizá incluso podríamos tener esa conversación sobre los niños.

Si no hubiera estado ya sentada, me habría caído. El hombre que siempre había insistido en que un bebé no formaba parte del trato ahora lo utilizaba como herramienta de negociación para intentar reconquistarme. No estaba segura de cómo me sentía al respecto. ¿Había olvidado que fue su deseo de no hablar de formar una familia lo que lo llevó a reafirmar su independencia en brazos de otra mujer? Si todo eso se le había olvidado, sin duda necesitaba recordarlo.

—Necesito otra copa —dije, apartando la silla.

—Yo te la traigo —dijo, rebuscando en sus bolsillos antes de levantarse de un salto y estirarse para coger mi copa—. Piensa en lo que te he dicho y, si esto está en tu dedo para cuando vuelva, entonces seré el hombre más feliz del planeta.

Bajé la mirada hacia mi alianza y luego lo vi caminar hacia la barra. Observé lo rápido que llamó la atención de la guapa y joven camarera, a pesar de que ya había al menos media docena de clientes esperando. Vi todo el intercambio. David se portó muy bien. No flirteó, no dejó una propina escandalosa, no se quedó a charlar, pero nada de eso alteró el hecho de que lo observaba como un halcón.

No había podido apartar los ojos y sabía que, si me permitía volver a nuestro matrimonio, con bebé o sin él, me iba a enfrentar a toda una vida de vigilancia. De vigilancia para asegurarme de que no volviera a las andadas y esperando a ver si esas «andadas» se convertían en algo más serio. No creía que pudiera aguantar esa tensión tanto tiempo. No creía que quisiera hacerlo y, desde luego, no quería hacerlo con un niño a cuestas. Puede que anhelara todo lo que conlleva el matrimonio perfecto, pero no era tan estúpida como para pensar que tener un hijo iba a ser la panacea.

—No te preocupes por esa bebida —dije, recogiendo rápidamente mis cosas antes incluso de que los vasos estuvieran sobre la mesa—. He cambiado de opinión.

—Pero creía que te alegrarías —dijo David, mirando del anillo a mí y viceversa, con el ceño fruncido por la confusión—. Pensé que esto era lo que habías querido todo el tiempo...

—Sé lo que pensabas —interrumpí—, y lo era, pero no es lo que quiero ahora. No puedo arriesgarme a darte una segunda oportunidad, David, y si por una vez piensas en todo desde mi punto de vista y no desde el tuyo, entenderás por qué.

—Pero ¿qué pasa con tu «felices para siempre»? —suplicó—. Es lo que siempre dijiste que estábamos creando.

—Empiezo a pensar que soy demasiado mayor para creer en cuentos de hadas. —Tragué saliva, decidida a no llorar delante de él—. Además, es muy posible que me hayas robado el mío.

Hice las maletas antes de acostarme aquella noche, sabiendo que no iba a pasar allí tanto tiempo como para que Lisa tuviera que llamarme y hacerme emprender el viaje de regreso a Nightingale Square. Si no hubiera sido por el gran vaso de vino que había bebido en el *pub*, ni siquiera habría esperado hasta el amanecer, pero no iba a arriesgarme, encima, a dar positivo en una prueba de alcoholemia.

—¿Te vas? —dijo mamá, cuando aparecí en la mesa del desayuno con la maleta a cuestas—. No puedes estar pensando en irte ya.

Habíamos tenido un tenso intercambio de palabras cuando volví del *pub* y le había advertido de que me iría antes de lo previsto, pero al ver la decepción en su rostro supuse que pensaba que lo consultaría

con la almohada y cambiaría de opinión.

—Sí que puedo —le dije sin rodeos—. De hecho, creo que es lo mejor.

—¿No vas a decir nada? —le preguntó a mi padre.

Y, en efecto, no dijo nada hasta que me ayudó a llevar las maletas al coche.

—Intenté avisarla —dijo—. Le dije que era una mala idea, pero se le había metido en la cabeza que bastaba un empujoncito en la dirección correcta para que todo volviera a ser como antes. Que era...

—Navidad —terminé por él.

—Eso es.

—Sé que lo hizo con la mejor de las intenciones —suspiré—, pero estoy demasiado enfadada para decírselo ahora mismo. No quiero que se vaya de rositas.

—Por supuesto —dijo, tirando de mí en un abrazo que amenazaba con desatar más lágrimas que el resto de las Navidades juntas—. Le dije que no se lo agradecerías, pero pensó que sabía lo que se hacía.

Asentí, pero no conseguí que las palabras se saltaran el nudo que tenía en la garganta.

—Tal vez si se lo contaras todo, Kate —continuó—. ¿Quizá, si supiera todo lo que pasó, estaría más dispuesta a dejarlo estar y permitirte seguir adelante?

Me zafé de su abrazo y parpadeé para contener las lágrimas.

—¿Qué quieres decir?

—No hace falta ser un genio para darse cuenta de que había algo más detrás de tu decisión de dejar a David, cariño —dijo suavemente, sacudiendo la cabeza—. Lo que sea que haya hecho ese marido tuyo, debe haber sido la hostia de malo.

—¡Papá! —Él nunca decía palabrotas, ni siquiera de las flojitas.

—Porque sé, todos lo sabemos, que lo querías con todo tu corazón. Debió ser algo mucho peor que un ligue de una noche de borrachera para que te fueras para siempre.

Di un paso adelante y deposité un beso en su mejilla.

—Gracias, papá —dije un poco ronca—. Te llamaré cuando vuelva.

Me detuve en un área de descanso a las afueras de la ciudad y le envié un mensaje rápido a Tom, explicándole por qué me había ido antes de tiempo y pidiéndole que se disculpara con Jemma y los niños, y luego le envié otro a Lisa con la esperanza de que tuviera tiempo de ir a casa y subir un poco el termostato.

Me había calado un frío en los huesos que no podía calentarme por mucho que subiera la calefacción del coche, y, mientras conducía,



no podía evitar pensar que ya no quedaba nada en todo el mundo capaz de descongelar mi frío corazón.

# Capítulo 9

Cuando volví al depósito de alquiler de coches de Norwich, me di cuenta de que no recordaba nada del viaje. Había conducido durante casi dos horas en piloto automático, reflexionando sobre cada mirada, matiz y reacción que le había dedicado al único hombre del que había estado enamorada y deseando con todo mi corazón no haber vuelto a Wynbridge por Navidad. Gracias a la intromisión de mamá, parecía que el año iba a terminar con una nota deprimente, en lugar del final al que había aspirado, y no estaba segura de poder perdonárselo.

Tanto si había sido Navidad como si no, sabía que el viaje había ocurrido demasiado pronto, y agradecí a mi estrella de la suerte haber tenido tanto la fuerza como el sentido común de no volver a mi ciudad natal para siempre. Algunos podían necesitar ese abrazo familiar de sus seres queridos, pero para mí era lo último. Lo que necesitaba era rodearme de mis nuevos amigos y vivir tranquila durante un tiempo en mi nuevo hogar, sin restos de la vida que intentaba dejar atrás ni sombras merodeadoras que esperaban ponerme la zancadilla a la menor oportunidad.

Me aliviaba que David aún no hubiera descubierto a dónde me había mudado y, dados los desastrosos y nada sutiles intentos de mamá de que nos reconciliáramos, estaba bastante segura de que no se atrevería a darle mi dirección, y Tom sabía que no le valía la pena arriesgarse. Cuando el taxi que había cogido para el último tramo de mi viaje entró en la parte alta de Nightingale Square, vislumbré por primera vez mi preciosa casa y supe que me iban a dejar en paz, al menos por el momento.

Dejé las maletas en el vestíbulo y exploré todas y cada una de las habitaciones, igual que hice el día que fui a verla con Tom y Toby Fransham, solo que esta vez mis posesiones estaban ya allí y parecía que lo hubieran estado desde siempre. Todas las habitaciones eran acogedoras gracias a los ajustes del termostato de Lisa; el fuego estaba listo para encenderse y la nevera, llena. También había dejado una nota de «Bienvenida a casa» sobre la mesa, junto con algunos dibujos de colores brillantes de los niños, que yo apoyé alegremente sobre el fregadero mientras llenaba la tetera. Pronto tendría que seguir su ejemplo y el de John y comprar unos imanes para poder exponer bien en la nevera las fotos y los garabatos.

Con una gran taza de té reconstituyente y un trozo del pastel de

Navidad que mamá había insistido en que me llevara, me acurruqué en el sillón y ojeé los canales de la tele con la esperanza de encontrar una película cursi ante la que quedarme dormida. El momento de tranquilidad duró menos de media hora.

—¡Vamos! —oí una voz gritar desde el parque—. Podemos hacerlo. Es justo lo que necesitamos para quitarnos las telarañas.

—Sabéis que hay gente que intenta dormir los excesos de la Navidad, ¿no? —grité a través de la ventana del dormitorio, después de subir corriendo las escaleras para ver mejor a quien creía que estaba perturbando la paz.

—¡Kate! —sonrió Heather, con la cara pellizcada por el frío y la nariz reluciente.

—¡Saca tu culo de ahí! —exigió Lisa, levantándose de un salto del banco al que había parecido firmemente pegada—. Ven y haz entrar en razón a esta loca, ¿quieres?

Envuelta en el combo de abrigo, bufanda y guantes más gruesos que pude reunir, y con una taza de té recién hecha, troté hacia la zona verde, deseosa de ver a mis amigas y averiguar el porqué de tanto alboroto.

—Te he echado mucho de menos —dijo Lisa, corriendo hacia mí en cuanto me vio, y me dio un abrazo.

—Yo también —dijo Heather, uniéndose a nosotras de modo que las tres estábamos tan apretadas que mi té corría el peligro de derramarse.

—Y yo os he echado de menos a vosotras —logré soltar antes de que la última bocanada de aire se escapara de mis pulmones.

—Y no solo porque te quiera a muerte, por supuesto —dijo Lisa, aflojando un poco—, sino porque he tenido que asumir la responsabilidad exclusiva de esta loca.

Di un paso atrás y contemplé el rostro radiante de Heather. No me pareció loca, solo muy feliz.

—No te dejes engañar por esa expresión —me advirtió Lisa antes de que pudiera decir nada—. Ahora que por fin ha dormido un poco, su verdadera personalidad ha salido a la luz y, para serte sincera, ya estoy pensando que nunca debí dejar que me convencieras para cruzar la puerta de su casa.

—No seas mala —dijo Heather, pisoteando para protegerse del frío—. Si no fuera por vosotras dos... —se interrumpió—. Bueno —acabó diciendo—, digamos que no estaría tan feliz como estoy ahora.

—Exacto —dijo Lisa, señalando el espacio vacío que había a su lado en el banco para que me sentara—. Y no estarías tratando de convencerme de esta mierda de mover el culo y correr cinco

kilómetros en la que has puesto toda tu ilusión.

Solté una risita inoportuna y Lisa volvió su atención hacia mí.

—¿Y tú de qué te ríes? ¡Esto también te incluye a ti!

—¿Qué?

—Tenemos que empezar el nuevo año con un propósito —dijo Heather, todavía dando botes, aunque estaba segura de que ya había recuperado la circulación en los dedos de los pies—. Voy a empezar a correr de nuevo y quiero que me acompañéis. Llevaré a Evie en su cochecito y nos turnaremos para empujarla mientras corremos. ¿Qué os parece?

—Creo que te has tomado una copa de vino caliente de más y has perdido el norte —gimió Lisa, volviéndose hacia mí en busca de apoyo.

—Sabes que no he bebido ni una gota porque sigo amamantando a Evie —replicó Heather.

—Yo creo que es una gran idea —interrumpí.

La verdad era que no. Mi sillón era tan cómodo como para acurrucarme en él hasta que la primavera estuviera en todo su apogeo, pero era divertido provocar a Lisa y, de hecho, Heather tenía razón: en unos días colgaríamos nuevos calendarios y abriríamos nuevas agendas, así que empezar un nuevo y sano régimen no podía ser mejor ni más previsiblemente oportuno.

—Piensa en el verano con pantalones cortos y vaqueros ajustados —le dije a Lisa, dándole un codazo.

—Piensa en tu futuro como la paria del lugar —replicó ella.

Nos echamos a reír y tomé nota mental de gastarme el dinero de Navidad en un par de zapatillas nuevas, además de en los imanes para la nevera.

—Bueno —dijo Heather cuando hubimos recuperado el aliento—, ¿qué tal las Navidades en el campo? Creía que pensabas quedarte un poco más.

—Ese era el plan —respondí, y tomé un sorbo del té, que se enfriaba rápidamente—, pero mi madre lo ha estropeado todo.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Lisa, volviéndose hacia mí.

Cuánto me alegraba de haber vuelto. Durante las últimas veinticuatro horas me había sentido como si llevara el peso del mundo sobre mis hombros, pero solo cinco minutos en compañía de esta pareja y la melancolía se había disipado y me sentía como una mujer nueva. Bueno, casi.

—Pues creo que me vendría bien —dije—, pero no aquí fuera. Hace demasiado frío.

Había empezado a temblar cuando el día se había puesto de aquel

gris pizarra y el viento había arreciado, colándose por cualquier resquicio que no estuviera envuelto en al menos tres capas.

—¿Os apetece venir a mi casa esta noche? —sugerí—. Podríamos pedir comida que no lleve pavo o lo que sea y...

—Vino —intervino Lisa antes de que tuviera tiempo de sugerir El *diario de Bridget Jones*—. Eso está permitido, ¿verdad, Heather? No tenemos que dejar la bebida todavía, ¿no?

—Espera —dije—, nadie había mencionado nada de dejar el vino.

—Y comida para llevar —dijo Lisa, poniéndose en pie, y estiró las extremidades heladas—. Nada de vino ni comida para llevar después de Año Nuevo.

—Pero yo no sabía... —empecé.

—En ese caso, deberías haberme dado la razón —dijo ella, con las manos plantadas en las caderas—. Eso te enseñará a no hacerte la lista y elegir el bando equivocado. Te veré a las siete. ¿Puedes estar fuera de casa para entonces? —preguntó a la mujer que iba a negarnos todos y cada uno de los placeres sencillos de la vida.

—Mejor que sea a y media —respondió Heather—. A Glen y a mí nos gusta bañar a Evie juntos, pero iré en cuanto la tenga lista y me haya sacado algo de leche para que papá se encargue de darle de comer por la noche.

—Perfecto —dijo Lisa, mientras volvía hacia su casa—, nos vemos esta noche.

—Puedes tomarte una copa de vino los fines de semana —sonrió Heather con un guiño, mientras veíamos alejarse a nuestra amiga—. Solo que aún no se lo he dicho a Lisa.

A las siete y media, las cortinas estaban echadas, el fuego rugiendo, los cojines acolchados y las velas encendidas. La casa era acogedora, cálida y relajante —*hygge*, creo que lo llaman los daneses—, y sentí que la tensión de mis hombros desaparecía por primera vez desde que le había dicho a mamá que volvía a casa por Navidad.

—Como es nuestra primera noche de chicas —dijo Lisa mientras entraba; el cerrojo estaba sin echar—, deberíamos ir a por todas y aprovecharla al máximo.

—Me parece bien —dijo Heather con aprobación, mientras se escabullía por la puerta justo antes de que se cerrara—. ¿Qué sugieres?

—Tres botellas de *prosecco* para mí y Kate —dijo Lisa, sacando dos de una bolsa con una floritura—, y el último bote de chocolatinas que había escondido en el fondo del armario.

Heather no parecía muy impresionada, pero Lisa estaba decidida.

—Alégrate, cariño —sonrió—. La semana que viene a estas alturas nos estarás metiendo a la fuerza brotes de alfalfa por el gaznate y haciéndonos participar en DVD de yoga, así que se nos permite al menos una última noche de embriagadora indulgencia.

—En realidad —dijo Heather, que se mordió el labio mientras se quitaba el abrigo—, me pregunto si no deberíamos apuntarnos también a pilates o algo así. Sería bueno equilibrar el correr con algo más relajante.

Lisa puso los ojos en blanco y empujó a Heather por el pasillo en mi dirección.

—Ya está —dijo, tomando las riendas—. Ya vale de hablar de *fitness* o de dietas de moda por esta noche. Quiero saber todo lo que ha hecho Kate en su gran viaje a casa.

Con una copa de espumoso para cada una, limonada con una rodaja de limón para Heather y la tarrina de bombones desapareciendo rápidamente, mis dos amigas se sentaron juntas en el sofá mientras yo me adueñaba del sillón y les contaba todo lo que había pasado.

—Pero ¿en qué demonios estaba pensando? —Lisa contuvo el aliento cuando por fin llegué a la parte en la que había sonado el timbre y resultó ser David, cortesía de mi madre—. ¿Qué demonios le hizo pensar que querrías enfrentarte a tu ex antes de haber tenido la oportunidad de superarlo?

Fue un alivio que comprendiera cómo me había sentido y por qué.

—No tengo ni idea —dije, sacudiendo la cabeza, y pillé otro mini Mars y un Bounty.

—Estoy segura de que tenía buenas intenciones —dijo Heather, haciéndose eco de las palabras de prácticamente todo el mundo en Wynbridge.

Sabía que ella trataría de verle el lado bueno.

—Lo sé —coincidí—, y David y yo tuvimos una separación muy civilizada en octubre, así que…

—¿Cómo es posible ser civilizado cuando estás destrozando la vida de dos personas? —preguntó Lisa—. No es que sepamos *por qué* estabas destrozando esa vida y no es que te lo esté preguntando —añadió enseguida—. Me sorprende oír la palabra civilizado para describir un divorcio, eso es todo.

—Me fue infiel —dije sin pensarlo—. Tuvo un lío de una noche con otra, o al menos él afirmaba que fue solo una noche, y a raíz de eso decidí poner fin a nuestro matrimonio.

Heather negó con la cabeza y se inclinó hacia delante para llenar mi copa.

—No, cariño —dijo Lisa suavemente—, él decidió ponerle fin cuando se bajó los pantalones. Que a él se le fueran los ojos no fue culpa tuya.

Aún no me atrevía a admitir en voz alta que en realidad lo había sido, pero sí que les expliqué el tipo de hombre que era David; que siempre había tenido buen ojo para las chicas guapas y que yo había sabido en lo que me metía cuando acepté su proposición. Sin embargo, no me explayé demasiado porque, por lo que Lisa ya había insinuado, ella era más del equipo «Córtale las pelotas y fríelas» cuando se trataba de lidiar con la infidelidad, fuese quien fuese el responsable.

—Así que —dijo Heather—, como tu madre sabía que os habíais separado de forma razonablemente amistosa, tal vez pensó que teníais posibilidades de volver. ¿Sabe por qué te divorcias de él?

—Sí —dije, con un sonrojo delator asomando a mis mejillas—, lo sabe—. Todo el mundo lo sabe, pero es probable que tengas razón. Su viejo corazón sentimentaloide debió pensar que había posibilidad de que se arreglaran las cosas, sobre todo porque la ruptura fue muy cordial.

—*¿Y no* quisiste destrozar sus trajes? —preguntó Lisa con incredulidad.

Estaba claro que le costaba hacerse a la idea de una separación elegante.

—No —dije con sinceridad—, ya había visto bastantes cosas de ese tipo por cortesía de algunos de nuestros amigos, y peores. La verdad es que estaba muy muy triste por todo lo que estaba pasando. No tenía la energía para convertirlo en una batalla campal vengativa.

Sentí que mi cara se ponía aún más roja al pensar en la verdadera razón por la que no tenía energía para convertir nuestra despedida en un armagedón, y Lisa me miró y entrecerró los ojos.

—¿Qué? —Fruncí el ceño.

—Nada —dijo, encogiéndose de hombros.

—Entonces, deduzco que a David le chocó bastante que no te alegraras de verlo, ¿no?

—Podría decirse que sí —suspiré—. Insistió en que mamá no le había dicho que yo estaría allí, pero no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que estaría en casa durante las vacaciones. Cuando me largué enfadada, me siguió al *pub* y a los pocos minutos empezó a hablar de arreglarlo, renovar nuestros votos y empezar de nuevo.

No mencioné el tema del bebé que había colgado ante mi nariz como si yo fuera un burro persiguiendo una zanahoria.

—Pero ¿no te viste tentada?

—Sí que me tentó, sí —admití a regañadientes, evitando la expresión indignada de Lisa—, hasta el momento en que lo vi pedir en la barra.

—¿Qué pasó?

—Nada —me encogí de hombros—, absolutamente nada.

—No lo entiendo.

—Pues es que yo no podía quitarle los ojos de encima. —Resoplé—. Estaba controlando cada uno de sus movimientos, fijándome en la naturalidad con la que hablaba con la camarera y viendo cómo ella le ponía ojitos, y fue entonces cuando me di cuenta.

—¿De qué? —preguntaron las dos al unísono.

—Ese fue el momento en que supe que, si volvíamos juntos, yo estaría esperando que me lo hiciera otra vez. Si volviera a meterme en esa relación, me pasaría la vida vigilándolo y colocando papel pintado sobre unas grietas que son demasiado profundas como para rellenarlas.

—Así que al final te has dado cuenta de que lo que en realidad tienes que hacer es rasparlo todo, lijar y alisar esas grietas y pintarte de un color totalmente nuevo —dijo Lisa con astucia.

—Exacto —asentí, mirando la decoración anticuada que me rodeaba—. Igual que este lugar. —Suspiré y le di un trago al vino—. No es culpa de David —intenté decir, pero unas lágrimas pesadas amenazaron con brotar de repente, y sacudí la cabeza para detenerlas—. Así es él. Así ha sido siempre.

Me sentía muy tonta por creer que lo había cambiado.

—No —dijo Lisa con severidad, y Heather abandonó su vaso y corrió a mi lado cuando empecé a sollozar—, no dejes que la personalidad de ese hombre justifique lo que te hizo, Kate. ¿Me oyes?

Asentí, pero no pude decir nada.

—Y no me mires así, Heather —añadió con tono enfadado—, porque en esta historia hay más de lo que sabemos. Pero eso es para otra noche.

—¿Sí? —me preguntó Heather—. ¿Hay algo más, Kate?

—Sí —dije—, hay más, pero, como ha dicho Lisa, para otra noche.

Por lo que a mí respectaba, eso podía seguir encerrado para siempre.

Me fui al baño a poner en orden mis pensamientos, y cuando volví, el fuego estaba encendido y el DVD, listo.

—¿Todo bien? —preguntó Lisa sin mirarme.

—Sí —dije—, gracias. Mucho mejor.

—Ya van dos de tres, ¿no? —dijo—. Supongo que la próxima me

toca a mí.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, Heather lloriqueó la primera vez que la vimos, y esta noche has sido tú, así que creo que no falta mucho para mi propia sesión de sollozos.

—Espera a que te lleve a correr por primera vez alrededor del lago Whitlingham —se rio Heather, clavándole bruscamente un dedo en las costillas—. ¡Llorar será lo único que podrás hacer después!

Su comentario fue recibido con más lágrimas, pero no eran lágrimas tristes.

# Capítulo 10

Por suerte, estuve ocupada organizando las celebraciones de Año Nuevo de Nightingale Square, así que tuve poco tiempo para pensar en mi reencuentro con David y, después de haber compartido con mis chicas los detalles de casi todo lo que había sucedido, no tardé mucho en darme cuenta de que la intromisión bienintencionada de mi madre no me había convertido en el despojo que había sido en verano, después de todo.

Si de verdad hubiera vuelto a ese estado, me habría puesto la bata, habría dormido hasta la tarde y luego habría vagabundeado sin rumbo por la casa hasta que llegara la hora de volver a caer en la cama, pero ni siquiera me había planteado volver a hundirme en esas profundidades, y no solo porque tenía a Lisa martilleando la puerta a todas horas, sino también porque descubrí que no quería.

—No puedo evitar pensar que tu madre te hizo un favor invitando a tu príncipe rana a que te fastidiara la Navidad —dijo la muy señora, mientras nos poníamos a inflar más globos y a contar cañones de confeti.

Mi casa había sido nombrada Sede de las Fiestas y, en consecuencia, se estaba llenando de todo tipo de decoraciones festivas. Glen había ofrecido su casa y la de Heather, pero a Heather le preocupaba que los zapatos empapados estropearan su moqueta, y era imposible que la casa de Lisa se considerara adecuada. El lugar ya estaba lleno de niños sobrexcitados, así que no necesitaba montones de globos y minicañones para caldear el ambiente. Me había preguntado si Carole podría ocuparse, pero sus excusas coincidían con las de Heather y el papel de almacenista me había tocado a mí.

—¿En serio? —jadeé entre bocanadas—. ¿De dónde te sacas eso?

Ya sabía lo que iba a decir, pues había llegado a la misma conclusión, pero no tenía intención de robarle el protagonismo.

—Vaya, mírate —dijo, señalando con la cabeza mis uñas recién pintadas y mi pelo recién teñido—. Para empezar, has estado de rebajas por la ciudad, vas maquillada y tu dulce aliento es de menta fresca.

—¿Y?

—Y —continuó, equilibrando precariamente otro globo en una pila que no paraba de crecer— eso demuestra que no estás dándole vueltas, que sigues adelante, a pesar del contratiempo. Si te hubiera

destrozado tanto volver a verlo como creías al principio, seguirías merodeando por la casa en chándal y con las cortinas cerradas.

—Tampoco es como si tuviera muchas posibilidades de hacerlo —le dije— contigo llamando a mi puerta cada dos minutos.

—Tonterías —dijo con firmeza—. Si no estuvieras lista para seguir adelante, no me dejarías entrar. Habrías abierto una ventana y me habrías mandado a la mierda.

—Como si fueras a irte —interrumpí.

—No, claro que no —se rio—, pero solo digo que deberías estar orgullosa de ti misma, Kate. Creo que yo no estaría donde estás tú ahora si John me hubiera hecho algo como lo que David te hizo a ti.

Me sorprendió oírla decir eso. No creía que hubiera nada en el mundo capaz de detener los pasos de Lisa o de dejar su vivas y exuberantes velas sin viento.

—Bueno, ya está —gimió, dejándose caer contra el sofá para apoyarse—. Me estoy mareando. Quien quiera más globos, que se lo hinche. Ahora, vamos a comprobar que hay suficiente de todo lo que necesitamos para las visitas de Año Nuevo.

La víspera de Año Nuevo fue luminosa y seca, y agradecí que el tiempo fuera benévolo porque la fiesta resultó ser mucho mayor de lo que esperaba. Había aparecido mucha gente de las calles vecinas, incluida Poppy, la chica guapa de la tienda de ultramarinos, y todos estaban encantados de congregarse en el parquecillo, donde John, Rob y Graham habían montado un grupo de cenadores y braseros para calentarse las manos a una distancia prudencial.

Las docenas de globos para los que Lisa y yo habíamos sacrificado nuestra respiración estaban esparcidos por los árboles, junto con ristras de luces de colores brillantes, y Carole montaba guardia al lado de la ponchera para impedir que los entusiastas juerguistas añadieran aún más alcohol a la ocasión. Gracias al buen tiempo, todo fue mucho más agradable que tener hordas de visitantes deambulando por mi pequeña casa, aunque mi anticuada y psicodélica moqueta estuviera desgastada, en lugar de tener una nueva de pelo mullido y color crema.

—¿Estás bien ahí sentado? —le pregunté a Harold, quien le había pedido a John que trajera la silla de jardín que guardaba junto a la puerta de su casa para ver la vida pasar.

—Estoy muy bien, gracias, Kate —sonrió, apretándose más la manta de tartán contra las rodillas—. ¿Qué tal las Navidades?

—Digamos que es agradable estar en casa —le grité. Graham se acercó portando una bandeja con vasitos de plástico llenos de ponche.

—¿Puedo tentarte? —preguntó—. Yo que tú me tomaría un par ahora, antes de que se vuelva demasiado letal —aconsejó.

—Creía que Carole estaba vigilando —dije, mirando en su dirección—. Está a cargo de las bebidas, ¿no?

Me hizo gracia ver que Poppy entablaba conversación con ella mientras un tipo con gruesas rastas rubias, al que no reconocí, vaciaba lo que parecía una petaca en el brebaje afrutado que había sobre la mesa detrás de ella.

—Ah —dije, cogiendo rápidamente un vaso de la bandeja para mí y otro para Harold—. Ya veo. Gracias, Graham.

—A medianoche estaremos todos como cubas —se rio Harold, cogiéndome la copa, y se trasegó la mitad de un trago—. Menos mal que mañana es festivo y domingo, así nadie tiene que ir a trabajar.

Graham y yo asentimos.

—En realidad, es algo que quería preguntarte, Kate —dijo Lisa, que se había unido a nuestro grupito con un John un pelín achispado rodeándole los hombros.

—¿Qué?

—Trabajo —dijo—. ¿A qué te dedicas?

—Oh —dije, tratando de encontrar las palabras para explicar sucintamente qué era lo que hacía, o solía hacer—. Mi campo es la historia. Me cautiva el pasado. Trabajo sobre todo con antigüedades.

—¿Restaurándolas? —preguntó Graham.

—No —dije, desechando la imagen de David sentado en La Sirena y ofreciéndome la oportunidad de volver a pegarnos—, restauración no. Antes tenía un negocio de búsqueda de antigüedades específicas que la gente quería comprar. Tenía una lista de clientes que me pagaban por encontrar piezas concretas con las que querían llenar sus casas.

—Bonito —balbuceó John, intentando hacerme un gesto con el pulgar hacia arriba, pero sin conseguirlo.

—Eso suena emocionante —dijo Lisa, más sobria, con los ojos brillantes.

—Lo era —dije—. Mis búsquedas me llevaban a menudo por todo el mundo. Era muy divertido rastrear ciertas piezas.

—Hay gente que tiene más dinero que sentido común —espetó Harold con un disgusto apenas disimulado.

No podía llevarle la contraria, algunas de las cifras que había manejado me revolvían el estómago. Me pregunté si David habría convencido ya a Francesca Lucca para que le diera la oportunidad de amueblar su última vivienda en Italia. Solo la pérdida de su cuenta sería un duro golpe para el negocio que yo había dejado atrás, y no

haría falta que desertaran muchos clientes más para que el pequeño imperio que tanto nos había costado crear se desmoronara. Aunque ese no era mi problema.

—No creo que encuentres mucha demanda para ese tipo de cosas por aquí —añadió Harold.

En ese punto podría corregirle, pero no lo hice. En mi experiencia, el mundo estaba lleno de gente rica dispuesta a pagar por aquello sin lo que creían que no podían vivir, pero ellos y sus exigencias ya no me interesaban demasiado.

—No pasa nada —dije, antes de dar un sorbo exploratorio al ponche y descubrir rápidamente que solo el olor era suficiente para que la cabeza me diera vueltas—. Voy a tomarme un tiempo para arreglar la casa y quiero explorar la historia de la ciudad, conocer un poco mejor el castillo y quizá incluso ofrecer mis servicios allí como voluntaria en algún momento en el futuro.

—Y ayudarnos a encontrar un lugar donde cultivar nuestras verduras —me recordó John—. Dijiste que ibas a seguir con eso.

—Por supuesto —dije—, no te preocupes. No lo he olvidado.

—Es una pena que no tengas la oportunidad de ir a echar un vistazo a Prosperous Place antes de que le arranquen las tripas —resopló Harold—. La casa y los terrenos están tan llenos de historia como para tenerte entretenida durante años.

—Es una desgracia que se vaya a perder todo —suspiró Poppy, pillando el hilo de la conversación conforme se acercaba a nosotros.

La casa estaba a oscuras, pero su silueta se erguía alta y fuerte. Su sólida presencia era un reconfortante punto final a la plaza, pero ¿por cuánto tiempo? Cuánto tiempo antes de que la adornaran con focos sin alma y alojara a residentes mal informados que albergaban la ilusión de que sus moradas de alta tecnología estaban preservando una parte de la historia de Norfolk, cuando en realidad su misma construcción le había arrancado el corazón.

—¿Has sabido algo más de esa mujer del ayuntamiento? —preguntó Lisa.

Neil y Mark se habían unido a nosotros y todos miramos hacia la casa.

—No —confirmé—, ni una palabra. Creo que el lugar está jodido.

Un poco más tarde, mientras me tomaba un momento para revisar las bolsas de carbón, pan y miniaturas de *whisky* para las primeras visitas a medianoche, Neil vino a buscarme.

—Lo sabes, ¿no? —dijo, con una mueca de preocupación en su atractivo rostro y las cejas juntas.

—¿Que trabajas para la empresa que planea cargarse Prosperous Place, quieres decir?

Asintió y miró por encima del hombro hacia Mark, que estaba con Heather y Glen. Mark miraba con adoración a Evie, que, atada al pecho de su padre con una especie de cabestrillo ajustado, se reía y movía las piernecitas con desenfreno. Estaba claro que la hora tardía le sentaba bien.

—Sí —dije—. Lo sé.

—Entonces, ¿por qué no le has dicho nada a nadie?

—¿Para qué? —Me encogí de hombros—. Todo saldrá a la luz tarde o temprano y, de todas formas, no es asunto mío.

—Ahora eres residente de Nightingale Square —me recordó—. Claro que es asunto tuyo, y entre tú y yo, Kate… —continuó, bajando la voz a poco más que un susurro.

—¿Sí?

—… Ahora todo el desarrollo está en el filo de la navaja.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que, si hay suficientes objeciones a los planes como para retrasarlos durante algún tiempo, todo el proyecto fracasará. No haría falta mucho. Los presupuestos ya están mucho más ajustados de lo que deberían; no tendría que habértelo dicho, pero tampoco estoy tan enamorado del proyecto como mi jefe cree, y no solo porque afecte a mi entorno.

Se trataba de una noticia interesante, un claro rayo de esperanza, aunque solo temporal, por supuesto.

—Pero, si este proyecto se va al garete, la casa volverá al mercado —siseé con una voz tan baja como la suya—. Y volveríamos al punto de partida.

—Bueno, supongo que existe esa posibilidad —se encogió de hombros—, pero pensé que te gustaría saberlo. La verdad es que deseo tan poco como los demás que cambien la casa, pero tampoco me gustaría que la echaran abajo.

—¿Qué? —grazné.

—Es terreno edificable de primera —dijo sombríamente—, si no lo urbanizan, la única otra opción sería la demolición.

—¿Lo dices en serio? —exigí.

—Me temo que sí —dijo—. Y, si se construyen más pisos de mala muerte, la zona cambiará para siempre.

Sentí que se me caía el estómago a los pies. Eso sonaba incluso peor que los planes de urbanización actuales. Al menos, la propuesta que estaba sobre la mesa en ese momento significaba que, de una forma u otra, alguna parte de la estructura original de Prosperous

Place permanecería en su lugar.

—¿Qué estáis cuchicheando vosotros dos? —preguntó Mark, que se había acercado sin que lo notáramos.

—Intentábamos calcular el contenido de alcohol del ponche —dije poniéndome creativa. La cabeza me daba vueltas al imaginar Prosperous Place reducido a un montón de escombros. Temblaba solo de pensarlo.

—Ya deben ser millones de litros —rio Mark con un hipido—. Drillones.

—¿Estás borracho? —preguntó Neil, divertido.

—Un poco —respondió Mark, soltando más risitas.

—Te dejo con ello —me escabullí—. Feliz Año Nuevo.

—Y a ti, mi amor —balbuceó Mark, mientras Neil lo alejaba de la ponchera.

—Si voy a tu casa —le planteé a Harold, que seguía siendo el centro de atención de una pequeña multitud reunida en torno a su silla—, ¿me contarás algo más sobre Prosperous Place y tu familia cuando trabajaba allí? ¿Me enseñarás esas fotos que dijiste que tenías?

Estaba decidida a hacerme una idea del lugar y de su pasado antes de que quedara irreconocible.

—Por supuesto, querida niña —dijo, encantado—. Sería un honor. Me sorprende que no hayas venido antes.

Me sentía culpable por ello. Me había invitado en mi primer día en la plaza.

—Es una pena que no conocieras a Doris.

—¿Doris?

—La señora que vivió en tu casa antes que tú.

—Ah, sí.

—Su familia tenía una conexión mucho más estrecha con la familia Wentworth que la mía —dijo significativamente.

Tenía un brillo especial en los ojos y supuse que Harold había estado al tanto de muchos más secretos y recuerdos de los que le correspondían a lo largo de los años.

—Ah, ¿sí?

—Mmm —dijo en tono misterioso—. Pásate y te pongo al día.

El resto de la velada transcurrió volando y, mientras todos nos congregábamos en el parque para escuchar la cuenta atrás para la medianoche en el equipo de sonido que John había montado y nos uníamos para cantar *Auld Lang Syne*, no sentí ninguna punzada de arrepentimiento por estar en Nightingale Square en lugar de en casa de mis padres o en el *pub* de Wynbridge, y pensar en lo que David se traería entre manos estaba aún más abajo en mi lista de pensamientos.

—Tres, dos, uno…

Cuando el Big Ben empezó a dar las campanadas, miré a mi alrededor, a las caras de mis vecinos y amigos, y pensé en lo afortunada que era por estar en Nightingale Square y por la cálida acogida de una comunidad tan unida. No es que fuera eso lo que buscaba cuando vi mi casita en internet, pero mientras Lisa repartía las bolsas de regalos y todo el mundo intercambiaba besos y abrazos, me di cuenta de que me sentía como en casa.

Sabía que tenía un papel muy importante que desempeñar en esta vibrante parte de la ciudad y, aunque aún no estaba del todo segura de cuál era mi función, con solo echar un vistazo atrás y ver el contorno de Prosperous Place —ahora espectacularmente iluminado por una explosión de fuegos artificiales en el centro de la ciudad—, sabía que no tardaría mucho en averiguarlo.

# Capítulo 11

A mediados de enero, el invierno había endurecido sus heladas garras. Apenas nos habíamos recuperado de la resaca de Nochevieja cuando la prole de Lisa ya disfrutaba de los días de nieve y Heather, con un tono cargado de decepción, había declarado que las condiciones eran demasiado traicioneras para que corriéramos. Lo único que podíamos hacer era caminar a paso ligero hasta las tiendas y la ciudad para comer sano y comprar en las rebajas, pero a Lisa no parecía importarle y, para ser sincera, a mí tampoco, aunque nuestra amiga se empeñaba en recordarnos que teníamos que hacer un esfuerzo para ponernos en forma cuanto antes porque «un cuerpo de verano se hace en invierno».

En lugar de preocuparme por si iba a estar a punto para la playa, me pasaba los días reuniendo muestras de pintura, de telas y los datos de varios instaladores locales de cocinas y baños para preparar la reforma que pensaba empezar en primavera. Me contentaba con pasar las frías tardes hojeando páginas y muestrarios en la cocina de Lisa, con Radio 2 como alegre telón de fondo cada vez que la charla disminuía lo bastante como para que pudiéramos oírla, lo cual, reconozcámoslo, no ocurría muy a menudo.

Los días que no quedaba con otras madres de la zona, íbamos a casa de Heather, pero, como Evie estaba cada día más bonita y despierta, me resultaba difícil pasar el rato con ella, aunque no se lo había dicho a mis amigas. No quería que sintieran lástima por mí, como tampoco quería que se sintieran molestas por no haberles contado toda mi historia con David desde el principio.

Inevitablemente, mientras observaba cómo hacían brincar a Evie sobre sus rodillas, mi mente volvía al niño que David me había ofrecido como compensación por su infidelidad, y me preguntaba si un bebé propio, en caso de haber tenido tanta suerte, habría compensado el dolor y la angustia que me había causado. ¿Habría sido mejor mi vida si hubiera intentado satisfacer mis melancólicas necesidades biológicas y me hubiera conformado con ese renqueante final de cuento de hadas incompleto?

Enero se volvió cada vez más sombrío y lento. Lo que necesitaba era una distracción decente antes de que la novedad de los nombres que Farrow and Ball habían ideado para sus pinturas dejara de seducirme y cayera en cavilaciones más frecuentes y sombrías. Por suerte, Harold

estaba a mano para proporcionarme una diversión adecuada.

—*Todavía* no has venido a ver esas fotos —me regañó una tarde especialmente fría cuando pasé a recogerlo de camino a casa de Lisa para comer—. Las tengo todas listas. Hay cajas repletas junto con bastantes recortes de periódicos y revistas.

Esto era justo lo que necesitaba para alejar mi mente de unos recuerdos tan turbios como el tiempo.

—Lo siento, Harold. No puedo creer que lo haya dejado de lado tanto tiempo. ¿Qué tal mañana por la tarde? —sugerí, sabiendo que el cambio de aires me sentaría bien—. ¿Qué tal te va?

—Bueno, por las tardes voy a la biblioteca —me recordó, deslizando su brazo alrededor del mío—, y luego está el club de los viernes —soltó—. No me gustaría perdérmelo.

Al menos, no tenía que sentirme culpable de que mi despiste hubiera hecho que Harold estuviera solo en casa todos los días. Tenía más actividades semanales planeadas que Lisa, Heather y yo juntas.

—El lunes, entonces —dije, cerrando con cuidado la verja de su jardín tras nosotros—. ¿Qué tal si voy el lunes por la tarde?

—Perfecto —aceptó—. Los lunes me siento perdido, después de un fin de semana ajetreado.

Sacudí la cabeza y me reí. Nunca habría creído que llegaría el día en que sentiría envidia de la vida social de una persona de ochenta años, pero estaba claro que mi vecino tenía más costumbre de salir que de quedarse en casa junto a la chimenea.

Aquel lunes resultó ser el más sombrío en lo que llevábamos de año. Las horas de sol eran oscuras, de esas que requieren que las luces de las casas estén encendidas desde el amanecer hasta el anochecer y, si no la mirabas, eras incapaz de adivinar la hora real.

Como había prometido, Harold había buscado sus álbumes de fotografías de Prosperous Place, junto con una variedad de frágiles y amarillentos recortes de periódicos y revistas que relataban su fortuna a lo largo de muchas décadas. Estaba deseando añadir otra capa de información a la que ya había descubierto sobre el negocio y el hombre de buen corazón que lo había creado. Sería un consuelo en un día tan triste sentir el calor de la amabilidad humana y escuchar una o dos historias que, con suerte, culminarían en un final feliz.

—Creía que tenía más que esto —dijo Harold, cuando por fin nos sentamos a la mesa con una taza de té cada uno y un trozo de bizcocho Reina Victoria que Neil había traído de la panadería.

—No deberías preocuparte, Harold —le dije, cogiendo un álbum —. Creo que aquí hay más que suficiente para empezar.

Había docenas de pequeñas imágenes en blanco y negro junto con algunas más grandes en colores deslumbrantes, que documentaban los jardines y terrenos, así como la casa, en todo su esplendor.

—Mira esto —jadeé conforme hojeaba las páginas de un álbum dedicado a los terrenos en pleno verano—. No tenía ni idea de que los jardines fueran tan extensos. Estos parterres debían recorrer todo el perímetro de los muros. ¿Y quién demonios es toda esta gente que pulula por ahí?

—Un momento —dijo Harold, acercándose a la mesa—. Debería haber un artículo de periódico acompañándolas. Se tomaron cuando se abrieron los jardines con fines benéficos. Mi bisabuelo escribió en sus diarios que recibían cientos de visitas, hiciera el tiempo que hiciera. A juzgar por lo que documentó, todos querían asomarse al muro y echar un vistazo a cómo vivía la otra mitad.

Ojeé los recortes, asombrada por las cantidades de dinero que se habían recaudado.

—Aquello era típico del viejo señor Wentworth —asintió Harold —, y no mucha gente lo sabe, pero todo lo que se recaudaba ese día, él lo igualaba de su propio bolsillo. Era generoso hasta la exageración.

—Esa fue la impresión que me dio por lo que averigüé sobre él en internet —sonreí.

Las fotografías del interior de la casa eran tan hermosas como los jardines. Tenía un aspecto exquisitamente cuidado y estaba repleta de muebles y cuadros por los que David y yo, junto con nuestros clientes, habríamos babeado.

—¿Sabes quién es? —Fruncí el ceño y señalé un primer plano de uno de los cuadros, un retrato que colgaba junto a una gran chimenea elaboradamente decorada.

Harold se reajustó las gafas.

—Oh, ya —dijo con un fuerte suspiro—. Esta historia te va a encantar. Es el hijo mayor del señor Wentworth. Era un amigo bastante especial de la tía abuela, o incluso tataratía, de Doris, Abigail.

—¿Qué quieres decir con amigo *especial*? —pregunté, acercando más la fotografía a la luz para observar hasta qué punto se parecía a su padre.

—Nadie hablaba abiertamente de ello, por supuesto —continuó Harold—. Porque fue un escándalo en su momento.

—Continúa.

Volvió a sentarse en su silla y se tomó su tiempo con otro bocado de bizcocho.

—Bueno, no sé tanto —acabó diciendo—, y mucho de lo que sé lo

he tenido que remendar a partir de retazos de conversaciones escuchadas cuando era más joven.

—¿Sí?

—Digamos que a menudo se susurraba que la familia de Doris estaba bastante más relacionada con los Wentworth de lo que quizá debería, ya me entiendes.

—¿Quieres decir que hubo una aventura? —pregunté, intrigada y sorprendida a partes iguales.

—Bueno, no sé si yo lo diría así —sonrió Harold con un brillo en los ojos—, pero eso es lo esencial. El tipo del cuadro, Edward Wentworth, estaba muy prendado de la tía abuela de Doris, Abigail, a pesar de que ella acababa de cumplir dieciséis años cuando se conocieron y él tenía veinticuatro.

Todo me sonaba muy romántico, a pesar de la diferencia de edad.

—Al parecer —continuó Harold en voz baja—, ella solía esperarlo al final del camino y luego se iban juntos a pasar el día. Al anochecer, cuando ya se habían divertido, volvía a casa trotando como si no hubiera roto un plato en su vida. Duró meses y sus padres estaban fuera de sí.

El secretismo y la naturaleza clandestina de la supuesta relación tiraron un poco de la fibra sensible de mi corazón. Edward y Abigail debían estar muy enamorados para llegar a tales extremos y correr tales riesgos.

—¿Cuánto tiempo intentaron mantener su relación en secreto? —pregunté—. Pensaba que el clan Wentworth era más abierto de mente, que no juzgaría a una chica por su posición social.

De repente, tuve la sensación de que lo que Harold iba a contarme no acababa bien. Había creado un halo de perfección en torno al señor Wentworth y sus credenciales filantrópicas, y crucé los dedos para que no se hiciera añicos. Tenía que aferrarme a la creencia de que a veces la vida resultaba ser tan idílica como esperaba.

—En realidad, la familia Wentworth no resultó ser el problema —explicó Harold, y dejé escapar un prematuro suspiro de alivio—. Fue la familia de Doris. Cuando descubrieron lo que pasaba, dijeron que no permitirían que la chica se hiciera ilusiones inalcanzables.

Negué con la cabeza, decepcionada.

—Tienes que recordar —se apresuró a explicar Harold— que la familia de Doris, como la mía, había trabajado mucho en la fábrica y era muy afortunada de vivir en Nightingale Square. Supongo que el padre de Abigail pensó que, si la relación acababa mal, todos habrían acabado sin casa, *además de* sin trabajo.

—Pero Charles Wentworth no podía ser tan vengativo —insistí—.

Eso habría ido en contra de todo en lo que decía creer.

Harold se encogió de hombros.

—Lo sabemos, pero los padres de Abigail no estaban dispuestos a correr el riesgo —dijo—, y después de una cita más le prohibieron volver a ver a Edward.

Todo sonaba trágico, muy Romeo y Julieta. Esperaba que la historia de amor terminara con un feliz reencuentro, pero la expresión de la cara de Harold no sugería campanas de boda y un «felices para siempre».

—¿Sabes lo que les pasó después? —me aventuré a preguntar.

Harold asintió. Teniendo en cuenta que me había dicho que en realidad no sabía mucho, había conseguido averiguar bastante.

—Abigail se negó a hacer lo que le decían y al final la enviaron lejos —dijo Harold, sacudiendo la cabeza—, con un pariente que vivía en algún lugar de la costa sur, y Edward —añadió con un escalofrío—, tuvo un final desafortunado bajo el haya roja.

—Quieres decir… —Apenas podía pronunciar las palabras—. ¿Quieres decir que se suicidó?

Harold asintió.

—¿En los jardines de Prosperous Place?

Harold volvió a asentir.

—Es espantoso —me estremecí—. No recuerdo haber leído nada sobre esto —dije, recordando todo lo que había descubierto sobre el lugar antes de mi traslado—. Habría recordado algo tan terrible. No se mencionaba la tragedia en ninguna parte —continué, mientras Harold ponía a hervir de nuevo la tetera.

—No creo que fuera el tipo de historia familiar que el señor Wentworth o su esposa hubieran querido que se difundiera, ¿verdad?

—Bueno, no —concedí—, pero, aun así, eso no suele impedir que la prensa haga su agosto o que se documente el suceso en otra parte, ¿verdad?

Reflexioné sobre mi búsqueda en internet y me pregunté si inconscientemente había dejado de indagar en el pasado una vez me había creado la imagen perfecta de él.

—¿Alguna vez regresó Abigail? —Tragué saliva.

—No —dijo Harold—. Ella nunca regresó. Hubo rumores de que había tenido un hijo, pero nunca hubo pruebas.

—Qué triste —dije, con los ojos llenos de lágrimas mientras volvían a la fotografía del retrato que colgaba junto a la chimenea.

—Sí, bueno —dijo Harold—, como solía decir mi vieja madre, el río del amor verdadero jamás fluyó tranquilo.

En eso sí que tenía razón.

Pasamos lo que quedaba de tarde mirando el resto de las fotografías mientras Harold me daba más detalles sobre la fábrica, además de hablarme de los muchos miembros de su familia y de la de Doris, que habían trabajado allí.

—Yo diría que mi grupo y el de Doris fueron los más afortunados —sonrió mientras explicaba las funciones de supervisión a las que habían llegado en la fábrica—, pero todos habían trabajado mucho para salir del taller y entrar en la plaza. Sin embargo —insistió—, el señor Wentworth cuidaba de todos, independientemente de su posición. Se aseguraba de que se pagara un salario justo por un duro día de trabajo, e incluso los adosados de por aquí eran palacios comparados con otros.

—Entonces, ¿cuándo empezó a ir mal el negocio? —pregunté—. ¿Cuándo fue el punto de inflexión para la fábrica?

—Es comprensible que las cosas se descarrilasen durante un tiempo tras la muerte de Edward —explicó Harold—, y para cuando el señor Wentworth se recuperó, su otro hijo, Lawrence, había adquirido deudas de juego más allá de lo comprensible. La única forma que encontró su padre para ayudarlo fue vendiendo ciertos activos, y cuando murió, el imperio que había creado estaba menguando.

Era desolador pensar que todo su trabajo no había asegurado un futuro para los que vinieran después de él; en realidad, sus esfuerzos no habían servido para nada. Era desgarrador.

—Al final, solo les quedaba Prosperous Place —continuó Harold— y, aunque estuvo al cargo de una rama lejana del clan durante un tiempo, al final lo vendieron y quedó fuera de la familia. Por suerte para Doris y para mí, el viejo señor Wentworth dejó a nuestras familias las casas en las que vivíamos, y su mujer se aseguró de que las recibiéramos cuando llegó el momento.

No puedo ni imaginarme cómo se debieron sentir él y su mujer al ver cómo se desmoronaba todo tras la muerte de su hijo. Decía mucho de ambos que no hubieran echado a la familia de Abigail de la plaza ni, de hecho, del condado; me preguntaba si a la muchacha le habrían contado alguna vez el destino que le había deparado a su amado.

—Me gustaría ver más fotos de la fábrica —dije, volviendo a mirar la confusa plétora de imágenes.

—Y a mí —dijo Harold—. No tengo ni idea de dónde se han metido, pero espero que esto te haya dado una idea de cómo era el lugar en su apogeo.

—Desde luego que sí —asentí, empezando a recoger—. Gracias por enseñármelo todo, Harold. Te lo agradezco, aunque me hayas contado cosas que no encajaban con mi visión romántica del lugar.

Lejos de sentirme reconfortada, me sentía como si me hubieran dado una dura y cruel dosis de realidad, y deseaba no haberme fijado en el retrato de Edward ni haber hecho ciertas suposiciones sobre el legado Wentworth.

—Como he dicho antes —Harold se encogió de hombros—, no conozco mucho los detalles, pero ojalá esto no pareciera el final.

—Estoy de acuerdo —dije con tristeza—. No puedo creer que toda esta historia y conocimientos vayan a perderse. Deberías escribir todo lo que sabes, Harold. Al menos, las historias humanas. Las cosas que me has contado esta tarde son las que mantienen la historia interesante y viva, aunque sus desenlaces sean trágicos. Si no las transmites, se perderán para siempre.

—Bueno —se rio entre dientes—, ya te lo he dicho, ¿no? Quizá podrías escribirlas.

—Sí —dije—, tal vez podría.

Nos interrumpió una llamada urgente a la puerta principal.

—¿Quién será? —Harold frunció el ceño.

—Yo voy —dije.

Era Carole y parecía más que un poco agitada.

—¿Has visto? —preguntó, señalando hacia el final de la plaza.

—¿El qué?

—El cartel —insistió—, parece que lo han arrancado y ha habido un coche aparcado a las puertas toda la tarde.

Miré hacia donde señalaba y tenía razón, el cartel de los promotores había sido efectivamente arrancado en lugar de desmontado, pero no había ni rastro de ningún coche.

—Está pasando, ¿verdad? —resopló—. Mañana a estas horas ya no nos podremos ni mover por aquí, por culpa de las excavadoras y las furgonetas de los albañiles.

No tenía ningún deseo de unirme a sus melodramáticos lamentos, pero tenía la horrible sensación de que tenía razón. Si así trataban los nuevos propietarios el cartel de vendido, me daba miedo pensar lo que iba a pasar dentro de la casa.

—Creo que tienes razón, Carole —dijo Harold, uniéndose a nosotras en el escalón—. Por fin se han puesto en marcha las cosas.

—Ojalá hubiera podido verlo tal como era —suspiré—. Ojalá hubiera podido ver al menos los jardines tal y como eran en las fotografías que tienes, Harold.

—Me atrevería a decir que todo sigue ahí —dijo—. Demasiado crecido y descuidado, lo reconozco, pero apuesto a que está todo ahí. El lugar ha pasado por bastantes manos desde que la familia Wentworth se marchó, pero no creo que haya cambiado mucho, en

realidad, sobre todo por fuera.

—Pero ahora sí —resopló Carole, sacando un pañuelo arrugado del bolsillo de su rebeca.

—Entonces, ¿por qué no vas a echar un vistazo antes de que desaparezca? —dijo Harold con la picardía de nuevo en sus ojos—. Ahora no habrá nadie, ¿no?

—¿Qué quieres decir?

—Hay una puerta de madera en el otro extremo —dijo, señalando hacia el final de la plaza con su bastón—. Podrías intentarlo. Probablemente podrías trepar por ella si está cerrada. Ni siquiera es tan alto como el muro.

—¡Harold! —dijo Carole con altivez—. Eso es allanamiento.

Tenía razón.

—Ve a echar un vistazo antes de que desaparezca —me insistió Harold tentadoramente al oído—. No habrá flores, claro, pero ve a echar un vistazo antes de que lo que queda se pierda para siempre.

# Capítulo 12

—No puedo creer que estemos haciendo esto —resopló Carole, mientras caminábamos despreocupadamente alrededor del muro de Prosperous Place en busca de la puerta.

—No puedo creer que vengas conmigo —le resoplé en respuesta.

En cuanto decidí que iba a seguir las locas instrucciones de Harold, no hubo forma de quitarme a Carole de encima. No parecía importarle lo que estuviera pasando, ella tenía que formar parte, aunque eso implicara potenciales problemas o, en este caso, un posible arresto.

—Está aquí —dije, dando un paso atrás—. Aquí es.

La puerta de madera se encontraba allí, tal como Harold había dicho, solo que ahora estaba oculta bajo una espesa maraña de hiedra.

—¿Está cerrada?

Agarré el asa y la giré, pero no se movió, ni siquiera con todo mi peso.

—Creo que sí —resoplé, mirando por encima del hombro hacia donde Carole trataba de aparentar que no estaba haciendo nada fuera de lo normal—. Ven y aúpame, ¿quieres?

—¿Qué?

—Ven a auparme —dije, exasperada—. Ayúdame a llegar arriba y yo me tiro al otro lado.

Carole se puso los guantes para que mis botas no le ensuciaran las manos y me levantó con una fuerza que me pilló por sorpresa. Aterricé en el otro lado con un golpe seco y me tomé un momento para recuperar el aliento y mirar a mi alrededor, esperando que los promotores no hubieran dejado ningún perro guardián.

—¿Qué ves? —La voz de Carole me llegó desde el otro lado de la puerta.

—No mucho desde aquí —dije—. Hay demasiada maleza.

Volví a centrar mi atención en la puerta. Estaba atornillada por arriba y por abajo y, después de quitarle la hiedra y darle un par de tirones fuertes, cedió a regañadientes. Carole se coló enseguida por el hueco y entre las dos la cerramos lo mejor que pudimos.

En silencio y con la respiración agitada, salimos a explorar. Me resultó difícil equiparar las coloridas fotografías que había en la mesa de Harold con aquella selva descuidada y helada, pero, en cuanto divisé la parte superior de la ornamentada fuente por encima de los

espesos setos de tejo, empecé a orientarme.

—Es como Narnia, ¿no? —susurró Carole—. No tenía ni idea de que algo tan magnífico como esto se escondiera tras los muros.

Tenía razón. Por culpa del frío, parecía que llevábamos horas explorando ese paisaje helado, pero en realidad no era ni mucho menos así. Habíamos pasado por lo que yo sabía que había sido un extenso césped a rayas; luego, a lo largo de los muros más lejanos, que habían lucido unos arriates repletos de impresionantes plantas; y, por último, a través de una serie de pequeños jardines cubiertos que albergaban glorietas, cenadores y rincones secretos.

—¿Qué te parece esto como huerto, Carole? —dije conforme rodeábamos la parte trasera de la casa y encontrábamos un jardín amurallado, media docena de invernaderos y lo que en otro tiempo habría sido un hermoso invernadero de naranjos.

—Vaya —dijo, sacudiendo la cabeza.

Era la primera vez que la veía quedarse sin palabras.

—¿Comprobamos si se puede entrar en la casa?

No sé qué me pasó, pero de repente estaba desesperada por verlo todo, aunque la aventura fuera arriesgada. Sabía sin lugar a dudas que, si los jardines eran un indicador de algo, entonces la casa iba a ser espectacular y, por lo tanto, estaba más que dispuesta a manipular a mi estupefacta vecina si eso significaba que podía usarla como cómplice para entrar.

—No creo que se pueda —resopló, recuperando el vocabulario y la voz en el momento más inoportuno. Le brillaba la nariz y le lloraban los ojos—. Aunque las ventanas no estuvieran tapiadas, creo que eso sería tentar a...

Apenas había pronunciado estas palabras cuando una luz brilló en una ventana de arriba, que acababa de abrirse de un empujón.

—Oh, no. —Tragué saliva, con el corazón latiéndome fuerte y rápido en el pecho—. Esa no está tapiada. Esa está muy abierta.

—¡Eh! —gritó una voz de hombre—. ¿Puedo ayudarla? —No sonaba nada contento.

—Mierda —chillé, tirando de la manga del forro polar de Carole —. Creo que será mejor que nos vayamos.

—Creo que tienes razón —contestó ella, soltándose y saliendo como Usain Bolt.

Por un segundo me quedé con la boca abierta y luego me dispuse a intentar alcanzarla.

«Vísteme despacio, que tengo prisa» había sido uno de los proverbios favoritos de mi madre, pero nunca había entendido realmente la sabiduría que escondía detrás. Hasta que al doblar la

esquina me encontré a Carole de espaldas en el camino.

—¡Carole! —grité.

—Estoy bien —dijo, sentándose, y sacudió los pies—. Estoy bien. Solo he resbalado.

La ayudé a ponerse en pie, manteniendo un oído atento al sonido de pasos que se acercaban detrás de nosotras mientras la animaba a ponerse en marcha de nuevo, pero no sirvió de nada. No podía soportar ningún peso sobre su pie derecho y, dadas las condiciones resbaladizas, saltar definitivamente no era una opción.

—Déjame —dijo, haciéndome señas para que me fuera—. Puedes llegar a la puerta si me dejas.

Sonaba como un soldado herido en una de las películas de guerra ante las que mi padre siempre se quedaba dormido los domingos por la tarde, y tuve que obligarme a resistir la tentación de reírme. Volvió a tumbarse en la grava con un gemido y, sabiendo que no podía abandonarla, me uní a ella para esperar nuestro destino. Harold se iba a acordar de esto durante mucho tiempo. De hecho, si nuestros nombres acababan apareciendo en la prensa local, iba a citarlo como el cerebro de toda la operación.

No tuvimos que esperar mucho antes de que se acercaran los inevitables pasos, y justo estaba pensando en volver a ponerme en pie con dificultad cuando un hombre con la cabeza llena de rizos oscuros y un vocabulario chocante dobló la esquina, resbaló en el mismo trozo de hielo que había sido la perdición de mi compañera y aterrizó a plomo ante mis pies.

—¡Joder! —gritó mientras caía al suelo.

La escena fue tan cómica que todos nos echamos a reír, incluso Carole.

Cuando se me pasó el ataque de risa, le tendí la mano y, entre los dos, mi perseguidor y yo nos pusimos torpemente en pie.

—¿Estás bien? —pregunté.

—No —dijo Carole, exasperada—. Tengo frío y estoy herida, y empiezo a pensar que todo es culpa tuya.

Me mordí el labio y volví a mirar a mi cotilla vecina.

—Lo siento, Carole —dije con suavidad—, no preguntaba y, además, has dicho que estabas bien hace un minuto.

—Pues ahora no estoy bien —replicó ella.

—Yo tampoco —dijo el hombre, sacudiéndose el hielo y la escarcha de los vaqueros—. Mi ego ha recibido un golpe tremendo, y el moratón de mi trasero me va a impedir sentarme durante al menos una semana.

Me miró con la sombra de una sonrisa jugueteando en sus labios,

pero pensé que era mejor que no volviera a echarme a reír.

—Probablemente podríamos demandarte —gimió Carole conforme la ayudaba con cuidado a incorporarse y le ofrecía mi brazo para que se apoyara.

—¡Carole!

—Bueno, es verdad. —Hizo una mueca.

—Eso sí que sería interesante —dijo el tipo, que ahora estaba segura de que era el hombre con el que había compartido mi botín de aguacates antes de Navidad—, teniendo en cuenta que ambas estáis allanando una propiedad privada.

—Tiene razón —le recordé a Carole, dándole un codazo—. Me atrevería a decir que podría demandarnos si quisiera, y algo peor.

—Me atrevería a decir que sí —coincidió él.

—Eras Luke, ¿verdad? —pregunté para asegurarme.

—Así es —sonrió—, y tú eres Kate, compartidora de aguacates y recién llegada a Nightingale Square.

Me sorprendía y, si el salto mortal que dio mi estómago servía de indicador, también halagaba que se hubiera acordado. Carole simplemente parecía asombrada.

—Ahora sí que tienes ventaja —me estremecí—, porque sabes mucho más de mí que yo de ti.

Solo me permití un segundo de contacto con aquellos ojos hipnotizadores, pero fue suficiente para que el calor inundara mis mejillas. Me apresuré a volver a centrar mi atención en ayudar a Carole a mantenerse erguida sobre sus pies, o mejor dicho, pie, antes de hacer el ridículo.

—¿Qué haces aquí? —preguntamos Luke y yo al unísono, y volvimos a sucumbir a la risa.

—Mirad —gimió Carole, apoyándose en mi brazo y haciendo que me palpitara el hombro—, por idílico que sea este momento, eso no hace que me duela menos el tobillo. Necesito ir a casa y ponerme una bolsa de hielo.

—¿No debería ser una bolsa de agua caliente? —preguntó Luke, y sus ojos volvieron a encontrarse un instante con los míos.

Aparté la mirada con rapidez, insegura de si se estaba burlando de Carole o le estaba ofreciendo consejos de buena fe. Desde luego, parecía rebosante de confianza, pero, dado que él tenía toda la razón y nosotras estábamos equivocadas, supuse que tenía todo el derecho a decir y hacer lo que quisiera.

—Ahora mismo —replicó Carole—, cualquier remedio sería bienvenido.

—En ese caso —Luke dio un paso adelante y la tomó suavemente

en brazos—, supongo que será mejor que te lleve a casa, ¿no? Y, de camino, Kate puede contarme por qué os he pillado a las dos merodeando por los terrenos de Prosperous Place casi a oscuras y sin permiso.

—Entonces, será mejor que conduzcas despacio —dijo Carole con coquetería a su héroe a lo coronel Brandon.

—¿Y eso por qué?

—Porque el viaje acabará en cuanto empiece —suspiró—. Yo también soy residente de Nightingale Square.

—Espera —dijo Luke cuando tomamos lo que supuse que era un atajo por el lateral de la casa—, mete la mano en el bolsillo de mi abrigo, Kate, y coge las llaves de mi coche.

—¿Qué?

—Las llaves de mi coche —dijo—. Abre el coche para que pueda dejar a Carole en el asiento trasero.

Ni siquiera parecía avergonzada de que hubiéramos oído el pequeño suspiro que había escapado de sus labios. Parecía completamente enamorada, como no podía ser de otra manera. Mark había tenido razón sobre Luke; no es que yo estuviera en el mercado o buscando a alguien, pero los hechos eran los hechos.

—Dime, Luke —sonrió Carole, el dolor de su tobillo olvidado mientras miraba su barbilla y yo rebuscaba en sus bolsillos desde atrás, tratando de no dejar que mis dedos se detuvieran donde se sentía más cálido—. ¿Nos conocemos?

—No creo —dijo dubitativo.

—Pues me resultas muy familiar. —Frunció el ceño.

—Me lo dicen mucho. Creo que tengo una cara muy común. ¿Has encontrado ya las llaves, Kate?

—¡Sí! —dije, sacando triunfalmente el mando, y pulsé enseguida el botón para desbloquear el coche.

—Tendrás que despejar un poco el asiento trasero —me dijo, con la voz un poco tensa—. Solo tienes que empujar a un lado todo lo que hay.

Así lo hice, y se me encogió el corazón cuando mis ojos se posaron en un fajo de papeles y un paquete con el logotipo de los promotores que sabía que se habían asegurado la compra de Prosperous Place. Recordé la conversación que habíamos mantenido Luke, Mark y yo a la salida de la panadería, antes de la fiesta de la hoguera, y me devané los sesos con qué había dicho cuando hablamos de la venta.

Hacía ya tiempo, pero, por lo que yo recordaba, le había dicho a Mark que *no* se había fijado en Prosperous Place cuando descubrió que

se había perdido mi casita; pero luego había desaparecido en los diez segundos siguientes, ¿y por qué si no iba a tener aquellos papeles en su coche si no formaba parte de la compra?

—¿Todo resuelto?

—Sí —dije, cubriendo los papeles con la chaqueta para que Carole no los viera—. Aquí tienes.

Una vez depositada con cuidado en la parte trasera, me subí al asiento del copiloto y esperé mientras Luke corría de vuelta a la casa, presumiblemente para cerrarla.

—Creo que debe ser uno de ellos —me llegó la voz de Carole entre los asientos.

—¿Quiénes son ellos?

—Los promotores, por supuesto —dijo, y su voz adoptó un tono que sugería que yo era idiota por no haberme dado cuenta—. ¿Por qué si no iba a tener acceso a la casa?

Tragué saliva, pero no dije nada. No quería manchar el nombre de Luke hasta tener todas las pruebas. Pero ¿qué más pruebas necesitaba? Las pruebas yacían esparcidas por el lujoso interior de su lujoso coche.

—Voy a preguntarle —dijo Carole.

—No —repliqué rápidamente—. No hagas eso.

—¿Por qué no?

—Bueno, para empezar, no es asunto nuestro, y…

—¿Y qué?

—Y puede que acabemos queriendo mantenerlo de nuestro lado si forma parte del proyecto de urbanización. No olvides que puede ser una de las personas que tenga la última palabra a la hora de decidir si podemos o no empezar a cultivar en el parque.

—Oh, no había pensado en eso —dijo, dándome una palmadita en el hombro—. Pregúntale tú, entonces.

—¿Por qué tengo que preguntarle yo?

—Porque eres joven y guapa y ya lo conoces, así que no sonará tan intrusivo.

—De verdad, Carole —gemí.

—Y aceptaste encargarte del proyecto del huerto. Encontrarnos un sitio depende de ti ahora, ¿no? Vas a tener que buscar una forma de hacerte amiga de él, Kate.

—Cuidado —dije, viendo a Luke en el espejo retrovisor—. Ya viene.

Apenas hubo tiempo para conversar, y mucho menos para explicar lo que habíamos estado haciendo, antes de que volviéramos a la plaza y Luke ayudara a Carole a ir cojeando hasta la puerta de su casa.

—Te pediría que entraras —dijo cuando Graham llegó corriendo

por el pasillo para ver de qué iba todo el alboroto—, pero necesito urgentemente poner el pie en alto.

—¿Qué ha pasado? —exigió Graham.

No parecía nada impresionado de encontrar a su mujer en brazos de otro hombre en su propia puerta.

—Cállate, Graham —dijo Carole en tono de advertencia—. Te lo explico en un minuto.

—Está bien —dijo Luke, retrocediendo—. Lo entiendo, Carole, y estoy seguro de que Kate estará encantada de explicarme por qué os he pillado a los dos allanando mi morada.

—¿Las has pillado haciendo qué? —gritó Graham, poniéndose morado.

—Es una idea estupenda —dijo Carole, señalándome con la cabeza por encima del hombro de Luke—. Kate te lo explicará todo, ¿verdad, querida?

# Capítulo 13

—¿Te estás adaptando? —me llegó la voz de Luke desde el salón a la cocina, donde yo me estaba tomando un respiro para ordenar mis pensamientos con la excusa de prepararnos un té.

—Creo que llevo aquí el tiempo suficiente como para considerarme completamente instalada —respondí.

Habían pasado casi tres meses desde la mudanza y ya estaba acostumbrada a los traqueteos de las cañerías y a la amabilidad de mis vecinos.

—Entonces, te gusta estar aquí —dijo. Su voz sonó de pronto más cercana.

Levanté la vista de las tazas y cucharillas con las que estaba trasteando y me lo encontré apoyado en el marco de la puerta.

—Sí —dije, y me aclaré la garganta—. Mucho.

—¿Vives sola?

—Sí —repetí, acalorándome—. ¿Siempre haces tantas preguntas?

Se encogió de hombros y empezó a desenredarse la bufanda. Me recordé a mí misma que, hasta que no supiera si era amigo o enemigo, tenía que mantenerlo de mi lado; de lo contrario, Carole me despellejaría.

—Yo también estoy solo —dijo con tristeza—. Aunque no me gusta mucho.

—¿Por qué no? —pregunté, mientras vertía el agua y removía.

—¿Siempre haces tantas preguntas? —me imitó.

Le pasé una taza y empecé a rebuscar en los armarios el paquete de galletas integrales de chocolate negro que sabía que tenía guardado por si acaso.

—¿Quieres que encienda el fuego?

—¿Perdona?

Era una pregunta bastante simple, pero de alguna manera se las arregló para hacer que pareciera una insinuación, y no pude evitar pensar en Carole y sus ardientes entrañas al otro lado de la plaza.

—He visto que el fuego de la habitación delantera está preparado —dijo inocentemente—. ¿Quieres que te lo ponga en marcha?

—Ah, vale. —Tragué saliva, pensando que era raro que un invitado hiciera un ofrecimiento semejante en casa de un extraño—. Termino en un minuto.

—No hay nada mejor que un fuego de verdad —dijo con

entusiasmo, desapareciendo por el pasillo.

Cuando encontré las galletas, él ya había encendido la chimenea y se había acomodado en mi sillón. Me senté en el sofá con las piernas acurrucadas debajo de mí; él contemplaba las lenguas de fuego. Parecía distraído, con el ceño fruncido mientras se concentraba en algo que yo no podía ver.

—¿Estás bien? —pregunté cuando el silencio se hizo demasiado ruidoso como para ignorarlo.

—Sí —dijo, apartando los ojos de la crepitante hoguera—. Lo siento. Estaba a kilómetros de aquí.

Cogió dos galletas del paquete que le ofrecí y luego se sentó, masticando y estudiando la habitación.

—Aún no has decorado —observó—. Sigue igual que en las fotos que la inmobiliaria tenía *online*.

Desde luego, tenía buena memoria.

—No, aún no he hecho nada. —Tragué saliva—. Estoy esperando hasta la primavera.

—Me parece una buena idea.

—Pensé que sería mejor esperar unos meses para acostumbrarme al lugar, por si acababa haciendo algo precipitado y me arrepentía.

Asintió y continué:

—La señora que vivía aquí antes que yo llevaba toda la vida en esta casa, y sé que probablemente suene extraño, pero siento que en cierto modo le debo a ella no precipitarme a cambiar nada. Una vez que empiezas a destrozar las cosas, no puedes volver a montarlas, al menos no de la misma manera.

Esperaba que tuviera el sentido común de interpretar el significado más profundo de lo que estaba insinuando. Era mi débil intento de decir un montón de cosas sin entrar en detalles.

—Cuéntame —dijo, cogiendo su taza—. ¿Qué hacías esta tarde paseando por los jardines de Prosperous Place? No te tenía por una allanadora de moradas.

—No lo soy —dije rápidamente.

Enarcó las cejas.

—Vale —acepté—. No siempre.

—Entonces, ¿qué te ha tentado hoy?

—Carole —dije, pasándole la pelota—. Bueno, una mezcla de ella y mi vecino Harold. Él y yo hemos pasado la tarde mirando viejas fotografías de la casa y los jardines, y cuando Carole ha venido a contarnos que habían quitado el cartel de «Se vende», él ha sugerido que fuéramos a echar un vistazo antes de que llegaran las excavadoras.

—Ya veo —dijo Luke, pensativo—. ¿Y por qué cree Harold que va a haber excavadoras?

—Todos lo pensamos —dije sin rodeos, sin poder controlarme—. No somos estúpidos. Sabemos lo que este supuesto grupo de promotores tiene pensado para el lugar.

—Pero ¿por qué os preocupáis tanto?

—Bueno, obviamente no puedo hablar por todos —continué—, pero sé que Harold y yo sentimos un gran cariño por la historia de la casa, un respeto por lo que una vez fue, por lo que toda la zona fue para Norwich en realidad.

—¿Estás hablando del legado Wentworth?

—¿Has oído hablar de él, entonces?

Sabía que tenía que refrenar el sarcasmo, pero el hecho de que él —y me atrevería a decir que el resto del consorcio promotor— supiera todo lo que el señor Wentworth había dado y sacrificado no hacía sino empeorar su decisión de eliminarlo.

—Sí —dijo—, algo he oído.

—Pues los residentes tenemos un gran interés en lo poco que queda de él —añadí, pensando que era ahora o nunca en lo que al huerto se refería.

—¿Qué quieres decir?

—El parquecillo de la plaza —dije, levantándome, y me acerqué a la ventana—. Queremos convertirlo en un espacio de cultivo comunitario, un gran huerto donde todos podamos reunirnos y cultivar lo nuestro.

Luke se unió a mí en la ventana.

—Creo que está bien como está —dijo, mirando hacia la oscuridad—. Por lo que he visto. ¿Y no es todo esto también parte del legado Wentworth? Esta pequeña plaza y el parque siguen siendo exactamente como el señor Wentworth quería, ¿verdad?

Tenía razón.

—Seguro que, si os ponéis a cavar ahí, aunque sea por una causa tan noble, entonces vosotros mismos estaréis picando otro trocito de todo lo que queda de su creación y de lo que decís que tanto os interesa preservar.

No lo había visto así y no estaba muy segura de que me gustara el sabor de mi propia medicina.

—¿No podéis montar el huerto en otro sitio? —sugirió.

—Lo haríamos si hubiera algún sitio lo bastante cerca para que todos pudiéramos acceder a él —dije, sintiéndome de repente menos convencida de nuestros planes—. La clave de toda la idea era mantener el sentido de comunidad —expliqué, intentando justificar lo

que proponíamos y haciendo que sonara muy parecido a algo que el propio Charles podría haber puesto en marcha, de habérsele ocurrido —. Queremos trabajar juntos.

—Ya veo —dijo Luke, cruzando la habitación para examinar la estantería.

Decidí no añadir nada más.

—Tienes unos libros preciosos —dijo, inclinando la cabeza para leer los lomos.

—Gracias.

—¿Supongo que eres algo así como una experta en historia? —Sonrió, pasando el dedo por el estante.

—Algo así.

—¿De ahí tu interés en el legado Wentworth?

—Exacto —asentí—. A veces, no puedo evitar pensar que mirar al pasado es preferible a vivir en el presente.

Me arrepentí al instante de haberlo admitido, pero, por suerte, no me preguntó qué quería decir.

—Esa idea se me ha pasado por la cabeza últimamente —dijo sin más, antes de deslumbrarme con una sonrisa casi demasiado perfecta —. Háblame de este vecino tuyo.

—¿Cuál?

—Harold —dijo, ocupando el sillón y sintiéndose como en casa—. El tipo de las fotografías.

Me alegró hablarle de Harold y de cómo su familia, al igual que la de Doris, había vivido en la plaza desde su construcción. Incluso le sugerí que llamara y pidiera ver las fotos él mismo. Podría marcar la diferencia en lo que ocurriera después, y estaba decidida a hacer que se enamorara de Prosperous Place como yo lo había hecho. Empezaba a sentirme como si pudiera hacer cualquier cosa para impedir que él y su despiadado equipo destriparan el lugar.

—Pero ¿no pensará que es un poco raro que me plante en su puerta?

—No si le comentas tu conexión con Prosperous Place.

Esperé a que me explicara esa conexión, pero no dijo ni una palabra.

—Obviamente tienes una porque, si no, ¿por qué estabas en la casa esta tarde?

Nada.

—Podría ir contigo si quieres —sugerí cuando se hizo evidente que no tenía ganas de responder—. Porque deberías echar un vistazo a todas las cosas que tiene. Podrían cambiar tus planes. Suponiendo que tengas alguno, claro.

No se podía culpar a una chica por intentarlo.

—Puede que te tome la palabra —dijo, pensativo—. ¿Has pensado en tener un gato?

—¿Un gato? —Fruncí el ceño. ¿Cómo demonios había pasado la conversación de Prosperous Place a los gatos en dos segundos?—. ¿De qué estás hablando?

—Si no te gusta vivir sola —dijo con seriedad, clavando sus ojos oscuros en mí y apartándose un rizo errante de la cara.

—No he dicho que no me guste vivir sola —le recordé—. Lo has dicho tú.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Entonces, quizá debería plantearme tener un gato.

—No me pareces de los que tienen gato.

—¿De qué tipo te parezco, entonces?

—No sabría decirte —respondí, recogiendo el paquete de galletas y las tazas con la esperanza de que entendiera la indirecta y se marchara.

No solo había desviado hábilmente la conversación de su conexión con Prosperous Place, sino que también me había hecho sonrojar. Era un tipo de lo más exasperante.

—Supongo que no habrá posibilidad de que hagas más té, ¿verdad? —preguntó, acomodándose en mi sillón de nuevo.

***

—Si yo fuera tú —dijo Luke, mirando hacia el jardín trasero mientras lavábamos las tazas después de nuestra tercera taza de té—, sustituiría toda esta pared trasera de la cocina por una cristalera plegable.

—Ah, ¿sí? —bostecé.

Estaba cansada y bastante conmocionada. De algún modo, Luke se había instalado en mi casita, junto a mi chimenea, en mi sillón, y habíamos pasado casi dos horas hablando de la vida, pero no del amor; del pasado, pero no del nuestro, y de las alegrías de un fuego de verdad frente a la alternativa eléctrica. Seguía sin saber cuál era su papel, su interés o su inversión en Prosperous Place, pero no me pareció mal conocerlo. Aún podría resultar muy útil si necesitáramos un enlace directo con los promotores, como había señalado Carole, quien se alegraría mucho de que me esforzara tanto por conseguirnos un aliado.

—Sí —dijo—. Tu jardín tiene una parte aterrazada, ¿no?

—Eso es —confirmé.

—¿No crees que sería precioso que todo este lado de la casa diera a ella? —dijo, evocando la imagen en mi mente.

—Sí que lo sería —estuve de acuerdo. Parecería sacado de la revista de decoración más estilosa—. Pero también creo que sería demasiado moderno para este lugar. Hay que recordar que intento preservar lo que ya está aquí.

—¿En lugar de mejorarla? —preguntó—. Conservarlo en áspic, mantener los antimacasares en su lugar, ese tipo de cosas. ¿Es eso lo que tenías en mente?

—No voy a crear un museo —repliqué—, y, además, creía que habías dicho que preferías el pasado.

—Pues sí —admitió—, en algunos aspectos, pero eso no significa que no se pueda fusionar con lo nuevo y lo moderno para crear algo aún mejor. Arquitectónicamente hablando, estoy a favor.

Entrecerré los ojos, preguntándome si se trataba de un atisbo de la yuxtaposición de arquitectura moderna y antigua que Susan, del ayuntamiento, había insinuado que se produciría cuando los promotores pusieran sus zarpas en Prosperous Place.

—Así que ese es el tipo de cosa que te gustaría, ¿no? —pregunté ligeramente—. Si esta fuera tu casa, ¿estarías a favor de echar abajo la pared trasera y abrirla a la terraza?

—Sin duda —dijo.

No pude evitar sentirme decepcionada.

—Pero solo si pudiera hacerse comprendiendo lo que ya hay, por supuesto.

¿Eso era un rayo de esperanza?

—Por supuesto —asentí, tratando de darle más carrete—, y supongo que estaría bien meter un poco los exteriores —concedí.

—Iluminaría mucho esta parte de la casa —continuó.

—Bueno, me lo pensaré —dije, sabiendo que no lo haría y que, aunque hubiera querido, el coste habría sido prohibitivo.

—Avísame de lo que decidas —me dijo—. Quizá pueda ponerte en contacto con alguien que pueda ayudarte.

Oh, vaya.

—Y me presentarás a Harold y sus muchas fotografías, ¿verdad, Kate?

—Con mucho gusto. —Me alegraba que al menos no se hubiera olvidado de eso—. Incluso te ayudaré a elegir un gato —añadí, generosa—. Si decides pillar uno.

—Te tomo la palabra —rio, volviendo al salón, y se puso por fin la chaqueta y la bufanda.

Apenas había abierto un centímetro la puerta delantera cuando vi

que las cortinas se agitaban en el dormitorio de Carole. Me asombró que hubiera conseguido subir las escaleras y me pregunté cuánto tiempo llevaría encaramada a la ventana esperando a que Luke se marchase. Quise preguntarle si volvía a Prosperous Place, pero no lo hice.

Había disfrutado de su compañía y de su sentido del humor, aunque durante un buen rato se me había antojado el invitado que no sabe cuándo tiene que irse, y no quería terminar su visita sabiendo a ciencia cierta que iba a formar parte del equipo responsable de destruir la última pieza del legado Wentworth.

Sus opiniones sobre las mejoras arquitectónicas eran casi suficientes para quitarle brillo a su atractivo, y yo no quería empañar aún más su personalidad.

—Gracias por tu hospitalidad, Kate —dijo, volviéndose hacia mí después de abrir el coche e iluminar media calle.

—Gracias por no denunciarnos a Carole y a mí a la policía —sonreí, preguntándome cuántas ventanas estarían ahora al tanto de su marcha.

—Voy a hacer que cumplas tu promesa de ayudar en la selección de mascota —sonrió, y dio un paso hacia mí; retrocedí instintivamente—. Bueno —dijo con cara de confusión—, adiós, entonces.

—Adiós.

Había cerrado la puerta antes de que él cerrara la del jardín, con el corazón martilleándome en el pecho. Estaba segura de que iba a besarme; es cierto que solo habría sido un beso en la mejilla, pero hacía mucho tiempo que ningún hombre, aparte de David, me besaba y no estaba segura de quererlo, inocentemente o no.

Tenía que recordar que Luke, por lo que yo sabía, seguía siendo el enemigo, y que no estaba dispuesta a intimar con el enemigo, por muy guapo que fuese.

# Capítulo 14

A la mañana siguiente, temprano, no pude resistirme a volver dando un paseo a Prosperous Place. No volví a atravesar su puerta por razones obvias, pero divisé la que creía que era la ventana por la que Luke había gritado. Estaba firmemente cerrada y el lugar parecía tan desierto como siempre. Si él seguía merodeando detrás de los muros, sin duda pasaba desapercibido.

El silencio resultaba inquietante, casi demasiado, y no había humo que delatara que había encendido ninguna de las chimeneas. Al parecer, solo le gustaba la mía. De hecho, me dio la impresión de que disfrutaba de la comodidad del hogar, y me pregunté si de verdad se sentía solo, sin esos sencillos placeres en su propia vida.

Al fin y al cabo, había admitido que no le gustaba vivir solo, pero, me recordé mientras daba la espalda a la casa vacía y volvía a la plaza, si era un promotor inmobiliario despiadado que buscaba el dinero rápido, se merecía estar solo, y por desgracia así era.

—¿Dónde has estado? —La voz de Lisa me llamó en cuanto me vio cruzar la calle de vuelta a la plaza—. ¿No has recibido ninguno de mis mensajes?

El coche de Heather estaba aparcado delante de mi casa y ella estaba sentada dentro, con Evie atada a su sillita en la parte de atrás.

—No —dije, negando con la cabeza—. ¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

—Todo va bien —exclamó Heather desde el coche, claramente dispuesta a calmar la impaciencia de Lisa—. Está de mal humor, eso es todo. Sube y te explicaré a dónde vamos por el camino.

—Y enciende el móvil, por el amor de Dios —gimió Lisa, ocupando su lugar junto a Evie mientras yo subía delante—. Cualquiera pensaría que no querías que te molestaran mientras entretenías a guapos desconocidos hasta altas horas de la noche.

—Oh, ya veo. —Me reí mientras una docena de mensajes iluminaban la pantalla de mi teléfono—. ¿Es una encerrona?

—Lo has pillado —guiñó Heather, mientras se apartaba con suavidad del bordillo.

—¿A dónde vamos?

—Espera y lo verás —respondió Lisa antes de que Heather tuviera ocasión de decírmelo. Evie gorjeaba alegre a su lado, completamente ajena a su malhumor—. Pero ya nos contarás qué tal la velada cuando lleguemos —añadió.

—Y no se te ocurra omitir ningún detalle —añadió Heather, mientras se incorporaba al tráfico de la hora punta—. Ni preocuparte por la vieja gruñona de ahí atrás. Por lo visto, esta mañana prefiere quedarse en casa que salir a tomar el aire.

—¿Hablas de Lisa? —bromeé, girándome en mi asiento para mirarla—, ¿o de Evie?

Afortunadamente, no tardamos demasiado en recorrer la ciudad y, en menos de veinte minutos, llegamos al aparcamiento del lago Whitlingham.

—No vamos a correr, ¿verdad? —le pregunté a Heather, mientras sacaba el cochecito de Evie del maletero y lo montaba con toda la rapidez de una experta—. No me he puesto las zapatillas.

—Por supuesto que no —dijo Lisa—. Si hubieras leído los mensajes, lo sabrías.

Estaba claro que el viaje no había contribuido a mejorar su humor.

—No puedo leer en el coche —le dije—. Me mareo.

Puso los ojos en blanco y se subió la cremallera del abrigo.

—Todavía está demasiado resbaladizo para correr —dijo Heather, mientras abrochaba a la bebé y la acurrucaba bajo una manta extra—. Se me ha ocurrido que podríamos hacer algo de ejercicio con un agradable paseo.

—Y podríamos terminar la tortura con un café y un trozo de tarta —añadió Lisa, señalando la cafetería situada en el extremo opuesto del aparcamiento.

Por suerte, su voz sonó más cálida con la mención de la tarta, y supuse que si el canto de los pájaros y el suave chapoteo del agua no la animaban, lo haría la promesa de una tarta de té tostada.

Esta vez fue Heather la que puso los ojos en blanco mientras se ponía los guantes.

—Bueno, no queremos volvernos locas y presionarnos demasiado —insistió Lisa—. No querrás que entremos en *shock*, ¿no?

El lago era precioso, aunque la brisa proveniente de él nos dejaba sin aliento; no habíamos llegado muy lejos cuando ya nos estábamos quitando los gorros, con las mejillas sonrosadas y un poco sin aliento. Quizá Heather tenía razón y habíamos hibernado demasiado tiempo junto al fuego.

—¿Y cómo lo supisteis? —Jadeé, pensando que lo mejor sería poner en marcha el inevitable interrogatorio—. ¿Delataron las campanas y silbatos del cierre centralizado a mi visitante anoche?

—No —dijo Heather.

—Fue Carole —resopló Lisa a mi lado—. Cogió el teléfono en

cuanto ese tipo supuestamente guapo la dejó en su puerta.

Debería haberlo sabido. Me costaba creer que aún no hubiera llegado cojeando a mi puerta para exigir que la pusiera al día.

—Así que… —dijo Heather.

—¿Qué? —dije, encogiéndome de hombros y adelantándome.

—Que qué ha pasado —dijo Lisa, agarrándose a mi brazo para que redujera la velocidad—. ¿Le besuqueaste la cara? Carole estaba bastante segura de que harías todo lo posible por averiguar quién era en realidad y, dada la descripción que me dio de él, no puedo decir que pudiera culparte si lo hubieras hecho.

—Lisa —dijo Heather con el ceño fruncido.

—Lo siento —mintió, juntando las manos—. Estoy demasiado emocionada. Estaba deseando encontrarte un nuevo príncipe azul, Kate —sonrió, volviéndose de nuevo hacia mí, convenientemente olvidado su mal humor—. ¡Y puf! Aquí está.

—No es un príncipe azul —dije, tratando de quitármela de encima —. Bueno, al menos no el mío.

—Claro que sí —insistió ella—. Y yo soy tu hada madrina personal.

La idea era ridícula. Para empezar, no le quedaba bien el tul rosa, y no parecía tener una varita con una estrella en la punta escondida en ningún sitio.

—Y dado que, según Mark, este es el mismo tipo al que conociste en el súper, el mismo al que le gustaste —insistió—, *y* que tú sabes lo que te haces cuando se trata de antigüedades y esas cosas, esperamos que seas capaz de guiarlo en la dirección correcta cuando él y los otros promotores empiecen a trabajar en Prosperous Place.

Ahora me tocaba a mí poner los ojos en blanco. Lo que sugería era absurdo y me pregunté si habría alguien en la plaza con quien no hubiera hablado del tema. Heather, intuyendo que no estaba contenta, tiró de ella hacia atrás e intentó hacerla callar.

—No creo que Kate esté buscando un nuevo príncipe azul —dijo sabiamente a nuestra entusiasta amiga—. Y tampoco creo que esté buscando una aventura salvaje que pueda, o tal vez no, ayudar a salvar Prosperous Place —añadió con rapidez antes de que Lisa tuviera oportunidad—. ¿No, Kate?

—No —dije con firmeza—. Por supuesto que no. No me hace falta un tórrido romance, muchas gracias. —Me esforzaba por parecer menos nerviosa de lo que me sentía, pero no estaba segura de conseguirlo—. Y, desde luego, no necesito un príncipe azul. Además, yo ya he tenido el mío, y se fue hace mucho.

Tragué saliva y desvié la vista hacia el sendero. Lisa aprovechó

para arrancar de nuevo.

—Sabes que hay más de un príncipe para cada una, ¿verdad? —Me dio un codazo—. ¿Te das cuenta de que tienes otra oportunidad en el juego de las relaciones? Un matrimonio fallido no te condena a una cadena perpetua de soltería.

—No creo que se pueda ser solterona si se ha estado casada —dijo Heather, pensativa.

—Bueno, da igual. Una condena a la soltería, entonces —añadió Lisa con impaciencia—. Ya sabes lo que quiero decir. Kate, necesitas volver a montarte en el caballo antes de que olvides cómo se hace.

Heather parecía querer reírse, pero a mí nuestra amiga no me hacía ninguna gracia.

—Lo dice la mujer que está felizmente casada con el hombre de sus sueños —interrumpí con amargura—. Un hombre tan cariñoso y leal que cuida de tus tres hermosos hijos en su día libre para que puedas darte un descanso.

Lisa negó con la cabeza, pero no le di oportunidad de interrumpir.

—Créeme, Lisa —le dije—, pronto te sentirías igual si te encontraras en mi situación. Si John te rompiera el corazón, pronto entenderías que, cuando se trata del amor verdadero, no hay segundas oportunidades.

Heather miró a Lisa con cara de que tenía que dejar de presionar y de que se merecía la bronca que yo acababa de echarle, pero eso no la detuvo.

—¿Me estás diciendo que *de verdad* crees que solo hay una persona en el mundo para cada uno?

—Sí.

—¿Y que, si la relación con esa persona, esa supuesta alma gemela de una vez en la vida, termina, entonces ya está? ¿Adiós al romance, al amor, al sexo y a todo lo demás?

—Sí. —Me encogí de hombros—. La oportunidad de tener una relación verdaderamente significativa ha desaparecido.

Ya está, lo había admitido. Había dicho en voz alta que, si el idilio de cuento de hadas resultaba ser cualquier cosa menos eso, entonces se acabó. La llama se había extinguido para no volver a encenderse nunca con la misma intensidad.

—Pero ¿y si la persona de la que estabas locamente enamorada te rompe el corazón —preguntó Heather en voz baja—, como hizo David, y luego, en algún momento, te enamoras de otra persona?

—Es imposible que te enamores de otra persona de la misma manera o que vuelvas a amar tan profundamente —le dije—. Si ya le has entregado todo tu corazón a alguien, no queda nada para nadie

más. Podrías pensar que estás viviendo un segundo romance, pero no sería un parche para lo que ha pasado antes.

—Entonces —dijo Lisa, deteniéndose en medio del camino—, ¿lo que estás diciendo es que es el «felices para siempre» o nada?

—Exacto.

—Aunque el primer cuento de hadas se acabara sin que tuvieras culpa y existiera la oportunidad de escribir otro, ¿no lo harías?

—No —dije con firmeza—. Si ya has tenido lo mejor, ¿para qué te vas a molestar?

Yo estaba bastante satisfecha con mi momento poetisa, pero Lisa se limitó a fruncir el ceño.

—Eso es ridículo —espetó, con la barbilla alzada con obstinación hacia mí.

—Me parece que nunca estaremos de acuerdo en esto.

—Pues no, porque, si piensas que este casi exmarido tuyo era el mejor —dijo, con las manos plantadas en las caderas—, entonces lo siento mucho por ti, Kate.

—¡Lisa! —se escandalizó Heather.

—¿Qué? —Frunció el ceño—. Es verdad. La trató como una mierda y ahora cree que está condenada a pasar el resto de sus días sola. Bueno, pues déjeme decirle, señora —dijo con una voz que normalmente reservaba para cuando sus hijos se habían portado mal —, que algún día un tipo encantador se abrirá camino hasta tu corazón y querrá llevarte lejos, y espero que para entonces hayas entrado en razón.

—Yo no contaría con eso —dije, alejándome—. Y, si crees que estaría interesada, entonces no me conoces en absoluto. Y, además, la razón por la que mi matrimonio fracasó soy yo, no David, así que tengo derecho a pensar que estoy recibiendo mi merecido, muchas gracias.

—No puedo creer que sigas culpándote por lo que pasó —empezó a murmurar, pero Heather la detuvo.

Seguimos caminando en silencio alrededor del lago y de vuelta al aparcamiento. Heather había hecho algunos vagos intentos de señalar las aves silvestres y el cambio de tiempo que se vislumbraba en el horizonte, pero pronto desistió cuando ni Lisa ni yo respondimos.

—¿Nos vamos a casa, entonces? —preguntó, cansada, cuando estábamos a medio camino entre su coche y la cafetería del aparcamiento.

—De eso nada, joder —dijo Lisa, enlazando su brazo con el mío como si nuestra discusión nunca hubiera existido—. Yo he venido por el pastel.

—¿Y por la animada conversación no? —pregunté, poniéndome de nuevo el gorro.

Hacía frío ahora que no íbamos a zancadas.

—No —dijo, tirando de mí en dirección a la cafetería—. La verdad es que no. Tengo una compañera exasperante que tiene unas ideas muy raras, ¿sabes?, y ha insistido en venir esta mañana.

No podía creer que pensara que yo era la exasperante.

—¿Te refieres a una compañera que no está de acuerdo con tu forma de pensar?

—Sí —dijo ella.

—Impactante —susurré.

—Lo es —dijo—, está como una cabra, pero al final machacaré su espíritu.

No iba a conseguirlo, pero no tenía intención de decírselo y volver a empezar toda la discusión.

—Y, antes de que empieces a interrogarme sobre lo de anoche —dije, mirándolas a ambas mientras Evie empezaba a inquietarse—, no tengo ni idea de qué tiene que ver ese tal Luke con Prosperous Place, ni de lo que él y sus amigos promotores están planeando.

Lisa chasqueó la lengua.

—En ese caso, deberías habérselo sacado a morreos —dijo.

Abrí la boca para protestar.

—No por motivos románticos —se apresuró a decir—, solo para sonsacar información.

—Eso que sugieres es terrible —dijo Heather con desaprobación, mientras empujaba el cochecito de Evie por la puerta de la cafetería —. Estoy segura de que Kate no usaría sus armas de mujer de esa manera.

—Teniendo en cuenta lo que nos acaba de decir, me preocupa un poco que no vuelva a usarlas nunca.

Hice caso omiso del comentario.

—Sin embargo —dije en su lugar—, le hablé de nuestro deseo de convertir el parque en un huerto, así que, si él o alguno de sus compinches tiene poder para tomar una decisión al respecto, seguro que pronto tendremos noticias.

Ahuyenté la idea de que, si conseguíamos el visto bueno, estaríamos cambiando una de las últimas piezas del legado de Wentworth, como Luke se había apresurado a señalar, para adaptarla a nuestros propios fines.

—Bueno, algo es algo, supongo —dijo Lisa, amable—. ¿La noche no fue un desperdicio total, entonces?

No le dije que la noche no se había desperdiciado en absoluto.

Más bien, había resultado ser una de las más agradables que había tenido desde que había llegado a Nightingale Square, pero sabía que, si admitía eso, entonces no habría quien la detuviera.

***

—¿Puedes sostener a Evie mientras voy al baño? —preguntó Heather, mientras Lisa hacía cola para pagar nuestros aperitivos y bebidas—. Estoy a punto de reventar.

—¿No puedes aguantar hasta que vuelva Lisa?

No tenía ningún deseo de quedarme con el bebé en brazos. De hecho, dados los tumultuosos pensamientos que nuestro paseo alrededor del lago había suscitado, eso era lo último que deseaba.

—No —dijo, arrojando el bulto acurrucado en mis brazos—. Lo siento. Seré rápida.

Respiré hondo y reajusté con cuidado mi posición en la mesa para poder agarrarla más cómodamente.

—En fin —suspiré, mirando la cara bonita y regordeta de Evie—. ¿De qué se supone que vamos a hablar, señorita Evie?

Me recompensó con una de sus hermosas sonrisas y luego extendió una mano regordeta y empezó a tirar de mi bufanda. Su pequeño y suave cuerpo acolchado se sentía pesado en mis brazos y me di cuenta de que ella estaba mucho más relajada que yo. Cuando empecé a sacudirla suavemente arriba y abajo y vi cómo se reía en respuesta, comprendí que yo había sido una constante en su vida desde que tenía memoria. Me sonrió y estiró los brazos para alcanzarme la cara y le besé los dedos, haciéndola chillar de alegría.

—Mírate —dijo Lisa, apoyando la bandeja llena sobre la mesa—. ¿En serio me estás diciendo que pasarías de un segundo romance y te perderías hacer uno de estos para ti?

Las lágrimas habían brotado de mis ojos incluso antes de que hubiera tenido tiempo de pensar en una réplica ingeniosa o mordaz, y, al agachar la cabeza intentando parpadear, una se escapó y rodó por mi mejilla. Otra la siguió con rapidez.

—¿Quieres chocolate o fresa? —preguntó Lisa, sosteniendo en alto dos *cupcakes,* ajena por completo al creciente torrente que su oportuno comentario había desatado—. Le he pedido a Heather la bandeja de frutos secos y semillas que quería, pero apuesto lo que sea a que me suplicará un bocado de estos cuando los vea.

—¿Kate?

Heather había vuelto del baño.

—¿Puedes cogerla? —Sorbí, poniéndome de pie con torpeza, y le

devolví a Evie antes de que hubiera tenido tiempo siquiera de bajarse la cremallera de la chaqueta.

—¿Qué has dicho ahora? —le preguntó, acusadora, a Lisa.

—¿Qué? —respondió Lisa—. Solo le he preguntado qué pastel quería.

—Solo voy al baño —dije, manteniendo la cabeza agachada mientras escapaba.

Cuando volví a la mesa, ya habían servido el té, repartido los pasteles y Heather estaba dando de comer discretamente a Evie bajo una manta de muselina.

—¿Estás bien? —preguntó Lisa—. No quería molestarte. Solo intentaba hacerte entrar en razón.

Heather soltó una sonora carcajada.

—Lo siento —corrigió Lisa—. Solo intentaba hacerte ver lo *que* creo que es de sentido común.

—No pasa nada —le dije, quitándome la chaqueta—. No es culpa tuya. No lo sabías.

—¿El qué?

—No importa. —Me encogí de hombros—. ¿Podemos hablar de otra cosa?

Heather hizo eructar a su bebé y la cambió al otro lado.

—¿Sigue tan comilona como siempre, entonces? —dijo Lisa señalando el bulto bajo la mantita de Heather.

—Oh, Dios, sí —sonrió—, no puedo seguir su ritmo. Voy a tener que empezar a destetarla pronto. Sé que es un poco pronto, pero...

—Una madre sabe qué es lo mejor —intervino Lisa—. Mejor que esos malditos libros que tienes sobre tu mesa de café, por lo menos.

—Los he donado —dijo Heather.

—¿A caridad? —pregunté, antes de dar un primer y delicioso mordisco al *cupcake* de fresa, obligándome a participar en la conversación.

—A una caja en el garaje —respondió—. A Glen y a mí no nos parecía justo transmitir a otra persona toda esa paranoia sobre cómo deben hacerse las cosas. —Lisa se rio—. Antes de que nos demos cuenta, volverá a ser cinco de noviembre y podremos sacrificarlos en la hoguera.

—Solo estamos en enero —dijo Lisa—. Aún no he superado la Navidad, no necesito pensar ya en la próxima. ¿Cómo van los planes para el bautizo?

—Despacio —gimió Heather—. Pero hay una cosa que Glen y yo hemos decidido.

—¿Sí?

—Nos encantaría que tú y Kate aceptarais ser las madrinas de Evie.

Sus amables palabras provocaron un segundo brote de lágrimas, por lo que no me quedó más remedio que explicar lo que podría haberse interpretado como una aversión a los bebés y todo lo que conllevan.

—Esta vez no puedes culparme a mí —se apresuró a protestar Lisa —. Ni siquiera he abierto la boca. Has sido tú —dijo, cogiendo a Evie mientras Heather se recolocaba la ropa.

—No es culpa de nadie —sollocé, sonándome la nariz en una servilleta de papel, y la hice un ovillo apretado—. Es solo hablar de bebés en general.

—Sigue —dijo Heather, pasándome otra servilleta.

—Lo que rompió mi matrimonio fue que yo no dejara de hablar de bebés —dije, las palabras saliendo de mi boca por primera vez en mi vida.

—Pensé que habías dicho que David había sido infiel.

—Lo fue —dije, todavía sollozando—, lo fue, pero solo porque yo lo conduje a ello.

Heather alargó la mano y la puso sobre la de Lisa antes de que esta volviera a soltar su discurso de «*No puedes culparte a ti misma*».

—Cuando David me pidió que me casara con él, antes incluso —empecé apresuradamente—, siempre había sido inflexible en que no quería tener hijos. Dijo que era demasiado mayor para formar una familia. Siempre fue muy franco con sus sentimientos y yo, tan enamorada de él, estaba dispuesta a sacrificar el hecho de ser madre si eso significaba que podía quedarme con él.

—¿Qué ha cambiado?

—Ni siquiera era algo en lo que pensara hasta que una pareja que conocíamos, un poco más joven que David, tuvo su primer hijo. Era un niño y David parecía enamorado de él. Lo arrulló, lo mimó e incluso se convirtió en su padrino, y yo, al ver ese cambio, empecé a pensar que quizá se plantearía que tuviéramos nuestro propio bebé.

—¿Y no quería?

—No —dije, negando con la cabeza—. Fue categórico al decir que no estaría a la altura, que no quería estarlo. Dijo que disfrutaba demasiado de la libertad asociada a la vida y el negocio que habíamos creado, y que un bebé estaba muy bien siempre que volviera a casa al final del día.

—¿Cómo te hizo sentir?

—Destrozada. En cuanto se plantó la idea, no pude evitar que creciera. Lo intenté, pero, antes de que me diera cuenta, aparecía

prácticamente en todas nuestras conversaciones. Al final, la paciencia de David se agotó y decidió que se iba solo a una subasta en Francia a la que siempre asistíamos juntos. Dijo que necesitaba un descanso.

—¿Y ahí fue donde...? —preguntó Lisa, enarcando las cejas.

—Sí —asentí—, allí fue donde ocurrió, y como ves, todo fue culpa mía.

Lisa negó con la cabeza.

—Desde luego que no —intervino Heather, adoptando el tono que siempre le reprochaba a Lisa—. Debería haber sido más comprensivo. Fue cruel actuar así con el hijo de otra persona y luego castigarte por los sentimientos que despertó esa imagen.

—¿Te dijo que había sido infiel? —preguntó Lisa—. Cuando volvió, ¿te lo dijo?

—No —dije, sabiendo que necesitaba dejar salir el tema—. Siguió como si no pasara nada. Fue atento y se disculpó, y yo achaqué su cambio de actitud al hecho de que había tenido tiempo para reflexionar y estaba intentando ver la situación desde mi punto de vista.

—Qué cabrón —dijo Lisa, devolviéndole a Heather una Evie muy somnolienta.

Sacudí la cabeza. Estaba a punto de cargar con la culpa una vez más, pero las miradas de ambas hicieron que las palabras murieran en mi garganta.

—¿Pedimos otra tetera? —dije en su lugar—. Yo invito.

***

Mis amigas no parecían haber comprendido la gravedad de mi culpa. Si no se me hubiera metido en la cabeza intentar hacer cambiar de opinión a David sobre lo de tener un hijo, seguiría felizmente casada, viviendo contenta en Londres y trabajando junto al hombre que amaba y que había sido mi única oportunidad de ser feliz para siempre.

¿O no?

El hecho de que David hubiera optado por no mencionar su «tonta indiscreción» —como él la llamó— hasta que las circunstancias lo obligaron a hacerlo hacía que mi imaginación corriera hacia los lugares más amargos y desagradables imaginables. ¿Había sucumbido antes a la tentación? La noche que acabó describiéndome con mortificantes detalles, ¿había sido realmente una sola vez o más bien una de tantas?

—No es demasiado tarde, ¿sabes? —dijo Lisa, retorciéndose entre

los asientos delanteros mientras Heather volvía a atar a Evie en su sillita junto a mí.

—¿No es demasiado tarde para qué? —pregunté.

No había estado muy atenta a lo que decía cuando salimos de la acogedora calidez de la cafetería y caminamos de vuelta al coche.

—Para ti, tonta —se rio—. Sé lo que piensas, pero aún hay tiempo para darle otra oportunidad al amor, al romance e incluso a un bebé propio.

Negué con la cabeza, pero no me dio la oportunidad de volver a protestar. Heather me miró y sonrió, comprensiva. Tanto ella como yo sabíamos que era inútil intentar detener a Lisa cuando pasaba a la carga. Tendría que esperar a que lo soltara todo y asentir cuando fuera necesario. Así sería más fácil.

—Sé que tienes esta visión del amor de que solo sucede una vez en la vida, pero te lo digo ahora mismo, estás equivocada, completamente fuera de tus cabales.

No lo estaba, pero me mordí la lengua. Algunas personas podrían soportar una existencia en la que las cosas sucedieran de forma desincronizada, pero yo no. Me gustaba que los acontecimientos de mi vida fueran ordenados, organizados y que todo sucediera en el orden correcto. Los desvíos del camino estaban bien para algunos, pero yo siempre había preferido la ruta tradicional.

Ni en un millón de años habría imaginado que el divorcio sería una parada importante de esa ruta, pero había sucedido, y ahora yo dirigía mi propio rumbo seguro y tranquilo. Navegaba por un paisaje libre de dolor, disgustos y decepciones, y me atrevería a decir que, si Lisa lo hubiera sabido, habría añadido que libre de pasión e imprevisibilidad, pero estaba bien. Me conformaba con vivir sin ambos si eso significaba no volver a exponer mi corazón.

—¿No te oí ayer mismo, Lisa —dijo Heather, incapaz de resistirse a desafiar la determinación de nuestra amiga de doblegar mis pensamientos para que coincidieran con los suyos—, sermoneando a tu Tamsin sobre la importancia de respetar las opiniones de los demás, aunque no sean las mismas que las tuyas?

—Pues sí —dijo Lisa, tirando de su cinturón de seguridad—. Pero eso no cuenta.

—¿Por qué no? —preguntamos Heather y yo a coro.

—Porque Kate está equivocada y necesita que se lo digan.

—Tan sencillo como eso —dije.

—Tan sencillo como eso —coincidió—. Y voy a demostrarlo.

# Capítulo 15

Una semana más tarde estaba de nuevo en casa de Harold, sentada a su mesa y bebiendo té, solo que esta vez estaba rodeada de trozos de papel y cuadernos, en lugar de fotografías y recortes de revistas.

—Sigo sin estar seguro de que esto merezca la pena, Kate —refunfuñó el anciano—, o tu tiempo, para el caso. Seguro que ahora podrías estar haciendo algo mejor.

—La verdad es que no —me encogí de hombros, sacándole punta al lápiz de nuevo, dispuesta a documentar todo lo que recordase—, o, al menos, no hasta que mejore el tiempo. Y, como te he dicho cientos de veces, es ahora o nunca, porque en cuanto el sol empiece a brillar y la primavera haga acto de presencia, entonces tendré mejores cosas que hacer. Muchas cosas mejores, como quitar el papel pintado para empezar; para entonces saldré pitando.

—Literalmente —rio Harold.

—Exacto.

Me hacía ilusión empezar a reformar mi acogedora casa, pero no me entusiasmaba tanto el hecho de no poder librarme de la idea de que la pared de la cocina fuera sustituida por una lámina de cristal retráctil. Incluso me había acostumbrado a tomarme la primera dosis de cafeína del día con los ojos cerrados, imaginando las vistas más allá de los ladrillos y pensando en lo bonito que sería dejar pasar el exterior de una forma tan espectacular.

—Pero de verdad, Kate —volvió a sonar la voz de Harold. Parecía más un adolescente enfurruñado que un hombre de ochenta años—. ¿Qué sentido tiene? Ese joven tuyo ni siquiera se ha molestado en venir a ver las fotos, así que no puedo ni imaginar que a nadie más le interesen estos cuentos chinos. Todo está en el pasado y probablemente debería quedarse ahí.

Estaba tan enfadada con la continua ausencia de Luke como conmigo misma por no ser capaz de olvidar sus sugerencias de diseño de interiores. Yo no había tenido ningún motivo para dudar de su sinceridad cuando se calentaba los pies junto a mi chimenea y me decía que estaba deseando conocer a Harold y ver sus viejas fotos. Parecía ansioso de verdad por descubrir más cosas sobre la historia de Prosperous Place y, sin embargo, no lo había visto, ni a él ni a nadie más, por la casa ni por la plaza.

—Desde luego, mi joven no es —corregí a Harold, quizá

demasiado bruscamente—, y de todas formas no estamos haciendo esto solo por su bien.

—Entonces, ¿para quién lo hacemos? —preguntó.

No tenía una respuesta para él en ese momento, pero por suerte me salvó de admitirlo el traqueteo del buzón.

—Yo voy —dije, levantándome de un salto.

Solo había una carta, un sobre bastante elegante con el nombre de Harold escrito en una bonita y curvilínea caligrafía en el anverso.

—¿Quién es? —llamó.

—Nadie —dije, reuniéndome con él en la mesa—. Era solo el correo.

—El correo llegó hace horas. —Frunció el ceño.

—Bueno, esto estaba en el felpudo —le dije—. Ha sido entregado en mano; mira, no hay sello ni dirección.

—¿Quién lo ha traído?

—No lo sé —dije, entregándole la carta—. No lo he visto.

Harold cogió el sobre y le dio la vuelta entre las manos, asimilando el peso de la costosa papelería.

—Parece caro —resopló con suspicacia.

No pude evitar sonreír ante su astuta observación.

—Estoy de acuerdo —asentí—. Es un papel precioso y grueso, de excelente calidad, y hoy en día no mucha gente escribe con estilográfica. ¿No vas a abrirlo?

Todavía con el ceño fruncido, Harold señaló hacia la mesita que ocupaba el espacio contiguo a su sillón junto al fuego.

—Madre mía —dije, pasándole el fino abrecartas con mango de hueso que me había indicado—. Esto es bastante bonito.

Lo observó fijamente, como si no lo hubiera mirado bien desde hacía mucho tiempo.

—Era de mi abuela —me dijo—. Tal vez de su madre, ahora que lo pienso.

Introdujo el extremo de la hoja en el papel y abrió el sobre con un hábil movimiento de la mano.

—¿Podrías pasarme también mis gafas de leer, querida?

Observé cómo leía despacio lo que parecía una tarjeta bellamente decorada y negué con la cabeza.

—Mucho dinero, sin duda —dijo—. Lee esto.

La tarjeta era en realidad una invitación, pero se había hecho para que pareciera una tarjeta de San Valentín victoriana. Estaba decorada con un ribete violeta y, aunque era muy bonito, no me dejé seducir por el envoltorio, sobre todo a medida que iba leyendo.

—«Estimado Harold Brighton —leí en voz alta—. Está

cordialmente invitado a la cena de San Valentín en Prosperous Place el viernes catorce de febrero. Copas a las siete y media, cena a las ocho, carruajes a las diez y media».

—Carruajes —volvió a resoplar Harold—. Es un poco extravagante, teniendo en cuenta que solo está al final del camino, ¿no? ¿Y a qué vienen los corazones y las flores?

—No dice de quién es, ¿verdad? —observé, dándole la vuelta para buscar pistas justo cuando sonó el timbre de la puerta—. Solo hay un número de móvil para confirmar la asistencia.

La larga hilera de números no encajaba del todo con la belleza de la tarjeta, pero quienquiera que la hubiera enviado sin duda se había tomado muchas molestias para que pareciera atractiva.

—Bueno, yo no voy. —La voz obstinada de Harold recorrió el pasillo cuando fui a abrir la puerta—. No voy a salir después del anochecer. Probablemente sea una de esas estafas de las que oyes hablar en las noticias. Quien lo haya enviado sin duda quiere vaciarme la casa, y para cuando me haya dado cuenta de que no hay cena de lujo, me habrán robado a manos llenas.

Negué con la cabeza. Era mucho trabajo para un ladrón en potencia. Qué imaginación tenía.

—¡Qué bien, tú también tienes una!

Descubrí a Lisa en la puerta blandiendo una invitación similar a la que yo aún sostenía. Carole, Graham y Heather la seguían de cerca, y todas levantaron las suyas al unísono. Por lo que pude ver, cada una estaba decorada de forma ligeramente distinta, pero llevaban el mismo texto.

—En realidad, esta es de Harold —le dije a mi amiga, que parecía más que emocionada ante la perspectiva de una celebración de San Valentín dentro de los muros de Prosperous Place—. Llevo aquí toda la tarde, así que no sé si tengo.

—Bueno, ve a ver —ordenó Carole. Sus mejillas sonrojadas sugerían que estaba disfrutando de la emoción tanto como Lisa—. Y entonces decidiremos qué vamos a hacer.

Todos entraron en casa de Harold y yo me fui a recoger mi propio sobre, que, en efecto, estaba esperando en el felpudo.

—Entonces, todos tenemos una —preguntó Rob, que había oído el alboroto y había salido para unirse a las especulaciones.

—Eso parece.

—Un poco raro, ¿no? —dijo—. Sin desvelar de quién es, quiero decir.

—Sí —acepté—. Un poco.

Como era de esperar, la voz de Carole fue la primera que oí

cuando volví a cruzar el umbral de la casa de Harold.

—Obviamente son del promotor —dijo, sagaz—. Sin duda creen que pueden conquistarnos con una tarjeta elegante y una cena con clase. Habrá champán por todas partes para suavizar el golpe de lo que sea que estén planeando hacer, así os lo digo.

Al menos, una de mis vecinas había descubierto la justificación de las elaboradas invitaciones, aunque no había mencionado el papel que su apuesto héroe podría haber desempeñado en su distribución.

Me quedé mirando mi propia tarjeta, decorada con todo tipo de flores primaverales y un puñado de corazones rosa pálido. Tenía que reconocerle a quienquiera que hubiera ideado los diseños que sin duda había hecho los deberes. Los motivos que habían elegido eran perfectos y recordé lo que había leído una vez acerca de que el sistema postal victoriano se vio casi desbordado cuando la popularidad de las tarjetas despegó.

—¿Y qué más da?

Esto vino de Lisa e hizo que mi corazón se hundiera.

—Yo pienso aprovecharlo —se apresuró a decir—, y además, si se han tomado tantas molestias por nosotros, no pueden ser tan malos, ¿verdad?

—Justo eso es lo que quieren que pienses —insistió Carole, antes de que yo tuviera la oportunidad de decir exactamente lo mismo—. Será un hábil ejercicio en el arte de seducir a posibles vecinos problemáticos.

—Pues has cambiado de tono —espetó Lisa—. Cuando tu caballero de brillante armadura te llevó a casa en su carruaje ejecutivo, eras todo sonrisas. Parecías más que un poco seducida, Carole.

Exhalé un largo y lento suspiro, convencida de que esta división era justo lo que esperaba el equipo de la mansión. Si seguíamos hablándonos así y empezábamos a pelearnos, íbamos a hacerles el juego.

—Mirad —dije, arriesgándome a la ira de Lisa—. No nos pongamos a discutir sobre los porqués, que levante la mano quien crea que es buena idea ir.

La mano de Lisa se levantó de inmediato y la de Heather fue solo un nanosegundo más lenta. Levanté la mía en señal de solidaridad y Lisa miró con suficiencia a Carole.

—No me pongo de tu parte porque quiera una noche elegante, Lisa —le dije rápidamente—. Quiero averiguar todo lo que pueda sobre la urbanización, y esta será una gran oportunidad para hacerlo, y no olvidemos que, al fin y al cabo, los nuevos propietarios podrían tener alguna influencia sobre el huerto. No queremos poner en peligro

nuestras posibilidades de conseguirlo, ¿verdad?

—Tiene razón —le dijo Rob a Carole, encogiéndose de hombros antes de levantar la mano—. Creo que deberíamos ir todos. Después de todo, la unión hace la fuerza, ¿no?

—Exacto —asentí, pensando que iba a tener que vigilar de cerca a Lisa, y me pregunté si Rob estaba sacrificando una velada romántica con Sarah para esto—. Y con suerte, lo que a uno de nosotros se le olvide preguntar se le ocurrirá a otro.

—Muy bien —cedió por fin Carole—. Si eso es lo que todos quieren, entonces iremos.

—¿Crees que tengo tiempo de meterme en ese vestido que encontré en las rebajas de Año Nuevo? —le preguntó Lisa a Heather, mientras hablábamos de la velada—. Una invitación tan elegante merece un vestido elegante, ¿no?

Sabía que teníamos que ser amables, pero no podía evitar la sensación de que mi amiga no había entendido nada.

En la mañana de San Valentín no hubo regalos para mí, lo cual no era inesperado, pero sí la primera vez en mucho tiempo que no recibía un elaborado arreglo floral con joyas ocultas. Apagué rápido la televisión cuando las llamadas noticias matinales recurrieron a mostrar en directo proposiciones de matrimonio sorpresa, con diamantes talla princesa y coches de caballos. Si no podía tener mi propio cuento de hadas, no me iba a poner a ver el de otra persona.

—¿Todo listo? —preguntó Lisa, cuando aterrizó en mi puerta con la expresión satisfecha de sí misma de una mujer que ha sido obsequiada con el amor de un buen hombre antes de salir de casa.

—La verdad es que no —dije, dando un portazo tras de mí—. Todavía no puedo creer que hayas conseguido convencerme de esto.

—Debemos tener la armadura pulida e intacta antes de entrar en batalla, como decís siempre Carole y tú —me recordó, saludando a Heather—. Tenemos que ser fuertes y demostrarles que vamos en serio —nos imitó.

—Y sigo manteniéndolo —dije, subiendo al asiento trasero del coche de Heather y esperando que Lisa no se hubiera contagiado del virus casamentero de Carole y albergara un motivo que implicara empujarme en dirección a Luke en caso de que estuviera allí esa noche. No es que lo hubiera pensado mucho, de hecho, casi nada—. Pero en realidad pensábamos más en una armadura metafórica. Personalmente, no creo que sea en absoluto ir a la peluquería ni a la manicura.

—Pues yo sí —dijo con firmeza—. Para interpretar el papel, hay

que parecerlo. Y, además, esta es la primera vez en mucho tiempo que John y yo estaremos en otro lugar que no sea el sofá en la noche de San Valentín, así que voy a aprovecharlo al máximo; de todos modos, quieres estar lo más guapa posible para el adorable Luke, ¿no?

—Créeme —le dije, mientras ella confirmaba sin querer mis temores—. Es la última persona en mi mente.

Heather me miró por el retrovisor y sonrió.

—Va en serio —insistí, dejándome caer en el asiento.

Sabía que no me creían, pero era verdad. Luke era la última persona a la que esperaba ver sentada a la cabecera de la mesa del comedor o sirviendo cócteles en Prosperous Place, porque, si estaba allí, eso significaría que estaba implicado en lo que iba a ocurrirle, y no estaba segura de poder soportar eso también.

Que no se hubiera presentado en casa de Harold y su actitud prepotente ante mi chimenea podrían haberme molestado mucho, pero aún había algo en él que me hacía esperar que sería uno de los buenos. Obviamente, no iba a intentar explicárselo a mis amigas, así que presté atención a la carretera mientras ellas intercambiaban miradas cómplices en la parte delantera.

***

Todos a una, con Harold en su *scooter* de movilidad reducida que tanto detestaba, pero que para el propósito de esa noche se resignó a que era un mal necesario, desafiamos el gélido aire de febrero y salimos de la plaza exactamente a las siete y veinte minutos.

—Kate, estás impresionante —silbó Mark, mientras contemplaba mi sencillo vestido negro con adornos de diamantes antes de que me abrochara el abrigo—. ¿Es un conjunto *vintage*, por casualidad?

—Lo es —le dije—. Gracias, Mark.

Al final había seguido el ejemplo de Lisa y me había tomado mi tiempo para elegir qué ponerme. Finalmente había optado por el único conjunto que no guardaba recuerdos de noches pasadas. Había encontrado este vestido para una ocasión concreta, pero las engañosas circunstancias me habían impedido ponérmelo, cosa que me sorprendía descubrir que agradecía.

—Es Dior —dijo Neil, ladeando la cabeza—. ¿No es cierto?

—Sí —me reí—. ¿Cómo lo sabes?

Se encogió de hombros y pareció un poco avergonzado.

—La clave está en los detalles —sonrió.

—Ha optado por la Hepburn clásica —dijo Lisa, citando lo que se había dicho en la peluquería mientras la estilista rociaba mi elegante

peinado recogido—. Es pura clase.

—Pura clase, en efecto —dijeron Neil y Mark, deslizándose a ambos lados de mí y enlazando los brazos.

En mi opinión, todos parecíamos pura clase. John no podía apartar los ojos de las elaboradas pestañas de Lisa, y Heather se deleitaba llevando un vestido sobre el que Evie no tendría ocasión de vomitar. Las miradas que le dirigía Glen no me dejaban ninguna duda de que se escaquearían de la velada y despedirían a la niñera en cuanto pudieran.

Cruzamos la carretera y descubrimos que la puerta de madera que había saltado durante mi «visita» con Carole estaba abierta. La flanqueaban varios globos de helio en forma de corazón, y el sinuoso camino estaba iluminado con antorchas y velas de té en tarros que nos alumbraron el camino por el lateral de la casa hasta la abierta puerta principal. Todavía no se veía ni un alma y, después de aparcar el *scooter* de Harold fuera de la vista, Neil golpeó el marco de la puerta y todos entramos tentativamente.

La cavernosa sala con paneles de roble estaba iluminada con docenas de velas de todas las formas y tamaños, y se distinguían los suaves acordes de la música clásica procedentes de la sala situada a nuestra derecha. Parecía muy elegante e imponente; sin embargo, pronto me di cuenta de que hacía frío tanto dentro como fuera, y nos miramos unos a otros sin entender qué demonios estaba pasando. Sin duda, algo iba mal.

—¿Hay alguien en casa? —gritó John. Su voz resonó en las paredes y nos hizo saltar a todos.

—Cielos —jadeó Mark, agarrándose teatralmente el pecho con una mano y aferrándose a Neil con la otra—. Estamos aquí para cenar y tomarnos unos cócteles, John, no para jugar al Cluedo.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que casi me provocas un infarto! —se rio, antes de añadir con una voz grave que no parecía suya en absoluto—: El asesino de Mark fue John, en el vestíbulo, con su estruendoso barítono.

Todos soltamos una risita y luego nos callamos al oír unas fuertes pisadas bajando las escaleras.

—Estás aquí —dijo una voz que reconocí al instante, antes de que ninguno de nosotros viera a su dueño.

Sentí que se me hundía el corazón en el pecho y que se me caían un poco los hombros. Qué bonito sería, de vez en cuando, no sentirse decepcionado.

—Habéis venido todos —dijo Luke, mirándome fijamente mientras se apartaba los rizos rebeldes de la cara.

Su mirada se prolongó más de lo necesario y mis rodillas, sin duda como resultado de la frustración de que estuviera allí y del frío que me penetraba hasta el tuétano, temblaron un poco en respuesta.

—Kate —tragó saliva—, qué alegría volver a verte.

—Luke —asentí, incapaz de esbozar una sonrisa—. Hola.

—Dios mío —empezó Lisa. Me tiró de la manga del abrigo y me susurró al oído con urgencia en el mismo instante en que él se volvió para preguntarle a Carole si se encontraba mejor del tobillo—. No me habías dicho que fuera *él*.

Me pellizcó el brazo tan fuerte que casi grité.

—¿Quién? —siseé en voz baja, mientras trataba discretamente de quitármela de encima—. ¿De qué demonios estás hablando?

—Sabía que me sonaba de algo —dijo la voz de Mark a mi otro lado. Sonaba tan excitado y fuera de sí como Lisa—. ¿No te dije el día que nos encontramos con él en la tienda, Kate, que me pareció reconocerlo? Pero ¿qué demonios hace aquí?

—Bueno —dijo Luke, mirándome de nuevo, antes de que Mark tuviera la oportunidad de aventurar una suposición—. Pues aquí estáis.

Ahora que estábamos allí, no parecía muy seguro de qué hacer con nosotros. Miré por el pasillo y por las escaleras, pero no había nadie más para ayudarlo.

—La invitación decía a las siete y media —le recordó Rob, mientras los segundos pasaban torpemente.

Parecía un poco irritado, pero no era de extrañar. Antes había confirmado en voz baja que, en efecto, se perdía una velada romántica con Sarah para reforzar nuestro frente unido.

—Por supuesto.

—Lo siento, amigo, pero tengo que preguntar —dijo John, señalando el modelito rosa con volantes que llevaba Luke y que todos habíamos visto pero habíamos sido demasiado educados para mencionar—. ¿Qué pasa con el delantal?

Luke lo miró consternado y abrió la boca para contestar, pero lo interrumpió el sonido de un fuerte timbre.

—Vaya, eso será la cena —dijo con cara de ligero pánico—. Seguidme.

Se apresuró a entrar en la habitación de nuestra derecha con el delantal todavía puesto y, tras intercambiar lo que solo puede describirse como miradas de incredulidad, lo seguimos.

El comedor era otra belleza con paneles de madera, pero no había candelabros pulidos ni cubiertos relucientes. En lugar de una mesa de caoba reluciente había tres de pino desparejadas que habían sido

empujadas una contra otra y tenían todas alturas un poco diferentes. Entre la variopinta colección de sillas no había dos iguales, y un fuerte olor a algo demasiado cocido procedía de lo que supuse que era la cocina. Heather me llamó la atención y señaló hacia donde emanaba la música clásica de lo que parecía una radio de manivela.

Un rugido frustrado llegó a nuestros oídos y todos nos acurrucamos un poco más cerca del fuego, afortunadamente encendido, para averiguar qué demonios estaba pasando y cuál era la mejor manera de planificar nuestra inminente huida.

—¿Por casualidad alguien sabe el número de la pizzería que hay al final de la calle? —preguntó Luke con timidez cuando reapareció en la puerta, con el delantal chamuscado en los bordes y sosteniendo una gran sartén con algo muy quemado soldado en el fondo—. Me temo que, al parecer, la cena a la que os invité se cancela.

# Capítulo 16

Gracias a la habilidad de Lisa para alimentar a cinco mil personas con un presupuesto ajustado y pocos ingredientes, combinada con las dotes profesionales de Mark para mantener la calma en una crisis de cocina, todo volvió pronto a estar bajo control y todos formamos una fila ordenada, nos servimos cucharones de fragante *curry* de verduras y trozos del pan fresco que Mark, por suerte, tenía en casa, antes de ocupar nuestros puestos en torno a las mesas de comedor poco convencionales.

El resto del equipo de la promotora seguía brillando por su ausencia, pero toda la velada parecía ya tan surrealista que a ninguno se nos ocurrió preguntar si se unirían a nosotros y cuándo, ni nos dimos cuenta de que no cabrían en las mesas. Y ahí se iba la estrategia cuidadosamente planeada de Carole y su lista de preguntas.

—Siento la falta de cócteles —se disculpó Luke, antes de tomar asiento—, y la falta de ambiente, calor e iluminación. No era mi intención que comiéramos solo a la luz de las velas, pero la electricidad aún no ha sido reconectada, a pesar de las promesas de la compañía eléctrica, y los muebles que debían ser entregados esta mañana tampoco han aparecido todavía.

Todos lo miramos y sonreímos, comprensivos.

—Me temo que es lo mejor que he podido conseguir con tan poco tiempo de aviso. El olor acre del *risotto* quemado es cosa mía, por supuesto. No me había dado cuenta de lo difícil que sería atender a tantos invitados con un hornillo de gas de dos fuegos.

Se detuvo para tomar aliento y Neil saltó a consolarlo.

—No pasa nada, de verdad —dijo con amabilidad, mirando directo a la mesa para sonreír a nuestro anfitrión y, de paso, hacer resoplar a su marido. Por supuesto, era aceptable que Mark se entusiasmara con el atractivo de Luke, pero no que Neil intentara hacerlo sentir mejor por sus desastrosos esfuerzos culinarios—. No te preocupes.

—Debería haberlo cancelado —continuó Luke. Cada vez sonaba más desconsolado—. Pero con tan poca antelación no me pareció lo correcto.

Miré primero a Luke y luego alrededor de la mesa. Esto no era lo que ninguno de nosotros esperaba, pero, dada la forma en que Lisa le mostraba sus largas extensiones de pestañas a nuestro excelente

anfitrión, sabía que la velada ya había superado sus esperanzas, aunque no de la forma que ella había imaginado. Estaba claramente prendada de Luke, y Heather, abanicándose la cara sonrojada, también parecía un poco enamorada.

—¿Quizá deberías haber optado por darnos vino y cena en otro sitio? —sugirió Rob.

—¿En San Valentín? —rio Luke—. No lo creo y, de todos modos, tenía que ser aquí.

—Ah, ¿sí? —murmuró Mark, desconcertado, mientras mojaba el pan en el *curry*.

—Sí —dijo Luke—. Ahora, por favor, os prometí a todos cenar, así que terminemos de comer y luego os lo explico todo.

Creo que ninguno de nosotros había comido tan deprisa en su vida y, nada más tragar el último bocado, Luke volvió a ponerse en pie.

Cuando se excusó para comprobar si había fuego en otra de las habitaciones, Lisa empezó a apilar automáticamente los platos de todos como si estuviera en casa y no como invitada a una cena. Si es que la velada aún podía calificarse así.

—Bueno, esto va mejorando —empezó—. Carole aparece por casa en brazos de uno de los modelos masculinos más importantes del mundo, Kate lo tiene calentándose los pies junto a su chimenea, ¡y entre las dos no reúnen el sentido común para reconocerlo!

No estaba segura de haberla oído bien.

—Tal vez no pasen tanto tiempo examinando los anuncios de loción de afeitado como tú, mi amor —dijo John, dándole un apretón a su mujer y haciéndola soltar una risita.

Estaba claro que no le importaba que su esposa se permitiera un leve flirteo, pero ¿con quién exactamente?

—Espera un momento. —Fruncí el ceño—. Lisa, ¿de qué demonios estás hablando?

—¿Y tú? —le preguntó Mark a Neil—. No recuerdo la última vez que me sonreíste así. ¿Voy a tener que sacar mis propias conclusiones sobre lo que sientes por él?

—Nadie va a tener que sacar conclusiones precipitadas sobre nada —dijo Luke, volviendo a entrar, solo que ahora sin el delantal—. Dejemos este lío y vayamos a sentarnos en las dependencias del personal. Hace más calor ahí dentro.

—¿Lo suficiente como para quitarnos los abrigos? —preguntó Carole.

—Esperemos —sonrió Luke.

No cabíamos todos en la salita de estar de la parte trasera de la casa,

pero sin duda hacía más calor y, con tazas de café humeante y paquetes de galletas servidos en platos en lugar de postre, estábamos todos listos para descongelarnos y escuchar lo que fuera que Luke se había tomado la molestia de reunirnos a todos para decirnos.

—Tengo la sensación —le dijo Lisa, antes de que tuviera oportunidad de terminar su primera galleta de chocolate— de que tal vez sepa quién eres.

—No es que importe —suspiró—, pero, si estás pensando que soy el tipo que intentaba venderte una botella de loción de afeitado rociándotela como si fuera champán las pasadas Navidades, entonces sí, soy quien crees que soy.

No parecía muy contento de admitirlo, pero Lisa estaba entusiasmada.

—¿Ves? —me dijo con los ojos brillantes—. Te había dicho que era modelo. ¡Sus fotos en *Man*! La campaña de Navidad del año pasado fue para morirse. Si te gustan los torsos tonificados, claro —se apresuró a añadir, encogiéndose de hombros con indiferencia para salvar lo poco que le quedaba de dignidad.

Luke la miró y me encogí de hombros también. No sabía si esperaba impresionarme, pero eso no sucedió. En todo caso, me sentí defraudada. Un hombre que me había parecido simpático había hecho fortuna con su aspecto y ahora desarrollaba despiadadamente su cartera inmobiliaria. Por lo que a mí respecta, se estaba convirtiendo en el cliché definitivo ante mis propios ojos.

—Lo siento —dije—. No me interesan mucho los anuncios de loción de afeitado, así que sigo sin enterarme.

Lisa puso los ojos en blanco, molesta, y me pregunté si Luke, en caso de ser tan famoso como ella y Mark sugerían, se sentiría frustrado al descubrir que su cara me resultaba tan desconocida como la de cualquier otro hombre de la calle, aunque tuviera un cincelado mucho más impactante.

—Bueno, eso está bien —dijo, para mi sorpresa.

Su reacción fue diametralmente opuesta a lo que yo había previsto. Suponía que los modelos eran seres superficiales y egocéntricos que vivían una vida frívola y sin sentido, o tal vez solo fuera mi limitada experiencia con ellos.

—Me alegro de que no lo sepas —continuó—, porque mis días de posar delante de una cámara en calzoncillos ya han quedado atrás.

—Pero ¿conseguiste aguantar lo suficiente para ganar mucho dinero y disfrutar de las ventajas de una vida de glamur?

Las palabras me salieron sin pensar, pero eso no impidió que Lisa me lanzara su mejor mirada asesina. Sabía que no tenía nada que ver

conmigo, pero no podía evitar sentirme disgustada por el hecho de que hubiera utilizado su apariencia, en lugar de su cerebro, para aumentar su saldo bancario. De repente, había perdido todo su atractivo.

—Sí —dijo, antes de morderse el labio y fruncir el ceño—. Supongo que durante un tiempo.

—Bueno —intervino Carole, devolviendo la conversación a donde debía estar—, por fascinante que sea todo esto, nada de ello explica qué estás haciendo aquí, Luke, ni tampoco cómo sabes tanto sobre nosotros. Las bonitas invitaciones que recibimos iban todas dirigidas personalmente. Supongo que eran tuyas.

Hubo un murmullo general de acuerdo entre el grupo.

—Sí —dijo—, eran mías. Y bien, ¿por qué crees que estoy aquí?

Seguía dirigiéndose a mí. Todavía mirándome fijamente y haciéndome sentir escrutada y más incómoda que cuando me pilló allanando su casa. Quizá, dado mi comentario mordaz y mis suposiciones sobre su anterior carrera, merecía sentirme así.

—¿Kate?

—De acuerdo —dije sin rodeos, dispuesta a decir la verdad, aunque no le gustara—. Creo que has hecho una fortuna exhibiendo tus pectorales perfectos y ahora has venido aquí a ganar más dinero. Estás siguiendo la tendencia y estableciendo tu cartera de propiedades, junto con el resto de promotores que figuraban en ese tablón, y en el proceso todos vosotros vais a arrancarle el corazón a Prosperous Place.

No tenía ni idea de dónde había surgido esa ferocidad. Normalmente nunca me expresaría con tanta agresividad, aunque me hubiera sentido señalada, y la expresión de dolor que apareció en el rostro de Luke me produjo una punzada de culpabilidad que me hizo un nudo en las tripas. Respiré hondo para estabilizar mi ritmo cardíaco y miré a todas partes menos a él y al mar de caras sorprendidas que flotaban ante mí.

—¿Eso es lo que pensáis todos? —preguntó en voz baja, mirando ahora alrededor del grupo.

—Creo que es una suposición bastante lógica, dado que es lo único que sabemos —intervino Glen—. Quiero decir, eres uno de los promotores, ¿no?

Luke bajó la mirada al suelo y negó con la cabeza.

—Pensé que se suponía que íbamos a mantener la velada en calma —me recordó Carole en un susurro bajo, mientras intentaba pasarme una galleta de *bourbon* que no quería—. No te has olvidado de nuestros planes para plantar el huerto en el parque, ¿verdad?

Mi pérdida de control me había hecho olvidarlo por completo. Había tenido muchas ganas de ver por fin el interior de Prosperous Place, la cúspide del imperio filantrópico de Charles Wentworth, pero ahora estaba tan decepcionada por Luke, por el triste estado de la casa y lo inevitable de lo que le iba a ocurrirle que nuestro plan cuidadosamente coreografiado se había quedado por el camino. Toda esa noche me parecía un clavo más en el ataúd de los cuentos de hadas.

—Luke sabe un poco de todos vosotros porque me conoce a mí —dijo Neil.

Vi cómo Mark se quedaba con la boca abierta mientras Neil cruzaba la habitación para colocarse junto a Luke, y otra pieza del rompecabezas encajó poco a poco en su sitio. Neil trabajaba para la empresa de arquitectos responsable del espantoso conjunto de planos futuristas, y Luke tenía las llaves del castillo. No hacía falta ser un genio para sumar dos más dos.

Debían haber estado confabulados todo el tiempo. Obviamente me había equivocado con Neil. Me la había colado en la fiesta de Nochevieja. Me había dicho que odiaba el proyecto y que estaba abocado al fracaso, pero eso no era cierto en absoluto, solo quería que pensara que ver demolida Prosperous Place sería peor que verla modernizada.

—Le di a Luke vuestros nombres —dijo Neil—. Ha querido invitaros personalmente esta noche porque quería empezar con buen pie.

—Seguro que sí —dijo Mark.

Sonaba rebelde y amargado, y me alegré de que no hubiera ni rastro de los cócteles que prometían las invitaciones. Unos invitados borrachos habrían provocado una escena más fea que la que imaginaba que iba a tener lugar ahora.

—Por el amor de Dios, Mark —dijo Neil, malhumorado—. Deja de ser tan diva…

—No —dijo Mark, levantando la mano—. Lo siento, pero esto ya ha durado demasiado. Todo el mundo merece saber la verdad.

—No puedo discutirlo —dijo Luke, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

—Mi marido —dijo Mark, ignorando a Luke— forma parte del equipo que ha elaborado los planes para destruir este lugar. He jurado guardar el secreto, pero creo que todos tenéis derecho a saberlo. Trabaja para la empresa que se ha aliado con los promotores.

Hubo una exclamación colectiva y Neil apoyó la cabeza en las manos.

—Pues yo nunca... —empezó John.

—Un traidor entre nosotros —dijo Graham.

Esto estaba yendo incluso peor de lo que había imaginado y, a juzgar por la expresión de incredulidad en la cara de Luke, no era lo que había previsto cuando había entregado sus elegantes tarjetas. Sin duda, había pensado en una velada elegante que culminaría con todos nosotros encantados con los planes, gracias a los calmantes tragos de ginebra que nos echaría por la garganta.

—¿Es cierto? —preguntó Heather—. ¿De verdad tuviste algo que ver en los planes, Neil?

—Sí. —Se encogió de hombros.

Luke se echó a reír y la atención de todos volvió a centrarse en él. El enfado estaba superando a la confusión, y el hecho de que le pareciera divertido no le cayó bien a nadie. Si se suponía que iba a ser una velada elaborada para allanar el camino para cuando descendieran las excavadoras, se había convertido en un desastre sin paliativos.

Quizá Luke debería dedicarse a lo que mejor sabía hacer —posar en una playa desierta en calzoncillos—, porque la vida de promotor inmobiliario no le estaba yendo bien por el momento. Pero quizá era mucho más listo de lo que creíamos. Tal vez mostrando la casa en la peor luz posible era su modo de convencernos de que en su estado actual, era una causa perdida.

—¿Eso es todo lo que vas a decir? —preguntó, dándole un codazo a Neil, que seguía pegado a su lado—. ¿No vas a contarles el resto?

—Tú eres el anfitrión —dijo Neil—. Creo que te dejaré los trucos de la fiesta a ti.

—Oh, ya he tenido bastante —dijo Harold, luchando por ponerse en pie—. ¿Puedes coger mi *scooter* y llevarme a casa, por favor, Kate? Soy demasiado viejo para estos juegos tontos.

—Por supuesto —le dije, ofreciéndole mi brazo.

—No, por favor —dijo Luke, mirándome de nuevo con esos ojos de pestañas espesas—. Espera. Dejadme que os lo explique. Es evidente que esta noche ha sido una completa catástrofe, pero permitidme al menos intentar salvarla poniéndoos a todos debidamente en situación.

—¿Vais tú y tus socios a dar instrucciones al ayuntamiento para que nos dejen convertir el parque en un espacio de cultivo o no? —preguntó Carole.

Estaba claro que tenía tantas ganas de irse como todos nosotros y que ya no estaba dispuesta a seguir el juego para obtener el resultado que todos habíamos ido a buscar.

—No —dijo Luke—, me temo que no. ¿Y quiénes son exactamente mis socios, Carole?

—El resto del equipo de la promotora —dijo Lisa, dando un paso adelante—. Supongo que te sacan como testaferro cuando las chicas y los gays necesitan algo bonito que mirar, ¿no?

Luke se echó a reír de nuevo, pero nadie más se unió.

—Solo te he ayudado en la cocina —insistió Lisa, poniéndose más roja a cada segundo—, porque pensaba que serías capaz de conseguirnos el parque.

Parecía que iba a llorar, y caí en la cuenta de que no era la única a la que se le había roto el cuento de hadas en las dos últimas horas.

—Yo también —dijo Mark.

—Y yo que pensaba que estabas siendo servicial y amable —suspiró Luke.

—Sí, claro —se burló Mark—. Venga, Neil, nos vamos.

—No —bramó Neil, callándonos a todos—, no vamos a ninguna parte. Menuda cagada. Sentaos todos y escuchad.

Volví a sentar a Harold en la silla de la que se había levantado con dificultad y, como estaba claro que no nos iríamos pronto, me quité el abrigo y volví a sentarme frente al fuego.

—Kate. —Luke tragó.

—¿Qué?

No dijo nada más y lo miré.

—¿Qué? —exigí más que pregunté.

Neil le dio un codazo.

—Nada —tartamudeó—. Lo siento. Es solo ese vestido… Estás muy…

Su voz se entrecortó.

—Es de Dior —sonrió Neil—. *Vintage*.

Luke asintió, pero siguió sosteniéndome la mirada.

—Me fijaba más en cómo lo lucía que en quién lo había diseñado —dijo finalmente.

—Por lo visto, nuestra chica es una Hepburn clásica —sonrió Lisa, olvidando por un momento su enfado con él.

—Y algo más —sonrió Luke—. Kate, estás preciosa.

Podría haber sido un cuento, uno que incluso había contado antes, pero eso no impidió que mis mejillas enrojecieran y que mis manos empezaran a sudar. Por un segundo me pareció que solo estábamos nosotros dos en la habitación. Agradecí que Harold interviniera y rompiera el hechizo.

—Entonces —exigió—, habla ya, muchacho. Algunos tenemos

casas a las que ir.

—De acuerdo —dijo Luke, tomando aire antes de inclinarse sobre mí para echar otro tronco al fuego—. La verdad es que estoy aquí gracias a vosotros dos.

Ahora nos miraba a mí y a Mark, que estaba apoyado en el brazo de la silla de enfrente.

—¿A nosotros? —preguntó Mark.

—Sí —dijo Luke—. Vosotros. ¿Recordáis el día que nos conocimos en la tienda?

—La carrera por los aguacates —asintió Mark—. Sí, lo recuerdo.

—Hablamos de cómo te había adelantado y me había asegurado la casa antes de que consiguieras verla —añadí.

Me sorprendió que mi voz sonara tan normal.

—Así es —asintió Luke—, y me dijisteis también que Prosperous Place había sido vendida y cuáles creíais que eran los planes para ella.

—Y negaste tener algo que ver —se apresuró a recordarle Mark.

—Porque yo no tenía nada que ver —continuó—, en aquel momento.

—¿Cómo es que estamos aquí sentados y tú eres el que tiene las llaves? —preguntó Carole—. A mí me parece que estás muy a gusto.

—Estoy en casa —sonrió Luke soñadoramente, su expresión se transformó un instante.

—Cuéntales el resto, por piedad —lo instó Neil.

—Muy bien —dijo suspirando de nuevo—. Cuando descubrí que Prosperous Place ya se había vendido, y encima a promotores, decidí investigar un poco. Una señora muy amable del ayuntamiento me puso en contacto con el propietario de entonces y me dio el nombre del consorcio promotor y de su equipo de arquitectos.

Pensé en mi reunión en el ayuntamiento. Susan había mencionado que había hablado con otra persona sobre la situación. Debía referirse a Luke.

—De ahí, a nuestro amigo común, Neil, que no tardó en decirme que no estaba contento con lo que se avecinaba, y cuando me dirigí al vendedor y le expliqué lo que *de verdad* iba a ocurrir, a diferencia de lo que la promotora le había dicho que iban a hacer, él reaccionó igual.

Tal vez debería haber creído que Neil no estaba contento con los planes después de todo.

—Pero ¿por qué le importaba al vendedor? —pregunté—. Seguro que solo quería quitarse el lugar de encima.

—En realidad, no quería desprenderse de él —explicó Luke—. Ya no podía permitirse el mantenimiento. Un lugar como este puede

convertirse en un pozo de pérdidas si no se solucionan pronto los pequeños problemas y, bueno, ya ves que estamos en el punto álgido.

No sabía lo que pensaban los demás, pero llevaba allí dentro el tiempo suficiente para saber que no harían falta muchos inviernos más para que las cosas necesitaran una reparación seria. No era ingeniero, pero mis sentidos funcionaban bien, y distinguían la pintura desconchada, el olor subyacente a humedad y el frío helador, nada de lo cual favorecía en absoluto a una propiedad como aquella.

—Así que —prosiguió Luke— le dije que igualaría el precio que iban a pagar los promotores, pero que yo devolvería a Prosperous Place su antiguo esplendor.

Todos volvimos la vista hacia él y todos respiramos agitadamente. ¿De verdad acababa de pronunciar las palabras que todos ansiábamos oír?

—Entonces, ¿no quieres derribarlo o ponerle un monumento de cristal al lado? —preguntó Lisa—. ¿Y tú no formas parte del grupo de promotores?

—No —dijo Luke—. No tengo intención de hacer nada de eso. De hecho, quiero hacer todo lo contrario, y no formo parte en absoluto de la promotora. Ya no hay promotores que valgan, solo estoy yo.

—¿Y el vendedor creyó que tus intenciones eran honorables? —intervino Carole.

Estaba claro que no estaba dispuesta a descorchar el champán antes de conocer todos los hechos.

—Al principio no estaban seguros —dijo, jugueteando de nuevo con el fuego—, pero al final los convencí.

—¿Y cómo te las arreglaste exactamente? —exigió Lisa.

—Fue fácil. —Se encogió de hombros—. Soy el testaferro bonito, ¿recuerdas? Llegué rodando, me quité la camisa y cayeron a mis pies.

Lisa negó con la cabeza, mortificada.

—Lo siento —dijo.

—No pasa nada —se rio.

—Entonces, ¿qué le *dijiste* para hacerle creer que tus intenciones eran distintas a las de los promotores? —pregunté.

—Le dije la verdad —dijo, volviendo a centrar su atención en mí.

—¿Cuál es?

—Que acabo de descubrir que soy descendiente de la familia Wentworth y que tengo toda la intención de reclamar y restaurar mi casa familiar.

# Capítulo 17

El silencio que siguió duró lo suficiente como para confirmar que todos, aparte de Neil, que resultó ser el agente doble definitivo, estaban profundamente conmocionados.

—¿Hago más café? —se ofreció Luke—. Por daros tiempo para asimilar mi anuncio.

—Te echo una mano —dijo Neil, juntando tazas.

Miré a Luke tratando de evaluar su reacción ante la nuestra. Si yo estuviera en su lugar, no sabía cómo me sentiría. No es que nos debiera una explicación, pero aprecié el esfuerzo que estaba haciendo para ponernos en antecedentes.

Prosperous Place era ahora legalmente suya, por suerte, de nuevo en el redil de la familia Wentworth —suponiendo que nos estuviera diciendo la verdad— y lo que decidiera hacer con ella dependía de él. Antes me había preguntado si alguno de los descendientes de Charles Wentworth había heredado su espíritu generoso y benévolo, y resultó que la respuesta afirmativa estaba delante de mí, ofreciéndose a preparar café mientras planeaba cómo devolver a su casa familiar su antiguo esplendor.

¿Era posible que tuviéramos un héroe de verdad entre nosotros? La pregunta surgió de improviso en mi cabeza, la rechacé con rapidez y me recordé a mí misma que, gracias al engaño de mi marido, ya no creía en ellos.

—Bueno, ¿qué pasa con eso entonces? —explotó Lisa, antes de que Luke saliera de su alcance—. Esto sí que se ha puesto bien, ¿eh? Deberíais veros las caras.

—Tú —dijo John, dándole otro de sus característicos apretones—, descarada, ¿cómo crees que me siento sabiendo que estás ahí de pie babeando por el señor Encantador?

—No creo que te importe ni dos pimientos porque sabes que te quiero y sé que babeas con ese calendario que te regalé de Kylie por Navidad.

—Me parece justo —rio John—, y bien jugado.

—Gracias —se inclinó Lisa.

—¿Queréis parar, por el amor de Dios? —los regañó Carole—. Esto es...

—¿Qué pasa, Carole? —espetó Harold, haciéndola callar.

Me había dado cuenta por su tono de que iba a intentar tergiversar

la situación y convertirla en un drama, y Harold también se había dado cuenta.

—Bueno… —vaciló.

—Es nuestro sueño hecho realidad, ¿verdad? —dijo él, enfriando las palabras que estaban a punto de salir de su boca—. El resultado más inesperado, pero el mejor que cualquiera de nosotros podría haber esperado.

—De verdad que sí —se sumó Graham, sin saber que su mujer había ido a intentar poner una pega pendenciera en la trama—. Prosperous Place no está condenado después de todo. No habrá saqueos ni destrozos.

—Desde luego que no —dijo Luke, que, con la ayuda de Neil, había preparado el café en un tiempo récord—. No mientras yo esté aquí.

—Entonces, cuéntanos, muchacho —dijo Harold, tomando la taza que Luke le ofrecía—. ¿Qué parentesco tienes con el señor Charles Wentworth y cómo es que has tardado tanto en encontrar el camino de vuelta a casa?

Luke miró de uno a otro y entonces me di cuenta de que sus ojos me resultaban familiares, pero no porque los hubiera visto en un anuncio de loción para después del afeitado. Los había contemplado cuando había investigado Prosperous Place antes de mi traslado a Nightingale Square, y después, sentada a la mesa del comedor de Harold admirando cierto retrato.

—Es Abigail, ¿verdad? —No pude resistirme a intervenir mientras echaba una cucharada colmada de azúcar en mi bebida—. Estás emparentado con la familia de Doris. Por eso estabas tan interesado en mi casa.

—Creía que no tomabas azúcar —me recordó Heather en voz baja.

—Lo hago cuando estoy en *shock*.

—Sí —dijo Luke—. Casi tienes razón, Kate. Resulta que soy descendiente del chico que nadie debía saber que existía, pero ¿cómo lo has sabido?

—Son tus ojos, muchacho —dijo Harold, evitándome, por suerte, tener que volver a perderme en ellos—. Hay un claro parecido familiar en los ojos.

—Te dije que tenías que hablar con Harold —le recordé a Luke—. Y es aún más importante que lo hagas ahora.

—Y lo haré —dijo—. Tenía intención de hacerlo, pero la mudanza no ha ido tan bien como esperaba, como sin duda habréis comprobado por este desastroso intento de cena.

—No ha sido tan malo —dijo Mark, poniéndose al lado de Neil—.

Aunque se haya liado un poco antes de la gran revelación.

—¿Esa es tu idea de una disculpa? —Neil frunció el ceño.

—Es lo mejor que se me ocurre —dijo sinceramente Mark—. Sabes que no soy muy bueno admitiendo cuando me equivoco.

—¡Vaya! —dijo Neil, abanicándose y fingiendo conmoción—. Eso sí es una revelación.

Todos rieron y Luke volvió a sonreírme.

—Todavía no había hecho la conexión entre Doris y Abigail antes de que te mudaras a la plaza, Kate —explicó—. Estaba seguro de que Prosperous Place había sido la casa de mi familia, pero no pensé que tendría la suerte de comprarla. Cuando me planteé comprar tu casa, era lo máximo que pensaba acercarme. No me di cuenta del verdadero significado del número cuatro hasta hace muy poco.

—Entonces, ¿quién es esa Abigail de la que hablas? —preguntó John—. Creo que nunca había oído hablar de ella.

—Creo que esa es una historia para otro día —suspiró Luke—. Baste decir que soy el nuevo propietario de Prosperous Place, que soy descendiente de Charles Wentworth y que estoy seguro de que Harold podrá explicarte lo de Abigail y mi vínculo con ella mucho más sucintamente que yo.

Me preguntaba si era reacio a entrar en detalles debido a las tristes circunstancias que rodeaban la conexión de su rama con el árbol genealógico de los Wentworth o si, en realidad, aún no estaba en posesión de todos los datos. Por lo poco que había insinuado, me sonaba como si acabara de descubrir ciertos detalles.

—Solo quiero aseguraros que no tengo intención de arrastrar la casa al nuevo milenio cuando está tan cómodamente asentada en el anterior —concluyó—, pero sí tengo intención de hacerla maravillosa de nuevo y eso, amigos, como se suele decir, es todo.

—Aparte de que no nos dejas usar el parque para cultivar nuestras verduras —le recordó Carole.

—Sí —asintió—, lo siento, pero, como le dije a Kate, ese parque, en su aspecto actual, era lo que Charles Wentworth imaginó cuando construyó la plaza. Proporcionaba un espacio en el que sus trabajadores podían reunirse al final del día y relajarse, y no voy a empezar mi etapa como custodio alterando eso. Sin embargo —continuó apresuradamente antes de que lo bombardearan con objeciones y contraargumentos—, si volvéis aquí mañana a las diez de la mañana, y con eso me refiero a todos vosotros, niños, gatos y bebés incluidos, os explicaré la alternativa que tengo en mente.

—¿Por qué no nos lo dices ahora? —preguntó Glen.

—Porque —dijo Luke en voz baja, señalando hacia donde Harold

dormitaba—, creo que ya hemos oído bastante de mí por una noche. Volved mañana y os lo revelaré todo.

—Promesas, promesas —suspiró Lisa, soñadora.

Todos nos reímos y Harold se despertó, nervioso por si nos reíamos de él.

—No creo que nadie en la plaza tenga gatos —le dije a Luke, mientras ayudábamos a Harold a subir a la parte trasera de su coche para que pudiera llevarlo a casa y verlo a salvo bajo techo.

—Me sorprende —dijo Luke en voz baja—. Estaba convencido de que habría algún amante de los gatos entre vosotros, pero por supuesto ya sabía que no eras tú, Kate.

Me miró y sonrió, y al recordar la acogedora velada que habíamos pasado junto a la chimenea, le devolví la sonrisa.

—Creo que tú y yo deberíamos tener una cita —me susurró al oído.

—¿Tener una cita? —balbuceé.

Su cálido aliento en mi cuello fue la más suave de las caricias y aparté la cabeza de un tirón.

—Me parece una buena idea —dijo Harold desde el oscuro interior del coche.

—Pensaba que estabas dormido.

—Con vosotros dos parloteando —dijo—, ¿cómo podría dormirme?

—Bueno, estoy encantado de que parezcas tan entusiasmada con la idea, Kate —resopló Luke—. Creo que nunca me habían dedicado una reacción así cuando he invitado a salir a una mujer.

No estaba segura de si me estaba tomando el pelo o no, pero, dados los círculos en los que se movía y la plétora de bellas modelos que sin duda tenía clamando por adornar su brazo, podía imaginarme que mi respuesta distaba mucho de ser la habitual.

—La verdad es que no estoy en condiciones de quedar con nadie —dije, tratando de evitar de nuevo su mirada.

Por muy encantador que pareciera Luke, desde luego no era el hombre para mí porque, gracias a David, ahora no había hombre para mí.

—No estaba sugiriendo una cita de vino, cena y seducción suave —se apresuró a replicar Luke—. A menos que...

—A mí me parece bien —volvió a decir Harold, y Luke sonrió e interrumpió lo que fuera que iba a decir.

No pude evitar fijarme en cómo se arrugaban las líneas alrededor de sus ojos oscuros cuando sonreía con tanta picardía.

—¿Qué tipo de cita estabas sugiriendo, entonces? —pregunté con educación.

—Una excursión al refugio de gatos —dijo—. A ver si encontramos compañeros felinos para sentarnos junto a nuestras respectivas chimeneas.

No estaba segura de qué me parecía lo de convertirme en una mujer sola con un gato. Había un cierto estereotipo al que, a pesar de ser soltera, no quería ajustarme.

—Me lo pensaré —le dije. No lo haría, pero habría dicho cualquier cosa para evitar que me mirara así y hablara de citas—. Pero ahora mismo solo quiero irme a la cama.

Movió las cejas provocativamente y sentí que me ponía roja. Esperaba que Harold volviera a hablar, pero no lo hizo.

—Bueno, entonces será mejor que te llevemos a casa —susurró Luke—. ¿No es así, Kate?

# Capítulo 18

No podía responder por nadie más en la plaza, pero no dormí mucho esa noche. Me quedé despierta, repasando la noche con todo detalle. Me sorprendió que ahora tuviéramos un descendiente Wentworth viviendo en Prosperous Place, pero estaba decidida a que mi estado de agitación tuviera más que ver con el hecho de que la casa se hubiera salvado que con el hecho de que hubiera un apuesto príncipe al mando.

El giro de los acontecimientos era tan emocionante como un cuento de hadas, pero yo albergaba el suficiente sentido común y la suficiente angustia para saber que existía la posibilidad de que el final no fuera tan feliz como todos esperábamos.

—Así que —dijo Heather a la mañana siguiente, cuando todos nos dirigíamos de nuevo a Prosperous Place para recuperar el *scooter* de Harold y descubrir lo que Luke tenía pensado para mí y mis vecinos— todo ha salido bien, ¿no?

—Solo un poco —rio Lisa, cogiendo a la pequeña Molly en brazos, y se puso al paso mientras John empujaba a Archie en su cochecito—. Y todo gracias a ti, Kate —sonrió.

—Y a mí —intervino Mark, que por supuesto había estado cotilleando.

—Sí —concedió Lisa—, y a ti, Mark. Estoy segura de que fueron tu aspecto rudo y tus modos salvajes con la masa madre los que convencieron a Luke de que este era su lugar.

—¿Por casualidad estás siendo sarcástica? —preguntó.

—Sí, claro —se rio Heather—. Lisa no es de las sarcásticas, y estoy segura de que tú tuviste tanto que ver con excitar la imaginación de Luke como Kate, Mark.

—¿De qué estáis hablando? —Fruncí el ceño—. Esto no tiene nada que ver conmigo. Luke está aquí para reclamar lo que queda del legado Wentworth.

—Sus antepasados lo reclaman —añadió Neil.

—Exacto —asentí con seriedad, antes de darme cuenta de que él también estaba en el ajo y se burlaba de mí—. Que esté aquí no tiene nada que ver conmigo —me apresuré a reiterar.

—Pero creemos que podría ser el elegido —dijo Heather, tirándome de la manga igual que había hecho Lisa la noche anterior.

—¿El elegido?

—El que despertará tu corazón, Kate —dijo, soñadora—. Puede que no esté aquí *debido a* ti, pero está aquí *por* ti.

—Él es el que puede abrirse paso hasta la torre en la que te has encerrado —añadió Lisa—, y, tras muchos besos y achuchones, liberarte de ella.

—Estáis locas —les dije, adelantándome—. Habéis perdido la cabeza.

—De eso nada —dijo Lisa tras de mí—. Solo intentamos subirnos a bordo y ver las cosas desde tu perspectiva.

—No —dije, y frené tan en seco que casi chocaron con mi espalda —. Si os pusierais en mi lugar, os daríais cuenta de que no hay torre, no hay restricciones *autoimpuestas* en mi corazón porque está irrevocablemente roto. Su único propósito es medir el tiempo.

—Sigues con esa loca idea, ¿verdad? —dijo Lisa, bajando a Molly al suelo y animándola a usar sus propias piernas para recorrer el último tramo.

—Sí —dije—, y no es una locura, muchas gracias.

—Luke podría pensar que lo es —dijo Heather.

—Pero Luke no lo sabe, ¿verdad? —añadió Lisa.

—No —dije—, y no hay ninguna razón para que lo sepa.

—Pero eso significa que seguirá intentándolo y que sus esfuerzos serán en vano —estalló Heather—. Quizá deberíamos advertirle de que eres inalcanzable antes de que haga el ridículo.

—¿Qué? —Fruncí el ceño—. ¿Qué quieres decir con que seguirá intentándolo? ¿Seguirá intentando qué?

—Hacer que te enamores de él —dijo Heather suavemente mientras se inclinaba para besar la parte superior de la cabeza de Evie, que se retorcía en el portabebés atado a su pecho.

No podía creer que Lisa hubiera conseguido lavarle el cerebro y adaptar sus ideas a sus desequilibrados pensamientos en tan poco tiempo.

—Después de lo de anoche, es obvio para todos que ya está enamorado —continuó Lisa con un tono más suave—. No dejaba de mirarte, sus ojos te buscaban sin descanso; solo hace falta acordarse para darse cuenta.

Me quedé con la boca abierta, incapaz de encontrar las palabras. Todo ese tiempo había pensado que yo era la romántica ilusa, pero resultó que me había hecho amiga de dos de las mayores soñadoras de la galaxia. Menuda basura habían inventado. La única razón por la que Luke me había «mirado» era porque yo lo conocía un poco mejor que el resto. Y se había dirigido mucho a Neil también, no solo a mí.

—Tienen razón —dijo John, para mi sorpresa—. Está tan claro

como el agua.

—Exacto —dijo Lisa, chocando los cinco con su marido mientras desaparecían por la puerta y Glen asentía con la cabeza.

—Solo que no creo que el pobre muchacho se dé cuenta todavía —dijo John por encima del hombro—. Así que decepciónalo suavemente cuando le expliques por qué estás destinada a pasar el resto de tu vida sola, ¿vale?

***

Me aseguré de colocarme en la parte trasera del grupo mientras Carole iba en cabeza por el camino hasta la puerta trasera, pero no sirvió de nada porque Luke salió por la puerta y nos rodeó, y todo el mundo tuvo que girarse para mirarlo, lo que me colocó justo delante. Ignoré el peso de la mirada de Lisa, que me quemaba la nuca. Al menos, me mantendría caliente.

—Buenos días a todos —sonrió Luke, enrollándose un poco más la bufanda alrededor del cuello—. Gracias a todos por acudir tan temprano un sábado por la mañana, sobre todo con el frío que hace.

El sol brillaba, pero había una fuerte escarcha pegada a todo. Arrugué la nariz y me froté las manos, agradecida por los gruesos guantes que Lizzie, del Cherry Tree de Wynbridge, me había tejido para Navidad.

—Algunos no hemos tenido elección —refunfuñó Tamsin desde algún lugar detrás de mí.

Lisa le había prometido que los chicos de Rob harían acto de presencia, así que el hecho de que su padre ni siquiera hubiera intentado sacarlos de la cama no le había sentado nada bien. No me habría sorprendido verla volver a la plaza más pronto que tarde.

—Bueno, en ese caso —dijo Luke—, sigamos y hablemos de los detalles en la casa, frente al fuego.

—Suena bien —dijo Lisa—. ¿A ti qué te parece, Kate?

La ignoré y traté de integrarme en el grupo mientras Luke nos guiaba por un sendero que discurría entre el lado derecho de la casa y lo que probablemente había sido en otro tiempo otra de las hermosas lindes de las que Harold tenía pruebas fotográficas.

—Oh, Dios mío —nos llegó la voz de Carole, que se había adelantado—. Mirad eso.

Nos quedamos admirados y contemplamos el hermoso espectáculo. Hasta donde alcanzaba la vista, el suelo estaba cubierto por una espesa alfombra de campanillas de invierno. Crecían sin control por los caminos, bajo los árboles y por el césped, e incluso

Tamsin dejó de refunfuñar cuando levantó la vista de la pantalla de su teléfono y contempló el paisaje.

—Son increíbles, ¿verdad? —sonrió Luke, mientras admirábamos los frescos tallos verdes y las inmaculadas cabezas de las flores—. Pero no son lo que quiero que veáis. Sigamos antes de que se nos congelen los pies.

Rodeamos las campanillas de invierno, intentando no pisarlas, y luego seguimos a Luke a través de una verja hasta la gran zona amurallada que Carole y yo habíamos vislumbrado. No había plantas, aparte de unos pocos hierbajos desaliñados que habían resistido el invierno, pero ahora podía ver que el espacio estaba dividido en una serie de parterres de ladrillos y que, a lo largo de la pared del otro lado, había lo que parecía ser una gran y elaborada cabaña acristalada.

—Ya está —sonrió Luke, abriendo mucho los brazos—. El viejo huerto. Ahora está muy descuidado, por supuesto, pero está listo para reformar.

Diez rostros inexpresivos le devolvieron la mirada.

—Pensé que este lugar sería mucho mejor que el parquecillo —prosiguió—, cada uno podría tener su propia zona o podríais compartir todo el espacio. Repartidlo como mejor os parezca.

—¿Qué estás sugiriendo exactamente, Luke?

No quería tener que ser yo quien lo pidiera, pero los demás se habían quedado fríos y dubitativos. Creía saber lo que estaba ofreciéndonos, pero quería oírle explicarlo antes de dejarme llevar.

—Que este podría ser el huerto de Nightingale Square —dijo, como si fuera obvio.

Todos volvieron la vista al jardín y al solitario petirrojo regañón que había bajado en picado desde lo alto de la verja y observaba cada uno de nuestros movimientos con sus ojos brillantes, y entonces empezaron a hablar juntos, a reír y a animarse. La oferta de Luke, aparentemente, era buena, muy buena.

—Pero ¿no querrás hacer algo tú con él? —preguntó Graham por encima del barullo.

El color le había inundado la cara y me di cuenta de que tenía ganas de empezar a medir y cavar, aunque su tono era cauteloso.

—Voy a tener las manos ocupadas arreglando la casa y el jardín. —Luke se encogió de hombros—. Además, tengo intención de volver a forjar los vínculos entre la casa y la plaza y seguir en la misma línea que mi tatara mil veces tatarabuelo, así que es todo vuestro si lo queréis.

—Es perfecto —dijo Lisa, con los ojos llenos de lágrimas al

expresar la opinión de todos—. Simplemente perfecto.

—No podríamos desear nada mejor —coincidió Graham—. Para empezar, mira esas paredes.

—Creo que quedan algunos de los árboles frutales originales —señaló Luke—, pero no he tenido tiempo de echarles un vistazo. Esperaba que Harold tuviera fotos de cómo era antes.

—Desde luego que sí —dijo mi vecino con un deje de orgullo—. Las sacaré de nuevo.

—Y quizá podríamos ponernos en contacto con la Real Sociedad de Horticultura o algo así —sugirió Glen—, y preguntar cuál es la mejor manera de volver a alinear los árboles. Me atrevería a decir que pertenecen a variedades patrimoniales.

Todos empezaron a charlar de nuevo y Luke parecía encantado de que su generosa sugerencia hubiera sido tan bien recibida.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Tamsin—. ¿Ha valido la pena levantarse de la cama tan temprano un sábado por la mañana?

—No pasa nada. —Se encogió de hombros, lo que en realidad era bastante, aunque no estaba segura de que Luke se diera cuenta—. Pero no hay mucha cobertura —dijo, agitando el teléfono, y se alejó en dirección a la cabaña.

—¡No entres ahí! —la llamó Luke—. Puede que no sea seguro.

—Iré a por ella —dije, deseosa de poner distancia entre nosotros ahora que había subido aún más su estatus de héroe.

Vaya par de días que estaban resultando. Prosperous Place no solo se había salvado de una devastación segura, sino que también se había ofrecido a los residentes de Nightingale Square el huerto que tan desesperadamente deseaban, y todo por cortesía del hombre que mis amigas estaban convencidas de que tenía románticos designios sobre mí. Estaba a punto de volverme y observarlo desde lejos cuando Tamsin me llamó.

—¿Has encontrado cobertura? —le respondí.

—No —dijo, sonriendo de oreja a oreja y levantando lo que parecía una pelota esponjosa—. Es un gatito.

Había siete pequeños bultos tambaleándose dentro de los confines llenos de telarañas de la descuidada cabaña. Parecían sanos y limpios, aunque un poco escuálidos.

—Alguien debe haberlos tirado aquí —dijo Tamsin con el labio inferior tembloroso.

—No lo creo —dijo Luke, recogiendo en sus brazos al más pequeño, una bolita negra. El gatito se retorció, claramente poco acostumbrado al contacto humano—. No hay forma de que alguien haya podido entrar aquí. Me atrevería a decir que su madre es una

gata callejera. ¿No había señales de ella?

—No —resopló Tamsin—. Nada más que estos pequeños tambaleándose.

—No deberías tocarlos —advirtió Carole, dando un paso atrás—, probablemente tengan algo.

No lo parecían, pero ella tenía razón: podrían haber tenido todos los parásitos existentes. Sin embargo, su advertencia no impidió que Graham intentara abrazar al blanco y negro con el maullido más suave que se pueda imaginar.

—Cielos, qué bonitos son —dijo Heather, observando desde lejos.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —le pregunté a Luke antes de que la efusividad se me fuera de las manos.

—Quédatelos —suplicó Tamsin, mientras observaba cómo su hermana pequeña acariciaba con cuidado al que había visto primero —. Hay siete, Uno por cada casa de la plaza.

No se le podía negar la rapidez de sus cálculos mentales cuando utilizaba las matemáticas en su beneficio.

—No podemos llevarnos ninguno —dijo Neil rápidamente—, Mark es alérgico.

Me había preguntado por qué mantenía las distancias.

—Y, además, con siete gatos nuevos merodeando no nos quedarían aves —dijo Harold con sensatez.

Tenía razón, pero eso no impidió que Tamsin pareciera mortificada.

—Podríamos tener uno, ¿no, mamá?

—En absoluto —dijo Lisa de inmediato—. Ya tengo bastante con vosotros y las cobayas. No necesito un gato también.

—¿Qué te parece, amor? —le preguntó Graham a Carole.

Luke no le dio tiempo a contestar.

—Supongo que podría quedarme con un par —dijo—. No los siete, por supuesto, pero me llevaré a dos y podrán moverse libremente por el lugar. Así —añadió, mirando a Tamsin y a Molly—, nadie se quedaría sin gato.

Era el compromiso perfecto. Una vez más, Luke se había puesto la capa y había salvado el día.

—¿Ves? —me dijo Lisa en un aparte mientras arrancaba al diminuto minino de las manos de su hija menor—. Él podría escalar tu torre sin problemas.

Heather soltó una risita y Luke nos miró, pero no hizo ninguna pregunta. Gracias a Dios.

—Llamaré al refugio del que te hablé, Kate —dijo en su lugar—. A ver qué hacemos con ellos. Es probable que necesiten ver a un

veterinario como mínimo, y que el centro quiera atrapar a la madre.

—Seguro que a Kate no le importaría echarte una mano —dijo Heather.

Al parecer, tenía tantas ganas de ofrecer mi tiempo como Lisa de abrir mi corazón.

—Genial —sonrió Luke—. Gracias, Kate.

—No hay problema —dije, y me mordí el labio, ignorando al dúo dinámico.

—Y los demás podéis empezar a planear lo que queréis hacer con este lugar. No creo que tardemos en volver, pero, si queréis iros antes de que lo hagamos, no olvidéis el *scooter* y cerrad la verja trasera, ¿vale?

—Vale —respondieron a coro—. Gracias, Luke.

Qué tipo tan servicial estaba resultando ser.

# Capítulo 19

Una vez rescatada la madre y destetados los gatitos, había sido difícil elegir a los dos destinados a convertirse en las mascotas del jardín comunitario de Nightingale Square, pero al final la bolita de pelusa gris y uno de los negros fueron considerados los más adecuados. La gris, llamada Violet, destacaba porque era muy dulce y adorable, y su hermano, Dash, porque era un poco amenazador y, como Graham se empeñó en señalar, si él no podía mantener a los ratones alejados de los plantones de guisantes, entonces nada podría hacerlo.

Los nombres de Disney habían sido elegidos por los hijos de Lisa y John y, gracias a las activas cuentas en redes sociales del refugio, los otros cinco de la camada ya habían encontrado hogares felices. Los nuestros estaban confinados con Luke dentro de Prosperous Place, pero volverían a salir al jardín en cuanto hubieran crecido lo suficiente.

No me extrañaría nada que se instalaran en el huerto acristalado una vez reformado, al menos durante los meses más cálidos del año. Les gustaba la gente, y cuando los tres hijos de Lisa se cansaron de ayudar en el jardín, volvieron a la casa para jugar con los gatitos hasta que llegó la hora de volver a la plaza.

—¡Té! —bramó Carole desde su puesto en el cobertizo—. Venid a buscarlo.

La zona había sufrido una gran transformación en el mes transcurrido desde que Luke nos dijo que podíamos utilizarla, y todos habían disfrutado participando, incluso yo. Todavía no había empezado a quitar el papel pintado en casa, pero había ayudado a cavar las camas y a echar los cargamentos de estiércol que habían llegado de un picadero cercano.

Lisa me había acogido bajo su tutela y me había enseñado a sembrar diversas semillas de hortalizas. Algunas habían ido directas a los macizos que se habían considerado listos para plantar, pero el resto, que se estaban convirtiendo rápidamente en fuertes plántulas, crecían en bandejas de siembra y se trasplantarían una vez que hubiera pasado el riesgo de heladas.

Me sentía sorprendentemente orgullosa de haber contribuido a convertir una humilde semilla en una planta sana, aunque diminuta, y mi participación en el proyecto me había proporcionado una grata distracción de la melancolía a la que seguía siendo propensa cuando

pasaba demasiado tiempo encerrada. A ver, es cierto que amaba mi casita con pasión, pero el aire fresco era un verdadero tónico y yo no era la única que se beneficiaba de ello.

En respuesta a los gritos de Carole, todos dejamos las herramientas y nos dirigimos a la cabaña, que ahora tenía una iluminación decente, un hervidor de agua, nevera, microondas, zona de lavado y una pequeña estufa. No había sido una reconversión barata, pero todo el mundo había contribuido, con la idea de que más adelante, cuando el huerto diera una cosecha decente, pudiéramos cocinar allí mismo y disfrutar de fiestas improvisadas mientras se ponía el sol. Luke había sugerido incluso una barbacoa y un horno de *pizza*, y Lisa estuvo ocupada por las tardes cosiendo montones de banderines para colgarlos en Pascua.

—¿Cómo va todo? —le pregunté a John, que, con la ayuda de Glen, estaba colgando algunas luces a lo largo de la fachada del edificio para darle más ambiente festivo.

—Ya casi está —dijo, tomando una taza, y dio un paso atrás para admirar su obra—. Este lugar va a ser la central de la autonomía energética en verano.

—Excelente —sonreí, mirando a mi alrededor las caras del entusiasta grupo, que había acudido casi todos los días y todos los fines de semana, lloviera, nevara o hiciera sol, para hacer algo.

Incluso Tamsin se beneficiaba de pasar tiempo al aire libre, cuando no estaba en casa jugando con sus hermanos y los gatitos, por supuesto, y había sido idea suya sugerir que podíamos tener unas gallinas, aunque yo no estaba segura de que fuera a salir nada de eso.

—¿Cómo están los trabajadores? —llamó Luke al aparecer por la puerta, cargado con una enorme pila de postes y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Creo que casi hemos terminado por hoy —dijo Graham, raspando sus botas con la parte trasera de su pala—. Prácticamente todos los bancales están ya listos para plantar y, si el tiempo nos acompaña, deberíamos poder sembrar pronto algunos de los plantones.

Entre los residentes de Nightingale Square y Luke, habíamos decidido gestionar el huerto de forma comunitaria, en lugar de ocupar cada uno nuestro sitio. Planeábamos cultivar algo de fruta, además de muchas hortalizas y hierbas, y Heather y Carole habían querido crear un parterre de flores de corte, junto con un espacio entre lo que sería el parterre de judías, para algunos soportes, hechos con cañas, de fragantes guisantes dulces.

—¿Qué tienes ahí? —le preguntó Lisa a Luke.

—Creo que deben ser los catálogos que pediste —explicó Luke—. Han llegado esta mañana y he pensado que, si no tenéis prisa por salir, podríamos almorzar en casa y así os cuento otra cosa que va a llegar pronto.

—Me pregunto si será la llave de tu corazón, Kate —murmuró Lisa, pero por suerte en voz lo bastante baja como para que solo yo pudiera oírla.

—Lo dudo —le dije con voz igualmente tranquila—. David la tiró a la basura hace meses.

***

Todos nos sentamos en la cocina de Prosperous Place, alrededor de lo que Luke se había quedado extasiado al descubrir que era la mesa victoriana original. Por alguna razón, la habían trasladado a una de las dependencias externas y estaba en un estado lamentable cuando la encontró. Graham y John lo habían ayudado a llevarla al interior, y unos papeles descubiertos en uno de los cajones del fondo, junto con unos números toscamente tallados debajo, confirmaron su antigüedad y autenticidad. Luke estaba encantado y se había puesto manos a la obra para restaurarla.

La búsqueda de piezas originales para la casa estaba resultando difícil, por lo que el descubrimiento de cualquier pequeña joya, aunque solo fuera una mesa de cocina, se trataba con reverencia y cuidado. Yo estaba tan entusiasmada como Luke por ver cómo volvían las cosas, pero tuve cuidado de no dejarme llevar por la emoción. Puede que las bromas de Lisa y Heather sobre lo que Luke sentía por mí no fueran ciertas, pero no quería correr el riesgo de darle una idea equivocada sin querer y por eso me había guardado mi excitación para mí.

Sin embargo, teníamos algo en común que no podía pasar por alto: aparte de sus esfuerzos con la mesa, los dos habíamos pasado mucho más tiempo arreglando el jardín que dedicándonos a reparar y reformar nuestras respectivas casas. Pero con la primavera ya haciéndose notar en la brisa cálida, en el sol y en el creciente canto de los pájaros, era imposible no acudir.

—¿Se lo has dicho? —preguntó Tamsin, mientras cogía a un protestón Dash y lo besaba en la punta de su naricilla negra.

—Todavía no —dijo Luke, repartiendo el correo antes de remover la gran olla de sopa que se estaba calentando en el fogón.

Mark y Neil no estaban con nosotros porque se habían marchado pronto a pasar el fin de semana fuera, pero Mark había traído unos

panecillos crujientes recién horneados antes de que se marcharan, y yo se los pasé.

Había insistido en que debían marcharse, ya que Neil estaba ahora encadenado a su trabajo durante más horas que antes, cortesía de la culpa que sentía por haber perdido la cuenta de Prosperous Place para su empresa. Me di cuenta, por la expresión de Luke, de que cuando oyó eso se sintió igual de responsable, pero seguro que todo era para bien. Entre los dos habían salvado Prosperous Place y yo esperaba que, con el tiempo, Neil se diera cuenta de que había hecho lo correcto y tal vez incluso pensara en buscar un puesto en otra empresa más solidaria.

—¿Decirnos qué? —preguntó Harold, que dio un mordisco furtivo a su panecillo antes de que Luke hubiera servido la sopa.

Lo miré y negué con la cabeza.

—¿Qué? —Se encogió de hombros—. Tanto cavar me da hambre.

Alcé las cejas.

—De acuerdo —consintió—, estar sentado en esa tumbona diciéndoos cómo cavar me da hambre.

Todos nos reímos y empecé a distribuir los cuencos que Luke estaba llenando.

—Entonces, ¿decías? —le preguntó Rob a Luke.

—Has mencionado una entrega —añadió Graham pomposamente.

Estaba seguro de que, aunque habíamos acordado que no había jerarquías en el grupo, Graham se consideraba el jefe de nuestra pequeña tribu. Supuse que, fuera lo que fuera lo que había hecho para ganarse la vida antes de jubilarse, había conllevado una buena dosis de responsabilidad, y que había echado de menos eso al estar encerrado con Carole todo el día.

—Así es —dijo Luke, sentándose a la mesa—. Aquí Tamsin —dijo, haciendo que se sonrojara—, como todos sabéis, mencionó la posibilidad de tener algunas gallinas hace un par de semanas.

—Sí —dijo John—, y no ha dejado de hablar de ello en casa desde entonces.

—Pues menos mal —sonrió Luke—, porque dentro de un par de semanas vamos a acoger unas gallinas rescatadas y esperaba que ella se encargara de cuidarlas.

—¿En serio? —preguntó Tamsin conteniendo el aliento, y devolvió a Dash a su cesta, de la que enseguida saltó.

—En serio —asintió Luke—. He encontrado un viejo gallinero entre los árboles, al fondo del jardín de helechos. Solo Dios sabe por qué está ahí, pero parece que necesita una buena limpieza y una reparación del tejado, y estará listo.

—Y necesitaremos algún tipo de cercado —reflexionó Graham.

—Sin duda —coincidió Heather—. Estaba dando de comer a Evie esta mañana temprano y ha vuelto a aparecer ese zorro hurgando en nuestro jardín. Tendremos que encontrar la manera de evitarlo.

—Pero ¿estáis contentos con la idea? —preguntó Luke—. Huevos frescos todos los días suena bien. Me han advertido de que las gallinas tardarán un poco en sacar todas las plumas y tener buen aspecto, pero estoy seguro de que aquí serán felices.

Todos asintieron y expresaron su aprobación, y Tamsin, olvidando su malhumorada personalidad adolescente, parecía emocionada.

—¿Y estás progresando aquí? —le pregunté a Luke, mirando a mi alrededor—. Sé que has estado mucho con nosotros en el jardín, pero últimamente no has hablado mucho de la casa. ¿Alguna alegría en la búsqueda de muebles?

—No —dijo—, me temo que no. He dejado eso por ahora para centrarme en piezas familiares más específicas.

—¿Como qué?

—Algunas joyas, pero sobre todo cuadros —explicó—, y hay un retrato en particular que quiero, aunque por supuesto, si puedo localizar más cosas, sería maravilloso.

Di un buen trago a la sopa y rasgué mi panecillo, pero no dije nada. En más de una ocasión durante las últimas semanas había querido ofrecerme a ayudarlo a buscar algunas de las cosas que nunca deberían haber salido de Prosperous Place, pero siempre había cambiado de opinión en el último momento.

Había dejado atrás esa parte de mi vida, pero eso no impedía que me sintiera mal por no haber intervenido cuando casi con toda seguridad podría haber ayudado.

—¿Qué es esto? —preguntó Lisa.

—Estoy intentando encontrar algunas de los objetos originales que Charles Wentworth y su esposa tuvieron en la casa —le dijo—. Retratos y pinturas, ese tipo de cosas.

—Bueno —dijo, mirándome fijamente mientras yo sentía que mi corazón empezaba a acelerarse—, entonces estás hablando con la persona adecuada, ¿no?

—Ah, ¿sí? —Frunció el ceño, volviendo la vista hacia mí, porque era la única persona con la que había estado hablando.

—¿Vas a ayudarlo, Kate?

Podría haberla estrangulado.

—¿Cómo podría ayudarme Kate?

—Se dedicaba a eso cuando vivía en Londres —dijo Harold, metiendo la pata sin querer aún más que Lisa—. Cuando los ricos

querían algo elegante para sus casas, Kate los ayudaba a encontrarlo, ¿verdad? Me sorprende que no se lo hayas dicho ya.

Lisa se negó a mirarme a los ojos, demasiado ocupada en mojar su panecillo en la sopa. Ella sabía muy bien que yo no había dicho nada y por qué.

—Ya sabía que te gustaba la historia —dijo Luke en voz baja—. Pero ¿de verdad te dedicabas a eso?

—Sí —dije—. Algo así.

—Entonces, debes tener muchos contactos —dijo.

No me atrevía a mirarlo.

—Sí —dije, intentando no pensar en David y en nuestros muchos amigos—. Supongo que sí.

Luke no dijo nada más y supe que estaba dolido. Dolido porque yo tenía los conocimientos y los medios para ayudarlo en su búsqueda y porque, a pesar de toda la amabilidad que había mostrado conmigo y con mis vecinos, no había tenido a bien devolverle el favor. Ya había mencionado, durante sus ataques de excavación, lo difícil que iba a ser llenar la casa y ni una sola vez me había ofrecido a ayudar o siquiera sugerido que sabría cómo hacerlo.

Empecé a partir mi pan en trozos aún más pequeños, pensando que ahora iba a tener que darle una explicación, quisiera o no.

—Si te pasas por mi casa más tarde, Kate —dijo Harold para sellar mi destino—, podría darte las fotos que Luke aún no ha visto. Entre los dos apuesto a que podéis encontrar algunas imágenes de lo que está buscando. Creo que ambos sabemos a qué retrato se refiere, ¿no? —añadió con un guiño.

—No, está bien —dijo Luke, sacudiendo la cabeza—. Puedo arreglármelas. Estoy seguro de que Kate tiene cosas mucho mejores que hacer con su tiempo que ayudarme.

Otra vez ese tono herido.

—No, no —interrumpió Lisa—. Se suponía que íbamos a celebrar una noche de chicas, pero Heather no puede venir y yo debería bajar la pila de la plancha, así que ella está sola esta noche, ¿no es así, cariño?

—Sí —dije apretando los dientes.

—Bueno, si de verdad tienes tiempo —dijo Luke—, cualquier ayuda para investigar y renovar la casa sería bienvenida. ¿Digamos aquí, a las siete?

No parecía muy interesado en que nos reuniéramos. Evidentemente, solo aceptaba la sugerencia porque sabía que Lisa no se callaría hasta que él cediera.

—No —dije, pensando que podría explicarlo todo mejor en mi

propio terreno—. ¿Por qué no vienes a mi casa?

—Vale. —Se encogió de hombros—. Iré sobre las siete con comida para llevar. ¿Qué te apetece?

—Tú —dijo Lisa en voz baja, mientras yo la fulminaba con la mirada y me preguntaba por qué éramos amigas.

Era la primera vez que me sentía incómoda en compañía de Luke y sabía que él sentía lo mismo.

—Me alegro de estar de vuelta —había dicho al cruzar el umbral y señalar con la cabeza el fuego que ardía alegremente en la rejilla—. Aunque tengo que decir que mi primera visita aquí parece que fue hace una eternidad.

—Supongo que sí —acepté—. Pero han pasado muchas cosas desde que nos pillaste a Carole y a mí allanando tu propiedad.

—Pensaba que habías dicho que no fue un allanamiento.

No lo contradije, pero no pude reprimir la sonrisa que se dibujaba en la comisura de mis labios.

—De todos modos —dijo, entregándome una bolsa que desprendía deliciosos olores, cortesía de la comida china para llevar de la calle de arriba—. Tienes razón. Han pasado muchas cosas desde entonces. Para empezar, soy el amante de los gatos que dijiste que no parecía ser.

—Eso es cierto —acepté.

Nos comimos la comida para llevar en bandejas sobre el regazo y el silencio se hizo tan sofocante que tuve que recurrir a pasar los canales de televisión hasta encontrar algún *reality* descarado que lo ahogara. Cuando terminamos, volví a apagarla, recogí los platos y subí la caja de fotos de Harold a la mesita.

—¿Sabes, Kate? —dijo Luke, mientras yo levantaba con cuidado la tapa—. Soy muy consciente de que Lisa te ha metido en esto y estoy seguro de que tienes una razón perfectamente válida para no hablarme de tu antiguo trabajo, así que, por favor, no creas que he venido aquí esta noche esperando una explicación. No me debes nada, ¿vale?

—Lo sé —dije en voz baja—. Todos sabemos lo pesada que puede llegar a ser Lisa. —Sonrió, confirmando que la única razón por la que estábamos teniendo esa conversación era por ella—. Pero tiene buenas intenciones.

No hacía tanto que todo el mundo decía eso de mi madre y solo había que ver la que me había liado. Nuestras llamadas seguían siendo escasas y yo ya le había dicho que no volvería a Wynbridge en Semana Santa. También había reiterado que no quería que ella y papá vieran la casa hasta que estuviera reformada.

—Quiero decir —continuó Luke cuando no añadí nada más—, sabía que te apasionaba el pasado porque ya habíamos hablado de ello antes, pero....

—Mira —le corté—. Voy a decírtelo porque, bueno, porque me parece imposible no hacerlo ahora.

—No es imposible...

Eso decía, y puede que incluso lo dijera en serio, pero no podía olvidar la expresión de dolor en su cara y no quería que se sintiera así por algo que yo hubiera o no hubiera dicho. Quería aclarar las cosas entre nosotros y poner las cartas sobre la mesa para que supiera por qué había guardado silencio durante todas esas semanas, a pesar de que se había desvivido por ayudarme a mí y a todos los demás en la plaza.

—Mi trabajo, como ha dicho Harold, solía girar en torno a la búsqueda de antigüedades y objetos para que los clientes ricos llenaran sus casas —dije—. Se me daba bien —añadí—. Tenía un don para encontrar lo adecuado para la persona adecuada, y mi marido y yo construimos juntos un negocio sólido y de éxito haciendo exactamente eso.

—Ya veo.

—Pero, cuando nuestro matrimonio se rompió el año pasado, los dejé a él y al negocio y ya no me dedico a ello. De hecho, no creo que quiera volver a hacerlo.

—Y por eso no has dicho nada —se apresuró a decir Luke—, porque si te ofrecieras a ayudarme podrías volver a ponerte en contacto con gente que te conoció cuando estabas casada.

—Exacto.

—Incluso podría ponerte de nuevo en contacto con tu marido.

—Bastante acertado. —Tragué saliva—. Y no tengo intención de volver a ponerme en contacto con él por ningún motivo.

—Claro que no —dijo Luke, viniendo a sentarse a mi lado, y apoyó una mano en mi hombro—. Siento mucho que te hayas sentido obligada a contarme esto, Kate. No era asunto de nadie más. Maldita Lisa —le espetó.

—Ah, no te preocupes por ella —dije, poniendo mi mano sobre la suya y sintiendo su calor—. Tenía buenas intenciones.

Ambos nos reímos y nos separamos antes de que el roce de manos diera paso al contacto visual y luego a Dios sabe qué más. No es que quisiera volver a mirar a Luke a los ojos ni contemplar siquiera la posibilidad de Dios sabe qué más.

—Bien —dijo—, olvidémonos de todo esto y echemos un vistazo a lo que tiene aquí Harold.

Yo estaba más que feliz de hacerlo, y Luke pronto quedó tan hipnotizado por las fotografías como yo.

—Todo esto es increíble —dijo, mientras el tiempo pasaba y el fuego bajaba en el hogar; ahora era poco más que brasas incandescentes—. Esto me va a ayudar mucho.

Habíamos ordenado las imágenes en pilas: una para cada habitación de la casa y otra para los jardines.

—Sé que no voy a poder hacer que quede exactamente igual, y la verdad es que no quiero, pero al menos tener acceso a esto me llevará por el buen camino.

—Y esta —dije con una floritura— es la que creo que más te gustará ver.

Era el retrato de Edward. Nadie podía negar la conexión de Luke con la familia Wentworth cuando miraban el apuesto rostro de Edward, sus rizos oscuros y sus ojos aún más oscuros.

—Es como si alguien te hubiera vestido de época y te hubiera retratado —me reí, sacudiendo la cabeza.

—¿De verdad lo crees? —Luke sonrió, mirando fijamente la foto —. ¿De verdad crees que me parezco a él?

—Podrías ser él —insistí—. Es asombroso.

—Más o menos lo veo —dijo, entrecerrando los ojos y girando la cabeza.

—Aunque es un poco diferente al tipo de imágenes de ti mismo que sin duda estás acostumbrado a ver.

—Sí —asintió—. Un poco.

¿Fue mi imaginación o se ruborizó un poco al mencionar su época de modelo?

—Bueno —tragué saliva—, ¿y cómo acabó un buen tipo como tú posando para ganarse la vida?

Llevaba semanas queriendo preguntárselo, casi desde que Lisa había revelado su condición de supermodelo.

—Estaba a punto de graduarme en la universidad —me contó—, y estaba visitando a un amigo en Brighton para celebrar la entrega de mi tesis cuando me «descubrieron».

—¿Descubrieron?

—Sí —se encogió de hombros—, ya sabes, por un ojeador de la agencia. Estaba allí en un rodaje con otros modelos. En realidad, fue una de las chicas la que primero se fijó en mí, luego el chico me dio su tarjeta y me dijo que lo llamara si me apetecía hacerme unas fotos de prueba.

—¿Y tu ego sacó lo mejor de ti?

—Difícilmente —se rio—. Fue mi saldo bancario el que sacó lo

mejor de mí.

—¿Lo hiciste por dinero?

—Sí —confesó sin pudor—. Tenía que pagar miles de libras en préstamos de estudios, y ponerme delante de una cámara resultó ser una forma bastante sencilla de conseguirlo.

—Ya veo.

—Saldé mis deudas —continuó—, y luego seguí adelante. Viajé por todo el mundo, visité lugares espectaculares y, antes de empezar a aburrirme, decidí dejarlo. Eso fue justo antes de que muriera mi padre.

—Lo siento —dije. No me había dado cuenta de que había estado lidiando con un duelo paterno.

—Llevaba un tiempo enfermo —suspiró—, pero estaba obsesionado con rastrear nuestro árbol genealógico. Solo estábamos él y yo, así que le prometí que seguiría adelante si....

Se detuvo y tomó aire.

—Si él no tenía la oportunidad de hacerlo —terminó rápidamente.

—¿Y eso es lo que te llevó a Prosperous Place? —pregunté en voz baja—, ¿su búsqueda para encontrar a su familia?

—Sí —asintió—. Papá casi había llegado hasta la conexión con Wentworth, pero no del todo; yo uní las últimas piezas —dijo, volviendo a centrar su atención en la fotografía del retrato de Edward, y estudió los rasgos de su antepasado—. A papá le habría encantado todo esto y yo quiero continuar el legado, pero no sé muy bien cómo. ¿Y cómo demonios voy a encontrar este bendito cuadro? No sé ni por dónde empezar.

Sabía lo que tenía que hacer y por dónde tenía que empezar, pero no me atrevía a decírselo por miedo a que me llevara directamente a donde no quería ir.

# Capítulo 20

Tardé varios días en decidirme a ayudar a Luke a encontrar el retrato que, según él, coronaría la colección de Prosperous Place.

Descubrir que había hecho copias de la fotografía original de Harold y que llevaba una en la cartera como si fuera un talismán no contribuyó a reforzar mi decisión de no involucrarme.

—Esto es lo único —me dijo, cuando lo encontré sentado en una silla fuera del refugio del huerto una tarde soleada y mirando el cuadro—: Este es el remate, Kate.

—¿Lo es? —le pregunté, llenando afanosamente la regadera, y aparté la mirada cuando se quitó el jersey para empaparse del sol primaveral con una camiseta ceñida y desgastada.

El jardín amurallado se había transformado y me alegré de que Rob —que aún no se había atrevido a hablarles de Sarah, y mucho menos a invitarla al jardín— hubiera tenido los medios para fotografiar cada etapa de nuestro progreso. En cada uno de los parterres asomaban ahora brotes verdes en hileras ordenadas, o un conjunto de cañas y marcadores, con etiquetas escritas a mano, que ofrecían una indicación de la cosecha que estaba por llegar. Mark y Rob se habían esforzado mucho en restaurar el gallinero, e incluso Neil, que era el que menos ganas tenía de ensuciarse las manos, había echado una mano para asegurarse de que el corral fuera lo más a prueba de zorros posible.

Me alegré de verlo en el jardín y me di cuenta de que volvía cada vez más a menudo, sobre todo los fines de semana. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que nuestro gimnasio ecológico estaba dando un impulso mental a todo el mundo, además de convertirse en la forma ideal de quemar los kilos de más del invierno.

—Si no consigo encontrar un solo objeto más —suspiró Luke con nostalgia, mientras volvía a guardar el papel con cuidado—, ya dará igual.

Estaba segura de que lo haría.

—Mientras tenga esto —dijo, palmeando su cartera con el preciado papel guardado en su interior—, sentiré que he enmendado a las generaciones de mi lado de la familia que no tenían ni idea de su conexión con este lugar.

Cuando se levantó y se estiró, la camiseta se separó de la cintura de sus vaqueros.

—¿Qué? —dijo cuando me sorprendió mirándolo.

—Nada —murmuré, sintiendo un repentino calor recorriendo mis venas que nada tenía que ver con el sol primaveral.

Cada vez me costaba más apartar la mirada cuando se pasaba los dedos por los rizos y se humedecía los labios. Últimamente me había dado cuenta de que a menudo se llevaba las manos al pelo cuando lo pillaban desprevenido, pero él no parecía ser consciente de esa costumbre en absoluto. Era adorable.

—¿Qué? —volvió a decir, clavándome su mirada más seductora.

—Te encanta estar aquí, ¿verdad? —pregunté, conteniendo lo que pensaba.

—La verdad es que sí —suspiró, volviendo la vista hacia la casa—. Es difícil de explicar, pero vivir aquí me hace sentir muy bien y me reconforta saber que por fin he conseguido hacer algo de lo que papá se sentiría orgulloso. Lo había defraudado de muchas otras maneras.

—¿Cómo?

Desvió la vista de la casa para volver a centrarla en mí.

—Lo siento —solté—, no es asunto mío.

—No —dijo—, está bien, pero no voy a escandalizarte con los peores detalles. Digamos que mi padre era un tipo bastante convencional. Él y mamá se conocieron muy pronto, eran casi novios de la infancia. La suya era una historia de amor de cuento de hadas. Del tipo que sueles encontrar en el cine o en un libro.

Ese tipo de historia de amor me parecía bien. Para ser sincera, era un alivio saber que existía más allá de la gran pantalla y de los libros.

—Nunca entendió mis días de citas en serie.

—Ah —dije—, ya veo.

—Ir de flor en flor estaba mal visto —se rio—. Siempre me estaba sermoneando para que me dejara de tonterías y esperara a «la elegida».

—Pero te gustaba tanto ir de flor en flor que pensaste que todo eso podía esperar, ¿no?

Como víctima reciente de esa actitud liberal hacia las relaciones, podía entender cómo se sentía su padre, el arquetipo de hombre de una sola mujer. Pero no era asunto mío cómo llevaba Luke su vida sexual.

—Más o menos —dijo—, además del hecho de que nunca creí en toda esa fantasía de encontrar a «la elegida». No creía que fuera posible que hubiera una sola persona en el mundo que pudiera capturar tu corazón tan completamente que nunca más quisieras estar con otra persona.

Me aterraba pensar cómo se burlaría de mí si alguna vez se

enteraba de mi opinión sobre el amor verdadero.

—Deberías hablar con Lisa de eso —le dije, saludándola mientras aparecía por la puerta con Archie a cuestas—. Ella también piensa que todo eso es un montón de basura.

—Pero esa es la cuestión —dijo Luke, sus ojos oscuros volvieron a posarse en mi cara—. No estoy seguro de que eso sea lo que pienso ahora en absoluto.

—Hola, Charlie, soy Kate.

—¡Kate! ¡Dios mío! ¿Qué tal? Eres la última persona que esperaba que llamara.

Cuando a regañadientes marqué su número en mi teléfono, tuve la sensación de que iba a decir algo así.

—Pero no te importa que te llame, ¿no?

—Por supuesto que no —bramó—. Espera.

Oí un chasquido de fondo y supe que estaba encendiendo uno de los puros gordos y aromáticos con los que todo el mundo lo asociaba.

—¿Cómo estás? —preguntó, tras una primera gran calada. Casi podía oler el cubano desde mi cocina—. Y lo más importante, ¿dónde estás? ¿Vas a volver? Te echo de menos. Nuestras cenas han sido muy aburridas desde que te fuiste.

Sabía que estaba dorándome la píldora. Ya se lo había oído hacer mil veces a otras personas, pero no me importaba, era agradable volver a escuchar su acento neoyorquino. Charlie era uno de los miembros más extravagantes del grupo con el que David y yo habíamos trabajado. Estaba segura de que la pareja seguiría en contacto, pero, como Charlie también era el tipo al que recurría para cuadros, fotos y retratos, consideré que valía la pena arriesgarse.

—No —dije, ignorando que Charlie había preguntado *dónde* estaba —, por supuesto que no voy a volver. Creo que ya os he dado suficientes cotilleos de sobremesa, ¿no? Es hora de que paséis a otra persona.

Charlie se quedó callado un segundo.

—No ha sido así, ¿sabes? —dijo.

—Lo sé —suspiré—. Solo te tomaba el pelo.

—Todos le dijimos que era tonto —dijo, serio—, que era idiota. De hecho, aún se lo decimos.

—Bueno —murmuré, tragándome el nudo que tenía en la garganta.

No era así como había planeado que se desarrollase la conversación. Se suponía que solo eran negocios. David y lo que sus amigos le dijeran o no debían quedar fuera. Pronto me di cuenta de lo

ingenua que había sido al creer que eso iba a ocurrir.

—Bueno, ya es agua pasada, así que…

—Pero no lo es, ¿verdad? —interrumpió—. David sigue siendo tan soso como el agua sucia de fregar. No es nada divertido estos días.

—Ah, ¿no?

Supuse que, después de que rechazara sus insinuaciones en Navidad, seguiría su camino, se lamería las heridas durante uno o dos días y luego buscaría a alguien que lo hiciera sentir mejor.

—Pues no —dijo Charlie—. No tengo ni idea de lo que pasó en Navidad, Kate, más allá de que su intento de volver a cortejarte no salió según lo previsto, pero prácticamente ha estado recluido desde entonces. No sale, trabaja a todas horas y sé a ciencia cierta que ni siquiera ha mirado a otra mujer.

Eso no sonaba nada bien. Pensé que habría alzado el vuelo y que estaría disfrutando de su libertad para volver a las andanzas que supuse que había echado de menos durante los años que estuvimos casados.

—¿Estás seguro de que estamos hablando del mismo David? —no pude resistirme a preguntar.

—Siento decir que sí.

—Bueno, seguro que se le pasa pronto —dije estoicamente—. Solo necesita un poco más de tiempo.

—Dice que, si no puede tenerte a ti, Kate, su único y verdadero amor, entonces no quiere a nadie.

Eso no era lo que quería oír. No podía creer que hubiera dicho esas palabras. Seguro que si de verdad fuera su «único y verdadero amor», me habría cuidado mejor, ¿no? Me pregunté sin piedad si David habría preparado a Charlie para que dijera todo esto si yo me ponía en contacto con él.

—Pues es una pena que no se diera cuenta antes de hacer lo que hizo entonces, ¿no? —contraataqué.

Estos días me sentía menos inclinada a escuchar la voz en mi cabeza que me recordaba que había sido yo quien lo empujó a hacer «lo que hizo». Como Lisa había señalado en más de una ocasión, David era un hombre adulto, responsable de su propia conciencia y de la cremallera de sus pantalones. Tenía que mantenerme fuerte. Lo que hacía o dejaba de hacer estos días no me interesaba. Yo me las arreglaba para seguir adelante aunque él no.

—Por supuesto que sí —convino Charlie, antes de dar otra enorme calada—, pero ¿no tiene todo el mundo derecho a cometer un pequeño error?

Si las repercusiones no hubieran sido tan terribles, este podría

haber sido el punto de la conversación en el que me derrumbaba y aceptaba que sí, que todo el mundo tenía derecho a cometer un pequeño error y que aceptaría a David de nuevo e intentaría perdonarlo aunque no pudiera olvidar. Sin embargo, las repercusiones sí *habían* sido terribles y aún me sentía lejos de perdonar.

—Mira —dije—, no he llamado para hablar de David.

—Lo siento —dijo Charlie—. Sé que no es asunto mío, pero no se me puede culpar de no intentarlo. Él nunca me lo perdonaría si supiera que has llamado y no lo he intentado en su nombre.

¿Era un indicio de lo que ya sospechaba?

—Charlie —dije enérgicamente, haciendo que la llamada volviera a su cauce—. No quiero que le digas ni una palabra sobre esta llamada a David.

—Vale, vale.

—Tengo un trabajo para ti.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Quiero que me busques un retrato.

—Ah, ¿sí? —dijo, dando otra larga calada.

Así debería haber empezado la conversación. Conseguir que Charlie hablara de trabajo era tan fácil como distraer a un gato con una caja de cartón.

—Cuéntame.

—Te lo contaré —dije con severidad—, pero solo si me prometes que no le mencionarás ni esta llamada ni el cuadro que busco a David.

—Te lo prometo —dijo, codicioso—. Palabra de explorador, digas lo que digas.

—Lo digo en serio, Charlie. Si esto le llega a David, sabré que has roto tu promesa, y creo que ya me han defraudado bastante últimamente, ¿no te parece?

—Sí —dijo, sonando escarmentado—. Creo que sí. Te lo prometo.

—Bien. Me alegro de que estemos de acuerdo en eso.

—Y ahora —dijo, con la vieja excitación de nuevo en su tono—, dime, ¿qué es lo que quieres que encuentre?

—¿Quién es Charlie?

No tenía ni idea de que Lisa se había colado en casa y solté el teléfono, sobresaltada, al oír su voz.

—Lo siento —dijo ella—. ¿Te he asustado? La puerta estaba abierta.

—No pasa nada —dije, cogiendo el teléfono, y lo devolví a su base —. ¿Estás lista para irnos ya? Creía que habíamos dicho a las doce y media.

—Cambio de planes. Heather ya ha vuelto. ¿Quién decías que era Charlie?

—No lo he dicho —respondí—. Y, de todos modos, ¿a ti qué te importa?

Sabía que sonaba molesta, pero estaba bien porque así era. A Lisa le gustaba meter las narices en los asuntos de todo el mundo, pero había ido demasiado lejos.

—Lo siento —dijo, y por una vez parecía que lo decía en serio—. Sé que piensas que soy una vieja metomentodo, pero solo me interesa porque no tengo vida.

—¿Qué? —Fruncí el ceño y cogí mi abrigo.

—Es verdad —resopló—. Más allá de los confines de esta plaza y del jardín, no tengo nada.

—Yo tampoco —le recordé—, y Heather tampoco por el momento.

—Pero antes lo teníais —dijo, con los hombros caídos—, las dos teníais un trabajo, y Heather se está preparando para volver al suyo. Lo único que he hecho yo es criar bebés. Lo siento —se apresuró a añadir, sabiendo que era lo que más había querido yo pero no me habían permitido tener.

—No pasa nada —le dije; mi enfado se evaporó—. Por fin empiezo a aceptar que no todos conseguimos lo que queremos en la vida, tanto si nos apuntamos como si no a la fórmula del cuento de hadas.

—¿Lo dices en serio? —Sonaba atónita.

—Sí —dije, luchando con mi abrigo—. En serio.

Por un segundo pensé que iba a echarse a llorar, pero una llamada a la puerta rompió el hechizo y ella parpadeó un par de veces antes de contestar. Ignoré su extraño estado emocional, achacándolo a su desequilibrio hormonal mensual.

—Ya vamos —dijo, cuando encontró a Heather en el umbral de la puerta—, y hoy voy a intentar dar al menos media vuelta, te lo prometo.

El plan de ponernos en forma a partir de Año Nuevo no había ido del todo bien. Cuando deberíamos haber estado pateándonos las calles, nos habíamos dedicado a visitar los cafés y las cafeterías de la ciudad, pero ahora que el tiempo había mejorado volvíamos a empezar, e incluso Lisa había prometido tomárselo más en serio.

—¿Por qué va Evie en su cochecito? —le preguntó a Heather—. Pensaba que íbamos al lago. Dijiste que en cuanto volvieras de tu reunión con Recursos Humanos nos iríamos.

—Cambio de planes —dijo Heather, y se mordió el labio—. Lo siento, chicas, pero no tengo muchas ganas de salir a correr ahora.

Cogí las llaves de casa y fuimos a sentarnos en el banco del

parque. Evie se contentó con observar a los pájaros y agitar su libro de tela mientras esperábamos a que su madre nos contara lo que había pasado, porque estaba claro que algo había pasado.

—¿Ha pasado algo en el trabajo? —preguntó Lisa, cuando no pudo soportar el suspense ni un segundo más—. ¿Ha habido algún problema con tu fecha de reincorporación?

Heather nos había estado contando que pensaba volver a trabajar a tiempo parcial. No le apetecía demasiado, pero sabía que si no lo hacía pronto nunca lo haría. Tuve la sensación de que su deseo de ser ama de casa después de la presión y la intensidad de su carrera, que había sido su único objetivo durante tanto tiempo, había sido una especie de *shock*. Hasta que Lisa no se ofreció a cuidar de Evie para no tener que enviarla a una guardería lejos de allí, no empezó a plantearse la idea de volver.

—Ya no tengo fecha de reincorporación —dijo por fin—. He decidido que no voy a volver.

Lisa y yo intercambiamos miradas.

—Pero eso es bueno, ¿no? —dije, alegre, tratando de animarla—. Es más o menos lo que querías.

—Supongo —se encogió de hombros—. Pero siento no poder ofrecerte el trabajo ahora, Lisa. Sé que estabas deseando cuidar de Evie.

—Está bien —dijo Lisa—. Puedo seguir viendo a esta preciosidad siempre que quiera y quizá esto sea justo el empujón que necesito.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Heather.

—Ah, no lo sé. —Lisa se encogió de hombros—. Le estaba diciendo a Kate que no tengo vida más allá de este lugar. Quizá sea el momento de ponerme las pilas y buscarme un trabajo.

—Pero ¿qué pasa con Archie? —preguntó Heather—. No querrás mandarlo a la guardería, ¿verdad?

—No, —Lisa se mordió el labio—. Supongo que no. Probablemente ni siquiera ganaría lo suficiente para cubrir el coste.

—Quizá podrías cuidar de él, Heather —sugerí—. Podría ser un compañero de juegos para Evie.

Heather sacudió la cabeza y expulsó el aire poco a poco.

—Pronto tendrá uno propio.

Compartí otra mirada con Lisa.

—¿De qué estás hablando?

—Por eso no vuelvo a trabajar —dijo de golpe—. Estoy embarazada otra vez.

—Dios mío —jadeó Lisa.

—¡Lo sé!

—¿Lo habías planeado? —pregunté.

—No.

—¿Y es lo que quieres? —dijo Lisa a continuación.

—Sí... No... Tal vez. —Heather se rio—. No lo sé. Aún no lo he asimilado. No tenía que suceder así.

—Vaya, Heather —dije—. Vas a estar hasta arriba.

—Lo sé —dijo—, pero al menos tengo amigos cerca para ayudarme.

—Es verdad —sonreí.

—No te importa, ¿verdad? —preguntó, cogiéndome la mano—. Lo del bebé, quiero decir.

—No, claro que no —le contesté—. Estoy encantada. Por favor, no pienses que no me alegro por ti, cariño, porque sí que lo hago. De verdad.

—Gracias —dijo, tímida—. Eso significa mucho.

—¿Cómo se ha tomado Glen la noticia? —preguntó Lisa.

—No lo sé —rio Heather—. Está como yo, todavía en estado de *shock*. Es muy pronto, así que aún no se lo vamos a decir a nadie.

—Aparte de a nosotras dos —me reí—. Y posiblemente a Carole.

Saludamos a nuestra vecina más cotilla, que merodeaba detrás de la cortina, y yo miré a mi amiga embarazada. Al igual que yo, su plan de vida se había dispersado a los cuatro vientos, de hecho, todo era un auténtico embrollo y, sin embargo, ahí estaba ella, todavía sonriendo alegre y aceptando los cambios. Admiraba su capacidad de adaptación.

—Supongo que este es otro escenario que refuta la teoría del cuento de hadas, ¿no? —Heather sonrió a Lisa.

Era como si pudiera leer mis pensamientos.

—No —me apresuré a responder mientras reajustaba el nuevo giro de su historia para que encajara con la que yo había esperado que fuera la mía—. Enamorarse, casarse, tener un bebé, luego un segundo bebé, familia feliz, felices para siempre. Es de manual. En todo caso, demuestra que los finales felices existen.

—Eso no es lo que has dicho antes en casa —saltó Lisa.

—En casa —la corregí—, he dicho que no a *todos* nos toca vivir el cuento, no he dicho que no le toque a nadie. —Recordé lo que Luke me había contado sobre sus padres.

—Así que crees que mi vida se ajusta al cuento de hadas, ¿no? —Heather frunció el ceño—. ¿Incluso ahora?

—Más o menos. —Me encogí de hombros—. Quiero decir, tu vida encaja en el molde muy bien. He renunciado por completo a intentar hacer que la mía tome esa forma, ya lo sabes.

—Te lo recordaré dentro de unos meses —dijo con una sonrisa en los labios—, cuando me falte el sueño y esté enterrada en pañales; entonces decidiremos quién vive una vida de cuento.

—Te tomo la palabra —le dije, inclinándome para estrecharle la mano.

# Capítulo 21

No me había dado cuenta de lo cerca que estaba la Semana Santa hasta que le di la vuelta al mes en el calendario de la cocina. La primavera había llegado y yo aún no había puesto en práctica ninguna de las mejoras en el hogar que había planeado cuando me mudé a Nightingale Square.

Por supuesto, podía echarle toda la culpa a Luke, porque si no me hubiera seducido a mí, y a todos los demás, con nuestro perfecto jardín comunitario y el par de gatitos esponjosos, estaba segura de que mi pequeño hogar se habría transformado por completo mucho antes de que los supermercados se llenaran de huevos de chocolate.

A pesar de lo maravilloso que fue pasar tanto tiempo al aire libre viendo crecer cosas verdes y a las gallinas rescatadas saliéndoles plumas en lugares que nunca antes se habían dado cuenta de que debían estar cubiertos, sabía que tenía que empezar; de lo contrario, el año se acabaría y no habría conseguido nada de lo que me había propuesto.

Con la mente medio ocupada en la inminente búsqueda de huevos de Pascua y la posterior fiesta, en la que me habían obligado a ayudar, y sabiendo que mis amigos iban a estar ocupados en otras cosas durante los próximos días, decidí que ese era el mejor momento para poner en marcha mis propios planes.

Lisa se había lanzado con entusiasmo a la búsqueda de un nuevo empleo, Heather sufría lo que ella describía como «náuseas matutinas» más que una enfermedad real, Luke se había tomado unas vacaciones improvisadas «para reflexionar sobre algunas cosas», o eso les había dicho a John y Glen, y Charlie, a pesar de sus exhaustivos esfuerzos, estaba en blanco en su búsqueda del retrato perdido.

—¿Está absolutamente seguro de que se ha vendido? —me había preguntado por enésima vez—. ¿No está escondido en alguna parte de la casa, bajo un guardapolvo o algo así?

Incluso había recurrido a ayudar a Luke a buscarlo yo misma, metiéndome en todo tipo de lugares incómodamente estrechos y armarios polvorientos, pero lo único que habíamos encontrado eran arañas gigantescas. Al final de la búsqueda, ambos insistimos en que el retrato no estaba en la propiedad, pero Luke tampoco pudo encontrar una factura de compra ni ningún documento que indicara dónde podría haber desaparecido.

Luke lo encontraba todo muy frustrante, pero aún no le había dicho que yo estaba en ello. Aparte de un par de fechas y el nombre del artista, teníamos muy poco en qué basarnos, así que ¿qué sentido habría tenido? De hecho, teníamos tan poco con lo que trabajar que incluso Charlie, capaz de encontrar la gema más pequeña en el tesoro de un dragón, estaba a punto de admitir la derrota, así que habría sido cruel ilusionar a Luke solo para decepcionarlo.

—No está ahí, Charlie —confirmé una vez más.

—Entonces, creo que debes decirle a ese tipo que lo estás ayudando y preguntarle si te deja revisar los papeles de la propiedad —sugirió sabiamente—. Me atrevo a decir que debe haber pasado algo por alto. Me apuesto lo que quieras a que si echas un vistazo el misterio se resolverá en un santiamén. Tienes olfato para estas cosas, Kate, y lo sabes.

Yo había pensado lo mismo, pero mi reticencia a involucrarme no se debía solo a mi preocupación por ilusionar a Luke. El quid de la cuestión era que no quería que supiera que había metido a Charlie por si se hacía una idea equivocada de mis intenciones.

Luke me había dicho que era consciente de lo difícil que me resultaría volver a ponerme en contacto con mis antiguos amigos y con los de David, y yo no quería que pensara que lo había hecho porque sentía algo por él. Romántico o no. Porque no era así.

Sí, era uno de los hombres más amables y generosos que había conocido, y sí, me daba un vuelco el estómago cuando me quitaba las telarañas del pelo, y sí, me latía con fuerza el corazón cuando se presentaba un día sí y otro también para ayudarme en el jardín, pero eso no significaba nada. Mi deseo de encontrar el retrato y devolverlo al lugar que le correspondía era solo profesional. Fin.

—Vamos a darle unos días más, Charlie —dije, decidida—, y si sigue sin aparecer, se lo diré.

—Está bien, querida niña —dijo, resignado—. Seguiré intentándolo.

Al final decidí redecorar primero mi dormitorio, que estaba en la parte delantera de la casa. Sabía que lo ideal era dar prioridad a los trabajos laboriosos que iban a implicar más polvo y trastorno, y estaban en lo más alto de mi larga lista de tareas pendientes. Sin embargo, no había tenido en cuenta el tiempo que tendría que esperar a los obreros, por no mencionar el hecho de que aún no me había decidido por un diseño de cocina porque en mi cabeza solo había espacio para la maldita pared de cristal que Luke me había sugerido.

—Bien —me dije, arremangándome para volver a empaquetar

cajas y a mover los muebles para poder arrancar la moqueta—. Pongamos este espectáculo en marcha.

No llevaba mucho tiempo en ello cuando oí que alguien entraba por la puerta principal.

—¿Necesitas ayuda? —gritó una voz en las escaleras—. Me envía Lisa.

—Sube, John —le dije. Ya había sudado bastante y la mano de obra adicional era muy bienvenida—. Me vendría bien un poco de músculo extra.

Sabía que tendría que vaciar la habitación por completo cuando pusiera la moqueta nueva, pero de momento podíamos mover la cama y el armario entre los dos, empujándolos de un lado a otro según fuera necesario. La vieja moqueta se levantó sin dificultad y compartimos una taza de té y una pasta cada uno, sentados en el suelo del dormitorio, mientras leíamos los periódicos amarillentos que habíamos descubierto sobre las tablas del suelo.

—¿Cómo va la búsqueda de trabajo de Lisa? —pregunté, mientras recuperábamos fuerzas—. ¿Alguna alegría ya?

—En realidad, por eso estoy aquí —explicó—. Quería que me apartara de en medio.

—Rellenar formularios y redactar currículos puede ser complicado —estuve de acuerdo—. Sin duda, quiere paz y la tranquilidad.

—No está rellenando formularios —explicó John, entregándome su taza vacía y su plato cubierto de migas—. Y no creo que haya tenido nunca un CV.

—¿Qué está haciendo, entonces?

—Siguiendo a su corazón —dijo, misterioso—, como debería haber hecho hace años. Como le he estado diciendo que haga desde Dios sabe cuándo.

—¿Qué se supone que significa eso? —Fruncí el ceño—. ¿Qué le ha estado diciendo su corazón que debería estar haciendo?

Me miró y se mordió el labio durante un segundo.

—Tendrás que martillar esos pocos clavos —dijo, señalando los bordes del suelo donde nos habíamos pillado las manos con las afiladas cabezas que se alzaban orgullosas—. Será más rápido y fácil que intentar sacarlos.

Una vez que me hubo enseñado a montar la decapadora de papel pintado que me había prestado, se fue a casa para recoger a los niños y llevarlos al huerto.

—Hoy nos toca recoger huevos —dijo—, y voy a tomar medidas para ese horno de *pizza* del que Luke no para de hablar. Le dará a mi buena señora unos minutos más de tranquilidad.

Seguía negándose a explicar qué era lo que estaba haciendo y por qué necesitaba paz para ello.

—Supongo que Luke no te dijo qué tenía que pensar durante las vacaciones, ¿verdad? —pregunté, con la esperanza de que se sintiera inclinado a aclararme algo.

Me picó la curiosidad y no me gustó mirar al otro lado de la plaza, hacia la casa vacía. No esperaba echar de menos a su nuevo dueño, pero así era. Aunque no se lo dije a John.

—Bueno, si no puedes sacar esa conclusión por ti misma —dijo con desdén—, entonces, no tienes el cerebro que te había atribuido.

Había desaparecido escaleras abajo antes de que tuviera la oportunidad de pensar una respuesta.

El decapante de papel pintado hizo un trabajo ligero de las múltiples capas, pero mantuve algunas de las piezas que tenían dibujos aún salvables. Al fin y al cabo, formaban parte de la historia de la casa y eran un interesante recordatorio de cómo habían cambiado los gustos desde la última vez que alguien había dejado las paredes al descubierto.

A última hora de la tarde solo quedaba un muro. Me dolían los brazos y el vapor había hecho que mi pelo dejara de ser liso y ordenado para convertirse en un amasijo de rizos. Me hice un moño desordenado, me preparé la taza de café más grande que encontré y subí las escaleras para darle un último empujón. Lo único que me apetecía era sumergirme en un baño de burbujas con aroma a lavanda o rosas, pero estaba demasiado cerca de la línea de meta como para aplazar el momento de cruzarla.

Por suerte, la última pared era la que menos papel tenía que quitar. Era la pared más alejada de la puerta, y la adición de la pequeña chimenea de hierro fundido ornamentada original significaba que no era demasiado grande, por eso la había dejado para el final. Cuando empecé, sabía que iba a necesitar algo sencillo con lo que terminar el día, cuando mi ímpetu flaqueara. Pero resultó que el muro no iba a ser tan sencillo.

El hueco a la izquierda de la chimenea, al menos la mitad inferior, parecía tener muchas más capas que el resto de la habitación, y me pregunté cómo no había visto antes la protuberancia en la parte inferior de la pared. Sin embargo, la cómoda de caoba que había dejado Doris había permanecido allí hasta esa mañana y yo sabía que el papel pintado con ramitas florales era capaz de jugar malas pasadas a los ojos si lo mirabas fijamente durante demasiado tiempo. Mi madre lo habría calificado de «migrañoso», igual que la alfombra

ondulada del comedor, pero a mí me parecía que tenía cierto encanto antiguo. El papel, no la alfombra.

Me detuve en seco al darme cuenta de que el decapante que tenía en la mano estaba golpeando algo duro, desde luego, eso no era papel, así que apagué el vaporizador y pasé las manos por la zona, que ahora estaba húmeda. Definitivamente, se notaba el contorno sólido de algo.

—¿Todavía tienes a mi marido ahí arriba?

Me sobresalté cuando la cabeza de Lisa apareció por la puerta.

—No —le dije, olvidando enseguida todos los planes de sonsacarle lo que había estado tramando—, y tampoco tengo a tus hijos. Están todos en Prosperous Place.

—¿Qué demonios estás haciendo? —me preguntó, cuando me vio dando golpecitos con la oreja pegada a la pared.

—Hay algo debajo de este papel —le dije—. Escucha, está hueco.

Con cuidado, raspamos los bordes y me di cuenta de que el rodapié había sido tallado para que coincidiera con la forma de la pared de arriba.

—Seguro que es un armario —dijo Lisa, con los ojos muy abiertos —. Un armario lleno de tesoros olvidados que ha sido empapelado.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza, pero probablemente tenía razón, al menos en lo del armario.

—Te lo dije —dijo con suficiencia unos minutos después, cuando nos sentamos sobre nuestras piernas y observamos los bordes de lo que parecía una puerta.

—Me pregunto qué hay detrás. —Tragué saliva.

No estaba segura de que me gustara la idea de tener un armario secreto en la habitación donde dormía. Aún no había reunido el valor suficiente para aventurarme en la oscura despensa bajo las escaleras. Parecía haber demasiadas telarañas para mi gusto y podía imaginarme fácilmente que este nicho estaría adornado de forma similar.

—Solo hay una forma de averiguarlo —dijo Lisa, cogiendo el rascador de metal—. Usa esto para trabajar por los lados —me ordenó, mientras extendía la mano para coger un destornillador—. Tenemos que desconchar la pintura para liberar los bordes y poder hacer palanca para abrirlo.

—Creo que voy a dejarlo por hoy —dije, levantándome de un salto, y me sacudí los vaqueros—. Llevo horas con ello. ¿Y tú no deberías estar en casa preparando la cena, planchando o algo?

—No —dijo ella, decepcionada—. Todo eso puede esperar. Vamos —me animó—. Quiero verlo. No tienes miedo, ¿verdad?

—Claro que no —dije negando con la cabeza—. Estoy hecha polvo y, de todos modos —añadí con disimulo—, me interesa más saber qué

has hecho hoy. John mencionó algo sobre seguir a tu corazón.

—¿Eso ha hecho? —preguntó, tendiéndome la mano para que la ayudara a levantarse.

—Sí —asentí—, y me interesa más el funcionamiento de tu corazón que lo que hay dentro de un armario infestado de arañas.

—Pues tendrás que quedarte con la intriga —dijo, pavoneándose por la habitación—. Porque se supone que es un secreto.

Ups, parecía que acababa de meter a John en un lío, pero al menos ella estaba casi fuera de la habitación y lejos del armario.

—Y sabes que esta noche no vas a pegar ojo aquí dentro, ¿verdad? —añadió con una sonrisa y una mirada hacia la puerta del armarito.

No quería que tuviera razón, pero la tenía, por supuesto. Cené, me di mi tan ansiado baño de espuma y pasé la velada viendo telebasura, y al final de la misma seguía muerta de cansancio, pero apenas mi cabeza tocó la almohada, mis ojos, que tanto se habían empeñado en cerrarse cuando estaba acurrucada en mi sillón, se abrieron de golpe y empecé a imaginarme todo tipo de cosas que podrían estar escondidas en el armario de al lado.

Tenía que ser algo muy importante, ¿no? Algo que alguien había decidido que no quería que nadie supiera porque, si no, ¿por qué se iban a tomar la molestia de hacer que pareciera que el armario no existía? ¿O le estaba dando demasiada importancia? ¿La hora tardía y las burlas de Lisa me estaban jugando una mala pasada?

Como había dicho ella, solo había una forma de averiguarlo.

Parecía que tardaba una eternidad en arrancar la pintura suficiente para hacer la palanca que necesitaba para forzar la puerta y abrirla. Lo hice con tanto cuidado como pude, tomando todas las precauciones para no dañar la puerta. Puede que desconfiara de lo que pudiera haber escondido detrás, pero el almacenamiento extra siempre era una ventaja y un simple reajuste de los muebles podría significar que este espacio se convirtiera en un armario para los zapatos, o en algún lugar para guardar los adornos de Navidad; suponiendo, por supuesto, que no hubiera un cadáver metido ahí dentro y toda la casa acabara siendo destrozada por la policía.

Me estremecí cuando, con un chirrido ensordecedor, la puerta empezó a moverse y me pregunté en qué planeta estaba cuando decidí que era una buena idea abordar esto yo sola en plena noche. Antes de tirar más fuerte, comprobé que la linterna de mi teléfono funcionaba bien.

—Mierda —maldije, mientras se activaba el molesto tintineo que me alertaba de que, inusualmente, tenía tanto un mensaje de texto

como uno de voz esperando mi atención.

Ambas cosas tendrían que esperar porque en ese momento tenía asuntos mucho más urgentes que atender. Respiré hondo y, con el teléfono en una mano, utilicé la otra para abrir la puerta del armario lo suficiente para ver el interior. Cogí el destornillador para defenderme de cualquier bestia que me acechara y me dispuse a explorar.

***

—¿Nada? —dijo John—. ¿En absoluto?

Era temprano, después de lo que al final se había convertido en una noche de sueño razonable, y John se había pasado por allí para ver cómo me iba con el quitapapeles. Lisa no se había fijado mucho en las paredes, al parecer, pero sí en el armario.

—No. —Me encogí de hombros, mirando hacia el espacio que había pasado un buen rato limpiando de telarañas.

No es que hubiera querido encontrar nada siniestro, por supuesto, pero el hecho de que estuviera total y completamente vacío me decepcionó un poco. En un momento de locura, justo antes de abrirlo, había imaginado que iba a encontrar dentro el escurridizo retrato de Luke. Me había imaginado presentándoselo en la fiesta de Pascua y él tan agradecido que...

—¿Kate?

—Lo siento —vacilé—. ¿Qué?

—He dicho —repitió John—, ¿te importa si echo un vistazo rápido?

—No —le dije—, en absoluto. ¿Quieres que te preste mi teléfono? La linterna alumbra bastante.

Sacó su propia linterna del bolsillo trasero y procedió a deslumbrarme con ella.

—Lisa siempre dice que vas preparado para cualquier eventualidad —sonreí.

—¿Eso dice? —se rio.

—Voy a poner la tetera —le dije—. ¿Tienes tiempo para el té?

Apenas había bajado la mitad de las escaleras cuando empezó a gritar. Salí disparada hacia el dormitorio.

—No tengo seguro de responsabilidad civil —le advertí—. Será mejor que no te hayas hecho daño.

Me sorprendió el hecho de que, en lugar de arrastrarse hasta el armario —no es que hubiera podido llegar tan lejos porque era un tipo grande—, estaba de espaldas y alargaba la mano en dirección a la

chimenea.

—¿Cómo se te ha podido pasar esto? —se atragantó, mientras desalojaba tanto polvo y arañas como yo había aspirado—. ¿Cómo no viste todo esto?

Dos minutos más tarde, me encontraba contemplando atónita el asombroso botín con las palabras de Lisa sobre el «tesoro olvidado» resonando en mis oídos. No era el retrato perdido de Prosperous Place, pero bien podría ofrecer alguna pista sobre dónde había desaparecido.

Le hice prometer a John que no mencionaría lo que había descubierto a nadie, ni siquiera a su buena esposa. Lo máximo que pude sacarle fue que haría todo lo posible, pero que, si ella utilizaba sus encantos femeninos, no podría garantizar su discreción. Era el mejor compromiso que podía esperar para guardar el secreto y, a cambio, le prometí que cuando tuviera la oportunidad de enseñárselo todo a Luke, lo liberaría de su obligación y se lo contaría todo a Lisa.

# Capítulo 22

—Empezábamos a pensar que no ibas a volver —regañó Carole a Luke la víspera del Domingo de Pascua, cuando nos reunimos todos en el huerto para ultimar los preparativos de la fiesta—. ¡Empezábamos a pensar que te habías ido para siempre!

Lisa puso los ojos en blanco hacia Heather, que le devolvió el gesto. Nuestra amiga estaba un poco decaída, pero se había recuperado lo suficiente como para ayudar con los preparativos y evitar que todo el mundo se preguntara por qué no había aparecido por el jardín últimamente.

Miré a Luke y su bronceado y negué con la cabeza. Nadie había pensado aquello *de verdad*.

—Ay, Carole —dijo Lisa, decidida a no dejar que se saliera con la suya con su comentario exagerado—, te encantan los dramas, ¿eh? Aunque sean de tu propia cosecha. No creo que Luke se haya tomado la molestia de comprar Prosperous Place solo para abandonarla de nuevo, ¿verdad?

Carole no dijo nada, pero sus labios formaron una línea muy fina y volvió a anotar cosas en su portapapeles cuando él se negó a dar más detalles.

—Bueno, ¿cómo va todo? —preguntó Luke.

Se frotó las manos mientras observaba con aprecio el jardín y la zona que John había medido y acordonado para el horno de *pizza* y la posible hoguera, que ahora también se habían añadido a la lista. Era evidente que no quería verse envuelto en la disputa de las mujeres más de lo que quería aclararnos dónde había estado.

—Todo me parece bien —sonrió—, pero no soy un experto.

—Lo está haciendo maravillosamente bien —dijo Graham con orgullo—. Todo está prosperando.

—E incluso hay suficiente ensalada para alimentarnos a todos mañana —añadió Glen. Su aumento de horas trabajando en el jardín mientras Evie lo miraba desde su cochecito había compensado con creces la ausencia de su mujer—. Será nuestra primera pequeña cosecha. Estos clavos han sido un regalo del cielo. Gracias por reunirlos, John.

Lisa se acercó y besó la mejilla de su marido.

—Es capaz de hacer cualquier cosa —suspiró—. ¿Qué haríamos sin él?

—Por el amor de Dios, marchaos a un hotel —murmuró Tamsin, disgustada—. Voy a llevar a Archie y Molly a ver cómo están Violet y Dash.

—Y yo voy a por la carne a la carnicería —dijo Rob.

Le había sugerido a Rob que trajera a Sarah a la fiesta de mañana, pero se había negado. Tenía tantas ganas como yo de evitar las indirectas de Carole para hacernos estar juntos, pero no estaba dispuesto a someter a la mujer de su vida al escrutinio e interrogatorio de nuestra vecina.

—Te echo una mano —dijo Neil—, y podemos recoger los panecillos que Mark ha reservado en la panadería a la vuelta. ¿Todavía estás conforme con guardar toda la comida y bebida en tu casa esta noche, Carole?

—Sí —dijo, volviendo a comprobar la lista para asegurarse de que todo estaba en orden, aunque sabía que así era—. Hay sitio de sobra en nuestra nevera del garaje.

Los dos hombres se fueron y, después de que Carole obligara a Heather y Lisa a ayudarla, Luke y yo nos quedamos solos.

—Creo que me voy a ver si hay huevos —dije, volviendo a la cabaña a por la cesta.

No estaba segura de por qué me sentía tan incómoda sola en su presencia, pero el repentino estruendo en mi pecho no me dejaba ninguna duda de que lo había echado de menos bastante más de lo que consideraba apropiado.

—Te echo una mano si quieres —dijo, tanteando un poco cuando cogió la cesta y nuestros dedos se tocaron—. No he tenido ocasión de ver cómo les va a las chicas desde que he vuelto.

—¿Has disfrutado de tus vacaciones? —pregunté. No me parecía bien ignorar que había estado fuera, pero tampoco quería acabar sonando como Carole—. Parece que has estado en un lugar más cálido que Norfolk.

—Fue más un retiro que unas vacaciones —me dijo al segundo de terminar—. Tenía cosas en las que pensar.

Eso era lo que los chicos habían dicho que les había contado antes de irse, pero estaba claro que a qué se refería con «cosas» no se podía discutir.

—Aquí están —dije cuando llegamos al corral—. ¿Qué te parece?

Luke no podía creer lo que veían sus ojos y se negaba a aceptar que fueran los mismos pequeños especímenes de cuello escuálido y lamentable que habíamos recibido unas semanas antes. No pude evitar reírme de su reacción y sentí que empezaba a relajarme de nuevo.

—Estos son otros pájaros —dijo con franqueza—. Solo puede ser

eso. Es imposible que sean los mismos.

—Claro que lo son —le dije, riéndome al ver su expresión estupefacta—. Esto demuestra lo que se puede conseguir con unas semanas de vida limpia, ¿verdad?

—Supongo que sí —respondió riendo—. Aunque nunca lo hubiera creído si no lo hubiese visto con mis propios ojos.

—Y, en realidad, no son solo las gallinas —dije, mientras añadía los huevos perfectamente lisos a la cesta—. Todos los que vienen aquí tienen mejor aspecto y se sienten mejor, gracias a ti.

—Excepto Heather. —Frunció el ceño.

Qué espantosamente observador era. Esperaba que no se hubiera dado cuenta del tonto bailecito de felicidad que había hecho al descubrir su coche en el camino.

—Parece un poco desmejorada. ¿Está bien?

—Floreciendo —dije, y luego me apresuré a seguir por si sumaba dos más dos—. Me preguntaba si tendrías tiempo para charlar mañana —le pregunté, sin estar preparada siquiera—. ¿Después de la fiesta quizá?

—Puedo hablar ahora si quieres —dijo, mirándome con sus preciosos ojos marrones—. ¿O quizá esta noche? Podríamos volver a pedir comida para llevar. Aún no he probado la pizzería.

—Será mejor mañana. —Tragué saliva.

Me sonrojé al pensar que pasaríamos otra noche juntos, pero quería un poco más de tiempo para pensar detenidamente cómo sería. Necesitaba hablar con Charlie y luego decidir si le iba a contar a Luke lo que había estado tramando antes de revelar lo que John había sacado de mi armario clandestino.

—De acuerdo —asintió—. Pero debo disculparme de antemano si no soy la mejor compañía.

Estaba a punto de preguntarle por qué decía eso cuando Tamsin bramó desde la puerta del jardín que tenía una llamada en casa.

El Domingo de Resurrección fue soleado y cálido, casi inusualmente cálido para finales de marzo, aunque ninguno nos quejamos. La fiesta habría sido un fracaso total si el tiempo no hubiera acompañado, pero el sol de principios de primavera permitió colgar los banderines con total seguridad y los vestidos de algodón se impusieron a las sudaderas y los vaqueros, al menos para las chicas.

Lisa, Heather y yo fuimos las primeras en llegar al jardín y nos pusimos a esconder huevos de todas las formas, colores y tamaños para que los niños los encontraran. Mi preocupación inicial de que Tamsin y los mellizos de Rob fueran demasiado mayores para disfrutar

de ese tipo de cosas se olvidó pronto cuando Carole repartió los cubos con motivos de corderos que Lisa había comprado en la tienda y comenzó la competición por encontrar el mayor número de huevos.

—Bueno —dijo una señora grande y alegre que llegó a última hora de la mañana cargada con bolsas repletas de chocolatinas y un caballero igual de alegre que la seguía—. ¡Qué bonito es todo esto!

—¡Abuela! —chillaron los hijos mayores de Lisa y John corriendo hacia ellos, Archie en brazos de Tamsin, para saludar a los padres de John.

No fueron los únicos invitados que visitaron la fiesta ese día. Tanto los padres de Glen como los de Heather hicieron acto de presencia, al igual que Poppy y algunos amigos de Mark y Neil, junto con un amigo de Harold del grupo con el que almorzaba. Los dos ancianos se apoderaron de una mesa y disfrutaron de una animada partida de cartas, jugándose sus fortunas en peniques que habían guardado en viejos tarros de café.

Tenía más que suficiente en la cabeza mientras representaba mentalmente mi velada con Luke, y me sentía más aliviada que culpable por haber pedido a mi familia de Wynbridge que no vinieran. La Pascua siempre era una época ajetreada para Jemma y Tom y, según las llamadas telefónicas con papá, dejar que mamá reflexionara sobre sus acciones en Navidad durante tanto tiempo no le estaba haciendo ningún daño.

—¿Te diviertes? —preguntó Luke, cuando por fin hizo acto de presencia justo antes de que dispusiéramos las mesas para el almuerzo.

—Casi había renunciado a ti —sonreí—. Íbamos a mandar a los chicos para que te sacaran de ahí.

—Os he estado observando a todos desde la casa —explicó—. No me he dado cuenta de que la mañana casi había pasado hasta que he mirado el reloj.

—¿Por qué estabas mirando desde dentro? —pregunté—. La fiesta no puede empezar hasta que nuestro anfitrión la inaugure oficialmente.

—No sé yo —dijo con cara de recelo—, y además puede que hoy no sea la compañía más alegre.

—¿Va todo bien? —pregunté, recordando que lo había dejado caer el día anterior.

No tuvo ocasión de contestar antes de que Lisa lo arrastrara a reunirse con su suegra, Beryl, que se puso muy rara cuando él le dedicó una de sus impresionantes sonrisas y le dio las gracias por haber venido. Hizo falta un vaso, medio del cóctel primaveral de John

y sentarse para que su tez volviera a ser algo menos alarmante.

—Voy a encender la barbacoa en un minuto —la voz de John retumbó por encima de la de todos los demás—, pero, antes de que todos nos pongamos a disfrutar de este fabuloso festín, creo que es justo que Luke diga unas palabras y todos alcemos una copa para darle las gracias por habernos dado a los residentes de Nightingale Square una parte de este fabuloso jardín.

—¡Eso, eso! —coincidieron todos en medio de un aluvión de vítores y silbidos.

—El año pasado por estas fechas —continuó John, expresando elocuentemente lo que todos sentían—, nuestras ambiciones se limitaban a lo que podríamos conseguir si alguna vez nos dieran permiso para utilizar el trozo de hierba que había frente a nuestras puertas, pero, gracias a la generosidad de este hombre, ahora tenemos un auténtico huerto comunitario del que sentirnos orgullosos, y espero que los próximos seis meses sean tan fructíferos y generosos como los dos primeros. Por Luke —terminó, levantando una copa y sonriendo ampliamente.

—Por Luke —coreamos los demás, uniéndonos al brindis.

Luke negó con la cabeza y puso cara de vergüenza. Cambió el peso de un pie al otro y carraspeó antes de mirar al grupo de vecinos que, en su mayor parte, había convertido en un grupo de auténticos amigos.

—La verdad es que no sé qué decir —empezó, luego se detuvo y respiró hondo.

Aún me costaba creer que el tipo que brillaba en las páginas de los múltiples anuncios de revistas que Lisa me había puesto delante de las narices pudiera ser tan reservado y modesto. Su postura actual y su tartamudeo distaban mucho de las poses apasionadas que adoptaba cuando vendía loción para después del afeitado y marcas de diseño. Sentí que se le salía el corazón mientras luchaba por encontrar las palabras adecuadas para la ocasión.

—Cuando perdí a mi padre…

El inesperado comienzo me sacó de mi trance.

—Hoy hace dos años…

Todo el mundo contuvo el aliento y escuchó con más atención aún. Esa era sin duda la razón por la que había dicho que podría no ser buena compañía y se había quedado en la casa esta mañana. Ojalá hubiera dicho algo antes. Podríamos haber organizado la fiesta otro día. Sentarse al sol con nosotros era probablemente lo último que le apetecía hacer.

—Cuando perdí a mi padre —continuó— y decidí retomar su

obsesión por rastrear nuestro árbol genealógico, no tenía ni idea de que me traería hasta aquí ni de que me daría la oportunidad de transformar la vida de otras personas. Egoístamente supuse que el ejercicio consistiría en que por fin lograría hacer algo que lo hiciera sentirse orgulloso.

—Y estaría orgulloso de ti, muchacho —interrumpió Harold—. Y no olvides que ahora somos tu familia, y no podríamos estar más honrados de tenerte en el redil.

—Gracias, Harold —asintió Luke en su dirección.

Me pregunté si estaba aludiendo a cómo se sentía respecto a la vida que había llevado antes y que su padre desaprobaba. ¿Acaso había estado pensando en eso durante su «retiro»?

—Pero lo que intento decir —continuó—, incoherentemente, lo sé, es que ni por un segundo imaginé todo esto. —Miró a su alrededor, al hermoso espacio que habíamos conseguido crear en casi nada de tiempo—. Esto demuestra que lo que Charles Wentworth tenía en mente para esta zona de la ciudad sigue siendo tan relevante hoy como lo era cuando estaba construyendo su imperio filantrópico. Las cosas salen mejor cuando se hacen juntos —sonrió—, y espero que sigamos trabajando juntos todo el tiempo que estemos destinados a estar aquí.

—Brindaré por ello —respondió Glen, tendiéndole una copa a Luke cuando se dio cuenta de que era el único de los presentes que no tenía una.

—Muchas gracias a todos —asintió Luke, sosteniendo su copa en alto—, por acogerme en casa y ayudarme a enamorarme.

—Salud —coreamos de nuevo.

Sentí que el corazón me retumbaba en el pecho cuando los ojos de Luke se cruzaron con los míos y me permití preguntarme brevemente si estaría hablando de algo más que de ladrillos y cemento.

—Ahora, por favor —prosiguió—, disfrutad del resto de este día tan especial, y si alguien que aún no la haya visto quiere acompañarme a dar una vuelta por la casa después de que hayamos devorado esta deliciosa comida, estaré encantado de enseñársela.

—Gracias por ayudarme a enamorarme —me susurró Lisa al oído, mientras alisábamos los manteles de papel con estampado de lunares y colocábamos la vajilla y la cubertería desparejadas, junto con las galletas y los vasos de Pascua—. ¿Qué crees que quería decir con eso?

—Mira a tu alrededor, Lisa —dije con firmeza, negándome a mostrar cualquier signo de debilidad bajo su escrutinio—. No puedes mirar esto y decirme que no te has enamorado al menos un poco de ello tú también.

La escena era idílica. Carole colocaba las macetas de flores primaverales que había preparado a lo largo de la mesa, y el embriagador y dulce aroma de los jacintos, combinado con las hierbas de la barbacoa, lo convirtió en un día de ensueño. Si esto era un anticipo del verano que se avecinaba, entonces nos esperaba una gran sorpresa.

—¿Quién no se dejaría seducir por un escenario, en pleno centro de la ciudad, como este?

—Sabes muy bien que no quería decir eso, Kate.

Se trataba de Heather, y apenas podía creer lo que oía. Normalmente, cuando Lisa se ponía a despotricar, ella y yo nos apoyábamos. Decíamos lo que la otra necesitaba que se dijese ante semejante andanada, pero en esta ocasión no tuve suerte. La miré y fruncí el ceño.

—Bueno, lo siento —dijo—, pero es obvio, ¿no? Luke se está enamorando de ti, Kate.

Abrí la boca para contradecirla, pero no me dio oportunidad.

—Puede que aún no te lo haya dicho —dijo ella con decisión—, puede que ni siquiera lo sepa todavía, pero es así. Por eso se fue de retiro «para reflexionar».

Sonaba tan petulante como si hubiera descubierto la última pista de un asesinato misterioso.

—Y puedes olvidarte de esa maldita mierda del único amor verdadero —intervino Lisa, dándole su propio toque sutil y único a la conversación—. La vida es desordenada y confusa y, a veces, lo que al principio podía parecer la relación perfecta puede resultar no ser más que un elaborado ensayo general.

—Tiene razón —dijo Heather—. Es una bocazas, pero tiene razón.

—Eh. —Lisa hizo un mohín—. Sé lo que quiero decir.

—Sé lo que quieres decir —le dije—, pero no me lo creo.

Cuando nos saciamos y recogimos las mesas, el sol se ponía y el calor de las viejas paredes empezaba a menguar. Harold y su compañero, el tiburón tahúr, ya habían regresado a la plaza, al igual que Heather y Glen con Evie y sus padres.

—Creo que nos vamos a casa —dijo Rob, poniéndose el jersey—. Los niños se van a quedar con su madre unos días la semana que viene y no quiero que estén demasiado cansados cuando venga a recogerlos por la mañana. No veo por qué debo ser el único padre sometido a su interminable energía y comportamiento salvaje.

Me había dicho antes —sin que Carole lo oyera, por supuesto— que planeaba pasar un buen rato con Sarah y que tenía que dar los

últimos toques al plan.

—Nosotros nos vamos también —dijo John. Sus padres se habían ido y él tenía a Molly en brazos, con el pulgar en la boca y los párpados pesados.

—Estáis todos invitados a venir a nuestra casa, amigos. —Lisa bostezó mientras levantaba a Archie—. Eso si os apetece uniros a nosotros para una partida familiar y no competitiva de Monopoly.

—Oye —dijo John—, nadie me dijo nada de que fuera no competitiva.

—Estaríamos dispuestos a ello, ¿verdad, Mark? —dijo Neil.

Me encantó ver a Neil meterse en el ambiente. Mark me había dicho antes que su amado estaba pensando seriamente en cambiar de profesión o incluso en crear su propia empresa. Los planes de Prosperous Place habían sellado el acuerdo a la hora de decidir que no quería seguir participando en proyectos absurdos que, en última instancia, no beneficiaban más que al bolsillo de los gestores del proyecto.

—Desde luego —asintió Mark—. Voy a casa a por unas cervezas y nos vemos.

Graham y Carole se encargaron de cerrar la cabaña y encerrar a las gallinas, lo que nos dejó a Luke y a mí organizando el resto de la velada.

—Ven conmigo —insistió—, y tendremos esa charla y una visita en condiciones por toda la casa.

Había pensado posponerlo, ya que era el aniversario de la muerte de su padre, pero cambié de idea ahora que me lo había vuelto a proponer.

—Le encantaría —intervino Lisa—. Está desesperada por explorar todos tus recovecos.

—De acuerdo. —Tragué saliva, dándole la espalda y achacando mis repentinos nervios a la revelación del contenido del armario más que a otra cosa—. Siempre y cuando estés seguro de que quieres compañía.

—Te quiere a ti —susurró Lisa, dándome un fuerte codazo en las costillas.

# Capítulo 23

—Sé que Lisa estaba haciendo el tonto —dijo Luke una vez que estuvimos solos.

Sentí que me ardía la cara al pensar que había captado la esencia de su insinuación infantil, pero por suerte no pareció darse cuenta.

—Pero, como ya has visto los rincones menos impresionantes, como decía ella, en nuestra búsqueda del retrato —continuó inocentemente—, apreciaría el beneficio de tu ojo experto sobre un par de las otras áreas y habitaciones.

—De acuerdo —asentí—, tengo que admitir que estaba deseando echar un vistazo en condiciones, pero no iba a decirlo delante de ella, por supuesto. Gracias, Luke.

Me alivió descubrir que, al menos en lo que respecta a las características arquitectónicas y los adornos, no había cambiado mucho desde que Charles Wentworth supervisó la construcción de la casa. La decoración original y la mayor parte del mobiliario hacía tiempo que habían desaparecido, pero era de esperar. Sin embargo, los elaborados rosetones y cornisas del techo seguían en su sitio, al igual que las grandes chimeneas y los paneles.

—¿Qué te parece? —preguntó Luke cuando terminamos de explorar la planta baja y subimos las escaleras para ver las habitaciones.

Le eché un rápido vistazo y descubrí que un profundo ceño fruncido estropeaba su frente habitualmente lisa. Estaba preocupado, muy preocupado. Yo sabía que la casa significaba mucho para él, pero hasta ese momento creo que no me había dado cuenta de hasta qué punto. Su discurso anterior me había dado algunas indicaciones, junto con algunas de las cosas que me había dicho en privado, pero la expresión de su rostro me hizo comprender que Prosperous Place lo era todo para él.

—Creo que deberías dejar de fruncir el ceño —le dije con lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizadora—. Las cosas que de verdad importan se han conservado perfectamente. No vas a tener demasiados problemas para devolverle su esplendor original. No con un lienzo tan bien y originalmente embellecido como este.

—¿De verdad? —preguntó, deteniéndose en el escalón por debajo de mí.

—De verdad —le dije, mirándolo a la cara.

Las arrugas que se habían grabado en su frente desaparecieron con rapidez y sus hombros volvieron a estar más o menos donde deberían haber estado.

—Gracias, Kate —sonrió—. No sabes cuánto me alivia oírte decir eso. No puedo evitar pensar que he caído de pie al tener a alguien con tu ojo y tus conocimientos viviendo prácticamente al lado.

—Bueno, como ya te he dicho mil veces, puedes llamarme siempre que lo necesites —dije, y lo decía de verdad.

Sé que me había trasladado a Nightingale Square con el objetivo de tomarme un descanso, pero no tenía intención de dejar escapar un proyecto de proporciones tan magníficas como ese.

—Te tomo la palabra —dijo Luke, tendiéndome la mano para que se la estrechara.

—Bien. —Tragué, deslizando mi mano caliente en la suya, mucho más fría—. Me decepcionaría si no lo hicieras.

—Vamos —dijo, apretando con fuerza y enviando un pulso eléctrico desde la punta de mis dedos hasta algún lugar profundo de mi vientre, pero sin soltarme—. Probablemente debería habértelo enseñado antes, pero ven a ver dónde creo que estaba colgado el retrato de Edward.

—Me alegro de que lo menciones —dije, poniéndome a su altura e intentando relajar los dedos que aún tenía agarrados—, porque es de él de quien quería hablarte esta noche.

—Y yo que esperaba que estuvieras aquí solo por mi brillante conversación —sonrió Luke, pero empleando un tono que sugería que no estaba bromeando en absoluto.

Mirando la chimenea de lo que originalmente había sido el dormitorio principal, y pensando en las fotografías de Harold, estaba segura de que Luke tenía razón. Este parecía ser el lugar donde se habían expuesto los retratos familiares más pequeños. Supuse que debían formar parte de una colección más íntima que Charles y su esposa guardaban aparte de los cuadros más grandes que habían dominado las habitaciones de abajo.

Solo llevábamos unos segundos en la estancia cuando Luke inspiró hondo y, por suerte, cambió de tema.

—¿Hueles eso? —preguntó, olfateando el aire.

—Sí —dije—. Bueno, creo que sí. Definitivamente acabo de oler algo, pero ¿qué es?

—Supongo que humo de pipa —dijo sonriendo.

—¿Humo de pipa?

—Sí —asintió—. Cada vez que vengo y miro este lugar, lo huelo. Ocurre desde el día en que llegué.

—Pero ¿de dónde viene? —pregunté, mirando a mi alrededor en busca de la posible fuente—. No creerás que el lugar está embrujado, ¿verdad?

—Creo que podría ser —me dijo Luke. Me perturbó un poco que sonara tan serio—. Tengo la sensación de que hay algún tipo de presencia en esta habitación por lo menos.

No estaba segura de creer en fantasmas, pero el olor era real y cada vez más fuerte.

—Charles Wentworth fumaba en pipa —explicó.

—¿Sí? —pregunté, acercándome a la ventana e intentando no mostrar que estaba asustada.

Puede que me intrigara el hombre que había construido mi casa, pero no necesitaba una aparición fantasmal para sellar mi interés.

Fuera ya estaba oscuro, pero sabía que esta ventana daba al jardín y a los prados principales. Me recorrió un pequeño escalofrío cuando me di cuenta de que era más que probable que hubiera una vista clara del árbol bajo el cual la breve vida de Edward tuvo un final abrupto y violento. Cerré los ojos y di la espalda al espectáculo con el escalofrío recorriéndome ahora la espalda. No quería ver ese árbol ni imaginar la escena que había ocurrido bajo él. Eso me asustaba más que la idea de que el fantasma del señor Wentworth apareciera de repente.

—¿Seguimos? —sugirió Luke—. Tengo muchas ganas de oír qué es lo que quieres decirme ahora.

Me alivió que el resto de la casa fuera tal y como esperaba, y, poco después, nos encontramos de nuevo en las antiguas dependencias del personal, donde Luke vivía en ese momento. Las condiciones, gracias a la reconexión del suministro eléctrico, eran un poco más lujosas que las que habíamos soportado los residentes de Nightingale Square el catorce de febrero.

—Voy a ver cómo están Violet y Dash —dijo Luke—. ¿Puedo ofrecerte algo de beber?, ¿té, café, algo frío?

—Algo frío estaría bien —dije—. Parece que la barbacoa de esta tarde me ha dado sed.

—Pues algo frío para ti —sonrió, dirigiéndose a la cocina—. Culpo a ese adobo picante que John ha echado en las costillas.

—Tienes razón —respondí—. ¿Intento encender el fuego mientras tanto?

Luke se volvió hacia mí y se echó a reír.

—Ya lo has hecho —me dijo.

Nuestras miradas se cruzaron un instante y volví a recordar lo que había dicho al final de su discurso, junto con lo que tanto Lisa como Heather habían insinuado después. Más que insinuado, de hecho.

—Las cerillas están en la repisa de la chimenea —dijo, dejándolo estar al fin—. No tardaré.

El fuego crepitaba cuando regresó con una botella de champán frío y dos copas en una bandeja, junto con algunas sobras del almuerzo.

—¿Qué celebramos? —le pregunté, mientras envolvía el cuello de la botella con una servilleta y sacaba el corcho con destreza.

—Aún no estoy seguro —dijo—, eso depende de lo que tengas que decirme.

Mientras lo veía llenar las copas y meterse una aceituna en la boca, deseé tener noticias más emocionantes que «Charlie se ha quedado en blanco». Esperaba que no se sintiera demasiado abatido por el hecho de que mis esfuerzos hasta el momento no nos hubieran acercado a la pista del retrato.

Tal vez las cosas que John había descubierto en el armario secreto podrían ayudarnos a avanzar. Había sido difícil, una vez que me di cuenta de lo que eran, no sentarme a revisarlos por mi cuenta, pero cruzaba los dedos para que demostraran que la espera había merecido la pena.

—Bueno —dije cuando ya habíamos levantado nuestras copas y yo había dado un largo trago lleno de burbujas—. Como te mencionaba antes, se trata del retrato desaparecido de Edward.

—Vale —asintió Luke, con el ceño fruncido.

Me miraba tan fijamente que tuve que apartar la mirada. Tomé otro trago de champán, mucho más grande esta vez.

—Como sabes —le recordé, con las burbujas haciéndome cosquillas en la nariz—, tengo contactos en el campo de las antigüedades que podrían resultar útiles a la hora de localizarlo.

—Contactos con los que tú, comprensiblemente, dijiste que no querías tener nada que ver porque estaban relacionados con tu exmarido.

—Eso es —dije, intentando quitarle importancia a lo que había dicho la tarde en que le expliqué por qué no me había ofrecido a ayudarlo antes—. Contactos que podrían llevarme de vuelta a David, pero por suerte, al menos hasta ahora, no lo han hecho.

—No lo entiendo —dijo Luke, negando con la cabeza—. ¿Qué es lo que estás tratando de decirme, Kate?

—Bueno, es el misterio del retrato desaparecido —dije con rapidez, antes de beber aún más champán—, su atractivo resultó ser demasiado al final, y por eso llamé a mi viejo amigo, Charlie.

Luke volvió a negar con la cabeza, esta vez con más vehemencia.

—No tenías por qué hacer eso, Kate.

—Lo sé —dije—, pero, después de que me explicaras lo mucho que significaba para ti y para este lugar —añadí apresuradamente para asegurarme de que supiera que ponía los intereses de Prosperous Place en primer lugar, no los suyos—, era en lo único que podía pensar, y por eso hice lo único que creí que podía hacer para ayudar. Charlie es el mejor en el negocio —continué—, y me ha jurado guardar el secreto. Prometió no mencionarle nada de esto a David y ha estado tanteando el terreno con la esperanza de encontrar el retrato, o al menos hacerse una idea o dos de dónde podría estar.

Luke le dio vueltas a la cabeza durante un momento.

—No puedo creer que hicieras eso por mí —dijo—. No después de que me dijeras que no deseabas en absoluto volver a tener contacto con tu ex ni con nadie relacionado con él.

—Bueno —dije, vaciando por fin mi copa—. No he tenido contacto con *él* y lo hice por la casa, en realidad. Y, como he dicho, Charlie ha prometido que David no se enterará. Todavía no tiene ni idea de dónde vivo y tengo toda la intención de que siga así.

Me conmovió bastante que Luke hubiera tenido en cuenta mis sentimientos y el riesgo que había corrido al ponerlos en peligro, en lugar de preguntar directamente si Charlie había conseguido localizar el retrato, pero eso era prueba de la clase de tipo que era.

—Ojalá tuviera algo más positivo que contarte —le dije, mientras rellenaba nuestras copas—, pero me temo que Charlie se ha quedado en blanco. Ha buscado por todas partes, ha enviado correos electrónicos a casi todos los profesionales del sector, así como a las mejores casas de subastas del país y del extranjero, pero no ha recibido ninguna respuesta esclarecedora. No ha habido ni una sola pista de dónde ha desaparecido el retrato.

—Ya veo —asintió Luke, girando el delicado tallo de su copa entre las manos—. ¿Qué crees que significa eso?

—Bueno —continué—, Charlie está seguro de que el cuadro debe seguir aquí, en algún lugar. Está convencido de que no puede haber sido vendido, ni a través de canales oficiales ni de ninguna de las grandes casas que normalmente se esperaría que estuvieran involucradas.

Luke negó con la cabeza.

—Pero entre los dos hemos puesto el lugar del revés —suspiró—. Estoy seguro de que no está aquí.

—Lo sé —dije, dejando la copa, y cogí la bolsa que llevaba cargando todo el día—. Por eso espero que haya algo entre todo esto que nos guíe en la dirección correcta.

—¿Qué tienes ahí?

—Sobre todo cartas —dije, destapando una lata y luego la otra—. Estaban escondidas en un armario secreto junto a la chimenea de mi dormitorio. Por lo que parece, todas son bastante viejas y el papel es frágil, así que debemos tener cuidado, pero estoy segura de que tendrán alguna relación con la situación.

—Vaya —contuvo el aliento mientras echaba un vistazo a las latas y cogía un par de gafas de lectura de montura oscura que yo no había visto en la mesa detrás de él.

Se las puso y no pude quitarle los ojos de encima. En menos tiempo del que tardó mi corazón en latir, había pasado de modelo masculino a estudiante modelo. Tenía toda la pinta de merecer la codiciada foto de portada del calendario de «tíos buenos leyendo». Agradecí que los gatitos estuvieran relegados a la cocina porque, si uno de ellos hubiera saltado sobre su regazo, no creo que hubiera podido controlarme ante un cuadro tan *sexy*. ¿Qué demonios me pasaba?

—¿Qué? —parpadeó cuando me sorprendió mirándolo.

—Nada —balbuceé con la cara colorada mientras me obligaba a apartar la mirada.

—¿Son las gafas? —preguntó—. Son bastante viejas. Tengo que comprarme una montura nueva.

—No —grazné—, no las cambies. Te sientan bien.

—No sabía que te gustaban los tipos raros —bromeó, mirándome por encima de las lentes.

—En realidad, no me va ningún tipo —le dije, intentando parecer remilgada, pero sin conseguirlo.

Estaba a punto de preguntarle qué estudiaba cuando acumuló sus deudas estudiantiles antes de su época de modelo, pero me mordí la pregunta y volví a centrar mi atención en las cartas.

Resultaron ser incluso más antiguas de lo que yo había supuesto en un principio y relataban, entre otras cosas, la malograda relación amorosa entre Abigail y Edward, y la relación entre su familia y los Wentworth hasta más o menos la época en que Doris debía ser una niña.

Varios de los sobres que le habían enviado a Charles habían sido devueltos sin abrir, y supuse que la conmoción por la pérdida de su hijo lo había llevado a cortar por completo toda comunicación privada con cualquier miembro de la familia de Abigail. No hubo mención por ninguna de las partes al niño, antepasado de Luke, al que Abigail había dado a luz.

—Supongo que esto demuestra el gran hombre que fue Charles Wentworth, ¿verdad? —dijo Luke con voz ronca, mientras lo

examinábamos todo—. Apuesto a que cualquier otro en su posición les habría quitado la casa y deportado a toda la familia en un santiamén, ¿no?

—Sí —dije, volviendo a meter una de las cartas en su sobre—, probablemente tengas razón. El hecho de que no actuara por despecho, o de otra manera, nos muestra su talla.

No debió ser fácil para él saber que la familia de la chica que le había costado su hijo vivía prácticamente en la puerta de su casa, pero ellos, en cierto modo, también habían perdido a su hija. Si Abigail y Edward hubieran nacido un siglo más tarde, su historia habría tenido muchas más posibilidades de tener un final feliz.

—Esta carta de la mujer de Charles, Rose... —dije, cogiéndola de nuevo.

—¿Qué pasa con ella?

Era la única que habíamos encontrado escrita con su letra suavemente inclinada.

—Por lo que sé, es la única que nos sirve en nuestra búsqueda del retrato perdido.

—¿Sí? —preguntó Luke—. No veo cómo.

—Menciona brevemente algunas cosas que se enviaron a la madre de Abigail —musité, pasando los dedos sobre el papel—, lo que me hace preguntarme si existe la posibilidad de que Rose supiera que había un bebé, aunque Charles no lo supiera. Tal vez envió cosas que habían pertenecido a Edward a la familia de Abigail con la esperanza de que el niño llegara a saber algún día quién era su padre.

—Puede que tengas razón —dijo Luke, pensativo—. Por las notas que papá dejó y las cosas que me dijo que había descubierto de nuestra parte, estoy seguro de que, antes de morir, Abigail le había dicho a su hijo quién era su padre, aunque no tuviera pruebas para demostrarlo. De hecho, fue esa conexión con la familia de Abigail, más al sur, la que puso a papá sobre la pista de Norfolk.

Fue una pena que nunca tuviera la oportunidad de llegar a su conclusión, pero no creí necesario señalarlo. Luke sin duda ya lo pensaba.

—Ahí lo tienes —dije en su lugar—. Tal vez Rose quería que la familia de Abigail tuviera una prueba física de que el niño era un Wentworth porque se dio cuenta de que la única manera de que la herencia de su marido perdurara sería dejando algo incontrovertible que asegurara la continuidad del legado. Su otro hijo había demostrado ser menos que capaz de seguir los pasos de su padre, así que tal vez pensó que esta era la única manera de dar al imperio Wentworth alguna posibilidad de sobrevivir.

—Pero no funcionó, ¿verdad? —dijo Luke—. La prueba que Rose pudo haber intentado transmitir no llegó ni a Abigail ni a su chico. La fábrica y las casas desaparecieron y este lugar al final se vendió sin que hubiera ni siquiera un indicio de otro heredero. El hijo de Edward nunca dio un paso al frente para reclamar el título porque nunca tuvo pruebas para hacerlo, a pesar de que conocía por boca de su propia madre el origen de la sangre que corría por sus venas.

—Tienes razón —fruncí el ceño—. Y no era como si pudieras ir a algún sitio y pedir una prueba de ADN en aquellos días.

Al hijo de Edward nunca le habían proporcionado las pruebas que confirmaran que era un descendiente Wentworth y por eso la conexión no se había establecido hasta que el padre de Luke había aprovechado la tecnología moderna y los registros genealógicos y la había encontrado. Nos sentamos en silencio durante unos segundos escuchando el crepitar de los troncos en la rejilla.

—Pero no creo que Rose hubiera regalado ese retrato. —Luke suspiró, anulando por completo mi teoría—. Y sabemos que aún estaba en la casa cuando se tomaron las fotografías de Harold.

—Ah, sí —dije. Lo había olvidado—. Por supuesto.

Bebí otro trago de champán y empecé a sentirme completamente desinflada a pesar de los valientes esfuerzos de la efervescencia. Esperaba que el alijo secreto de cartas hubiera proporcionado a Luke algunas respuestas decentes y sólidas, pero en realidad lo único que había hecho era crear más preguntas.

—Lo siento mucho —dije, hundiéndome de nuevo en los cojines.

—¿Por qué?

—Por todo esto —dije, señalando los montones de papeles—. Quería ayudar, pero lo único que he hecho es generar más confusión.

—Claro que no —discrepó Luke—. En todo caso, nos ha dado una nueva pista. Quizá el retrato perteneciera a la propia Doris o a uno de sus antepasados más recientes. Se debió tomar desde Prosperous Place después de que se hicieran esas fotos. Solo tenemos que seguir buscando el siguiente eslabón, uno que no se desvíe tanto.

—Supongo —dije, arrugando la nariz.

—Después de todo —continuó Luke, dándome un codazo en la rodilla—, la familia de Doris, que era mi familia, vivió en tu casa hasta que llegaste tú, así que, por lo que sabemos, las cosas podrían haberse encaminado en esa dirección mucho antes de lo que pensamos. ¿Quién dice que la conexión con la casa terminó cuando los Wentworth se fueron de aquí?

—Tal vez —dije, rascándome la cabeza.

Sabía que intentaba hacerme sentir mejor, pero no funcionaba.

Estaba segura de que no quedaba nada por descubrir en el número cuatro y todo empezaba a parecer otro final feliz destinado a quedarse sin resolver.

—Y, de todos modos —dijo, cogiendo mi mano, y acarició el dorso de la misma—, en lo que a mí respecta, lo que hemos descubierto esta noche viene a demostrar algo mucho más importante que dónde ha desaparecido ese bendito retrato.

—Ah, ¿sí? —Tragué saliva.

Seguía acariciándome la mano, y la piel del brazo se me puso de gallina. Volví a sentarme erguida al captar el cambio en su expresión.

—Sí —dijo, inclinándose más cerca, sin apartar sus ojos de los míos y mezclando su suave aliento con el mío—. Así es.

—¿Y qué es? —susurré, mi cabeza dando vueltas como resultado de algo más que las burbujas.

—Esto demuestra que los hombres de Prosperous Place no tienen ningún poder para evitar enamorarse de las hermosas mujeres que viven en el número cuatro de Nightingale Square.

—No sé a qué te refieres —dije, obligándome a apartarme un poco.

No esperaba que dijera algo tan monumental como eso.

—Lo que quiero decir —exhaló Luke, mientras se quitaba las gafas y las volvía a dejar sobre la mesa— es que me he enamorado de ti, Kate. Que por fin puedo entender a qué se refería mi padre con todo este asunto del único y verdadero amor.

Negué con la cabeza, pero ninguno de los dos se movió. Ya había sido el presunto deseo del corazón de alguien y no me quedaba amor para compartir con nadie más. Seguramente Luke se había equivocado, pero la mirada de sus ojos sugería que pensaba lo contrario.

Me había pasado tanto tiempo llorando a mi propio amor único en la vida que no había visto las señales de las que se burlaban mis amigas, ni había tenido en cuenta la posibilidad de que yo pudiera convertirme en el amor de otra persona.

—No creo… —tartamudeé.

—Bien —interrumpió Luke, acercando su cuerpo—. Porque últimamente ya he hecho bastante por los dos y esta noche quiero que te olvides de pensar, de la lógica y de hacer preguntas.

Dejó las copas de champán en el suelo, me levantó la barbilla y rozó suavemente sus labios con los míos. Mi cabeza me decía que no debería «sentir» nada más que el deseo de largarme de allí, pero mi corazón y algún lugar mucho más al sur me obligaban a seguir, implorándome que abrazara los sentimientos físicos tan reales que se

abrían paso con determinación hacia la superficie y golpeaban el dique defensivo que había construido durante los últimos meses.

Se diera cuenta o no, Luke estaba devolviendo la vida a mi cuerpo, aunque fuera a costa de su corazón.

—Te deseo, Kate —murmuró, pasándome las manos por los brazos, a lo largo de los muslos y bajo el dobladillo del vestido—, te deseo de una forma que nunca he deseado a ninguna otra mujer en toda mi vida. Y no solo por ahora y por esto, sino para siempre.

Me sentía exultante por ser deseada, y mi cabeza nadaba entre retazos de conversaciones que había tenido con Lisa y Heather sobre el amor y las segundas oportunidades. Jadeé de placer cuando Luke empezó a explorar a conciencia cada centímetro de mi cuerpo tembloroso.

—Yo también te deseo —le susurré, arqueándome hacia él.

Se me entrecortó la respiración cuando, con un rápido movimiento, se arrodilló frente a mí y yo le rodeé la cintura con las piernas. Sus dedos juguetearon con los botones de mi vestido y, por un breve instante, nuestras miradas se cruzaron. Luego, mis manos estaban en su pelo y él bajaba la cabeza, colmándome de tiernos besos en lugares que casi había olvidado que existían.

No recuerdo cuánto tiempo pasamos envueltos el uno en el otro, pero después mis emociones se sintieron tan revueltas como mi pelo. Las palabras de Luke sobre enamorarse de mí, y cómo a través de mí por fin empezaba a entender la visión que su padre tenía del amor, deberían haberme detenido, pero en lugar de eso me habían impulsado a seguir adelante. Me habían halagado y seducido, y no todo se debía a un par de gafas sexis.

Tal vez fuera el champán, o el ambiente y el romanticismo de la chimenea, quién sabe, pero ni en mis sueños más salvajes habría imaginado que volvería a entregarme a otro hombre, sobre todo con tanto entusiasmo. Mi primer novio en la universidad y David formaban la breve lista de hombres con los que me había acostado, pero ninguno me había ofrecido ni la mitad del placer que había experimentado con Luke.

Me moví un poco en su abrazo mientras me preguntaba incómoda si me había aprovechado de él y de los intensos sentimientos que creía albergar por mí.

—¿Estás bien? —me preguntó, antes de besarme la coronilla, mientras seguíamos entrelazados.

—Sí —susurré—. ¿Y tú?

—Por supuesto —dijo, acurrucándose más—, aunque no pretendía

que las cosas llegaran tan lejos.

Me endurecí un poco en su abrazo, esperando que no se estuviera arrepintiendo ya. Aunque me sentía culpable por mi incapacidad para entregarle mi corazón, eso no alteraba el hecho de que acababa de experimentar el sexo más emocionante que jamás había tenido.

—¿No? —pregunté.

—No —dijo—. Lo tenía todo planificado en mi cabeza.

—¿Planificado? —Inspiré.

—Sí —me dijo—. Iba a cortejarte.

—Cortejarme —me reí.

—No te burles —dijo con seriedad—. Me fui antes de Pascua para pensar en todo esto. Nunca me había sentido así, Kate, y el plan que se me ocurrió fue cortejarte y luego seducirte.

—Quizá ahora tengas que hacerlo al revés —le dije, mirándolo y preguntándome si habría alguna forma de darle una patada al cuento de hadas. ¿Era capaz de cambiar o estaba demasiado anclada en mis costumbres o, como había dicho Lisa, me habían lavado el cerebro?—. A menos que, ahora que me has seducido, pienses que no tiene sentido molestarse en cortejarme.

Tal vez sería más fácil fingir que esto no había sucedido.

—No soy ese tipo de persona, ¿sabes? —dije en voz baja.

—Soy muy consciente de ello —sonrió Luke.

—Nunca he hecho algo tan espontáneo como esto en toda mi vida.

Estaba a punto de intentar olvidar lo que me había dicho de que se había enamorado de mí y de pensar cómo podría rechazarlo con delicadeza cuando empezó a hacerme cosquillas, que me obligaron a retorcerme de la risa.

—Bien —dijo, erradicando todo pensamiento sensato y serio—. No me gustaría pensar que esto...

—¿Qué? —jadeé—, ¿no te gustaría pensar que esto qué?

—¿Has oído eso? —dijo, perdiendo su tono seductor mientras miraba hacia la ventana—. Creo que hay alguien afuera.

—¡No! —grité—. ¿Estás seguro? Más le vale no ser Lisa.

—Sube —ordenó, levantándose de un salto, y recogió mi ropa desparramada antes de echármela en los brazos—, yo voy a ver quién es.

Por un segundo me quedé paralizada ante la visión de su espalda bronceada y tonificada, y sus bíceps, por no hablar de su... Pero los golpetazos en la puerta trasera me devolvieron a mis cabales.

—Date prisa —instó—. ¡vete!

Era demasiado tarde. Al parecer, la persona que estaba llamando había descubierto que la puerta de la cocina no estaba cerrada y había

decidido entrar sin más. Sin decir una palabra más, Luke y yo nos pusimos la ropa a toda prisa y alisamos los cojines antes de encender la lámpara de mesa y librar a la habitación de su seductor ambiente con un hábil toque de interruptor.

—¿Hay alguien en casa?

Era la voz de un hombre. Luke me miró, se encogió de hombros y cruzó la habitación en dos zancadas, antes de abrir la puerta de un tirón para enfrentarse al inoportuno intruso. Me di cuenta de que no había tenido tiempo de ponerse los calcetines y me pregunté si quienquiera que se hubiera presentado sin avisar se daría cuenta.

—¡David! —exclamé, conteniendo la respiración.

—Hola, Kate —sonrió.

Sentí que el suelo se balanceaba bajo mis pies cuando una mujer salió de entre las sombras detrás de él. Llevaba de la mano a una niña que no debía tener más de tres o cuatro años.

—Candice —dijo Luke, mirándome por encima del hombro y sonando igual de sorprendido.

—Hola, Luke —dijo, haciendo pasar a la niña hacia delante—. Pensé que te gustaría pasar parte de las vacaciones de Pascua con tu hija este año.

# Capítulo 24

La niña de pelo rizado se abalanzó hacia Luke y él la levantó en brazos mientras ella enterraba la cabeza en su cuello. Se hizo el silencio. Todos nos mirábamos y, por la expresión de asombro de Luke, me di cuenta de que la conmoción que yo sentía por encontrarme cara a cara con David en Prosperous Place, entre todos los lugares del mundo, no distaba mucho del desconcierto absoluto que él sentía.

Volví a mirar a la chica a la que había llamado Candice. Era muy guapa, muy joven y contrastaba totalmente con mi ex, que tenía un aspecto que solo podría describirse como engreído. Al parecer, se sentía más que disgustada al descubrir que el padre de su hija disfrutaba de lo que debía parecer una noche muy acogedora con otra mujer. Sentí una oleada de calor ardiente inundar mi cuerpo al imaginar lo que habrían presenciado si hubieran aparecido solo diez minutos antes.

La palabra surrealista ni siquiera se acercaba a describir la escena, y mi ánimo había pasado de subir como la espuma a hundirse en menos de un suspiro. Era la primera vez que me abría y me permitía sentir algo de verdad, mental o físicamente, desde que el engaño de David había abierto un agujero desgarrador en mi vida, y sin duda iba a ser la última. De repente, me encontré deseando que el trío de intrusos hubiera llegado antes, antes de que yo hubiera dado ese primer trago de champán que me había quitado la ropa y, en consecuencia, me hubiera impedido cometer tan tremendo error.

Por supuesto, Luke me había contado que había llevado una vida que su padre desaprobaba, pero ni por un segundo me había planteado la idea de que esa vida pudiera haber dado como resultado una hija. Menudo comienzo para la pobre pequeña, y encima atada a una madre a la que obviamente no le parecía mal mantenerla fuera de la cama y lejos de casa a altas horas de la noche. Pero ¿de dónde habían salido?

—Habríamos llegado hace horas —resopló Candice, respondiendo a mi pregunta mientras dejaba su bolso de mano en el sofá y cogía otro más grande que había traído David—, pero había obras a las afueras de Londres, así que Jas y yo nos hemos quedado atrapadas en el servicio de autobuses de sustitución durante la mayor parte del trayecto.

—Como yo —se unió David. Lo hizo sonar como si fuera lo más

natural del mundo para él viajar a Norfolk a última hora de un domingo festivo—. Te puedes imaginar la sorpresa que nos hemos llevado al empezar a charlar y darnos cuenta de que no solo íbamos en la misma dirección, ¡sino también al mismo destino!

Candice miró a David y sonrió. Él siempre buscando a la pasajera más guapa con la que entablar conversación.

—Pero al menos así hemos compartido los gastos del taxi —dijo Candice, echándose la suave cortina de pelo oscuro por encima del hombro mientras abría la cremallera del bolso que tenía sobre el sofá.

Puede que fuera joven, pero también iba muy arreglada y era sofisticada. Me pregunté si sería una de las modelos con las que Luke solía trabajar. Debía ser prácticamente una adolescente cuando tuvo a su hija.

—Tienes que dejarme pagar mi mitad, David —insistió ella.

—En absoluto —cortó David, caballeroso, hinchando el pecho; gracias a eso, me di cuenta de que últimamente tenía más barriga que pectorales—. Ni hablar. Ha sido un placer ayudarte a mantener entretenida a la pequeña Jasmine.

Miré a la niña, Jasmine, que seguía en brazos de Luke. Parecía agotada y, por más que lo intentaba, no podía quitarme de la cabeza la imagen de David jugando alegre al veoveo con la pasajera más joven del autobús. En el pasado, antes de la llegada de su muy querido ahijado, siempre se quejaba si había niños viajando en cualquier medio de transporte que utilizara, aunque tuvieran un comportamiento impecable. No se me escapaba la ironía de que ahora se empeñara en demostrarme que podía ser un padre modélico después de haber intentado atraerme de nuevo a la felicidad conyugal con la promesa de un hijo.

—Pero ¿qué haces aquí, David? —exigí.

Me sorprendió que mi voz no se viera afectada en absoluto por los acontecimientos, aunque se me revolvía el estómago, y esperaba despertarme por la mañana para descubrir que este incómodo final del día no había sido en realidad más que una pesadilla. Con suerte, mi verdadero día habría terminado después de la fiesta, cuando me hubiera ido a casa de Lisa y John a jugar al Monopoly con todos los demás.

—¿Quieres decir que este es David, tu marido? —preguntó Luke con incredulidad.

Por fin había encontrado su voz, pero no sonaba como el hombre que me había susurrado al oído palabras dulces y seductoras. Sus ojos se volvieron hacia él y lo miraron de arriba abajo, evaluando cada centímetro.

—Exmarido —me apresuré a corregir.

—Casi exmarido —dijo David, dolido.

Dio un paso adelante y le tendió la mano a Luke para que se la estrechara. Lo cual, para mi disgusto y asombro, hizo.

—Estoy aquí por el retrato desaparecido —dijo David con suavidad.

—Charlie te lo ha dicho —bufé—. No me lo puedo creer.

—No sé por qué no acudiste directamente a mí, Kate —dijo, sacudiendo la cabeza.

El tonto iluso seguía sin entenderlo.

—O al menos pásale mis datos a Luke para que se ponga en contacto conmigo. Sabes que soy el mejor en el negocio. Junto a Charlie, por supuesto.

Oh, cuánta arrogancia. Aunque la verdad es que no habría sido la peor idea. Si hubiera sido Luke quien se hubiera puesto en contacto pidiendo una recomendación al azar, la conexión conmigo no habría surgido en absoluto.

—Estoy más que contenta de trabajar con Charlie —le dije a David con malhumor—. O lo estaba.

No podía creer que mi amigo fumador de puros hubiera incumplido su promesa. De ninguna manera le iba a enviar ahora la caja de cubanos que me había apresurado a buscar en agradecimiento. ¿No quedaba nadie de mi vida anterior en quien pudiera confiar? Lancé otra mirada a Luke y a la pequeña Jasmine y me pregunté si la gente que poblaba la nueva vida que intentaba construirme sería mejor.

—Bueno, no pasa nada —sonrió David—, he venido porque tengo noticias.

—Ah, ¿sí? —preguntó Luke.

Me mordí el labio, furiosa de que le interesara lo que David tuviera que decir, pero luego me recordé a mí misma que él no conocía ninguno de los detalles más oscuros de por qué nuestro matrimonio se había desintegrado, solo que lo había hecho. Quizá su reacción ante la aparición inesperada de mi ex habría sido muy distinta si hubiera conocido la sórdida historia de nuestra separación. Al menos, esperaba que hubiera sido diferente.

—¿Por qué no has llamado primero? —me quejé—. Esto no se hace así. Aparecer sin avisar en la puerta de alguien que no conoces.

—Dejé un mensaje de voz en tu teléfono —respondió David rápidamente—, y envié un mensaje de texto. ¿No los recibiste?

Sí, claro que los había recibido, pero se habían quedado sin leer ni escuchar en mi móvil. Si los hubiera comprobado, me habría evitado

toda esta farsa.

—Y, además, me gusta ofrecer un servicio personal —añadió, para mi indignación.

—Oh, eso sí que es verdad —dije, alzando la voz y, por desgracia, haciendo que Jasmine se estremeciera—. Me voy a casa.

Luke me miró durante un segundo y esperé que fuera capaz de interpretar al menos parte del significado que había detrás de mi comentario. Me incliné para coger la bolsa que contenía las latas de cartas, pero luego cambié de idea y las apilé sobre la mesa. En realidad, ya no las quería. No quería tener nada que ver con Prosperous Place ahora que David había aparecido y lo había estropeado, y no creía que quisiera tener nada más que ver con Luke.

Puede que solo hubiéramos compartido fluidos corporales, pero hasta ahí iba a llegar la relación. Sí, me había dicho que se había enamorado de mí, y sí, durante un minuto de locura me había sentido halagada, pero eso era antes de saber que arrastraba un montón de equipaje y un hijo que nunca había tenido a bien mencionar. Cortar todas las ataduras, arrancar el yeso pegajoso era el único camino posible. Apenas me conocía, así que supuse cruelmente que no tendría el corazón roto por mucho tiempo.

—¿Vives cerca, Kate? —preguntó David.

Vaya descaro, ¿a él qué le importaba?

—Me preguntaba si podría mendigar una cama para pasar la noche. O incluso un sofá.

—Estoy a kilómetros de distancia —dije, poniéndome la chaqueta y metiendo los pies en los zapatos—. Aunque eso da igual, porque no pasaría otra noche bajo el mismo techo que tú ni aunque me pagaras.

—No seas así. —Hizo un mohín—. Intento enmendarme. Mantener las cosas en términos amistosos, como dijiste que querías cuando actuábamos como adultos, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo —espeté—, pero he cambiado de opinión.

—Kate —empezó Luke, pero le corté.

—¡No quiero que seas mi amigo, David, ni que hagas las paces! —grité, dirigiéndome a la puerta—. No quiero ni que lo intentes. ¡Solo quiero que desaparezcas de mi vida y no vuelvas nunca!

No podía creer que hubiera perdido los estribos. Una vez más, David había conseguido sacar lo peor de mí, y esta vez delante de Luke, alguien a quien por un momento había pensado que tal vez podría llegar a querer de un modo que creía que nunca volvería a ser posible. Nada de eso importaba ahora.

—Creía que habías dicho que se alegraría de verte —oí murmurar a Candice mientras me apresuraba a salir.

—¡Kate! —gritó Luke, mientras Jasmine se echaba a llorar—. ¡Vuelve!

Ni volví ni miré atrás. Salí corriendo al aire fresco de la noche primaveral y corrí hasta casa.

A la mañana siguiente, cuando por fin encendí el móvil, me esperaban innumerables mensajes. Algunos eran de Luke, pero la mayoría eran de David diciéndome que había pasado la noche en Prosperous Place y que no tenía intención de ir a ninguna parte hasta que hubiera vuelto a verme y me hubiera contado lo que había conseguido averiguar sobre el cuadro. Me maldije por no haber tenido el sentido común de cambiar mi número de móvil.

No creí ni por un segundo que hubiera encontrado algo. Charlie había insistido en que había explorado todas las vías, a menos, claro, que hubiera mentido para darle a David la oportunidad de ganarse de nuevo mi afecto. Sabiendo lo que sé ahora, no me habría extrañado.

—¿Vas a salir? —preguntó Lisa, cuando chocamos en la puerta—. Esperaba tomar un café y ponernos al día. Quiero que me cuentes todas tus aventuras nocturnas.

No estaba de humor para sus insinuaciones picantes, aunque sabía que solo estaba siendo su yo jovial de siempre.

—Kate, ¿estás bien?

—No —dije, cogiendo el paraguas al darme cuenta de lo fuerte que llovía—. La verdad es que no.

—¿A dónde vas?

—A la ciudad —le dije—. Tengo una cita.

—¿Un lunes festivo? —Frunció el ceño.

—Sí —dije, conteniendo las lágrimas mientras me agachaba para comprobar la cremallera de mis botas—. No tardaré. Iré a tu casa cuando vuelva.

—Deja que John te lleve —dijo—. Está diluviando. Te empaparás.

La rodeé, cerré la puerta de un portazo y metí la llave en la cerradura.

—Estaré bien —sonreí tan alegre como pude—. Es solo lluvia. Hasta luego.

No me había alejado mucho de la plaza cuando John se puso a mi lado en su furgoneta de obras. Encendió los intermitentes y el tráfico comenzó a tocar el claxon.

—Será mejor que subas —llamó a través de la ventanilla del copiloto—. Si no, me van a linchar.

—No te voy a contar nada —empecé, sacudiendo el chubasquero, y me subí.

—Y no quiero saberlo —interrumpió, mientras se reincorporaba al tráfico y el pitido del claxon disminuía—. Porque, si me lo cuentas, me veré obligado a contárselo ya sabes a quién.

Resoplé y asentí.

—No quería que te resfriaras, eso es todo.

—Gracias —grazné—. Es muy amable por tu parte.

—Sobre todo cuando queda tanto trabajo por hacer en el jardín —prosiguió—. No podemos permitirnos que nadie se tome vacaciones.

—¿Así que solo has venido a rescatarme en esta mañana lluviosa para asegurarte de que el jardín no acaba con un currante menos? —No pude evitar sonreír.

—Por supuesto —se rio—. Ahora, ¿a dónde?

Había hablado con David brevemente, muy brevemente, y acordamos encontrarnos en el museo del castillo. Hice que John me dejara en el callejón sin salida que daba acceso al aparcamiento del centro comercial, así que, por lo que él pudo averiguar, podría haberme dirigido a cualquier parte. Mi destino en sí no era un secreto. Me preocupaba más que él y Lisa se enteraran de con *quién* había quedado que de *dónde*.

—¿Quieres que te recoja? —preguntó John—. No es ninguna molestia.

—No, pero gracias por el ofrecimiento —dije, pensando que el camino a casa me ayudaría a despejarme, aunque solo fuera eso—. Según el tiempo, se supone que se despejará más tarde, pero te prometo que llamaré si no es así.

—Hazlo —dijo John con severidad, como si estuviera hablando con Tamsin la aterrorizada y no con Kate la sensata—. Y cuídate, ¿vale?

—De acuerdo —prometí.

David era todo sonrisas cuando nos encontramos en el vestíbulo del castillo, pero parecía cansado como un perro. Me contó por qué estaba tan agotado en cuanto tomamos el té y se untó un bollo de queso.

—Disculpa mis modales —dijo, tomando un bocado y despachándolo enseguida—. Pero no he desayunado ni pegado ojo.

Tomé un sorbo del té aún hirviendo y esperé que no estuviera a punto de decirme que había pasado la noche escuchando la ruidosa gimnasia de dormitorio de Luke y la madre de su hija.

—No pararon en toda la noche —dijo confidencialmente.

Estuve a punto de escupir el té, pero me las arreglé para mantenerlo en mi boca.

—Nunca he oído nada igual —prosiguió sin descanso David—. No

tengo ni idea de cómo se las arregló la niña para dormir.

—¿Qué?

—Los gritos —dijo—. Y el lenguaje de Candice fue de lo más ofensivo. Por su nombre no lo parece, pero veo que tiene una ardiente ascendencia italiana en alguna parte.

—¿No se te pasó por la cabeza que Candice podría no ser su verdadero nombre, entonces? —pregunté.

—No —dijo, poniéndose rojo—. No fue así.

Podría haber aprovechado el momento. Podría haber aprovechado la situación al máximo y recordarle que la joven y guapa modelo con la que se había acostado había utilizado un nombre falso, razón por la que resultó tan difícil localizarla, pero no lo hice. A juzgar por su tez pálida, no hacía falta y, en realidad, ¿para qué?

—Por lo que pude averiguar —continuó—, tiene una especie de causa en curso por la paternidad.

—Vale.

No necesitaba saberlo. No quería saberlo.

—Anoche, en el autobús —continuó David—, me dijo que Luke ha estado eludiendo sus responsabilidades para con esa niña desde el día en que nació. Impactante, ¿verdad? No parece de esos, aunque me atrevería a decir que tú lo conoces mejor que yo; ¿qué opinas?

—Dijiste que tenías noticias sobre el retrato.

—Pero ella es muy flexible. —David sonrió con indulgencia—. Dijo que, si él está dispuesto a hacer lo correcto, entonces se mudará con él y le dará otra oportunidad a la relación. Es todo un encanto.

Y también había aparecido justo cuando Luke se había asegurado el hogar de sus antepasados. Era un pensamiento poco caritativo, pero me costaba reprimirlo ahora que David me había contado por qué se había presentado sin avisar con su hija de pelo rizado a cuestas.

—El retrato —volví a decir, esta vez con más énfasis—. Mi único interés en el lugar es verlo restaurado. No conozco a Luke tan bien como dices.

—Estás trabajando para él, ¿verdad? —preguntó David, mirándome por encima del borde de su taza—. No me había dado cuenta.

No quise contradecirle. Era mucho más fácil llegar a esa conclusión que a la otra. Cuando él y Candice habían irrumpido en nuestra casa la noche anterior, habría sido lógico suponer algo muy distinto, así que supongo que me estaba saliendo con la mía si él pensaba ingenuamente que habíamos estado discutiendo sobre antigüedades y programas de restauración a altas horas de la noche de un domingo.

—Solo quiero que Prosperous Place recupere su antiguo esplendor —le dije mirándolo a los ojos.

No era mentira. Antes de irme la noche anterior, había decidido que ya no me interesaban Luke ni sus secretos, aunque ahora había experimentado por mí misma su brillante técnica de seducción. ¿O debería decir técnicas?

—¿Kate?

—Perdona, ¿qué?

—Digo que si has pensado algo más sobre nosotros.

Apenas podía creer lo que oía. Estaba tan desesperada por no oír lo que David decía que casi tuve la tentación de volver al recuerdo de la noche anterior, que había rondado mis sueños y estaba a punto de reproducirse de nuevo en mi cabeza.

—¿Has pensado más en lo que te sugerí cuando nos volvimos a ver en Navidad?

Hizo que pareciera que nuestra reunión era algo que habíamos planeado, en lugar de algo que mi madre había orquestado a mis espaldas.

—No —dije sin rodeos—. No lo he hecho, David. De verdad, de verdad que no.

—Pero el bebé…

—No hay ningún bebé —escupí, volviendo a enfadarme—. Gracias a ti, nunca habrá un bebé.

Ya está, lo había dicho. Siempre habíamos eludido el tema, pero ahora estaba ahí, sobre la mesa, al descubierto, y me moría de ganas de ver qué hacía con él.

—De acuerdo —dijo, mirando a todas partes menos a mí.

Sorpresa, sorpresa, iba a ignorarlo.

—Déjame decirte lo que he averiguado sobre este cuadro.

# Capítulo 25

No me convenció en absoluto lo que David había descubierto sobre el retrato desaparecido de Edward, pero insistió en que Luke estaba encantado y feliz de seguirle la corriente a lo que le había dicho sin rechistar. Estaba desesperada por intervenir y ahorrarle a Luke un montón de tiempo, dinero y disgustos, pero en realidad ya no tenía nada que ver conmigo y, por supuesto, cabía la posibilidad de que me equivocara. Puede que siguiera queriendo ver la casa restaurada, pero el precio de conseguirlo era mucho más alto de lo que estaba dispuesta a pagar.

Las fotos que David me había enseñado en su teléfono del retrato que había localizado en Estados Unidos se parecían sin duda al cuadro de las fotografías de Harold, que yo había copiado y enviado a Charlie para que las utilizara como referencia, así que todo lo que tenía era una corazonada. Sin embargo, mi instinto me había servido bien en el pasado. No obstante, tras reflexionar sobre la situación, decidí que, esta vez, la mejor opción, la única de hecho, era no intervenir.

El empeoramiento del tiempo hizo que el huerto comunitario necesitara un mínimo de riego y atención, así que me excusé diciéndole a Lisa que tenía un apestoso catarro que no tenía ganas de compartir con nadie y a Luke que se centrara en su familia y no pensara que yo tenía expectativas, incluso después de lo que había pasado entre nosotros. Parecía cansado y pálido, pero no le di la oportunidad de decir una palabra antes de volver a centrar mi atención en la decoración.

—Ahora —le dije al armario que había junto a la chimenea, cuando terminé de lijar e imprimar la carpintería y de pintar el techo—. ¿Qué voy a hacer contigo?

Para ser sincera, no quería ningún recuerdo de la conexión que el número cuatro de Nightingale Square había forjado con Prosperous Place y que yo misma había reavivado, pero, por otro lado, resultaba muy útil en una casa que no tenía demasiado espacio de almacenamiento.

—Te daré un poco más de tiempo —le dije a la puerta—. Vamos a esperar a ver qué pasa, ¿de acuerdo?

Obviamente, no obtuve respuesta, pero había una pequeña parte de mí que aún no se atrevía a desterrar el armario ni de mi mente ni de mi vista, por el momento.

Mantuve la puerta cerrada y la cabeza gacha durante casi tres semanas, a pesar de que Lisa insistía en que ningún resfriado, común o no, podía durar tanto tiempo. Sabía que estaba desesperada por saber todo lo que había pasado en Semana Santa, pero conseguí mantenerla a distancia hasta que una tarde me envió un mensaje de texto muy inoportuno sobre Heather.

—¿Estás segura de que querrá que vayamos? —pregunté, mientras subía al coche y me ponía el cinturón—. ¿Ha dicho Glen que podemos visitarla?

—Le han dado el visto bueno —me tranquilizó Lisa—. Y estará en casa mañana a última hora, así que está bien. Solo me parecía que le vendría bien vernos y pasar el rato.

—Entonces, ¿qué ha pasado exactamente? —pregunté—. ¿Y el bebé está bien?

—Ha habido una ligera hemorragia —suspiró Lisa—, lo cual no es tan infrecuente al principio del embarazo, pero también ha tenido calambres, así que el hospital decidió ingresarla, para estar seguros.

—Pobre Heather —jadeé, sintiéndome culpable por haber mentido a mis amigos sobre que estaba resfriada para asegurarme de que me dejaban sola—. Debía estar aterrorizada. ¿Hay algo práctico que podamos hacer para ayudar?

—Le pregunté a Glen y me dijo que la familia se ha puesto las pilas. Creo que solo necesita que estemos cerca, ya sabes, ser lo que siempre hemos sido desde que te mudaste aquí e interferiste en nuestro escabroso comienzo. Solo ser sus amigas.

Había una sonrisa en sus labios cuando lo dijo y, desde luego, no era una puñalada, pero sentí el aguijón de todos modos. Desde que David y Candice habían aparecido en escena me había escondido y evitado a todo el mundo. Sabía que tenía un buen motivo, pero quizá mi comportamiento había sido un poco excesivo teniendo en cuenta lo que había estado pasando mi pobre amiga.

—¿Y cómo van las cosas en el jardín? —pregunté, mientras Lisa entraba en la concurrida circunvalación—. ¿Siguen prosperando las gallinas?

—Todo es maravilloso —dijo—, todo ha crecido mucho y las niñas están estupendas. No puedo imaginarme la vida sin ese lugar y sé que las cosas han cambiado un poco ahora que Candice y Jasmine están allí, pero Luke dice...

—No pasa nada. —Me encogí de hombros, cortándola.

—Sé que no debe ser fácil —intentó de nuevo.

—Solo no he ido porque he estado muy ocupada —insistí, pero ambas sabíamos que era mentira—. Y he estado enferma, por supuesto

—añadí rápidamente.

—Entonces, ¿no ha tenido nada que ver con que apareciera ese exmarido tuyo? —dijo, cambiando de carril—, ¿ni con nada de lo que pudo o no haber pasado después de que os dejáramos solos a Luke y a ti al final de la fiesta de Pascua?

—¿Decías que no tenías cambio para el aparcamiento? —pregunté, buscando mi bolso en el hueco de los pies e intentando no pensar en cómo sabía ella que David había hecho acto de presencia—. Porque yo llevo.

***

Heather estaba casi tan pálida como la almohada sobre la que se apoyaba, pero estaba de buen humor y Lisa y ella tardaron dos minutos en retomar la conversación a la que yo había intentado, sin conseguirlo, poner fin durante el viaje.

—Entonces —dijo Heather, después de que Lisa hubiera descargado un montón de revistas, dos paquetes de galletas y una botella de bebida energética en el pequeño casillero junto a su cama—, ¿alguna noticia de la plaza?

—No mucho —Lisa se encogió de hombros—, pero parece que Candice y Jasmine están instaladas de momento.

—¿En serio? —preguntó Heather, mirándome con aprensión.

Lisa dejó de hablar y Heather se aclaró la garganta.

—No sé por qué os preocupa tanto lo que yo pueda pensar —les dije a las dos. La única manera de afrontar la situación era con descaro—. Todos hemos admitido desde que llegó que nuestro benefactor hortícola es un tío bueno, incluso Carole, pero por qué pensabais que existe la posibilidad de que haya algo entre nosotros sigue estando fuera de mi alcance.

—Porque, para empezar —empezó Lisa cansinamente—, en la fiesta de Pascua dijo que se había enamorado de mucho más que de Prosperous Place.

—No dijo exactamente eso —señalé.

—Y esa noche, después de que os dejáramos solos a propósito —continuó Heather—, no volvisteis a la plaza hasta muy muy tarde.

No tenía ni idea de que habían vigilado mis movimientos tan de cerca. Tal vez Carole no era la única la única vieja del visillo en Nightingale Square.

—¡Eso fue porque aparecieron mi exmarido y la expareja de Luke y su hija! —reiteré—. Difícilmente podría salir si Luke los dejaba entrar, ¿no?

Aunque no los había dejado entrar.

—Bueno, no —dijo Heather, recolocando la almohada para ponerse más cómoda—, supongo que no.

—Había que hacer presentaciones y escuchar explicaciones —les dije—. Todo llevó su tiempo. Creedme, fue la noche más rara que he pasado en años.

No mencioné que antes de la perturbación también había sido la más orgásmica.

—Supongo —dijo Heather, antes de morderse el labio.

—No hay ninguna suposición al respecto —dije—, es un hecho, así que por favor no penséis que hay que estar eludiendo el tema de la familia de Luke cuando estoy al alcance del oído. Ya conocéis mi opinión sobre el amor y las segundas oportunidades...

—Tus locas opiniones —atajó Lisa.

—Estoy muy bien soltera —continué, a pesar de su interrupción—. Ya he tenido mi oportunidad en el amor y no es probable que me lance sobre el primer hombre que haya dejado caer el más mínimo indicio de interés por mí, ni sobre cualquier hombre en realidad. No es que Luke haya mostrado interés por mí en ese sentido —aclaré por si acaso—, así que, vamos, Lisa, ponnos al día con los chismes y luego veré si puedo preparar algo de café.

Sabía que mi pequeño discurso se me había escapado precipitadamente y que mi cabeza estaba inundada de imágenes de Luke y yo envueltos el uno en el otro, pero había dicho bastante para convencer a Lisa de que estaba bien seguir adelante, aunque me doliera oír lo que tenía que decir.

—No se ha dicho nada oficialmente —empezó por fin—, pero cualquiera con ojos en la cara puede ver que Jasmine es hija de Luke y Candice me ha dicho que está mirando colegios locales para septiembre, así que es obvio que se queda aquí.

—Caramba —dijo Heather—. Entonces, se muda para siempre.

—Sí.

—¿Y David? —preguntó Heather.

Volví a levantar la cabeza.

—No sigue por aquí, ¿verdad? —Me atraganté—. ¡Han pasado semanas!

No podía creer que no me hubiera localizado si había estado por aquí todo este tiempo. Menos mal que había estado agachando la cabeza y con la puerta cerrada.

—No —dijo Lisa—, pero Luke me ha dicho que vuelve esta semana. Al parecer, lo ha estado ayudando a buscar una pintura que quiere para la casa. La envían desde América y David ha prometido

volver para comprobar su autenticidad o algo así.

—Ese ex tuyo habla muy bien —me sorprendió Heather.

—¿Cuándo lo conociste? —pregunté.

—Lunes festivo de Pascua —explicó—. Volvimos al jardín cuando dejó de llover y él estaba allí.

No podía imaginar a David ni siquiera sentado en el jardín. Siempre había sido un tipo de interior, pero hasta que llegó su ahijado y los vi juntos tampoco lo había tenido por un tipo paternal.

—Luke lo presentó, y cuando se dio cuenta de que éramos amigas tuyas, empezó a preguntar si vivías por aquí también.

—No se lo dijisteis, ¿verdad?

—No —dijo Heather—, por supuesto que no.

Por las miradas furtivas que intercambiaron, me di cuenta de que habían sido objeto de la ofensiva de David.

—¿Qué? —suspiré—. ¿Qué más dijo?

—Bueno —dijo Heather—, no es que sea de nuestra incumbencia...

Aunque eso era cierto, me daba la impresión de que no les había impedido escuchar cualquier argumento que él hubiera intentado darles.

—Tampoco le pedimos que nos contara nada —añadió Lisa—, pero sabiendo lo que sientes por el amor...

—Continúa.

—Sabemos que lo que te hizo fue espantoso —dijo Heather en voz baja—, y que dijiste que no podías perdonarlo, pero él nos dijo que haría cualquier cosa por recuperarte.

—Dijo que quería formar una familia contigo.

Sacudí la cabeza, pero no hice ningún comentario. ¿Cómo se atrevía a hablar con alguien de eso?

—Parecía agradable...

—Dios mío, has cambiado de idea —le ladré a Lisa sin poder contenerme—. ¡Creo recordar que no hace mucho eras tú la que estaba dispuesta a freírle las pelotas!

Las personas que visitaban al paciente de la cama contigua interrumpieron su conversación para sintonizar con la nuestra, que obviamente era mucho más interesante.

—«No te sientas responsable de su comportamiento», me dijisteis las dos —continué—. Os conté que mi matrimonio se había acabado porque yo quería un hijo y él no, y que fue culpa mía por empujarlo a la cama de otra. Fue mi insistencia la que lo llevó a meter la pata, pero eso no significa que quiera volver con él.

¿Era yo o alguien acababa de subir la calefacción del hospital?

—No fue culpa tuya —dijo Heather.

—No puedes culparte por cómo reaccionó ante la situación —continuó Lisa—, claro que no puedes, pero, si sigues insistiendo en que él era tu única oportunidad de amor y ahora quiere tener un bebé contigo, bueno…

—¿De verdad estáis sugiriendo que supere lo que hizo porque ahora está dispuesto a darme lo que siempre quise?

—Bueno, cuando lo pones así… —murmuró Heather, dubitativa.

—Sé que no suena ideal —continuó Lisa, todavía defendiendo la idea—, pero no me pareces del tipo que puede estar felizmente soltera, Kate, y como te niegas a renunciar a esa idea de que nunca amarás a otro hombre tanto como amaste a David, y él está desesperado por tenerte de vuelta y formar una familia, ¡entonces pensé que aprovecharías la oportunidad!

No podía creer lo que estaba diciendo. Algo no estaba bien aquí. No podía creer que Lisa, de todas las personas, hubiera caído en esto. Heather tal vez; ella era más como yo, más suave y romántica de corazón, pero ¿Lisa, mi mejor amiga? De ninguna manera.

—¿De verdad, de verdad quieres decir eso? —exigí.

—No.

—Porque creo que estás loca. Pensaba que tú, de todas las personas… Espera, ¿qué?

—No —dijo, cogiendo mi mano, y la apretó—. Por supuesto que no me lo creo.

—¿Qué? —tragó saliva Heather—. No te sigo.

—Solo quería que reconocieras lo ridícula que era la idea, Kate —me sonrió Lisa.

Qué astuta, la tía.

—Pensé que, si te ofrecía el idilio hastiado con el príncipe imperfecto, por fin serías capaz de ver lo absurdo que era y admitir que no es lo que querías en absoluto. Verías que lo que una vez habría sido tu «felices para siempre» era en realidad más bien un gran mordisco de la manzana envenenada.

Sacudí la cabeza con incredulidad.

—Y ha funcionado, ¿verdad? No vas a volver con David porque supuestamente te ofrece una familia, ¿no?

—Claro que no —fruncí el ceño—, pero seguro que te diste cuenta de que no quería hacerlo después de volver de Wynbridge tras las Navidades. Os dije que lo había mandado a paseo entonces, ¿no?

—Sí —convino Lisa—, pero no nos habías dicho que había intentado negociar ofreciéndote un bebé.

—¿Qué diferencia hay?

—Toda la diferencia del mundo —insistió—. No puedes sofocar la llamada de la maternidad una vez que ha echado raíces, aunque lo intentes, y como Heather estaba tan prendada de tu ex, solo quería asegurarme de que tú no lo estabas.

—Oh, cielos —dijo Heather, sonrojándose profusamente—. ¿He suspendido la prueba del ex?

—Espectacularmente —dijo Lisa—. Pero te lo perdonaremos.

—Tus hormonas están por las nubes —le dije—. Culparemos a la presencia del bebé que llevas a bordo solo por esta vez.

De repente, se hizo evidente que el resto de la sala contenía la respiración, esperando a ver hacia dónde se dirigía la conversación, y Lisa, Heather y yo nos miramos y nos reímos.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Lisa, poniéndose en pie.

—Pero ¿qué pasa con el café? —le recordé.

—No hay tiempo —dijo—. Tengo que volver.

Nos despedimos de Heather con un beso, la hicimos prometer que se portaría bien y le dijimos que la llamaríamos al día siguiente, cuando volviera a casa, para asegurarnos de que todo estaba en orden.

—La madre de Glen se va a quedar unos días para ayudar con Evie —nos dijo—. De hecho, ojalá no hubiera rechazado su ofrecimiento de ayuda cuando nació Evie.

Era evidente que esperaba con impaciencia la inminente llegada de su suegra y un poco más de apoyo interno.

—Pero una visita estaría bien —dijo—. Así podéis mantenerme al tanto de todos los chismes.

Mientras volvíamos por el laberinto de pasillos, me abracé a Lisa y ella me plantó un beso en la mejilla.

—Menudos juegos te traes —le dije—. Estaba a punto de irme cuando me parecía que estabas sugiriendo que volviera con David.

—Lo sé —dijo ella—. Pero ha valido la pena. No tendrías la tentación de volver a intentarlo con él, ¿verdad? Quiero decir, sé que es encantador y todo eso y ahora habla de querer un bebé.

Tiré de ella hacia un lado del pasillo y la senté en una silla de plástico.

—Hay algo más que debes saber —le dije, sentándome a su lado.

—¿Qué?

Miré al frente un momento y cerré los ojos. No había nadie en el mundo que supiera de este giro final en la aventura que David había tenido. Nadie más que él y algunos profesionales de la medicina.

—Cuando David tuvo su rollo de una noche —empecé—, no me enteré por él.

—¿Cómo te enteraste, entonces?

—Pues… —Me detuve, tragué saliva y respiré hondo—. Me puse mal un poco después de que ocurriera.

No me explayé en los detalles.

—Vale.

—Así que fui a ver a mi médico y me hizo unas pruebas.

Lisa me miró y sacudió la cabeza, incapaz de unir los puntos.

—Tuve clamidia —susurré, muy avergonzada y dándome cuenta de que, después de lo que había pasado con Luke, debería hacerme un chequeo—. David se había contagiado de esa joven, esa supuesta modelo con la que había estado, y sin darse cuenta me lo había pasado a mí.

—Ay, Kate —jadeó Lisa.

—Estaba bien —dije—, pero…

—Pero ¿qué?

—Pero no lo estaba. Estuve bastante mal y tardé en recuperarme.

—¿Y ahora?

—En algunos aspectos —lloré—, pero ese bebé que sigue prometiéndome, aparentemente, hay muchas posibilidades de que no pueda tenerlo ahora de todos modos.

Por la expresión de Lisa no podía estar segura de lo que estaba pensando, pero, si David hubiera entrado en ese momento, seguro que mi amiga habría sido capaz de conjurar una sartén y un fuego de alguna parte.

# Capítulo 26

A pesar de lo incómoda que me sentí al volver tras mi autoexilio, fue un placer contemplar el jardín. La fruta, la verdura y las flores cortadas lucían sanas y exuberantes gracias a las recientes lluvias, y las gallinas estaban en plena forma, con sus plumas brillantes y sus crestas de color rojo fuego. Incluso Violet y Dash salieron a pasear ahora que ambos habían sido castrados, y se estaban convirtiendo en hermosos y elegantes gatos y, para deleite de Graham, en hábiles ratoneros.

—Habríamos perdido todos los guisantes si no fuera por este par —me dijo mientras los recogía—, pero apenas ha habido un mordisco desde que Luke empezó a dejarlos salir, y no he oído ni el más breve correteo en la cabaña.

Esperaba que no fueran tan capaces a la hora de cazar pájaros. A todos nos gustaba el rotundo petirrojo y sus modales autoritarios.

—Bueno, eso está genial —dije—. Me alegro de que todo vaya tan bien.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó Carole, tendiéndome una taza de té.

—¿Perdón?

—Tu catarro —dijo—. ¿Se ha ido por fin?

—Ah, sí —dije, sorbiéndome unos mocos imaginarios—. Estoy mucho mejor ahora, gracias, Carole.

—No hay nada peor que un resfriado cuando hace calor —se compadeció.

Asentí e intenté no darme cuenta de que Luke acababa de entrar en el jardín con Jasmine en brazos y vestido con una camiseta que no disimulaba en absoluto su físico, y unos pantalones cortos cargo de tiro bajo que apenas ocultaban los abdominales tensos y definidos por los que recordaba haber deslizado los dedos, por encima y por debajo.

—¿Seguro que estás bien, Kate? —preguntó Carole—. A mí me sigues pareciendo un poco febril.

—Estoy bien —sonreí, dándole la espalda a Luke, que ahora había dejado a Jasmine en el suelo. Esperaba que no se diera cuenta de mi presencia—. Mi té está un poco caliente, eso es todo. Debería haberlo dejado enfriar.

—Pero si aún no has tomado nada —intervino Graham sin ánimo de ayudar.

Por suerte, Violet eligió ese momento para arañarme y me ahorré más vergüenza mientras intentaba desenredarme de sus garras.

—Eres Kate, ¿verdad? —preguntó Jasmine, mientras se acercaba dando saltitos.

—Así es. —Tragué saliva, deseando que no estuviera tan adorable con su florido vestido de verano.

—Mamá dijo que no ibas a volver al jardín.

—¿Eso dijo?

Me preguntaba qué más había estado diciendo mamá.

—Dijo que deseaba que nadie volviera al jardín —añadió en un susurro bajo.

Jasmine me daba bastante pena. Me imaginaba que se había enterado de demasiadas conversaciones de adultos en su corta vida, y no me sorprendía en absoluto que Candice no estuviera tan enamorada del huerto como el resto de nosotros.

—Papá me dijo que puedo tener mi propio jardincito —continuó la niña, mirando con nostalgia las flores—, pero aún no lo ha arreglado.

Sonaba muy madura y realista. Otro indicador de que pasaba demasiado tiempo en compañía de adultos.

—¿Qué tal si mientras tanto empiezas con esto? —le sugerí, llenando una bandeja de semillas con abono de la bolsa que había en la entrada del cobertizo, y le entregué el pequeño tridente y la pala de plástico que Lisa había comprado para Archie.

—Oh, sí —chilló Jasmine—. Gracias, Kate.

Lo colocó todo en el suelo y empezó a cavar y a hurgar, y yo me metí en la cabaña para ordenar las bandejas y organizar alfabéticamente los paquetes de semillas sin ningún motivo.

—Kate…

Aspiré una bocanada de aire, decidida a sacar lo mejor de una situación incómoda o, al menos, a no hacer el ridículo.

—Hola, Luke —dije con suavidad mientras miraba con atención las instrucciones y leía todo sobre la mejor manera de sembrar y entresacar hileras de zanahorias para evitar la temida mosca.

—Cuánto tiempo sin vernos.

Pude oír que se había acercado y me alejé otro paso a propósito.

—Mark dijo que no estabas bien.

—Solo un resfriado. —Me encogí de hombros quitándole importancia.

—Bueno, de todos modos —dijo—. No he venido a comprobar si tenías pañuelos.

—Vale.

Todavía no lo había mirado, aunque sabía que él sí me estaba mirando a mí…, sobre todo porque sabía que me estaba mirando.

—He venido porque quería explicarme —empezó.

—¿Sobre qué?

—Nosotros, Candice, David y el cuadro, por supuesto. —Sonaba frustrado, como no podía ser menos con un interlocutor tan poco dispuesto a dialogar.

—No hace falta —dije con ligereza.

—Bueno, creo que sí.

—¿Y qué hay que decir? —me reí, echando una fugaz mirada de él a Jasmine antes de volver a hundir las manos en el surtido organizado de paquetes.

—Mucho.

—Mira —interrumpí—, tampoco nos conocemos desde hace tanto tiempo como para que exista siquiera un nosotros, David te está ayudando a encontrar el retrato y tu ex y tu hija se han mudado contigo. Más claro imposible.

—¿Qué quieres decir con eso de «nosotros»? —preguntó.

No necesitaba mirarlo para saber que tenía el ceño fruncido.

—Luke —suspiré—, sé que dijiste que te habías enamorado de mí, pero no es así, no de verdad. Te encanta el hecho de que yo ame este lugar y has tergiversado esos sentimientos. —Continué sin piedad, ignorando su expresión de aturdimiento—. Fue solo un poco de diversión.

—No para mí —empezó a decir, pero volví a cortarle.

—Solo dos adultos —le dije en voz baja, esperando que su hija no pudiera oírme— disfrutando de su compañía mutua durante un par de horas de diversión sin complicaciones ni ataduras.

—No puedes decirlo en serio.

Parecía estupefacto y no sabía si eso me hacía sentir mejor o no.

—Puedo —tragué saliva—, y lo hago.

—*¿En serio*?

—De verdad —sonreí, obligándome a mirarlo por fin como era debido—, y aunque no lo hiciera, ¿qué sentido tendría decir nada más?

—¿Qué quieres decir?

Miré por la ventana a Candice, que venía en nuestra dirección.

—Toda esta situación —dije, sacudiéndome e intentando no respirar su aroma cálido y embriagador— es a lo que me refiero.

—¡Luke! —gritó Candice desde la puerta de la cabaña—. ¿Qué es todo esto?

Señaló hacia donde Jasmine jugaba alegre.

—Es mi jardín, mamá —sonrió Jasmine.

—¡Está sucia y su vestido nuevo se ha estropeado! —bramó Candice, ignorando el deleite en la voz de su hija.

Tanto Jasmine como su vestido me parecieron perfectamente limpios.

—Es culpa mía, Candice —dije—. Jasmine solo quería un pequeño jardín propio, así que pensé…

Candice me miró a los ojos y caminó hacia donde yo estaba.

—Aléjate de mi hija —me siseó en la cara—. Aléjate de todos nosotros.

—¡Candice! —gritó Luke—. No le hables así a Kate.

Candice volvió a centrar su atención en Luke y yo conseguí escabullirme de la cabaña antes de que se desatara su discusión.

—Lo siento —le dije a Jasmine, mientras me alejaba.

—No pasa nada. —La niña se encogió de hombros, sin sonar ni angustiada ni de lejos tan alterada como yo esperaba que estuviera.

El retrato tardó unos días más en llegar, junto con mi indeseado ex, y en ese tiempo un virus arrasó la plaza y nos dejó a unos cuantos sin fuerzas, pero por suerte pasó a tiempo para que pudiéramos volver a Prosperous Place a ver cómo lo colgaban. Al retrato quiero decir, no a mi ex, aunque tal vez hubiera sido un espectáculo preferible.

Todavía estaba conmocionada por el comportamiento de Candice y, gracias al bicho, me sentía por debajo de mis posibilidades y cansada como un perro. Pensé que no me vendría mal alejarme unos días, así que me dispuse a organizar un oportuno viaje de vuelta a Wynbridge.

—Mamá estará encantada de que vuelvas —me dijo Tom, cuando llamé para preguntarle si podía utilizar la habitación de invitados de Jemma y él durante mi estancia.

Seguía sintiéndome culpable por haber dejado plantados a papá y mamá en Pascua, pero no tanto como para volver al dormitorio de mi infancia a endulzar a mi madre.

—Y sé que se volvería loca si supiera que no te estoy animando a que vayas y te quedes con ella y papá, pero, con los niños actuando ya como si estuvieran en modo vacaciones de verano, sé que Jemma agradecería un par de manos extra, sobre todo por las mañanas antes de tener que irse a la cafetería.

No había tenido en cuenta a mi peleona sobrina ni a mi truculento sobrino, como tampoco había planeado levantarme de la cama por las mañanas. Esperaba que mi escapada no me llevara a trabajar como canguro no remunerada. Si eso era lo que mi hermano tenía en mente,

entonces más me valía mudarme con Lisa y John y ahorrarme el viaje a Wynbridge.

—Te veré dentro de un día o así —le dije.

—Excelente —respondió.

—Te enviaré un mensaje con los horarios de los trenes cuando haya reservado el billete —añadí, y colgué rápidamente, negándole la oportunidad de disculparse por suponer que estaría encantada de ayudar.

Se suponía que planear el viaje antes de ir a Prosperous Place para la inauguración del retrato iba a funcionar como un estímulo, algo que esperar después de haber soportado la visión de Luke y Candice jugando a las familias felices, aunque el comportamiento que había presenciado no sugiriera que fueran tan felices, por supuesto.

—¿Qué es todo esto? —le pregunté a Lisa, cuando me vi obligada a cruzar la calle para reunirme con los demás y me encontré con el camino bloqueado por un par de furgonetas.

—Prensa —dijo, con sus ojos inusualmente llenos de kohl brillando de emoción y todo rastro de su palidez postbicho desterrado.

—Y esa es de la televisión local —añadió Heather, que no había pasado el gusanillo pero a la que habían dejado salir de la cama solo para la ocasión, y que también lucía un maquillaje completo.

Era evidente que ambas habían sabido que iba a ser una gran ocasión más que yo.

—Pero ¿qué hacen aquí? —Fruncí el ceño.

Sin duda, la llegada de un cuadro, por mucho que la familia lo echara de menos y pagara por su eventual devolución, no merecía tanta atención mediática. Si resultara ser falso, como me temía, entonces no justificaría nada en absoluto.

—¿No recibiste la nota de Candice? —preguntó Glen.

—No —dije—. ¿Qué nota?

Me entregó un papel fotocopiado en el que se explicaba que, ahora que los medios de comunicación habían sido informados de *quién* era el propietario de Prosperous Place y de cuáles eran sus planes, había mucho interés en filmar la restauración y, aunque seguíamos siendo bienvenidos a ver cómo se colgaba el retrato, solo se nos permitiría la entrada si llevábamos algo más elegante que nuestra vieja y raída ropa de jardinería.

—Menuda desfachatez —exclamé, negando con la cabeza.

Dada nuestra última interacción, no me sorprendía en absoluto que no me hubiera puesto al corriente de la situación.

—Pero quien avisa no es traidor —dijo Lisa, rociándose con perfume—. No me habría gustado salir en la tele o en los periódicos

con mi pantalón de chándal y mi sudadera, aunque solo fuera para salir en las noticias locales.

Había descrito más o menos a la perfección lo que yo llevaba puesto.

—Y nunca se sabe —sonrió Heather—. La historia podría ser recogida por los nacionales. Creo que nunca te has dado cuenta de lo famoso que es Luke, Kate.

Una voz familiar a mi lado me salvó de tener que responder.

—¡Qué emocionante es todo esto! —dijo—. Esto va a ser estupendo para los negocios.

Lisa le dio la espalda y se alejó.

—Cielos —continuó David, cabizbajo. No estaba acostumbrado a que las mujeres le dieran la espalda—. ¿He dicho algo?

—Creo que es más bien algo que hiciste —le dije, como si necesitara que se lo recordara—. Supongo que estás involucrado en esta farsa, ¿verdad?

—Candice lo preparó todo en realidad —dijo con cariño—. Es una joven muy inteligente —repitió, pero dejó de ensalzar sus virtudes cuando me vio la cara—. Cielo santo, ¿estás bien, Kate? Pareces muy pálida y no queremos que salgas en la foto con eso puesto, ¿verdad? ¿Por qué no le preguntas a Candice si tiene un vestido bonito y unos tacones que te pueda prestar?

Tenía en la punta de la lengua decirle que tenía un armario lleno de vestidos bonitos al otro lado de la calle, pero entonces recordé que aún no había conseguido averiguar dónde vivía y me mordí la lengua.

—Todo irá bien —dije en su lugar—. No te preocupes, no tengo ninguna intención de acercarme a una cámara ni a un periodista. De hecho, creo que me voy a...

Me alejé un paso de David, que ya estaba enfrascado en enderezarse la corbata, y me volví para encontrarme con el firme pecho de Luke.

—Kate —dijo, poniendo sus manos en la parte superior de mis brazos para estabilizarme—, no estarás pensando en irte, ¿verdad?

Parecía tan enfermo como yo y, además, completamente harto.

—Pensé que podría dejaros solos y volver más tarde —le dije—. Creo que eso sería más fácil. Después de todo, aún no me encuentro en mi mejor momento y no estoy vestida para la prensa, local o no, ¿verdad?

—Por favor, no te vayas —me dijo, cogiéndome por el codo, y nos alejó de David, que se estaba pasando un peine por el pelo—. Te necesito aquí.

—¿Para qué? —dije, soltándome con suavidad y preguntándome si

mi ex siempre había sido tan vanidoso o si solo me daba cuenta ahora por la distancia que había entre nosotros.

—Apoyo moral —Luke se encogió de hombros—, una cara amiga entre la multitud.

—Ahora tienes a Candice para todo eso —le recordé—, tengo entendido que ella es la responsable de este circo mediático...

—Sí —dijo con amargura, ensombreciendo su expresión—. Y ella sabía muy bien que yo no lo quería, pero siguió adelante de todos modos. No quería que ningún periodista se enterara de que había comprado este lugar, y mucho menos que viniera a filmarlo. Todo lo que en realidad quiero es una vida tranquila, Kate, lejos de todo este tipo de cosas, pero ella sigue anhelando esta ridícula atención y publicidad. Siempre ha sido así.

Me pareció que se les habían cruzado los cables y esperaba que pronto lo arreglaran todo, por el bien de Jasmine y por el de nadie más. Era una niña encantadora, pero era más que evidente que necesitaba algo de estabilidad en su vida. Sin embargo, no pude evitar pensar que lo último que le esperaba a Luke era una vida tranquila si acababa pasando el resto de sus días con una pareja obsesionada con los medios de comunicación.

Por mucho que me disgustaran Candice, su actitud manipuladora y el control que ejercía sobre Luke, no tenía más remedio que esperar que todo se resolviera por el bien de su hija. Aunque su madre no fuera el mejor modelo del mundo, su padre sería alguien a quien admirar y en quien confiar, si le dieran la oportunidad de hacer las cosas a su manera, fuera de los focos, claro.

Agradecí a mis estrellas de la suerte no haber tenido la oportunidad de empezar a depender de él. Lo que había pasado entre nosotros ya era bastante malo, pero, si hubiera invertido más en mis emociones, podría haberme hecho daño otra vez. Me había librado, ¿verdad? Puede que Lisa y Heather creyeran en la existencia de más de un amor verdadero para todo el mundo, pero por suerte yo me había aferrado a mis creencias y, de paso, me había ahorrado un montón de ilusiones y sinsabores innecesarios.

Decidí que la vía defensiva era la mejor.

—Bueno —empecé preguntando—, si a Candice de verdad le gusta tanto toda esta atención, ¿tengo que esperar verte en las páginas de la revista *Hola* en algún momento?

—En absoluto —dijo Luke, furioso.

—O tal vez reclinado en una *chaise longue* en una de las revistas de interiores de alta gama —bromeé.

—¿Qué te pasa, Kate? —preguntó—. No tengo ni idea de a dónde

quieres llegar, pero no me gusta que te burles de la situación, sobre todo sabiendo lo que pienso de todo esto.

En realidad no lo sabía, pero no podía contenerme y solo tenía su palabra de que lo odiaba tanto como a ella, obviamente, le encantaba. Reírme de Luke y en lo que Candice claramente quería convertirlo, y de ellos como pareja, no me hacía ninguna gracia; pero me engañaba a mí misma pensando que me hacía sentir mejor.

—Creo que confundes lo que solía hacer para trabajar con mi verdadero yo —dijo con tristeza. Ignoré la decepción en su tono mientras continuaba—. Nunca te tuve por el tipo de persona que haría eso, Kate.

—¿Sabes? Este sitio sería un gran lugar para una boda —me apresuré a decir, mirando a mi alrededor—. ¿No crees?

Una imagen de Candice vestida de blanco y bajando por la escalera principal se me metió en la cabeza. Empezaba a sentirme mal otra vez, pero era culpa mía. Si me hubiera centrado en inspirar y espirar y en ser civilizada en lugar de salir con semejantes tonterías, no me habría pasado nada. ¿Por qué no estaba escuchando lo que Luke decía, lo que *realmente* decía?

—¿No estarás hablando en serio? —Frunció el ceño mientras Jasmine saltaba con Candice en su persecución—. ¿Por qué hablas así? No puedo creer que pienses que disfruto con esto, sobre todo ahora que me conoces tan bien.

Pero ¿hasta qué punto lo conocía? La historia de Wentworth, la casa y la plaza me habían seducido mucho antes de que él apareciera en escena. Tal vez había dejado que mis inclinaciones románticas se escaparan de la caja en la que había jurado guardarlas después de que David me rompiera el corazón, pero sabía que había llegado el momento de guardarlas de nuevo, y esta vez para siempre.

Nunca antes me había planteado la idea, ni siquiera desde que Candice había llegado y había desbaratado la situación, pero por primera vez me pregunté si comprar el número cuatro de Nightingale Square había sido un error. Quizá debí hacerle caso a mi madre y volver a Wynbridge después de todo.

—Sabes que yo no soy así —me susurró Luke al oído con urgencia.

—Pero ese es el tipo de hombre que Candice quiere que seas —le susurré en respuesta—, y tienes que pensar en lo mejor para tu hija —añadí, mientras intentaba escabullirme.

—Kate —asintió Candice antes de que me hubiera movido apenas un centímetro—. No pensé que vendrías.

—¿Por qué no? —Luke frunció el ceño—. Si no fuera por Kate...

—Bueno, como puedes ver —interrumpí—, apenas voy vestida

para la ocasión, así que....

—Pero, como no recibió tu nota, Candice —dijo Lisa, que se había dado cuenta de lo que ocurría y se apresuró a socorrerme—, no es de extrañar.

—Obviamente, no tenía ni idea de que iba a ser para tanto —añadí, inclinándome para mirar el pequeño ramo de margaritas que Jasmine tenía agarrado en la mano y trataba de enseñarme—. Si no, habría deshecho la maleta con mis zapatos de Prada. Son bonitas, Jasmine. ¿Las has cogido del jardín?

Candice empezó a murmurar con Luke y, antes de que me diera cuenta de lo que iba a hacer, se interpuso entre Jasmine y yo, le arrebató las flores de las manos a la niña y las tiró al suelo.

—Ahora tenemos que lavarte las manos otra vez —dijo, apartándola—. Quieres lucir lo mejor posible ante las cámaras, ¿verdad? Quieres ser una chica guapa como mamá.

—Dime —le dijo Lisa a Luke, mientras los veíamos alejarse—, ¿cómo has acabado con una chica así?

Luke no dijo nada.

—¡Vamos! —gritó David, reuniéndolos a todos—. Adentro, es la hora.

Incluso desde mi lugar, al fondo del grupo reunido, pude darme cuenta en cuestión de segundos de que el cuadro que Luke y David estaban desenvolviendo cuidadosamente no era el retrato original de Edward. Luke no lo sabía, por supuesto, pero la delatora vena palpitante en el cuello de David y la mirada nerviosa que lanzó en mi dirección confirmaron mis temores.

—Oh, David, ¿qué has hecho? —le pregunté unos minutos más tarde, cuando todo el mundo se había adelantado para verlo más de cerca.

El aire se llenó del sonido de las cámaras y Luke y Candice desaparecieron en medio de un aluvión de periodistas.

—¿Por qué demonios no lo comprobaste antes?

—Porque no tenía motivos para dudar de su autenticidad —siseó.

Lo miré y alcé las cejas.

—¿Qué? —dijo, intentando sonar inocente, pero fracasando estrepitosamente.

—¿Incluso después de la exhaustiva búsqueda que había hecho Charlie? —le recordé—. ¿Incluso después de que resultara que no había absolutamente ninguna prueba de que el retrato hubiera salido de Prosperous Place o de la familia, seguías creyendo que un contacto en Estados Unidos podía dar con él por casualidad y que todo lo que

habíamos descubierto aquí era falso? —David se encogió de hombros—. Estás loco —le dije—. Te van a hacer pedazos.

Miró nervioso al grupo que seguía reunido en torno al cuadro, fotografiándolo y estudiándolo con detalle.

—¿Cómo has podido ser tan ingenuo? —lo regañé—. Parecías emocionado con que la prensa estuviera aquí hace una hora, debiste darte cuenta de que iban a ser tu ruina.

No podía creer que hubiera sido tan tonto. Iba a largarme de allí y rápido. No quería que mi nombre se asociara a ese cuadro. Yo no tenía nada que ver con eso. Puede que me estuviera tomando un descanso, pero con el tiempo querría volver a trabajar en el sector y, desde luego, no necesitaba que un escándalo tan tonto como este manchara mi reputación.

—Quería creerlo —dijo, dando un paso hacia mí y acortando la distancia que nos separaba—. Quería desesperadamente que fuera genuino porque era la única forma en que creía que podría encontrar mi camino de regreso a ti.

Otra vez esto no.

—Pensé que si encontraba este retrato para ti, tú...

—¿Que haría qué? —bufé—. ¿Volver a enamorarme de ti? ¿Decirte que me había equivocado y que no quería el divorcio después de todo?

—Bueno, ya dejaste bastante claro en Navidad que no querías un bebé —dijo, dolido—. Así que pensé que, si conseguía quedar lo bastante bien, te bastaría, como solía ser.

¿Cómo se atrevía a hacerse el herido? ¿Y cómo se atrevía a suponer que yo no quería un bebé?

—Y sé que tu pasión por tu trabajo siempre ha sido tu mayor amor, Kate...

—¡Hombre ridículo! —dije levantando la voz—. ¿Supongo que ni siquiera se te ha pasado por la cabeza que aún podría querer un bebé, pero que simplemente no quería tenerlo contigo?

Abrió y cerró la boca, pero no salió ningún sonido.

—Y pareces haber olvidado que tener un hijo con alguien es un poco improbable ahora, y en cuanto a toda esta idiotez de *que tú* eres suficiente para *mí*, ¿qué demonios te hace pensar que *alguna vez* volvería a sentir eso por ti después de todo lo que hiciste?

No tuvo tiempo de responder, y probablemente fue lo mejor, ya que podría haber estado tentada, por primera vez en mi vida, de recurrir a la violencia física; y eso habría estado lejos de ser lo ideal, dado el número de hombres y mujeres de los medios de comunicación en un radio de seis metros.

—Bueno —dijo Luke, que cruzó la habitación en tres zancadas y parecía más feliz de lo que nunca lo había visto—. ¿Qué te parece?

—Creo que es falso —lo sorprendí.

Podría haberme mordido la lengua y lanzado una mirada a David. Era culpa suya que yo estuviera de tan mal humor y ahora Luke se iba a llevar la peor parte.

—¿Qué?

—Es una falsificación —dije con firmeza—, una imitación espuria del precioso pero aún perdido original.

Lo siguiente que supe fue que Candice estaba junto a Luke, cogiéndole la mano y mirándome con el ceño fruncido.

—¿Cómo te atreves? —me espetó.

Me encogí de hombros, pero no me retracté de la acusación.

—Está mintiendo —dijo, manteniendo la voz baja para no llamar la atención—. Está enfurruñada porque David lo encontró y ahora no tiene motivos para venir aquí a pasar noches acogedoras frente al fuego contigo.

Miré a Luke y negué con la cabeza, preguntándome cuánto le había contado.

—Me lo contó todo sobre vuestra pequeña cita —se rio—. Y no me importa lo más mínimo.

—A mí tampoco me importa —respondí riendo.

—¿De qué estás hablando, Candice? —exigió David, furioso.

Está claro que era aceptable que él tuviera una aventura cuando estábamos casados, pero no que yo la tuviera cuando estábamos casi divorciados.

—Bueno, está bien —continuó Candice en tono malicioso, ignorando a David—. Me alegra que te dieras cuenta de que estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta para mantenerte a su lado mientras buscaba su preciado retrato.

—Por supuesto —dije, cruzando la habitación hacia la puerta, y señalé de nuevo a la pared—. El único problema que tiene ahora es que este no es en absoluto el precioso retrato que ha estado buscando.

# Capítulo 27

—¿Dónde te fuiste? —exigió Lisa a través del buzón a la mañana siguiente, cuando me negué a abrir la puerta.

—Aquí —grité desde el pasillo—. Me puse enferma otra vez, así que volví a casa.

No era mentira. Había vomitado dos veces cuando llegué a casa y luego dormí durante horas, hasta que me desperté justo antes del amanecer, aunque no sintiéndome mejor por ello. Estaba pensando seriamente en cancelar mi viaje a Wynbridge.

—¿Me vas a dejar entrar? —siguió berreando—. ¿O voy a tener esta conversación de rodillas con el resto de la plaza escuchando? Las cortinas de Carole y Graham están como locas.

—No creo que debas entrar —le grité—. No quiero volver a pasarte este maldito bicho.

—No creo que pueda contagiarme de lo que tienes —dijo, con la voz un poco más baja—, y además, ya sabes que siempre hay algún que otro bicho rondando por nuestra casa. No tienes tantos niños como yo deambulando por tu casa sin desarrollar un sistema inmunitario de hierro.

—Entonces, ¿qué es lo que crees que tengo? —pregunté, cediendo y abriendo la puerta.

—Bueno —dijo, mirándome de arriba abajo y moviendo la cabeza como si no estuviera segura de si debía decirlo o no—. Sé que esto puede sonar completamente insensible en vista de nuestra reciente conversación, pero, si no te conociera mejor, diría que estás embarazada.

—¿Embarazada?

—Mmm —dijo ella, ladeando la cabeza antes de pasar de un empujón y dirigirse a la cocina, donde llenó rápidamente la tetera y dispuso dos tazas—. Lo siento —continuó—, pero dado tu aspecto es mi humilde opinión.

Recordé cómo había entrado, con el pequeño Archie en la cadera, y se había hecho con el control el primer día que llegué a la plaza. Llevaba haciéndolo desde entonces y no podía imaginarme cómo sería mi vida sin ella ni Heather como amigas. Aquella primera visita me parecía ya muy lejana, pero en realidad no había pasado tanto tiempo, apenas unos meses como mucho.

—Pero —continuó—, dado lo que me contaste la semana pasada,

combinado con el hecho de que en teoría hace más de un año que no tienes contacto íntimo con algo que no funcione a pilas, no puedo estar completamente segura.

—Impertinente —le dije, sonrojándome, y eché un vistazo al calendario mientras ella me daba la espalda.

—¿Qué? —se rio, aliviada de que no me hubiera dolido lo que había dicho, lo de estar embarazada al menos—. No hay nada malo con...

—No tengo ningún deseo de oír que no tiene nada de malo, muchas gracias —dije con firmeza, abandonando la búsqueda de la última estrella que habría marcado con bolígrafo rojo y que normalmente sería lo primero que vería—. Pero ¿podemos cambiar de tema, por favor? Estoy segura de que tengo el mismo virus que los demás.

—Me parece justo —concedió, permitiendo por una vez que interviniera la diplomacia.

Me sorprendió y a la vez me alivió que estuviera tan dispuesta a dejar pasar la idea, pero sabía que, si hubiera estado al tanto de mi celebración de Pascua, no lo habría hecho.

—¿Has visto el titular de esta mañana?

Rápidamente aplastó el periódico local sobre la mesa de la cocina.

—Portada —dije—. Debe haber sido un día de pocas noticias para preparar esto.

—Pocas noticias, ojo —dijo, mirando por encima de mi hombro—. Mira a esos tres. Este editor sabe lo que se hace. Si eso no vende, no sé qué lo hará.

Por supuesto, tenía razón. La visión de Luke, Candice y Jasmine sonriendo a la cámara era la perfección en sí misma, aunque la sonrisa en los labios de Luke no llegara a sus ojos. Me pregunté si se contenía porque seguía molesto por haber sido desenmascarado como el dueño de Prosperous Place o si estaba pensando en lo que le había dicho sobre el retrato.

—¿Te quedaste mucho tiempo después de que me hubiera ido? —le pregunté a Lisa, mientras removía las dos tazas de café humeante.

No estaba segura de poder beberme el mío. Olía bien, pero no me hacía responsable de cómo reaccionaría mi estómago ante el sabor.

—La verdad es que no. —Se encogió de hombros—. En cuanto desapareció la prensa, Candice dejó muy claro que quería que nos fuéramos.

Eso no me sorprendió en absoluto. Tenía toda la pinta de ser una esposa trofeo estereotipada, deseosa de mantener las puertas de sus dominios cerradas y vigiladas, aunque no creía que eso fuera lo que

Luke quería. Sí, se alegraba de mantener a raya a los medios de comunicación, pero nos había recibido al resto con los brazos abiertos.

—Espero que no obligue a Luke a cerrar el jardín —murmuré, sabiendo que lo último que Candice querría sería que nosotros anduviéramos merodeando por su reino privado.

—Ella no haría eso, ¿verdad? —Lisa contuvo el aliento—. No después de todo nuestro duro trabajo.

—No me extrañaría. —Me encogí de hombros.

Sabía que sonaba amargada, pero también sabía que esa chica era más de lo que parecía. Esperaba que Luke hubiera sido muy cuidadoso a la hora de asegurarse de que conservaría su legado en caso de que alguien intentara arrebatárselo.

—No te gusta nada, ¿verdad? —preguntó Lisa.

Si se hubiera enterado de la reprimenda que Candice me había echado en la cabaña, y de la forma en que hablaba con Jasmine, no habría tenido que preguntar.

—La verdad es que no —dije, restando importancia a mis verdaderos sentimientos ante su atenta mirada. No quería que Lisa pensara que eran solo los celos lo que me había alejado de Candice—. Pero, si está aquí por el bien de su hija, entonces me parece justo y no me habría molestado ni la mitad si no hubiera ido en contra de todo lo que Luke quería que fuera el día de ayer.

—¿Qué quieres decir?

—Todas estas tonterías —dije, señalando con la cabeza el periódico—. Me dijo que lo único que quería era una vida tranquila, sin tanto alboroto de la prensa y los medios de comunicación. Ha intentado mantener su historia familiar y este lugar en secreto para el mundo de los famosos, o como se llame, pero a este paso no podrá ni bajar a la tienda a por un litro de leche sin que le hagan una foto.

—Oh —dijo Lisa, volviendo a mirar el papel de periódico.

—Me dijo que cuando dejó atrás su carrera pensó, esperó, que sería el fin de ver su cara en la prensa; pero, si Candice se sale con la suya, estará ahí incluso más que antes.

—Puede que tengas más razón de la que crees —aceptó Lisa—. La oí charlar con el tipo de la tele justo antes de irnos y por lo que pude entender esperaba concertar una cita.

—¿Qué tipo de reunión?

—Al parecer está muy enganchada a ese documental de *Normal for Norfolk*. Y, si lo que puso en la nota de ayer es cierto, creo que le apetece hacer una especie de docuserie sobre Prosperous Place y su restauración.

—No me imagino a Luke de acuerdo con eso —dije—. Pero, si

sigue adelante, entonces lo del huerto se acabará, con seguridad.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, no creo que quiera compartir la atención con vosotros, ¿no?

No me incluí en el escenario. Si las cámaras se instalaran, yo me iría, al menos del jardín. No podía creer ni por un segundo que el interés de Candice por televisar la restauración de la casa la llevaría a compartir los detalles del legado de los Wentworth o cualquier otra historia local. Esta última maniobra iba destinada a mantener su rostro en primera plana y en la pantalla de televisión. Me estremecí al pensarlo.

—Pero sería una buena publicidad —dijo Lisa, al parecer sin darse cuenta de las implicaciones para los demás.

—¿Para quién? —repliqué. Candice le sacaría mucho jugo, estaba segura, pero Luke ni lo quería ni lo necesitaba—. ¿Y qué sentido tendría? No es como si Luke planeara abrir el lugar al público, ¿verdad?

—Quién sabe. —Lisa se encogió de hombros—. Pero de aquí en adelante creo que lo que Luke quiera puede no importar si Candice tiene algo que ver con ello.

Era un pensamiento horrible, pero tenía razón.

En cuanto cerré la puerta detrás de mi amiga, corrí a la cocina y cogí el calendario del gancho que había en la pared, junto al fregadero. El corazón me latía con fuerza cuando me di cuenta de que no solo llevaba un par de días de retraso, sino que había superado con creces el periodo menstrual. Había concertado una cita para hacerme un chequeo médico, pero ni siquiera se me había pasado por la cabeza la idea de un posible embarazo. Tenía «problemas de fertilidad». Era prácticamente imposible que me quedara embarazada intentándolo adecuadamente, así que una aventura de una noche que resultara en una concepción rápida tenía que ser una imposibilidad absoluta.

Me desplomé sobre la mesa con las manos en el pelo pensando en todas las novelas que había leído, en todos los programas de televisión que había visto en los que las mujeres acababan embarazadas y luego actuaban como si las hubiera pillado por sorpresa. Odiaba ese tipo de situaciones. No creía que nadie pudiera ser tan ingenuo, tan irresponsable ni tan estúpido y, sin embargo, ahí estaba yo, potencialmente embarazada y total y absolutamente conmocionada.

Miré el reloj. Pronto cogería el tren a Peterborough, pero aún

tenía tiempo de comprar una prueba, o tal vez debería esperar a estar de vuelta en Wynbridge y hacérmela allí, segura entre los cálidos brazos de mis parientes, con mi madre y Jemma agolpándose para ver el resultado antes que yo y luego pasándose horas interrogándome sobre el padre cuando se confirmara que estaba embarazada.

*Embarazada…*

—Serán diecisiete noventa y nueve, por favor —dijo la joven tras el mostrador de la farmacia.

—Gracias —respondí, acercando mi tarjeta a la pantalla y metiendo en la bolsa mi selección aleatoria de compras.

Creo que nunca había corrido tanto para volver de la compra, pero, ahora que sabía que existía la posibilidad de tener un bebé, no podía esperar ni un día más para saberlo. Una vez dentro del cuarto de baño, arranqué el envoltorio de celofán de la caja con manos temblorosas y hojeé las instrucciones.

—Orinar en el palo —murmuré para mis adentros—. Una línea, no embarazada; dos líneas…

Esos dos minutos fueron sin duda los más largos de mi vida. ¿Cuántas líneas esperaba? Esa era la pregunta del millón. Durante los ciento veinte segundos en los que me obligué a no mirar, creo que me convencí a mí misma de los placeres y peligros de la maternidad en solitario al menos cincuenta millones de veces.

No era así como siempre había imaginado que sería este momento. Cuando, hace tanto tiempo, pensaba en cómo convencer a David de que formar una familia no era la pesadilla que él creía, nunca, ni una sola vez, imaginé que estaría agachada en el suelo de un cuarto de baño, sola, sin alianza y sintiéndome…

El temporizador de mi teléfono sonó y me obligué a ponerme en pie.

Apyé la frente contra la ventanilla del tren y cerré los ojos, con la esperanza de que el cristal frío atemperara el calor que me recorría y hacía que mi cara pareciera un tomate demasiado maduro.

Había dos líneas. Dos líneas rosas muy marcadas y brillantes, aunque en el envase se recalcaba que la «presencia del rosa» no indicaba el sexo del niño, solo que estaba embarazada.

*Estaba embarazada.*

Llevaba el palito envuelto en el bolso, y el resto de la prueba guardado en la maleta para poder volver a comprobarlo al día siguiente. Como si hiciera falta. Era imposible que estuviera mal. Eché un vistazo a las caras de mis compañeros de viaje y me pregunté si

alguno de ellos podría adivinarlo con solo mirarme. Me preguntaba si alguno de ellos guardaba un secreto tan enorme.

No había muchas cosas en mi vida que me obsesionaran, pero esta había sido una de ellas: siempre me había aferrado a la creencia —haciendo caso omiso de las burlas de mis vecinas, que alegaban que eran mis amigas a pesar de nuestras diferencias— de que enamorarse y las cosas que seguían en las relaciones como consecuencia de ello estaban destinadas a suceder en un orden determinado.

En mi cabeza, la vida tenía que ser ordenada y compartimentada. Primero llegaba el príncipe azul, luego el amor, el compromiso, el matrimonio, los hijos y el «felices para siempre». Sin embargo, dado que ahora estaba embarazada de un hombre al que apenas conocía, a pesar de que había quedado en entredicho en el terreno de la fertilidad por culpa de la enfermedad de transmisión sexual que había contraído de mi supuesto amor verdadero, no podía evitar pensar que mi teoría idealista estaba un poco equivocada.

Tal vez Lisa tenía razón después de todo. Tal vez tenía que aceptar que la vida era un lío y un embrollo en el que a veces las cosas sucedían sin orden, pero que lo más importante era ser feliz y celebrar el hecho de que hubieran sucedido.

—Billetes, por favor —pidió el revisor.

Rebusqué en mi bolso el teléfono y abrí la aplicación, preguntándome si iba a tener que invertir en un coche para futuros viajes de vuelta a Wynbridge. Creo que nunca había visto a nadie viajar en tren con un bebé.

—Gracias —dijo el revisor, tocando la pantalla—, disfrute de su viaje.

—Gracias —respondí, apartando de nuevo el teléfono.

Pero ¿cómo iba a permitirme un coche si no trabajaba, y cómo iba a trabajar con un bebé a cuestas? Volví a cerrar los ojos y traté de bloquear las preguntas y los escenarios que parecían decididos a pisotear el feliz momento que tanto había esperado.

Cuando el tren llegó a la estación de Peterborough, ya era tarde, y fue un consuelo ver a Tom y Ella, mi sobrina, esperándome al otro lado de la barrera del andén para darme la bienvenida. Esperaba que no fueran capaces de adivinar mi noticia, o que yo no me derrumbara y la soltara, porque aún no tenía intención de decírselo a nadie durante un tiempo. Había muchas cosas en las que pensar y sabía que el anuncio sería recibido con un aluvión de preguntas. Preguntas a las que estaba decidida a responder antes de empezar a elegir nombres y colores para la habitación del bebé.

—Tía Kate —sonrió Ella, apretándome fuerte—. Me alegro mucho de verte.

La besé en la coronilla sin apenas tener que inclinarme para hacerlo.

—¿Cuánto has crecido? —le pregunté—. No eras tan alta cuando me fui en Navidad.

De pronto, recordé la forma en que me había marchado gracias a la intromisión de mamá, y cambié de tema.

—¿Y cómo estás, Tom? —pregunté—. ¿Sigues hecho polvo?

—Mejor que tú, por lo que parece —bromeó.

*¿Tan mal aspecto tenía?*

—No me extraña que no quisieras salir en el periódico ni en las noticias.

—¿Qué quieres decir? —Fruncí el ceño.

—Esa casa llamada Prosperous Place —dijo Ella con efusividad—. Mamá dijo que está justo al final de tu calle. Ha salido en todas las cadenas.

Con todo lo que tenía entre manos, había olvidado por completo que Wynbridge y Norwich compartían el mismo periódico y los mismos canales de televisión de East Anglia, y que sin duda todos habían visto la cobertura de Prosperous Place en todo su esplendor.

—Y Jemma quiere saber por qué nunca antes habías mencionado al propietario —añadió Tom significativamente.

No parecía muy impresionado, y supuse que los informes y la noticia habían causado un gran revuelo en mi ciudad natal una vez que se estableció la conexión con mi lugar de residencia. Me encogí de hombros, tratando de transmitir que la presencia de alguien como Luke en tu vida era algo cotidiano. Lo que, supuse, había sido durante los últimos meses.

Sentí que me acaloraba de nuevo al pensar en el bombardeo de preguntas al que iba a tener que enfrentarme ahora, además de cómo demonios iba a reaccionar Luke cuando se enterara de que estaba embarazada. Ya había tenido una familia preparada desde su llegada y estaba bastante seguro de que no querría otra acampando en su puerta. ¿Iba a tener que dejar tan pronto Nightingale Square y mi preciosa casita?

—Dios mío —exclamó Tom, al coger mi maleta y tirar del asa para sacarla de la estación—. Te has puesto roja solo de pensar en él, Kate. Personalmente, no veo a qué viene tanto alboroto.

Ella me miró y me guiñó un ojo con picardía.

—Mamá dice que es porque estás celoso.

Me mordí el labio, pero no estaba en condiciones de fastidiarle.

Era una lástima, porque este es el tipo de material que suele gustar a los hermanos.

—Vamos, tía Kate —soltó Ella con una risita conspiradora, mientras enlazaba su brazo con el mío—. Mamá le dijo a papá que tenemos que darnos prisa porque no puede esperar a saberlo todo sobre él.

# Capítulo 28

El impacto de descubrir que prácticamente toda la ciudad sabía de la presencia del famoso Luke Lonsdale en nuestro pequeño rincón del mundo fue, por suerte, suficiente para alejar las náuseas que me asaltaban desde hacía más tiempo del que me había dado cuenta en un principio.

Durante el breve viaje de vuelta a Wynbridge, Tom aceptó de buen grado que mi palidez era el resultado del bicho que había asolado el barrio y me dijo que la mitad de los empleados del departamento del ayuntamiento donde trabajaba habían sucumbido a algo parecido. Solo esperaba que Jemma fuera tan fácil de engañar, y acerqué más a mi pecho la bolsa con el palito de la prueba de embarazo envuelta en su interior.

—Por fin está aquí —chilló en cuanto crucé el umbral—. Vecina del hombre más guapo del mundo.

—Gracias —dijo Tom, dejando mi maletín.

—Ya sabes lo que quiero decir —rio Jemma, plantándole un beso de consolación en los labios.

—Por desgracia, sí —dijo con una sonrisa—. Y, mientras tú te desahogas y cotilleas un poco, yo me voy al *pub* a tomar una pinta.

—De acuerdo —sonrió ella, dándole esta vez un breve beso en la mejilla—. La cena estará lista en un par de horas.

—Asegúrate de haber agotado el tema para cuando vuelva —dijo mi hermano, mientras se dirigía hacia la puerta principal—, y entonces podremos volver a la maldita normalidad por aquí.

Suspiré y me agaché para quitarme los zapatos. No quería tener que hablar de Luke ni dos minutos, y mucho menos dos horas, pero había un brillo en los ojos de Jemma y una botella de vino abierta en la encimera que sugerían que no iba a tener mucho que decir al respecto.

—¿Es demasiado pronto? —preguntó, sirviéndose una copita—. Abrí esto para cocinar y pensé, ¿por qué no?

—Es un poco pronto para mí —dije con ligereza—, sobre todo después de ese viaje.

—Café, entonces —sugirió, acercándose a la tetera.

Todavía no podía enfrentarme ni al té ni al café, pero sabía que tenía que beber algo.

—¿Tienes algo frío? —pregunté—. Mis papilas gustativas —añadí

inteligentemente— funcionan de un modo extraño desde que tuve el bicho.

Encontró un poco de licor de frutas en la nevera, me sirvió un vaso y me hizo señas para que me acercara a la mesa de la cocina, donde el periódico estaba desplegado en todo su esplendor.

—No puedo creerlo —dijo, señalando la fotografía de Luke, Candice y Jasmine que Lisa me había enseñado antes—. ¿Por qué no dijiste nada cuando volviste a casa en Navidad?

—Entonces no vivía allí —dije con sinceridad—. Por lo que supe en diciembre, el lugar había sido vendido a alguna promotora e iba a ser destrozado.

—No puede ser —jadeó Jemma, volviendo a mirar la fotografía del impresionante Prosperous Place.

—Y tú te reirás de esto —dije, poniendo los ojos en blanco y decidiendo que fingir podría ayudarme a librarme del anzuelo—. Cuando llegó y lo conocí, ¡ni siquiera sabía quién era!

—Estás de broma —balbuceó Jemma, atragantándose con su vino —. No hablas en serio.

—Que sí —le dije—. Tal cual, es que no tenía ni idea.

Jemma negó con la cabeza.

—No fue hasta que nos invitó a todos a cenar el día de San Valentín…

—Espera —dijo, levantando una mano para detenerme—, ¿me estás diciendo que la noche de San Valentín, cuando yo estaba atrapada en el *pub* por enésimo año consecutivo, tú estabas siendo agasajada por el señor Hermoso?

—No era una cena íntima para dos, Jem —dije con la desaprobación que se merecía—. Yo estaba allí junto con los demás de la plaza y fue entonces cuando algunos amigos se dieron cuenta de quién era.

—Increíble —rio, tomando otro sorbo de vino y enarcando las cejas—. Y dime, ¿es tan guapo como sale en los anuncios?

—No lo sé —exclamé, desterrando todos los pensamientos sobre lo pulidos que parecían sus bíceps cubiertos de una fina capa de sudor—, no puedo decir que haya visto muchos de sus brillantes anuncios.

—No pareces muy interesada. —Hizo un mohín.

Estaba claro que mi reacción al tener a Luke Lonsdale como vecino no estaba cumpliendo en absoluto las expectativas de mi cuñada. Si supiera la verdadera historia que se escondía tras la fachada… Se desmayaría si le diera los detalles más jugosos.

—No me importa mucho, la verdad. —Me encogí de hombros.

—Pero, aun así —dijo, hojeando un viejo ejemplar de *Vogue* hasta

que encontró lo que buscaba—, ¿no me dirás que no te remueve ni un poquito una visión así?

Dejó caer la revista sobre el periódico y admiramos la imagen en silencio.

Recostado en una lancha rápida, en medio de un mar centelleante, con un cielo cobalto encima y vistiendo un bañador casi indecente, estaba el padre de mi bebé nonato. Sus rizos oscuros se apartaban de su rostro, sus ojos ardían y su físico impecable brillaba al sol.

El más diminuto de los suspiros escapó de mis labios al recordar el peso de aquel cuerpo sobre el mío y Jemma saltó.

—Lo sabía —sonrió.

—Bueno, soy humana —respondí.

¿Qué diablos diría si le contara dónde había celebrado la Pascua y cómo Luke me había tumbado delante del fuego y su esperma había emprendido una búsqueda de huevos muy diferente?

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó ella, volviendo a centrar su atención en el periódico.

—Tú —mentí, y me mordí—, y todo esto. No puedo creer que sea para tanto.

—Vivo en un pueblo pequeño —se encogió de hombros—, donde hay poco escándalo y aún menos macizorros.

—Estoy segura de que a mi hermano le encantaría oírte decir eso.

—Ya sabes lo que quiero decir. —Me dio un codazo.

Me pregunté cómo se sentiría ella si Tom hubiera estado babeando por alguna diosa glamurosa y brillante.

—Y además —añadió, levantando la tapa de la olla y liberando el olor más delicioso del guiso que contenía—, se pasó un buen rato contemplando a esa Candice antes de que yo me hiciera con el periódico para ver a qué venía tanto alboroto.

—Me parece justo —me reí, secretamente satisfecha de que mi hermano hubiera puesto de su parte para mantener el equilibrio—. Es guapa, ¿verdad?

—Supongo —dijo Jemma, volviendo a colocar la tapa, y regresó a la mesa—. ¿Cómo es ella? Como persona quiero decir. Es un buen partido para Luke, ¿no crees?

—No se me ocurre nadie menos adecuado —dije, y lo dije de verdad.

Ya era bastante malo saber que Candice había conquistado una vez el corazón de Luke y que ahora estaba a punto de atraparlo de nuevo, pero el hecho de que no parecieran tener nada en común lo empeoraba todo. ¿De verdad ella era lo que Luke quería? Teniendo en cuenta que me había declarado que yo era su «único y verdadero

amor», no había luchado demasiado por mí desde que ella había entrado en escena.

—Pero el mérito es de ambos —suspiré, obligándome a pensar en el panorama general—, parecen decididos a hacer lo correcto por su hija.

—Eso es algo, entonces —sonrió Jemma.

—Mmm —asentí—. Esa niña es un encanto. Ella es la que realmente importa en todo esto.

—¿Y cómo entró David en el acto? —preguntó Jemma, cambiando de tono mientras negaba con la cabeza y señalaba una fotografía en la que él aparecía destacado al fondo—. ¿Le pediste que rastreara esa pintura que Luke estaba tan ansioso por recuperar?

—Desde luego que no —insistí, leyendo por encima el párrafo que identificaba a David como el mago que había conjurado el retrato.

No le dije a Jemma que creía que el cuadro era falso y agradecí que mi nombre no apareciera en el periódico.

—Me puse en contacto con un viejo amigo de parte de Luke —expliqué, porque sentía que tenía que decir algo. La posibilidad de que David apareciera sin que yo hubiera tenido nada que ver habría sido una coincidencia demasiado increíble—. Era amigo común mío y de David y, a pesar de mis esfuerzos —suspiré—, se corrió la voz y no pudo resistirse a meter las zarpas.

—¿Para impresionarte —preguntó Jemma— o socavarte?

—Por lo que pude deducir, la motivación subyacente era intentar reconquistarme —le dije.

—No va a rendirse, ¿verdad?

—Bueno, eso parecía —dije; mis ojos recorrieron de nuevo el retrato impostor—, pero creo que podemos decir con seguridad que ya no lo veremos más.

—Bueno, eso espero —dijo, dándome un apretón en el brazo—, y siento no haber impedido que tu madre le pidiera que os visitara en Navidad.

—No pasa nada —le dije, apretándole la espalda—, sé que todo se hizo con la mejor de las intenciones.

—Entonces, ¿qué dijiste o hiciste para deshacerte de él?

—Amenacé con soltarle a mi nueva mejor amiga —dije, con la risa en los labios.

—¿En serio?

—Sí, y es de las que disfrutan friendo las pelotas de los hombres traicioneros.

—No me digas —rio Jemma—. Creo que me llevaría bien con esta nueva amiga tuya. Muy bien, de hecho.

Cuando terminamos de recoger después de la cena, estaba muerta de cansancio y me excusé temprano con el pretexto de que necesitaba dormir bien antes de enfrentarme a mamá al día siguiente.

—Está deseando verte —me había dicho Tom después de toparse con papá, que también estaba haciendo codos en la barra del *pub* The Mermaid—. De hecho, estaba dispuesta a llamar, pero papá se ha ido a casa y le ha dicho que no lo hiciera.

Apostaba lo que fuera a que estaba encantada, pero, no obstante, no había aparecido y agradecí unas horas más a solas para hacerme a la idea de que iba a tener un bebé. No sabía cómo iba a arreglármelas para cuidar de un bebé, cómo iba a permitirme un bebé o incluso cómo iba a explicar la llegada de un bebé, pero esperaba de todo corazón no tener que abandonar Nightingale Square. Lisa y Heather eran las únicas amigas que tenía capaces de proporcionarme exactamente el tipo de red de apoyo sin complicaciones que iba a necesitar para ayudarme a superarlo todo.

***

—¿Cómo has dormido, tía Kate? —preguntó Noah, mi sobrino, en el desayuno a la mañana siguiente.

—He tenido noches mejores —le dije, mientras ahogaba el primer bostezo del día y daba gracias a mis estrellas de la suerte por no estar metida en el baño con la cabeza en la taza del váter—. ¿Y tú, Noah?

—No he pegado ojo —me dijo.

A primera vista, parecía bastante cansado.

—¿No?

—No —dijo, deslizándose de la silla y dejando su tazón de cereales prácticamente intacto.

—Vuelve y termina de desayunar —le dijo Tom, pero Noah siguió subiendo las escaleras.

—¿Dónde está Jemma?

—En el café.

—¿Y qué pasa con Noah?

—Natación —dijo Ella, que por fin había levantado la vista de su teléfono—. A su clase le toca ir a nadar otra vez y lo odia.

—Nada de teléfonos en la mesa —rugió Tom.

Ella puso los ojos en blanco a sus espaldas y deslizó el dispositivo no autorizado en la cintura de su pantalón corto.

—¿Y por qué no estás vestida todavía?

Malhumorada, siguió a su hermano escaleras arriba y cerró su habitación de un portazo.

—¿Qué es todo esto de la natación? —pregunté, volviendo a centrar mi atención en el problema de Noah.

Odiaba pensar que le diera tanto miedo. Me había sentido exactamente igual cuando se trataba de campo a través y recordaba demasiado bien cómo esa hora de juegos solía estropear toda la jornada escolar, junto con el sueño de la noche anterior.

—No es nada —refunfuñó Tom—. Solo está fingiendo.

—Pues a mí, por su cara, no me lo ha parecido —le respondí.

—Pues habla tú con él —espetó mi hermano—. Sabe nadar bien, así que no veo cuál es el problema.

—Tal vez el problema no sea nadar —repliqué.

Estaba decidido a hacer frente a la situación, aunque tuviera que irse a trabajar.

—¿A dónde quieres llegar?

—¿Qué lección odiabas por encima de todas las demás cuando estabas en la escuela, Tom?

—Francés.

Lo dijo enseguida, sin vacilar.

—¿Y por qué lo odiabas?

—No era por el idioma —dijo, apoyándose en la encimera y abandonando los almuerzos empaquetados mientras recordaba sus días de instituto—. Era por el profesor de la Gestapo de dos metros que me la tenía jurada.

—Exacto —le dije, con la esperanza de que lo entendiera.

—Ese cabrón me hizo la vida imposible —rememoró—. No importaba lo que hiciera o lo mucho que me esforzara, siempre me menospreciaba delante del resto de la clase.

Alcé las cejas y asentí, animándolo a pensar más rápido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Lo que quiero decir —dije con suavidad— es que quería recordarte el poder que puede tener algo así. Solo porque a los demás no les parezca gran cosa puede tener un impacto enorme en la persona implicada.

—En este caso, mi chico, Noah —asintió.

—Exacto —suspiré, aliviada de que por fin lo hubiera pillado—. Probablemente se trate de un enfrentamiento con el profesor, o de algún acoso de bajo nivel en los vestuarios, pero está claro que está arruinando sus clases de natación en la escuela.

—Me ocuparé de ello —prometió Tom, rodeándome con sus brazos, y me besó en la cabeza—. Lo convertiré en mi prioridad número uno de hoy.

—Bien —dije en su pecho.

Me alegré de haber podido ayudar.

—Algún día —me dijo, apartándose y mirándome directamente—, serás una madre estupenda, ¿lo sabes, hermanita?

Las palabras fueron como un relámpago. Sacudí la cabeza y tragué saliva con fuerza para evitar las inevitables lágrimas que empezaban a brotar.

—Bueno, eso no lo sé —grazné—, pero me gusta pensar que soy una tía bastante guay.

Había quedado con mamá en el Cherry Tree Café para tomar un café a media mañana —suponiendo que pudiera soportarlo— y ponernos al día. Quería que llamara a casa, pero le dije que había tiempo de sobra para eso, ya que me quedaría unos días y que mi prioridad por ahora era asegurarme de estar cerca para ayudar a Jemma y Tom. El verdadero motivo de la cita pública era, por supuesto, que se trataba de territorio neutral y evitaría que mi enfado por lo que ella había hecho en Navidad se apoderara de mí.

—Kate —gritó, cruzando a la carrera la cafetería cuando llegué, antes de envolverme en un largo abrazo—, ¡estás aquí!

Ya había conseguido una mesa y nos había pedido una bebida. Jemma cambió hábilmente mi café con leche por limonada y me guiñó desconcertantemente un ojo mientras disponía la vajilla sobre la mesa.

—¿No hay café? —preguntó mamá, dándose cuenta del cambio.

—Sabes que Kate ha tenido el bicho del infierno —dijo Jemma con despreocupación—, sus papilas gustativas están portándose como unas locas.

Para mamá, eso disimulaba muy bien el inquietante momento, pero no estaba tan segura sobre mi cuñada.

—¿Has visto los periódicos? —preguntó Lizzie, saliendo de la cocina con una bandeja de pasteles de té tostados.

—Sí —gemí. Ya estaba aburrida del tema y esperaba que mi tono la disuadiera de continuar—. Jemma me lo enseñó ayer, y sí, vivo a tiro de piedra del encantador Luke Lonsdale.

—No hace falta ser tan ruin —le dijo mamá, mientras cogía dos platos de la bandeja de Lizzie.

—No estoy hablando del periódico local —dijo Lizzie, con sus rizos rojos rebotando detrás de su pañuelo *vintage*—. Según Angela, hoy salido en todos los tabloides.

# Capítulo 29

En efecto, Luke estaba «por todas partes», como Lizzie había dicho tan sucintamente, y así siguió durante los días siguientes. Lisa y Heather me mantenían al corriente de lo que podían intuir que estaba ocurriendo *de verdad* a través de múltiples mensajes de texto desde «el ojo del huracán», como ellas lo llamaban, y para ser sincera, me alegraba estar lejos de allí, aunque echaba de menos el santuario y la paz de mis cuatro paredes.

Por lo que pude descifrar de mis fuentes de información combinadas, David había negado todo conocimiento de que el retrato de Edward fuera falso e insistía en que había sido tan engañado como todos los demás por el vendedor de Estados Unidos. Hasta ahora todos parecían estar creyendo su inverosímil historia, pero, si hubieran sabido lo que Charlie había descubierto, junto con lo que Luke y yo habíamos leído en las cartas que había encontrado en el armario secreto de mi dormitorio, estaba segura de que pronto cambiarían de opinión.

Me sorprendió no tener noticias directas de David. Pensé que estaría dispuesto a asegurar mi silencio. Tal vez había asumido, dada nuestra historia, que me mantendría callado por lealtad. Si era así, no podía estar más equivocado. Me callaba porque no quería que mi nombre, mi cara o mi reputación estuvieran cerca de las columnas que de repente se dedicaban a la vida y los amores de un modelo convertido en «magnate inmobiliario». Mi silencio no tenía nada que ver con proteger a mi furtivo ex.

Sin embargo, la procedencia del retrato resultó insignificante a la luz de lo que ocurrió a continuación. Cuando por fin el interés pareció decaer, Candice se puso a utilizar astutamente todos los trucos del libro para mantener a los periodistas atraídos por su historia y la de Luke. Dados los detalles explícitos de las numerosas historias escandalosas que había «dejado escapar» sobre Luke y el tipo de vida que solía llevar, no sonaba nada probable que de verdad estuviera planeando su propio «felices para siempre» con él. Si hubiera sido yo quien hubiera protagonizado el frenesí, habría hecho todo lo posible por mantenerlo en secreto, pero ella parecía deleitarse con las revelaciones y las columnas extra que le proporcionaban.

Ahora sabía que no debía juzgar a Luke por la vida que había llevado; al fin y al cabo, ninguno de nosotros tenía un pasado

intachable, pero incluso si una décima parte de lo que se había escrito sobre él resultaba ser cierto, esperaba que la pequeña vida que llevaba dentro de mí nunca decidiera seguir los pasos de su padre.

—Entonces, ¿es el padre?

Me sobresalté cuando Jemma tiró más periódicos sobre la mesa de la cocina.

—¿Qué? —grazné—. ¿De qué estás hablando?

Había habido otros indicios de que Jemma sabía que había algo más en mi aversión a las bebidas calientes con cafeína que el guiño cómplice en el Cherry Tree. O al menos mi paranoia me hacía pensar que sí. Cuanto más tiempo pasaba en Wynbridge, más difícil me resultaba ocultar mi secreto. Mis náuseas habían reaparecido y pronto tendría que comprarme nuevos sujetadores, ya que mis pechos no se sentían nada cómodos en los confines de una copa tan restrictiva. Era inevitable que Jemma me descubriera pronto. Tener una hija de la edad de Ella la había hecho experta en olfatear secretos.

—Esta niña, Jasmine —continuó—. La has visto a ella y a Luke juntos, ¿verdad?

—Sí —dije, mis pulmones volvieron a inflarse cuando me di cuenta de que no me habían pillado.

—¿Qué te parece? —preguntó—. ¿Es el papá?

Me importaba un bledo Candice o por qué, en este último giro de su historia, había decidido insinuar que Luke podría no ser el padre de Jasmine después de todo. Me preocupaba más cómo lo llevaba la niña vulnerable que estaba en el centro de todo este lío. Estaba segura de que Luke intentaría protegerla de todo aquello, pero con una madre como Candice debía ser una lucha ardua.

—No lo sé —dije, malhumorada—, y a decir verdad...

Iba a decir que no me importaba, pero en realidad sí. Si Luke era o no el padre de Jasmine, y lo que él y Candice decidieran que iban a hacer después de que los medios de comunicación se fueran, casi seguro que tendría alguna relación con mi futuro. No esperaba ni quería nada de Luke, pero pronto tendría que contarle mis propias noticias. Ese solo pensamiento bastó para que mis náuseas aumentaran un poco más.

—¿Qué? —instó Jemma cuando no añadí nada más.

—Solo espero que todo se solucione pronto, eso es todo.

—Yo también —dijo, dejándose caer en una silla, y se quitó los zapatos—. ¿Te imaginas el daño que todo esto le está haciendo a esa adorable niña?

Sentí que me subía la temperatura al darme cuenta de que había cometido el error de redirigir el interés de Jemma por la historia hacia

lo que decían las masas cotillas. Debería haberlo sabido.

—A mí me parece que está en edad escolar —añadió, volviendo a mirar la página y negando con la cabeza—. Y cuanto antes se ponga las pilas su madre y se calme, mejor. No es que a mí me importe, por supuesto.

—Ni a mí —dije.

Pero ahora tenía mucho que ver conmigo, ¿no? Había muchas posibilidades, a pesar de lo que Candice intentaba sugerir, de que Jasmine fuera hermanastra del bebé que yo llevaba en mi vientre. No lo había pensado antes.

***

Las cosas parecían estar llegando a un punto crítico en los dos días siguientes y los medios de comunicación estaban llenos de rumores de que Candice iba a aparecer pronto en televisión.

—Demasiado para ti, venir aquí y alejarte de todo durante un par de semanas —me soltó Tom, mientras tiraba a un lado otra manoseada revista.

—¿Qué te hace pensar que estoy huyendo de algo? —le pregunté.

Para mí, mi viaje de vuelta a Wynbridge se centraba en tender puentes con mamá y pasar un rato agradable con mi familia.

—Tengo la sensación de que puede haber algo más para que estés aquí que el deseo de resolver el problema de Noah en el vestuario y frenar la obsesión de Ella con su teléfono.

—Pues no lo hay. —Me encogí de hombros, mirando a Ella, que seguía pegada a su pantalla.

Tom soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Solo quería pasar un rato con vosotros —insistí—, sin la presión de tener que hacernos los simpáticos porque es Navidad pendiendo sobre nuestras cabezas.

Tom se rio y me di cuenta de que era un sonido que no había oído muy a menudo últimamente.

—Me parece justo —bostezó—, pero al menos, gracias a ti, Noah podrá disfrutar ahora de su tiempo en la piscina con la seguridad de que su mochila y sus deportivas no habrán sido arrojadas a las duchas cuando vuelva a los vestuarios.

Me alegré de haber contribuido a solucionarlo, y Noah estaba encantado y volvía a ser el travieso de siempre.

—Es verdad —sonreí.

—De todos modos —continuó Tom—, a lo que realmente quería llegar es a que parece un poco extraño que el pequeño y discreto lugar

al que te mudaste, con la esperanza de disfrutar de unos meses tranquilos, haya resultado ser el hervidero de todos estos chismes de famosos con los que el mundo se ha obsesionado.

—Sí —asentí—, irónico, ¿verdad? Estoy agradecida de no estar allí para tener que presenciarlo en persona.

—¿Y nada de esto tiene que ver contigo?

—Claro que no —me reí—. ¡Qué ridiculez!

Me estremecía al pensar qué haría la prensa mundial con la historia que yo podría venderles. Ya no me preocuparía poder comprarme un coche, con el dinero que podría haber ganado con ese titular.

—Está bien —dijo Tom, mirándome con astucia—. Y probablemente sea mejor que no estés allí.

—En eso sí que tienes razón —le dije—.

Los últimos mensajes de texto de Lisa y Heather eran desalentadores y me di cuenta de que estaban hartas de tener que abrirse paso por las puertas solo para regar los tomates; Lisa me había dicho que John estaba dispuesto a golpear a la siguiente persona que bloqueara su entrada y le impidiera sacar su furgoneta para ir a trabajar a una hora decente. También había insinuado que David parecía pasar bastante tiempo encerrado en casa con Candice, pero eso no me interesaba mucho.

—Bueno —dijo Tom—, la locura mediática no puede durar mucho más. Después de todo, mañana es el día.

—¿No querrás decir el día del ADN? —murmuró Ella de fondo, refiriéndose al hecho de que Luke había insistido muy públicamente en hacerse una prueba para callar a los especuladores.

—¿Ves? —dijo Tom, mientras señalaba con un dedo acusador al periódico—. Hasta mi hija habla de ello.

—Cuanto antes acabe todo, mejor —acepté.

Y tampoco pensaba solo en el bien de Jasmine.

A la mañana siguiente me levanté temprano, con ganas de distanciarme tanto de los periódicos como de mi teléfono, que, incluso apagado, resultaba difícil de ignorar. Planeaba dejarlo en mi habitación hasta la noche, evitar los periódicos a toda costa, trabajar como un soldado para Jemma y ponerme al día después de cenar. Para entonces, el resultado del ADN sería de dominio público, y era de esperar que el interés inicial se hubiera disipado. No tenía ninguna duda de que Luke era el padre de Jasmine, pero era difícil no dejarse atrapar por el drama que se había creado. Carole debía estar muriéndose de la emoción.

Apenas había llegado a la cocina cuando ya escuchaba fragmentos de las conversaciones de la gente que estaba absorta en el culebrón.

—Estoy conmocionada —oí decir a una chica a su amiga, mientras esperaba en la cola su primer café con leche descremada del día—. No es lo que esperaba en absoluto.

—Bueno, no me sorprende —anunció su amiga con un resoplido intencionado—, tenía el presentimiento de que esto iba a pasar desde el principio.

—¿Cómo es posible que lo supieras?

—Si no, ¿por qué iba a armar tanto alboroto? —continuó su amiga con una voz cantarina que se extendió por todas partes—. ¿Por qué iba a decir todas esas cosas sobre él si en realidad pensaba pasar el resto de su vida con él?

—¿Qué quieres decir?

Cuando me hube secado las manos y asomé la cabeza por la puerta de la cocina, ya se dirigían a la plaza del mercado, llevándose consigo sus opiniones.

—¿Estás segura de que estás bien para estar aquí, Kate? —preguntó Jemma, cuando se hubo calmado la cola matinal antes del horario de oficina.

Las mesas ya empezaban a llenarse de ancianos madrugadores que seguían comprando a diario y convertían en una prioridad la parada para el café. Mirando a mi alrededor, supe que no tendría tiempo para que me diera un vahído antes de que la segunda oleada de pedidos estuviera alineada sobre el mostrador. No era de extrañar que Jemma y su equipo estuvieran cansadas todo el tiempo.

—A mí me sigues pareciendo un poco pálida —dijo Lizzie, mientras preparaba el material para una de las clases de manualidades que daría más tarde—. La estás haciendo trabajar demasiado, Jemma. Se supone que la pobre chica está aquí para descansar.

—Estoy bien —insistí—. Se me ha ido el virus y es la primera vez que estoy detrás del mostrador desde que llegué.

Jemma me miró atentamente.

—De verdad, Jem —le aseguré—, estoy bien y Angela vendrá pronto a ayudar.

No tuvo tiempo de contradecirme cuando sonó el timbre de la puerta y me deslicé de vuelta a mi puesto junto a la tostadora de múltiples ranuras, lista para atender las inevitables peticiones de tostadas de pan de semillas y blanco.

Una hora más o menos y muchos panes más tarde, las cosas se habían ralentizado un poco y estaba pensando en arriesgarme a tomar algo caliente cuando la campana volvió a sonar y oí a Jemma contener

una exclamación. Esperaba que fuera Angela, la tercera del equipo de la cafetería, la que había llamado para decir que llegaba tarde, pero dada la reacción de mi cuñada supuse que no.

—Por favor, que no sea un grupo de un autobús —murmuré, preparándome para despejar la cubierta y obligándome a no especular sobre lo que había oído hablar antes a las dos chicas del café con leche.

Al menos, estar tan ocupada me ayudaba a mantener la mente ocupada y, a ese ritmo, el día iba a pasar volando.

—¿Eres quien creo que eres? —oí preguntar a Jemma con una voz que no se parecía en nada a la suya.

También sonaba algo jadeante y mis oídos se agudizaron al escuchar la respuesta a su pregunta.

—Supongo que eso dependería mucho de quién crees que soy, ¿no?

*«No puede ser, ¿verdad?».*

—Creo que podrías ser Luke Lonsdale —dijo, sonando toda agitada.

—Entonces, en ese caso —confirmó—, sí, soy quien crees que soy.

—Luke —dije, saliendo de la cocina y limpiándome las manos en el delantal—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Buscándote —dijo—. Necesito hablar contigo, Kate.

Parecía cansado y no se parecía en nada al icono brillante y acicalado que aparecía en el anuncio de loción de la revista *Vogue* que Jemma tenía en casa, pero no me importaba. Era un placer verlo en persona, en lugar de en las páginas de un periódico.

—Los dos —añadió, agachándose, y se puso de pie con Jasmine en brazos—. ¿Verdad, muñeca?

La preciosa niña asintió y le enterró la cara en el cuello. Parecía tan cansada como él, pero, teniendo en cuenta todo lo que había pasado en su vida en las últimas semanas, no era de extrañar.

—Hola, Jasmine —sonreí.

Se volvió para mirarme, un segundo antes de volver a esconderse. No me sorprendió en absoluto que no estuviera de humor para charlas triviales.

—Coge mis llaves y vete a casa —insistió Jemma, mientras las buscaba a tientas por el lateral de la caja registradora.

—Pero… —tartamudeé.

—Sin peros —insistió—. No me creo que Luke Lonsdale, de todas las personas del mundo, haya viajado hasta aquí para tener una charla amistosa con alguien que pretende ser solo su vecina.

Luke y yo nos miramos.

—No he dicho nada sobre nosotros —le dije rápidamente—. A nadie.

No quería que pensara que yo no era mejor que Candice, compartiendo con unos y con otros los detalles íntimos de nuestro encuentro junto al fuego.

—Creía que habías dicho que no había un nosotros —sonrió, alzando un poco más a Jasmine.

—Vete a casa —volvió a decir Jemma, apartando por fin los ojos de Luke—. No hay nadie y podréis hablar como es debido, en privado.

—Pero volverás a estar ocupada aquí dentro de un minuto —le dije mientras ella me daba la vuelta, me desataba el delantal y me conducía hacia la puerta.

—Y Angela estará aquí para ayudar —dijo—. En serio, vete antes de que alguien te reconozca, Luke. Podemos arreglárnoslas bien aquí.

De vuelta en casa, Luke acomodó a Jasmine en el sofá y la acurrucó bajo una manta mientras yo nos preparaba algo de beber a los dos. Iba a arriesgarme a un débil chute de cafeína, fueran cuales fueran las consecuencias.

—¿Está bien? —le pregunté, mientras acercaba una silla y se sentaba frente a mí en la mesa.

—Ha caído fulminada —asintió—, y ha dormido durante todo el camino hasta aquí. Está agotada.

Su coche estaba aparcado fuera y esperaba que nadie lo reconociera. Aunque no era muy probable.

—¿Y en realidad no es tuya?

—Claro que es mía —dijo negando con la cabeza—. Nunca he pensado lo contrario.

—Entonces, ¿por qué te has hecho la prueba? ¿Qué te ha hecho pasar por todo esto? —Fruncí el ceño, señalando la pila de periódicos que había crecido más de la cuenta desde mi llegada.

Quería preguntarle por qué no había confiado en mí. ¿No confiaba en mí? Probablemente no, dado que yo había descartado incluso la posibilidad de que existiera un nosotros en el momento en que él había declarado sus sentimientos y sugerido que podría haberlo.

—Porque no quería que Candice se pusiera nerviosa y desapareciera con ella —dijo—. Desde que nació supe que Jas era mi hija, pero no fue hasta que murió papá y me puse las pilas cuando me di cuenta de lo que significaba ser padre. De repente, enviar dinero a Candice para ella no era suficiente. Le estaba fallando a mi niña y quería que eso cambiara.

—Ya veo.

Así que no había estado eludiendo completamente sus responsabilidades como Candice le había dicho a David.

—Las busqué por todas partes, incluso cuando me fui antes de Pascua para pensar en nosotros, seguía buscándolas.

—Y entonces ella apareció por su propia voluntad de todos modos.

—Sí, resulta que Candice se enteró de que yo había comprado Prosperous Place y pensó que había encontrado oro, pero a mí solo me interesaba Jasmine y, en lo que respecta a los periódicos —prosiguió—, los toleré porque le dieron a su madre cuerda suficiente para demostrar que, si no está capacitada para tener un perro, mucho menos para cuidar de un niño.

—Así que le seguiste la corriente para demostrarle a Candice lo que es en realidad.

—Sí.

—Vale.

Era mucho que asimilar.

—Y no podía arriesgarme a decírselo a nadie —dijo, volviendo a mirar a Jasmine—. Había demasiado en juego.

Eso respondía a mi pregunta sobre la confianza y, en lugar de seguir sintiéndome dolida, me conmovió que estuviera dispuesto a poner el bienestar de Jasmine por encima de todo y de todos los demás; incluso de sí mismo.

—Seguro que has visto lo que se ha dicho de mí en los periódicos —prosiguió cuando no dije nada.

—Algo he visto, sí —le dije—, pero, cuando me di cuenta de las profundidades a las que estaba dispuesta a hundirse, hice un esfuerzo consciente para evitar ver más.

—Me alegro —dijo, poniéndose rojo—. De todas formas, más de la mitad era mentira.

Eso significaba que casi la mitad era cierto. No me gustaba especular qué mitad podría ser.

—Entonces, ¿cuál fue su motivo? —Fruncí el ceño—. ¿Qué esperaba Candice sacar de la situación?

—Más dinero —dijo sin vacilar—. Y, cuando se dio cuenta de que había invertido casi todo lo que tenía en la casa, acudió a los periódicos para darse a conocer y dar un empujón a su carrera mediática.

—Vaya. Qué... ingenioso.

No podía creer que alguien pudiera ser tan calculador. Me había dado cuenta enseguida de que Candice era manipuladora, pero esto llevaba sus intrigas a un nivel completamente nuevo.

—No puedo creer que lo aguantaras todo tanto tiempo —suspiré

—, estaba dispuesta a arruinar tu reputación solo para hacerse un nombre.

Luke se encogió de hombros.

—Eso no me importa —dijo con cara de vergüenza—, pero siento cómo te ha hablado a ti.

—No tienes que disculparte por ella —le dije.

—Sé que no —dijo—, pero a ella nunca se le ocurriría hacerlo por sí misma y no podría soportar que pensaras que la he aceptado sin una buena razón. Solo le seguía la corriente porque intentaba proteger a Jas. Si hubiera empezado a meterme con Candice en todo, me habría descubierto en un santiamén. Si hubiera sabido que iba tras ella, se habría esfumado de nuevo llevándose a mi pequeña con ella, y eso era lo último que quería que ocurriera.

—¿Y dónde está ahora? —pregunté—. Candice, quiero decir.

Luke cruzó la mesa y me cogió la mano.

—Espero que perdones a Lisa por decírmelo —me sorprendió diciéndome—, pero después de haberme explicado lo mierda que ha sido ese ex tuyo en el pasado no me sorprendió que...

—Él y Candice han desaparecido —supuse.

Teniendo en cuenta lo que Lisa había dicho de que pasaban demasiado tiempo juntos, no me sorprendió.

—Correcto.

—Quieres decir que se han ido juntos.

—Exactamente.

Le apreté la mano y luego la solté.

—Preferiría que Lisa no te hubiera hablado de mi relación con David —resoplé.

Me sentía más perturbada por eso que por el comportamiento de mi ex. Me pregunté cuánto le habría contado. ¿Sabía ahora Luke lo de la crisis de la clamidia además de la infidelidad? El anuncio de mi embarazo sería aún más chocante si lo hiciera. Aunque no iba a hacerlo pronto.

—Por favor, no culpes a Lisa —dijo Luke—. Ella no quería hablar conmigo en absoluto.

—¿Por qué lo hizo, entonces?

—Para que dejara de estar enfadado —dijo, pasándose una mano por el pelo—. Contigo.

—¿Conmigo? —me reí—. ¿Por qué te enfadaste conmigo?

—Porque te necesitaba —dijo—. Te quería a mi lado en Prosperous Place y te fuiste. Me dijiste que no había ningún nosotros, que el retrato era falso y luego te largaste.

—Bueno, lo siento mucho —empecé, y mi enfado aumentó antes

de que tuviera oportunidad de terminar.

—Pero, cuando Lisa me explicó todo lo que habías pasado con David, empecé a entender.

—Eso fue muy considerado de tu parte.

—Ya veo que no querrías quedarte a apoyar a un hombre que, en teoría, había eludido sus responsabilidades paternas —prosiguió, a pesar de mi interrupción—, y que en el pasado había tenido, en teoría, más mujeres que Hugh Heffner.

No pude evitar sonreír.

—No tantas como Heff —dije—, seguramente.

—He dicho que en teoría, y estoy intentando sonar serio —dijo—. Pronto me di cuenta de que no ibas a quedarte para que te volvieran a hacer daño y juré que, en cuanto acabara toda esta farsa, te encontraría y te lo explicaría.

—Pero aún no me has dicho por qué Jasmine está contigo.

—Vale —dijo, inspirando hondo—. Bueno, Candice se ha ido con David y con el retrato.

—¿Y con el retrato?

Esto se volvía cada vez más extraño.

—Sí —dijo—. Digamos que no lo quería a la vista. Tenías razón en que era falso, y cuando descubrí que se había desvivido por conseguirlo para intentar reconquistarte los eché, a él y a ella, de la casa, de los terrenos, de todos los sitios que se me ocurrieron.

—Claro —dije, intentando no sonreír de nuevo—. Ya veo.

Ese era un espectáculo que me hubiera gustado presenciar.

—De todos modos —continuó—, David y Candice se fueron juntos.

—¿Sin Jasmine? —jadeé, dándome cuenta de las implicaciones.

Su madre no la quería. Luke asintió.

—Candice no quería que la acompañara —dijo, haciéndose eco de mis pensamientos—. Jas es solo un inconveniente ahora que tiene toda esta nueva carrera de presentadora de *reality show* en el horizonte. Obviamente, ya no rodará un programa sobre Prosperous Place, pero ha habido muchas otras ofertas.

—¿No me estarás diciendo que de verdad ha dejado atrás a su pequeña? —Tragué saliva y se me llenaron los ojos de lágrimas al pensarlo.

Luke volvió a asentir.

—Pero eso es lo que yo quería —dijo—. Este es el resultado que he estado esperando todo el tiempo. Puedo darle a mi hija una vida hogareña mucho más asentada de lo que Candice jamás podría.

—Pero Jasmine apenas te conoce.

—No te preocupes por Jas —sonrió Luke—. Es la niña más



adaptable que conozco y no olvides que soy su padre. Los dos estamos deseando ponernos al día.

# Capítulo 30

La cena de esa noche fue interesante.

—Deberías sentirte honrado, amigo —le dijo Tom a Luke con un guiño, mientras ayudaba a Jemma a recoger los platos de después de comer—. No saca el servicio Denby y las copas de cristal para cualquiera.

Jemma enrojeció y azotó la parte posterior de las piernas de Tom con el paño de cocina que llevaba colgado del hombro.

—Siéntete libre de ignorar a mi hermano —le dije, intentando aliviar su sonrojo—. Solo está celoso porque nadie le ha pagado nunca una cantidad extraordinaria de dinero por tumbarse semidesnudo en una lancha en Venecia.

—Te informo —rio Tom— de que estamos pensando en hacer uno de esos calendarios de desnudos en el ayuntamiento el año que viene para recaudar fondos para el nuevo centro de ocio.

—Eso retrasará el proyecto unos cuantos años más —repliqué, sacándole la lengua, y me aparté antes de que su mano tuviera tiempo de golpearme la nuca.

—¿Son siempre así? —le preguntó Luke a Jemma, mientras le entregaba su copa de vino vacía.

—Más o menos —dijo con un suspiro—. Parecen retroceder a la infancia después de haber compartido una botella de tinto. Aunque Kate no ha bebido esta noche —dijo llamando mi atención.

—Tom —interrumpí—, ¿por qué no te llevas a Luke a tomar algo al *pub*? Preséntale los encantos de Wynbridge y a algunos lugareños.

—Porque no puedo oír lo último —me dijo Tom—. Y, además, estoy seguro de que Luke preferiría una noche en la que no hubiera posibilidad de que su cara apareciera en los periódicos al día siguiente y que preferiría quedarse aquí con Jasmine, ¿no es así, amigo?

—Lo preferiría, sí —dijo Luke—, pero solo mientras no nos entrometamos.

—Por supuesto que no —dijo Jemma—. Nuestro sofá está a tu disposición todo el tiempo que quieras.

—Y Jasmine puede dormir en el futón de mi cuarto —ofreció con amabilidad Ella, mientras entraba con la extraña habilidad de quien sabe telepáticamente cuándo se ha terminado de limpiar—. Pero solo si ella quiere.

—Estoy seguro de que le encantaría —dijo Luke, esta vez haciendo

que mi sobrina se sonrojara—, gracias, Ella, y gracias por entretenerla esta tarde.

Una vez que los niños se instalaron por fin para pasar la noche, Luke y yo dimos un paseo por el jardín.

—Desde luego, Jasmine parece tomárselo todo con calma —le dije, mientras volvía la vista hacia la casa.

De los tres, ella era la que se había ido a la cama con menos alboroto.

—Como he dicho antes, es la niña más adaptable que conozco —suspiró—. Pero con una madre como la que ha tenido que aguantar, siempre arrastrándola de un lado a otro y cambiándola de casa cada dos semanas, ha tenido que ser así.

—No lo había pensado de esa manera —dije, deslizando mi brazo entre los suyos—. Es muy afortunada de tenerte, Luke.

—¿De verdad lo crees?

—Por supuesto —dije—. Pronto empezará el colegio y necesita estabilidad y seguridad para hacer esa transición.

—Necesita estar rodeada de niños de su edad y no de adultos todo el tiempo —dijo, señalando la casa con la cabeza—. Ella necesita esto.

—¿Qué quieres decir?

—Familia —dijo—. Necesita una familia y niños de su edad con los que jugar y reír.

Después de verla jugar con Noah y reírse con Ella como nunca antes la había oído, supe que tenía razón.

—Sé por lo que me contó Lisa que tienes unas ideas muy fijas sobre cómo deben ser la vida y el amor, Kate —sonrió.

—Ya no son tan fijas —lo corregí suavemente.

—Bueno, eso está bien —dijo—. Porque la vida y el amor pueden ser bastante desordenados a veces.

Sin darme cuenta, me llevé la mano al estómago, pensando que no me estaba diciendo nada que no hubiera descubierto por mí misma, pero no se lo dije.

—Y espero que cambies de opinión sobre lo de que no haya un nosotros, Kate, porque me encantaría que tu familia se convirtiera en la mía. Si te convirtieras en mi familia, la mía y la de Jas.

—¿En serio? —pregunté, mirándolo.

—De verdad —dijo, mirándome fijamente a los ojos—. Quiero que haya un nosotros, Kate. Siempre he querido que hubiera un nosotros, desde el momento en que me tropecé contigo en la calle y luego te pillé merodeando por mi jardín.

Me reí al recordar cómo había acabado cargando con Carole después de que ella se torciera el tobillo y cómo yo había asumido

después que no era más que un cretino llamativo sin profundidad y aún menos alma. Todo parecía haber ocurrido hacía años y no meses. Habían pasado muchas cosas en muy poco tiempo.

—Supongo —le dije, aún perdida en su mirada— que, aunque solo sea eso, la historia entre nuestras dos casas demuestra que debería haber un nosotros, ¿no?

—Exacto —dijo, atrayéndome hacia su pecho.

No me resistí y rodeé su espalda con mis brazos.

—Vente con nosotros mañana —me susurró, besándome la coronilla—. Desaparezcamos los tres y aprendamos a ser la familia que quiero que seamos.

No se parecía en nada a como siempre había imaginado que sería, pero sonaba bien.

—De acuerdo —le dije—. Si eso es lo que quieres, lo haré.

—Lo es —suspiró—, pero ¿es lo que quieres tú?

—Sí —dije—. Lo es. No se me ocurre nada mejor, siempre que estés realmente seguro... No me gustaría confundir más a Jasmine si las cosas no funcionan.

—Funcionarán.

La idea de volver a Nightingale Square, a mi casa, a mis amigos y a Prosperous Place, con Luke y Jasmine, me llenaba el corazón de alegría.

Mientras estaba de pie, contenta y segura en el abrazo de Luke, una parte de mí pensaba que era la oportunidad perfecta para contarle lo del bebé, pero no me atrevía a hacerlo. Aún necesitaba vivir con la noticia un poco más antes de compartirla con nadie, ni siquiera con él.

—Funcionarán —volvió a decir.

—En ese caso —le dije—, nos iremos mañana a primera hora, y te ayudaré a localizar el retrato de Edward aunque sea lo último que haga.

Cuando volvimos a la casa esa noche y les explicamos a Jemma y Tom que nos iríamos juntos a la mañana siguiente, mi hermano se apresuró a señalar que no teníamos dónde quedarnos y que, fuéramos donde fuéramos, seguro que alguien reconocería a Luke.

—Ya sé dónde pueden ir —había anunciado Jemma, levantándose de un salto para coger su teléfono.

Siempre resolutiva, había llamado a su amiga Amber, de Skylark Farm, y nos había reservado una semana en su pequeño chalé de estilo *vintage*. Estaba escondido en los límites de la granja y Luke, Jasmine y yo pasamos allí una semana juntos, disfrutando del buen tiempo, jugando y sentando las bases de una relación sólida. Jasmine era tan

adaptable como Luke había dicho, y no había olvidado cómo le había preparado un pequeño jardín para ella sola.

—Cuando lleguemos a casa —le dije—, puedes hacer otro.

—¿Con plantas de verdad? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Y flores de verdad.

Se levantó de un salto y me echó los brazos al cuello, y supe que la vida con mi pequeña familia ya formada iba a funcionar a las mil maravillas. Luke había intentado disipar mis temores de que las cosas iban demasiado deprisa para dos personas que solo se conocían desde hacía unos meses, pero fue el afecto sin reservas de Jasmine lo que finalmente disipó mis temores.

Durante esa semana pensé en hablarle del bebé todos los días, pero no lo hice. Al no compartir dormitorio, no tuvo la oportunidad de notar el cambio en mi figura, y al verlo tan relajado y centrado en Jasmine, no creí que fuera justo desviar su atención de nuevo hacia mí. Aún era pronto, así que tenía tiempo de sobra para hacerse a la idea.

Fue emocionante viajar de vuelta a Norwich en el coche de Luke con Jasmine atada en la parte de atrás, jugando con las muñecas que Ella amablemente le había dado cuando todos aparecieron en la casa de campo para despedirnos. A medida que avanzábamos por la A47, mi mente se distraía y me emocionaba pensar que éramos una pequeña unidad, como millones de personas, que se dirigía a casa después de ponerse al día con la familia y los amigos.

Era lo que siempre había soñado, aunque la niña de atrás no era mi hija, el hombre que iba a mi lado no era mi marido y las casas a las que volvíamos estaban separadas por una carretera y un pedazo de hierba comunal. Desde luego, no era el cuento de hadas que había perseguido durante toda mi vida adulta, pero me sorprendí a mí misma pensando que, a pesar de todo, era perfecto, real y mío.

Dejé escapar un suspiro de satisfacción mientras entrábamos en la plaza. Todo parecía diferente. La hierba era más alta, los árboles estaban más llenos y la suave brisa cálida que me envolvió las piernas cuando abrí la puerta del coche me hizo pensar que el verano había llegado pronto a nuestra acogedora parcela urbana de Norfolk.

—¿Quieres entrar? —le pregunté a Luke una vez que hubimos descargado mis maletas en el pasillo.

—Mejor que no —dijo con un movimiento de cabeza hacia el coche, donde Jasmine estaba profundamente dormida, con las muñecas aún pegadas a su pecho—. Debería llevarla a casa y comprobar que Violet y Dash se han portado bien con Carole.

Supuse que a mi entrometida pero bienintencionada vecina le había encantado que le pidiera que se encargara de cuidar la casa mientras él venía a buscarme a Wynbridge. Le había dado literalmente las llaves del castillo.

—De acuerdo —asentí—. Quizá te vea mañana.

—Seguro que me verás mañana —sonrió, besándome en la mejilla y haciendo que me temblaran las rodillas en el proceso—, y al día siguiente y al siguiente.

Seguía diciéndolo mientras se alejaba y yo me agachaba para recoger el correo de la alfombrilla, riéndome de su tonta actuación. Después de abrir todas las ventanas y prepararme una taza de té —todavía podía tomar bebidas calientes solo en pequeñas dosis—, me senté en el jardín trasero, ignorando las malas hierbas y el césped que necesitaba una poda, y miré las cartas, las facturas y el inevitable reciclaje que habían llegado en mi ausencia.

Había una carta de David que resultó de lo más entretenida. Se disculpaba profusamente por el fiasco del retrato y me rogaba que no me enfrentara a Charlie porque sería malo para los negocios futuros perder «este contacto tan útil». Y todo este tiempo me había hecho la ilusión de que era amigo de Charlie. ¿Las estafas de mi ex no tenían fin? Me sentí muy agradecida por haberme quitado por fin las gafas de color de rosa y, en consecuencia, apenas hojeé la parte de la carta en la que explicaba por qué había hecho piña con Candice. Me hizo más gracia que pensara que me importaría y se sintiera obligado a darme una explicación.

Cuando acabé, dejé la carta y el sobre a un lado sin molestarme ni en arrugarlos, y me bebí el té poco a poco. Por fin me sentía libre de David y de mi matrimonio. Había pensado que mudarme de Londres el octubre anterior y aceptar la soltería me habría ayudado a deshacerme de los grilletes, pero Lisa tenía razón. No era el tipo de persona que podía estar felizmente soltera. Había tenido que enamorarme de nuevo para liberarme de verdad. Estaba tan absorta en este asombroso pensamiento que no oí el timbre y solo levanté la vista cuando unos pasos que se acercaban llamaron mi atención.

—¡Has vuelto! —sonrió Heather—. ¡Por fin!

—Heather —dije, saltando para darle un abrazo—. Te he echado mucho de menos. ¿Dónde está Lisa?

—Merodeando por alguna parte de la casa —le espetó—. Esperando a ver si es bienvenida.

—¿Qué? —dije, mirando por encima de su hombro porque creía que estaba bromeando, pero no había ni rastro del tercer mosquetero.

—No quería venir —dijo Heather, poniendo los ojos en blanco—.

Cree que, como no has estado en contacto desde que Luke salió a buscarte, está castigada.

—¿De verdad le preocupa que me enfade por haberle contado a Luke lo de David?

Heather asintió y yo negué con la cabeza.

—¡Saca tu culo de ahí, señora! —la llamé.

El rostro solemne de Lisa apareció rápidamente por el lateral de la casa. Nunca la había visto tan vulnerable y avergonzada. No le sentaba bien y me apresuré a darle un abrazo para que supiera que todo estaba perdonado.

—Entonces, no me vas a echar de aquí —dijo, llorosa, cuando por fin la solté— ni a envenenar mi té.

—No —le dije—. Pero, si tanto te preocupa, puedes hacerte tu propio té.

Detrás de nosotras, Heather se rio.

—Solo se lo dije a Luke porque estaba en un estado deplorable —prosiguió Lisa, alisando un gran sobre que llevaba y que mi entusiasta bienvenida había arrugado—. Pensó que te había perdido para siempre, sobre todo cuando no llamaste ni enviaste ningún mensaje. Pensé que, si le explicaba lo que habías pasado con David, entendería por qué habías desaparecido…

Su voz se entrecortó y me pregunté qué diría y haría si supiera la razón por la que me había ido a casa a descansar. Aunque tampoco había descansado mucho.

—¿Qué? —preguntó cuando se dio cuenta de que había desconectado.

—No es nada —dije, sacudiendo la cabeza. La primera persona a la que tenía que contarle lo del bebé era Luke—. Todo va bien.

—¿Y Luke y tú sois una pareja ya? —preguntó Heather—. ¿Habéis estado juntos toda esta semana?

—Sí —suspiré soñadoramente—, ahora somos pareja. Una pareja muy feliz, y sí, estamos juntos desde el día que se fue de aquí.

Heather dio una palmada y Lisa soltó un largo y lento suspiro, con los ojos brillantes de lágrimas.

—Venga —les dije—, dejad que prepare una bebida sin veneno, y luego puedes enseñarme lo que tienes en ese sobre.

Porque fuera lo que fuera lo que Lisa había traído consigo, estaba claro que era importante.

—Bueno —dije, dejando la bandeja sobre la mesa del jardín, y me puse a repartir tazas y galletas—. ¿Qué tienes ahí?

Lisa se sonrojó y Heather soltó un gritito y volvió a aplaudir.

—¿Seguro que estamos bien? —preguntó Lisa.

Estaba muy seria y me sentía culpable por no haberle enviado un mensaje para allanar el camino antes de volver.

—De verdad, todo está bien —le dije, y luego añadí con un guiño —, pero no te olvides de beberte todo el té.

Sonrió y asintió mientras Heather se asomaba cautelosamente por el borde de su taza.

—Venga —insistí, quitándome de encima la intriga—, ¿qué pasa con esos papeles?

—Bueno —empezó Lisa, sentándose más erguida y sacando con cuidado un pequeño montón de folios—. Sabes que he estado pensando en buscar trabajo.

—Sí —dije, tratando de leer al revés la parte superior de la primera página—. ¿Has encontrado uno?

—Tal vez —dijo—, pero puede que no sea lo que esperas.

Todo esto era muy críptico. Miré a Heather, que seguía sonriendo como una loca.

—Y sabes que John me dijo que siguiera a mi corazón —soltó—. Lo siento, lo siento. —Soltó una risita, tapándose la boca con la mano para no decir ni una palabra más.

—Sí —dije, recordándolo—. Dijo algo parecido el día que me ayudó a mover los muebles.

Heather golpeó impaciente la mesa con la mano libre, animando a Lisa a ir al grano antes de que estallara.

—Vale —dijo Lisa—, no te rías.

Sacudí la cabeza. No tenía intención de reírme de ella.

—Siempre he querido ser escritora —se apresuró a decir.

Vi que su cara se ponía cada vez más roja y me di cuenta de que no era algo que hubiera dicho en voz alta muy a menudo. De hecho, por la forma en que le temblaba la voz, imaginé que lo que me estaba contando era un deseo largamente guardado pero muy secreto.

—Tengo docenas de cuadernos en casa —continuó—, repletos de ideas para historias y retazos de conversaciones.

—He visto algunos de ellos —estalló de nuevo Heather.

—Y, cuando le dije a John que iba a buscar trabajo en un supermercado o algo así, me dijo que primero tenía que intentar escribir. Me dijo que enviara algo que hubiera escrito a una revista o a un concurso.

—De acuerdo —dije, acercándome al borde de mi asiento para ver bien los papeles que escondía a medias.

—Así que lo hice —dijo, con una sonrisa dibujándose en su rostro —. Cogí un ejemplar de una de las revistas de famosos hace unas

semanas…

—Era una de las que tenían a Candice en la portada —añadió Heather—. Llevaba tiempo preparando su campaña mediática antes de aparecer por aquí, por lo visto.

—Y resulta que ahí había un concurso de relatos cortos —continuó Lisa, cortándola—. Estaba ridículamente cerca de la fecha límite, pero tenía algo que pensé que podría gustarles, así que pensé «Qué demonios» y lo envié.

—¿Y? —le pregunté, animándola a seguir.

—¡He entrado en la maldita lista de preseleccionados! —chilló, su emoción por fin igualaba la de Heather mientras me ponía delante de las narices una copia impresa del correo electrónico de confirmación.

—¡Dios mío, Lisa! —le contesté con un chillido—. Eso es fenomenal.

—Dile cuál es el primer premio —dijo Heather, sacudiendo la cabeza.

—Las tres mejores historias se publicarán en la revista —me dijo Lisa con los ojos brillantes—. Pero el ganador consigue un contrato para publicar en libro electrónico con una editorial de primera.

No sabía qué decir. La situación me había dejado literalmente sin aliento. Lisa me miró y supo exactamente cómo me sentía.

—Lo sé —dijo ella—. Es una locura, ¿verdad? Aunque no llegue más lejos, la historia se publicará en la revista.

—Llegarás muy lejos. —Heather le dio un codazo—. Vas a ganar, Lisa, lo sé.

—John lleva años diciéndome que no debería renunciar a mi sueño, pero con los niños y todo eso nunca tuve tiempo de convertirlo en una prioridad.

—No sé qué decir —le dije—. Todo esto es increíble.

—Lo sé —resopló, con las lágrimas corriéndole por la cara—. Te dije que sería la siguiente en acabar lloriqueando, ¿no?

—Creo que esto requiere algo más efervescente que el té —inspiró Heather junto con ella.

—Estoy de acuerdo —dije.

Hasta que lo dije no me di cuenta de que lo más efervescente que iba a beber durante el año siguiente era limonada.

—Yo no puedo, como es obvio —dijo Heather, acariciando su bulto suavemente redondeado—, pero vosotras dos sí.

—No —dije reaccionando con rapidez—. Mejor no. Dejémoslo para el día en que se anuncie a Lisa como ganadora.

Para entonces, con un poco de suerte, ya habría tenido la oportunidad de contarle a todo el mundo lo del bebé.

—Eres optimista, ¿verdad? —Lisa suspiró, mirando con nostalgia el correo electrónico.

De repente, ya no parecía tan emocionada.

—Bueno —dije, tendiéndole la mano a través de la mesa—, ya sabes cuánto me han gustado siempre los finales de cuento de hadas.

# Capítulo 31

La sorprendente noticia de Lisa fue la guinda de mi regreso a casa y, cuando al día siguiente me aventuré a ir al jardín, fue un placer ver que todo era de color de rosa también en ese lado del camino.

—Kate —dijo Mark, dejando caer la regadera, y se acercó corriendo cuando atravesé la verja—. Pensábamos que te habías ido para siempre.

Me dio un abrazo y luego dio un paso atrás.

—Solo he estado fuera un par de semanas y, además, ¿cómo iba a irme? —me reí—. Mira este lugar. Es increíble.

—Algunos de los guisantes dulces ya están listos para recoger —me dijo—. Y huelen que es una delicia. Graham dice que han crecido tan bien porque las paredes mantienen el calor al final del día. El calor extra ha hecho que todo vaya de maravilla.

—Ya lo veo —suspiré, feliz.

El lugar parecía realmente el paraíso. Ni siquiera un gran jardín amurallado de una casa de campo como Wynthorpe Hall habría podido igualar nuestros esfuerzos. Todo tenía un aspecto exuberante y saludable, y eso se extendía tanto a las personas como a las plantas. Últimamente había habido muchas iniciativas nacionales para animar a la gente a salir al aire libre y moverse un poco más y, si había alguna duda sobre los beneficios de cualquiera de estas sugerencias, un viaje a nuestro pequeño huerto y una mirada a las caras de la gente implicada bastarían para aplastar cualquier recelo.

—De todos modos —Mark frunció el ceño—, ¿estás bien?

—Mejor imposible —le dije.

Me había tomado una taza de café y me sentía mucho más como siempre.

—Solo que pareces distinta —continuó, mirándome más fijamente.

—Distinta —me reí, apartándome un poco—. ¿Qué quieres decir?

—No lo sé —se encogió de hombros—, no podría asegurar nada, solo pareces diferente, sobre todo alrededor de los ojos.

—Es un alivio —dijo Luke.

No lo había oído entrar detrás de mí.

—Por fin las cosas se están asentando como deben ser —añadió.

—Podría ser —acepté.

—Sé que es por eso —sonrió Luke—. Después de todo lo que hemos pasado en las últimas semanas, esta paz y tranquilidad parecen

el paraíso terrenal. Así es más o menos como soñé que serían las cosas cuando me dijisteis que queríais un espacio de cultivo propio y me di cuenta de que podía hacerlo realidad.

Justo a tiempo, Molly, Jasmine y los chicos de Rob entraron por la puerta, rociándose unos a otros con pistolas de agua superempapadoras y chillando de risa.

—¿Lo es? —le pregunté a Luke por encima del repentino barullo —. ¿Es esto lo que en realidad tenías en mente?

—Bueno —sonrió—, casi.

Nuestras miradas se cruzaron, solo por un segundo, y me pregunté si él pensaba que yo tenía un aspecto diferente. Me preguntaba cómo reaccionaría cuando le contara lo del bebé.

—Será mejor que siga con el riego —dijo Mark—. Y asegurándome de que los niños no se dejan llevar y les echan un chorro a las gallinas. Ayer estuvo muy reñido.

No pude evitar reírme.

—No podemos permitir que estropeen su puesta —añadió con picardía—. Es genial tenerte en casa, Kate.

—¿Has oído eso? —le pregunté a Luke, mientras Mark se alejaba.

—¿Qué?

—Mark —dije—. Ya considera este sitio como su hogar.

—Bien —sonrió Luke—. Así es como quiero que se sientan los residentes de Nightingale Square. Sé que así es como papá habría querido que se sintieran también, si hubiera llegado hasta aquí.

—Tu padre estaría orgulloso de ti, Luke —le dije—. Has respondido con creces a las preguntas que no tuvo tiempo de hacer.

—Gracias, Kate —sonrió, mirando de nuevo a su alrededor—. Creo que incluso Charles Wentworth estaría contento con este arreglo, ¿no? Lo que creó en esta parte de la ciudad fue su regalo al mundo, o a los que vivían cerca y trabajaban para él al menos, y ahora es mi momento y mi turno de compartir lo que queda de su legado con la comunidad.

Otra vez esa palabra. Por alguna razón «regalos» seguía apareciendo en mi cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó Luke.

—Sí —dije—, estoy bien.

Mi mente había revoloteado hacia las cartas que habían ido y venido entre la casa de Luke y la mía, y la mención de los «regalos» me hizo preguntarme dónde habrían ido a parar las demás cosas que creíamos que habían pasado entre las dos propiedades, suponiendo que realmente las hubiera habido, claro.

—¡Jasmine! —llamó Luke a su hija—. Ven y cuéntale a Kate

dónde hemos estado hoy.

La niña abandonó su pistola de agua y, secándose rápidamente las manos en el vestido, corrió hacia nosotros.

—Hemos ido al cole —me dijo, entusiasmada.

—¿Al cole? —reí.

—Sí —asintió—. El que está calle arriba. Voy a ir allí después del verano, pero la señorita me ha dicho que ahora puedo ir por las mañanas si quiero. Para que me acostumbre.

—¿Y quieres? —pregunté, esperando que dijera que sí.

—Claro que sí —me dijo como si le estuviera haciendo la pregunta más ridícula del mundo—. ¡Tienen una mesa de agua *y* otra de arena en clase!

Luke me miró y sonrió.

—Eso ha sido decisivo —me dijo.

—No me sorprende —dije seriamente—. Una mesa de agua y una mesa de arena, eso es demasiado bueno para perdérselo.

—Eso es lo que he dicho yo —rio Jasmine, deslizando su mano entre las mías—. ¿Vendrás con nosotros por la mañana, Kate?

—Ah —dije, con la palabra atascada en la garganta—. No sé.

—Por favor —dijo ella—. Quiero que Luke y tú me llevéis.

Miré a Luke en busca de alguna indicación sobre cuál debía ser mi respuesta.

—No piensa más que en ello —dijo roncamente—. Lleva preguntando desde que volvimos y, como te dije en la granja, no tiene sentido perder el tiempo ahora que hemos encontrado el camino de vuelta el uno al otro.

—En ese caso —sonreí, poniéndome en cuclillas para mirarla—, sería un honor acompañarte.

Sin dudarlo un instante, se arrojó a mis brazos y me besó la mejilla.

—Gracias, Kate —sonrió, antes de salir corriendo de nuevo a recoger la pistola de agua, que era casi tan grande como ella.

—Es tu segunda mayor admiradora —dijo Luke, tirando suavemente de mí para ponerme en pie.

—¿Tú crees?

—Sin duda alguna —dijo—. Y, por favor, no te preocupes por que las cosas vayan demasiado deprisa, Kate, ya sabes que siempre ha habido ese vínculo especial entre tu casa y la mía.

—Desde luego que sí —sonreí—. Ahora vamos, Mark me ha prometido guisantes dulces.

Por más que intentaba quitármelo de la cabeza, no podía dejar de

pensar en los «regalos» y en ese «vínculo especial» entre Prosperous Place y mi casita de Nightingale Square, pero, por más que me acercaba al enigma, no conseguía descifrar la respuesta a lo que había ocurrido con el retrato desaparecido. Así que, para salvar mi cordura, decidí distraerme continuando con las reformas de mi casa, empezando por arrancar la moqueta del comedor, que me provocaba migrañas.

—Espera hasta que llegue —me había dicho Lisa cuando le conté mis planes—. Te echaré una mano y, si John está por aquí, le engancharé también.

A pesar de las órdenes de Lisa, decidí seguir adelante sin ellos, decidida a desterrar los remolinos de mi vista lo antes posible. Para mi sorpresa y alivio, la alfombra se levantó con razonable elegancia y bajo ella, para mi asombro, descubrí lo que parecía una trampilla. Cuando compré la casa, no se había mencionado la existencia de sótanos, pero sin duda había algo bajo tierra.

Dudé un segundo —Tom me había hecho ver demasiadas películas sangrientas cuando éramos pequeños y siempre acababan bajo tierra— antes de arrodillarme para ver qué podía necesitar para abrir la puerta.

Al final, con la ayuda de una gran cuchara metálica de la cocina, la madera cedió con un chirrido ensordecedor digno de una película de terror, y aparecieron unos empinados escalones de piedra que descendían hacia la oscuridad. En contra de mi buen juicio, que me decía que esperara a mis amigos, y guiada por la linterna de mi teléfono, bajé con cautela.

Un rasguño furtivo procedente de algún lugar profundo me hizo chillar, perdí momentáneamente el equilibrio y dejé caer el bastón de jardín alrededor del cual había enrollado un trapo en lugar de un cepillo de telarañas. Me llevé la mano al pecho mientras me tomaba un momento para calmar los nervios y el ritmo cardíaco, y decidí volver a subir a la luz y explorar el sombrío lugar cuando llegaran los refuerzos. Me giré para subir los escalones, que eran mucho más profundos de lo que esperaba, cuando el haz de luz de mi teléfono captó algo brillante en la esquina más alejada.

—¿Lisa? —volví a gritar al comedor, con la esperanza de que respondiera, pero no hubo respuesta—. ¿John?

Con cautela, seguí adelante. Recorrí el espacio con el móvil, iluminando cada rincón con la luz, para asegurarme de que no había ningún bicho esperando para saltar y atraparme. No sé lo que habría hecho si lo hubiera habido, por supuesto, pero, a pesar de todo, la búsqueda calmó un poco mis tontos nervios.

Más allá de una pequeña mesa con una pata rota y algunos tablones apilados, no parecía haber mucho más, pero lo que había estaba cubierto de telarañas pegajosas y una profunda capa de polvo. No quería tocar ni mover nada porque sabía que empezaría a toser y el eco de mis pasos ya era bastante espeluznante como para añadir mi asfixia a la inquietante y húmeda atmósfera.

Respiré hondo y con valentía, y me alejé del relativo santuario de mi ruta de escape hacia lo que fuera que había captado mi atención.

—Bueno, estaré… —murmuré al descubrir una lata, mucho más grande que la que había en el armario del dormitorio, junto con algo cubierto con un trapo apoyado contra la pared.

Aparté la tela con cuidado. Era fina y frágil y se rasgaba cuando se enganchaba contra los bordes que estaban presionados contra la pared, pero no me preocupaba demasiado dañar un mantel viejo. Me interesaba más lo que había debajo.

Con cuidado, me arrodillé en el suelo polvoriento y, con mi teléfono al lado, intenté mover los marcos de lo que solo podían ser cuadros en la escasa luz para poder verlos mejor. Resultaba difícil maniobrar con ellos, pero a través de la suciedad de las fundas protectoras pude distinguir que había un cuadro de Prosperous Place, otro de la plaza, con la fábrica y las casas adosadas y, alegría de las alegrías, un retrato de un hombre joven y apuesto con una familiar cabeza de rizos oscuros.

—¡Sí! —chillé, intentando no respirar el aire polvoriento que mis movimientos habían levantado—. ¡Sí, sí, sí!

Por un momento me olvidé de que estaba sola en el mugriento sótano y en mi mente imaginé los tres retratos, limpios, restaurados y colgados en sus legítimas posiciones de vuelta en Prosperous Place. Este hombre —lo supe al acercarme— era Edward, sin duda era él, pero solo tuve unos segundos para admirar el parecido entre él y mi amado antes de que la linterna de mi teléfono se apagara sola.

—Mierda. —Tragué saliva, alargando la mano para darle una pequeña sacudida e intentando pulsar lo que creía que era el botón del lateral que lo volvería a encender—. Mierda.

Me quedé sentada el tiempo suficiente para que la situación empezara a asustarme y decidí moverme antes de que los nervios me dominaran por completo y me quedara clavada en el sitio y atrapada para siempre. Con mucho cuidado, apoyé los cuadros en la pared tal y como los había encontrado y, metiéndome el teléfono inservible en el bolsillo, me puse en pie a duras penas.

Extendí las manos ante mí, aunque sabía que no había nada que pudiera pisar, y me dirigí despacio hacia los escalones. Parecía que

tardaba una eternidad, pero por fin mis manos tocaron la escalera y pude ver la luz del comedor de arriba.

—¡Lisa! —volví a llamar, pero seguía sin haber respuesta.

Levanté el pie para iniciar el ascenso y sentí que algo peludo me rozaba la mano y oí un chirrido claro alrededor de mis pies. ¿Dónde estaban Violet y Dash cuando los necesitaba? Aplaudí para ahuyentar al ratón y a sus amigos e ignoré la voz de mi cabeza que decía que era más probable que se tratara de una rata, toda una hueste de ellas, todas esperando para darse un festín con algún incauto que hubiera entrado en sus dominios privados.

Aplaudí más fuerte y, en mi creciente pánico, intenté subir los escalones de dos en dos, pero fracasé y caí con un aullido, aterrizando de nuevo en el fondo con un fuerte golpe. Me senté hecha un ovillo, mareada y aturdida, aterrorizada de que la caída le hubiera hecho daño al bebé.

—¡Kate!

Era Lisa.

—Estoy aquí abajo —intenté gritar, pero mi voz no parecía tener fuerza.

Se oyó ruido en el comedor, luego pies en las escaleras.

—Está aquí abajo. —Estaba segura de que era John—. No pasa nada —me dijo, sonando de repente más cercano cuando empecé a sentirme débil—. Te tengo.

Cuando abrí los ojos a regañadientes, fruncí el ceño contra la claridad y me tomé un momento para sopesar el resultado de lo que podría haber ocurrido antes de volver a cerrarlos. O estaba muerta y estas eran las luces brillantes del cielo, o estaba en el hospital, sana y salva y recibiendo cuidados en un lugar mucho más terrenal.

*Pero ¿y el bebé?*

—Pero ¿qué pasa con el bebé?

¿Lo había dicho en voz alta? Y, si lo había hecho, ¿qué le había pasado a mi voz? ¿Me había cambiado de sexo?

—No se preocupe, señor Lonsdale —fue la respuesta—, estamos seguros de que el bebé está bien y la mamá también, pero para estar seguros hemos pedido una ecografía para más tarde.

—Vale, gracias.

Sentí la cama hundirse a mi lado y, cuando volví a abrir los ojos, Luke estaba sentado en una silla con la cabeza apoyada en las mantas. Levanté la mano, que parecía pesar una tonelada, y acaricié sus rizos desordenados. Se incorporó disparado.

—Hola —dijo—. Estás despierta.

Cambió la silla por la cama y tomó mi mano entre las suyas.

—¿Qué ha pasado? —grazné.

Sentía los labios y la garganta secos, como si llevara un mes sin beber.

—Te desmayaste —dijo en voz baja—, en tu sótano.

—¿Me golpeé la cabeza? —Contuve el aliento y me llevé las manos a la tripa.

—No —sonrió Luke—, John te cogió, pero tardaste un rato en volver en ti y luego te desmayaste otra vez, así que estás aquí por precaución.

—Vale —dije, soltando un largo y lento suspiro.

—No podemos permitir que os pase nada ni a ti ni al bebé —sonrió—, ¿verdad?

—¿Cómo sabes lo del bebé? —susurré—. No se lo he dicho a nadie.

No podía creer que ya lo supiera. No era así como había planeado darle la noticia, obviamente, pero al menos sonreía.

—Lisa —dijo.

Sacudí la cabeza.

—No se lo he dicho a Lisa.

—Cogió tu bolso para llevarlo al hospital.

Seguía sin entenderlo.

—¿Estás seguro de que no me golpeé la cabeza? —pregunté—. Porque nada de esto tiene sentido para mí.

—Estaba buscando tu teléfono —explicó—. Así lo tendrías aquí contigo cuando despertaras.

Recordé que me lo había llevado a las profundidades conmigo.

—Estaba en mi bolsillo —dije, sacudiendo la cabeza.

—Pero había una prueba de embarazo envuelta en tu bolso —dijo—, una prueba de embarazo positiva.

Por supuesto. Por desagradable que pudiera parecer, no me había atrevido a tirarlo. Era la única prueba tangible que tenía de que realmente había un bebé.

—Lo tenía todo planeado —resoplé, con las lágrimas amenazando con apoderarse de mí—. Por fin había pensado cómo iba a decírtelo.

Luke asintió. Seguía sonriendo y me cogía de la mano.

—Y desde luego no ha pasado así.

Esta ridícula situación era una lección más del plan de estudios «la vida no siempre sale como uno espera» con el que había estado lidiando desde que había llegado a Nightingale Square. Era otro lío en lo que estaba resultando ser una fila bastante larga de ellos.

—Seguro que no —rio Luke, apretándome la mano con más fuerza

—. Pero, para que conste, en caso de que te lo preguntes, estoy en una nube.

—¿Sí? —pregunté—. ¿De verdad?

Otro lío con resultado positivo, entonces. Lisa estaría encantada.

—Claro que sí, y antes de que digas nada más, Lisa ya me ha explicado lo escasas que eran las probabilidades de que te quedaras embarazada.

Sentí que el color me volvía a la cara al darme cuenta de que lo sabía todo sobre el legado que había dejado la aventura de David.

—Así que —añadió, pasando por alto lo que podría haber sido un momento incómodo—, esto demuestra que tú y yo estamos hechos el uno para el otro, Kate.

—Como si necesitáramos más pruebas —sonreí tímidamente.

Mi certeza sobre nuestra relación había ido creciendo y fortaleciéndose desde el momento en que lo vi de pie en el Cherry Tree Café con Jasmine en brazos, y su reacción al enterarse de lo del bebé no me dejaba ninguna duda de la fuerza de sus sentimientos por mí y los míos por él. Sentimientos que una vez creí haber agotado en David y que nunca podrían reponerse. Menos mal que me había equivocado.

—Sé que prácticamente te robé ese aguacate el día que nos conocimos, y que durante un tiempo pensaste que era un idiota superficial que no tenía el cerebro suficiente para igualar su fuerza muscular.

—Yo no diría tanto —lo interrumpí.

—Pero yo te quiero, Kate —continuó, clavándome su hermosa y profunda mirada castaña—. Estoy enamorado de ti desde el día de San Valentín.

Recordé que se había quedado sin palabras cuando me quité el abrigo aquella tarde. ¿Era ese el momento en que cupido lo había golpeado?

—Yo también te quiero —le dije.

—Y, al fin y al cabo —dijo, antes de besarme las manos y luego la cara—, ¿quién podría pedirle a la vida algo más que ser amado?

# Epílogo

Teniendo en cuenta todo lo que había ocurrido en, alrededor y a causa del maravilloso jardín de Prosperous Place, era lógico que la fiesta de verano de ese año tuviera lugar entre sus muros, en lugar de en el parque de la plaza. Todo el mundo, incluida mi familia de Wynbridge, estaba invitado. Las celebraciones comenzaron a primera hora de la tarde, cuando nos agolpamos en la sala de arriba para ver por segunda vez —pero sin duda alguna, la auténtica— cómo colgaban los retratos.

—Es casi como mirarse en un espejo —me había dicho Luke cuando Edward, junto con los otros dos cuadros, regresaron de los restauradores, quienes habían limpiado y reparado algunos pequeños daños en los marcos—. Incluso yo puedo ver que el parecido es asombroso ahora.

—Con la única diferencia de que nuestra historia de amor está destinada a tener un final mucho más feliz que la de Edward y Abigail —le recordé.

—Es verdad —dijo, abrazándome y respirando hondo.

—Pero supongo que nunca averiguaremos realmente cómo o por qué el retrato llegó a mi viejo sótano —suspiré.

En la otra lata que se había encontrado junto con las obras de arte no había aparecido ninguna pista, y Harold le había dado a Luke todo lo que conservaba, pero allí tampoco había ninguna información extra.

—Todavía podemos —dijo Luke, besando la parte superior de mi cabeza—. Estoy seguro de que tenía algo que ver con Doris o tal vez con sus padres, y nunca se sabe, puede que este lugar aún guarde algunos secretos.

—Bueno —dije con un pequeño escalofrío—, ni se te ocurra pedirme que mire en el sótano. Ya he tenido bastante de eso por el momento, muchas gracias.

Edward parecía muy orgulloso de estar por fin en casa, y todos brindamos en su honor antes de volver a salir. Por muy emocionante que fuera el momento, no pude evitar que mis pensamientos se tiñeran de una pizca de tristeza al pensar en Charles y su esposa y en lo desolados que debieron estar al ver desmoronarse el imperio benéfico que tanto les había costado crear. Era un recordatorio oportuno, aunque no necesitara otro, de que no importaba lo bien que lo

hubieras planeado, no importaba lo rectas y organizadas que tuvieras las cosas: cuando la vida te sorprendía, no había vuelta atrás.

Era increíble pensar que hacía poco menos de un año me había mudado a la plaza esperando abrazar la soltería y resignarme al hecho de que mi «felices para siempre» se había perdido para siempre, y ahora estaba locamente enamorada, iba a tener un bebé, me había mudado y trabajaba como administradora de la propiedad del edificio cuya historia me había tentado a venir aquí al principio.

—¿Estás bien? —preguntó Luke—. ¿Necesitas tumbarte o descansar? Te han metido prisa preparándolo todo para hoy.

—Todos nos hemos esforzado —le recordé con una sonrisa—. Pero no, no te preocupes. Estoy bien. Estoy deseando que llegue la fiesta.

Todo el mundo estaba reunido alrededor de la mesa del jardín, igual que en Pascua, solo que ahora parecía haber mucha más gente y la mesa estaba adornada con tarros llenos de fragantes guisantes dulces que todos habíamos cultivado.

—Sé —empezó Lisa, sonando inusualmente nerviosa al iniciar su discurso—, que solo un par de los aquí presentes sabrán de qué estoy hablando, pero… —se detuvo y respiró hondo mientras Heather y yo intercambiábamos miradas—, ¡he ganado!

—¿El concurso de relatos? —chilló Heather.

—Sí —sonrió Lisa, dando palmas—, ¡he ganado!

Los aplausos, los gritos y los vítores que resonaron en las paredes fueron un maravilloso testimonio de lo mucho que querían a mi amiga, pero ella parecía un poco confusa cuando todos se unieron a ellos.

—¡Todos lo sabíamos! —le gritó Luke al otro lado de la mesa—. John nos lo dijo.

Se volvió para mirar a su marido.

—Te dije que lo mantuvieras en secreto —lo regañó sin dejar de reír—. No quería que nadie lo supiera por si no lo conseguía.

John la levantó y la hizo girar.

—Nunca tuve ninguna duda de que ganarías cuando me dijiste que estabas en la lista de finalistas —respondió riendo—. Llevo años diciéndote que te pongas a ello.

—Lo ha hecho, mamá —intervino Tamsin—, y todos los años Papá Noel te compra un cuaderno nuevo, así que no es como si no hubieras tenido nada en lo que escribir.

Lisa negó con la cabeza.

—¿Y qué pasa ahora? —le pregunté.

—La semana que viene iré a Londres —se sonrojó—, para una recepción con champán y una presentación, y para firmar el contrato.

¡No me lo puedo creer! No tengo nada que ponerme.

Le prometí que iríamos de compras el fin de semana y luego le tocó a Heather compartir sus noticias. Glen sacudió a Evie en su regazo y miró con cariño a su mujer, que esperaba pacientemente a que se calmara un poco el furor.

—Si vas a decirnos que estás embarazada —exclamó Mark—, ya lo hemos adivinado.

Heather le sacó la lengua, haciendo reír a Archie y a Jasmine, y se pasó una mano por su pronunciado bulto.

—Soy muy consciente de que sabéis que estoy embarazada, gracias, Mark —dijo—, pero lo que no sabéis, y no os lo hemos dicho a todos antes porque nosotros mismos nos hemos ido haciendo a la idea, es que esperamos gemelos.

Tardamos un momento en asimilar sus palabras, y entonces empezaron de nuevo los aplausos.

—No tenemos ni idea de cómo vamos a arreglárnoslas —dijo Glen, sacudiendo la cabeza.

—Sobre todo ahora que nuestra niñera de enfrente está a punto de emprender su carrera como novelista de fama mundial.

—Pero estoy seguro de que saldremos adelante —añadió Glen, nervioso.

—Bueno, sé que a veces parezco un poco pesada —dijo Carole, apresurándose a tranquilizarlos—, pero estoy al lado y de verdad me encantaría ayudar cuando tu madre no pueda venir.

Después de verla jugando con los pequeños en el jardín, pensé que a Carole le habría gustado tener hijos. Nunca me pareció apropiado preguntarle por qué no lo había hecho, pero me alegró ver que Heather le daba un abrazo y sonreí cuando Glen le entregó a Evie para que la abrazara.

Rob compartió entonces la noticia de que él y los chicos pronto se mudarían con su compañera Sarah y su hijo, que se habían unido a nosotros por primera vez aquel día —y fuera de las garras casamenteras de Carole, añadió más tarde en un aparte para mí—. Este anuncio fue recibido con asombro al principio y luego con muchas risas cuando explicó que la había mantenido en secreto durante tanto tiempo por miedo a que la asustáramos.

Una vez que se calmaron las risitas, Neil anunció que iba a dejar su empresa y montar su propio negocio. Decidido a no quedarse atrás, Harold nos sorprendió a todos contándonos que se había enamorado de una mujer llamada Gladys a la que había conocido en el Centro de Día. Causó un nuevo revuelo al explicar que la acompañaría al fin de semana de los Golden Oldies en Great Yarmouth.

—Viejo perro —se rio Mark, levantando su vaso.

Harold le guiñó un ojo y le dio un trago tan grande a su bebida que empezó a toser en respuesta.

Era maravilloso contemplar el mar de caras sonrientes alrededor de la mesa. Aparte de mis parientes, hacía menos de un año no conocía a ninguno de ellos, y ahora, aquí estaba yo, parte del grupo de amigos a los que quería como si fueran mi familia.

Junto con muchas cosas que había aprendido sobre mí misma durante los últimos meses, había descubierto que mi mundo no se vendría abajo si no conseguía las cosas en el orden esperado, o incluso si no las conseguía en absoluto. La vida podía ser confusa y desordenada y desentonar con el cuento de hadas tradicional, pero eso no significaba necesariamente que no estuvieras viviendo una versión del mismo.

—¿Y qué hay de ti, Kate? —preguntó Lisa desde el otro lado de la mesa.

—¿Y tú, Luke? —se sumó Heather—, ¿no tenéis ninguna noticia que compartir?

—¿Hay algo que tengamos que contar? —me preguntó Luke, con los ojos brillantes de emoción.

Jasmine hundió la cabeza en la falda de mi vestido y empezó a reírse. Le encantaba saber lo que los demás no sabían y se sentía muy especial por ello. Y ciertamente se lo merecía.

—Ah, sí —dije—. ¿Cómo podríamos olvidarlo?

Jasmine volvió a soltar una risita.

—Vamos al parque un momento —sugerí.

—Venga —dijo Luke, cogiendo a Jasmine en brazos.

Salimos del jardín y cruzamos la carretera hasta el pequeño trozo de hierba. Me pareció apropiado hacer nuestro anuncio final aquí, justo donde había empezado mi aventura en Nightingale Square. Miré hacia el número cuatro y el cartel de «Se alquila» del jardín delantero.

—Kate —dijo Poppy, que se había unido a la fiesta, deseosa de aprovechar los productos de cosecha propia para sus recetas—, si tienes un minuto más tarde, ¿podría hablarte de tu casa?

—Sí —le dije—, por supuesto.

Esperaba que estuviera interesada en alquilarla; sería una incorporación muy bienvenida a la plaza.

—¿Y bien? —dijo Lisa con impaciencia—. Soltadlo ya.

Luke vino a ponerse a mi lado, con Jasmine aún en brazos, y me cogió de la mano.

—Venga, vosotros dos —animó Heather—. ¡Contádnoslo! ¿Niño o niña?

Luke me miró y asintió, y por un segundo me perdí en sus ojos. Nunca me había sentido tan feliz ni tan completa como en aquel momento. Qué futuro tan emocionante nos esperaba a mí y a mi nueva familia.

—Es una niña —anuncié, con los ojos rebosantes de lágrimas de felicidad—, y la vamos a llamar Abigail.

# Agradecimientos

Nunca deja de sorprenderme lo rápido que pasan los meses cuando me encuentro sentada dando las gracias a la maravillosa colección de familiares, colegas y amigos que han contribuido a que el nacimiento de otro libro sea lo menos doloroso posible. Sin embargo, no voy a ocultar que escribir este, el sexto, ha sido en muchos sentidos el que más miedo me ha dado hasta ahora. Permitidme explicaros por qué...

Prácticamente desde el día en que se publicó *The Cherry Tree Café*, vosotros, maravillosos lectores, me habéis estado enviando mensajes, *tweets* y correos electrónicos diciéndome lo mucho que os gusta el pequeño pueblo de Fenland, Wynbridge y la fabulosa gente que vive allí, así que decidir cambiar de localización ha sido todo un salto. Afortunadamente, había unos vecinos maravillosos esperando para dar la bienvenida a Kate a Nightingale Square y han hecho que la transición del campo a la ciudad sea realmente divertida, así que espero que hayáis disfrutado conociéndolos.

Ahora, volvamos a la enorme y sincera lista de agradecimientos.

Mi familia, por supuesto, ya se ha acostumbrado a tenerme en casa a tiempo completo, y siguen diciéndome lo más adecuado en los momentos más oportunos (gato incluido), mientras yo me explayo y les doy vueltas a los nudos de la trama, pero aun así quiero dar las gracias porque estoy segura de que no debe ser fácil aguantarme parloteando día tras día.

La siguiente, por supuesto, es la maravillosa Emma Capron (también conocida como editora extraordinaria) y a Amanda Preston (también conocida como agente indispensable); ambas me hacen la vida mucho más fácil. Gracias por el aliento, el apoyo, los empujones y la visión que me ayudan a escribir los mejores libros que puedo.

Mis hermosas blogueras son las siguientes en recibir todos mis abrazos y besos. Nunca dejáis de sorprenderme. Vuestro apoyo, generosidad y ánimo no tienen límites y estoy segura de que todas habéis contribuido a convertirme en una autora superventas *del Sunday Times*. Muchísimas gracias por ayudarme a hacer realidad ese sueño tan especial.

Y, por último, un enorme agradecimiento y un ramo de flores extra a vosotros, maravillosos lectores, que no solo os enamoráis de los libros, sino que luego los reseñáis, hacéis correr la voz, me enviáis mensajes maravillosos y, en general, me hacéis flotar a tres metros del

suelo. Lo cual no es nada fácil si tenemos en cuenta que solo mido un metro setenta. Me hacéis querer levantarme de la cama cada día para hacer lo que más me gusta: contar una historia. Gracias.

Que vuestras estanterías, virtuales o reales, estén siempre repletas de fabulosas obras de ficción.

H x